Cuentos escogidos

TRÉBOL ORO

Cuentos

Pedro Antonio de Alarcón

Lectulandia

En la producción cuentística de Pedro Antonio de Alarcón resplandecen la espontaneidad, la gracia, la energía, la imaginación y su mejor talento narrativo.

El adecuado equilibrio que el autor es capaz de conseguir entre los distintos ingredientes del cuento —narración, diálogo, descripciones, caracterización de los personajes…—, sobresaliendo por encima de todos el argumento o trama, trae como consecuencia un prodigioso avance en la fijación del cuento literario español.

Pedro Antonio de Alarcón

Cuentos

Cuentos escogidos - 10

ePub r1.0
Titivillus 14.01.2023

Título original: *Cuentos*
Pedro Antonio de Alarcón, 1882
Ilustraciones: José María Clemen

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Cuentos escogidos

CUENTOS

Pedro Antonio de Alarcón

ilustraciones de

José María Clemen

INTRODUCCIÓN

PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN: SU VIDA

Pedro Antonio de Alarcón vino al mundo en Guadix, el domingo 10 de marzo de 1833. Fue el cuarto hijo de los diez que tuvieron don Pedro Alarcón y doña Joaquina Ariza. Miembro de una familia distinguida, aunque venida a menos por los desastres de la guerra de la Independencia, el futuro escritor hizo los primeros estudios en su ciudad natal, y a los catorce años se graduó de bachiller. Marchó a continuación a Granada, donde inició la carrera de Leyes, pero los problemas económicos de su familia no permitían costear la estancia de Pedro Antonio en la ciudad de la Alhambra, por lo que, a los pocos meses, se vio obligado a volver a Guadix.

La única posibilidad de continuar estudios en esa población residía en ingresar en su seminario. Con el deseo, pues, de que su cuarto hijo recibiera una más sólida y completa formación humanística, aunque no llegara a anidar en él la vocación sacerdotal, don Pedro y doña Joaquina le inscriben en el seminario. Y en él entra Alarcón el 8 de enero de 1848, cuando aún no había cumplido los quince años.

Romanticismo y precocidad

El movimiento romántico, llegado a España con notable retraso, inicia en esta época un acelerado declive en nuestro país. Pero, como ocurría entonces con cualquier moda, su permanencia en provincias se prolonga aún un tanto. Por otra parte, todo en Guadix contribuía a crear un ambiente propicio a la ensoñación romántica: las casas rupestres, las abundantes ruinas árabes, la catedral dominando con su mole la ciudad entera…

El adolescente Alarcón está imbuido de ese espíritu. A la impresión que ejerce sobre él ese marco se suman las lecturas, tan desordenadas como

impactantes en su todavía tierna personalidad. Lord Byron le conmueve de un modo especial, y no sólo su obra, sino quizá ante todo su vida aventurera.

En este contexto se despierta en el joven seminarista —ya por entonces carente de la menor intención de hacerse sacerdote— la vocación literaria. En 1848, es decir, en el mismo año de su ingreso en el seminario, escribe nada menos que tres obras de teatro en verso. Son representadas en Guadix por aficionados locales, y obtienen la buena acogida que cabe suponer en un público predispuesto por el paisanaje e impresionado por tan gran precocidad.

En 1849 compone un drama, también en verso, que es asimismo representado. En este tiempo, además, salen de su pluma a centenares los versos en que canta las gracias de las muchachas del lugar o los primeros sentimientos por ellas inspirados (recordemos que se consideraba un seminarista «circunstancial»). Comienza también a escribir una novela, y va creciendo en él la convicción de hallarse encerrado en una jaula de la que debe salir para elevar sus vuelos hasta los más altos cielos del planeta literario.

No podemos decir que a la vez se hallaba enfrascado en los libros de texto, porque resulta evidente su falta de dedicación al estudio durante los cinco años de permanencia en el seminario. Esta falta de preparación no pudo por menos que dejar una marca que arrastrará Alarcón toda su vida.

Convence entonces a su amigo Torcuato Tárrago para editar entre ambos en Cádiz —ciudad dotada de las imprentas que faltaban en Guadix y además con fama de culta y liberal— una revista literaria que se haría principalmente en Guadix. Nace así El Eco de Occidente, *y, con él, los primeros escritos en prosa —y los primeros publicados— de Alarcón.*

Poco después, el joven Pedro Antonio toma una decisión trascendental: el 18 de enero de 1853, sin haber cumplido aún los veinte años, abandona a la vez el seminario, la casa familiar y su ciudad natal. Con unas pocas monedas en el bolsillo, fruto de su colaboración en El Eco, *y sin el permiso de sus padres, se traslada a Cádiz: una auténtica fuga. Allí dirige la revista por él creada, pero, ávido de horizontes con mayores posibilidades para su carrera, recién estrenada, un mes después viaja a Madrid. Ya en la capital, pretende conseguir rápidamente la inmortalidad completando el poema de Espronceda* El diablo mundo, *que el gran poeta había dejado inacabado. Con tal fin ofrece a un editor nada menos que dos mil versos…, y sufre su primera gran desilusión: le informan que otro se le ha adelantado. Despechado, quema*

Alarcón las cuartillas, y, sin dinero ni conocidos en la villa y corte, se ve obligado a volver a Guadix cual nuevo hijo pródigo.

Con la autorización y la ayuda económica de sus padres —esta vez sí— se instala poco después en Granada, adonde trasladó la edición de El Eco de Occidente. *En esta ciudad formó parte de* La Cuerda Granadina*, agrupación de jóvenes literatos unidos por la amistad, y más conocidos entonces por su conducta ligera, sus diversiones y bromas y sus brillantes intervenciones en reuniones privadas, que por su producción artística.*

Las ideas políticas de Pedro Antonio se radicalizan a un ritmo vertiginoso. En el ambiente de situación política confusa y difícil que vive España durante el reinado de Isabel II, tiene lugar entonces el alzamiento de O'Donnell conocido como «Vicalvarada», y Alarcón, según posterior declaración propia, fue durante «tres días el jefe de las turbas desenfrenadas». Inmediatamente fundó un periódico republicano, La Redención. *Desde sus páginas lanzó durante algún tiempo feroces diatribas contra el trono, el clero y el ejército. Tanta pasión puso en esta actividad, que poco después creyó conveniente para su seguridad dejar Granada.*

Conversión

En los primeros días de septiembre de 1854 se encuentra en Madrid, donde en seguida dirige otro periódico aún más virulento: El Látigo. *Sus violentas arremetidas contra la reina y otros poderes le valieron no pocas inquinas entre personas de ideología contraria. Una de éstas era el periodista venezolano Heriberto García de Quevedo. La disputa entre ambos subió de tono y derivó pronto al terreno de lo personal. Se produce en ese momento el hecho que cambiará el rumbo de la vida del escritor guadijeño. La tensión culmina en un desafío y el duelo subsiguiente. Descarga el arma en primer lugar Alarcón. Yerra el tiro. García de Quevedo, más experimentado, lo tiene a su merced. Pero, caballerosamente, levanta el cañón de su pistola y dispara al aire.*

Este suceso conmovió hondamente a Alarcón: modificó su modo de pensar hasta el punto de poder hablarse de una verdadera «conversión».

Sus puntos de vista políticos fueron desde entonces, dentro del campo liberal, moderados, y su religiosidad real.

Dispuesto a meditar y enmendar el curso de su existencia, se retira a Segovia. Allí retoma la novela comenzada en Guadix y la termina. Aparece

así El final de Norma, *su primera obra extensa. Siguen una larga serie de artículos de costumbres y crítica literaria.*

En esta época se le abren al converso Alarcón los salones de la buena sociedad madrileña, del gran mundo, donde, a la par que brilla por su gracejo y natural inteligencia, adquiere la experiencia que habría de verter en sus novelas. De repente abandona todo y se incorpora como voluntario —simple soldado raso— al ejército que parte para Marruecos a batirse en la llamada guerra de África.

Soldado y viajero

¿Por qué este proceder? Su ídolo de juventud, Byron, también acudió a combatir junto a los independentistas griegos. Quizá haya en esta decisión algo de gesto romántico. Pero el propio Alarcón explicó más tarde sus razones, refiriéndose a sí mismo en tercera persona:

> *… «la campaña de África fue como una penitencia que se impuso a fin de rehabilitarse, para rendir público culto a sentimientos e ideas que había combatido en su primera juventud y que ya veneraba en el fondo de su alma».*

Bien es cierto que sienta plaza en el batallón mandado por su íntimo amigo el general Ros de Olano. Éste le nombra ordenanza suyo —puramente teórico— y le permite tener tienda propia, criado a su servicio, caballo y libros. Verdad es también, sin embargo, que Alarcón pudo contentarse con ello y ahorrarse peligros y penalidades, pero, lejos de eso, tomó parte con arrojo en numerosas batallas y refriegas. Fue herido de bala en un pie y condecorado con las cruces de María Isabel Luisa y San Fernando. O'Donnell quiso hacerle oficial, pero él se opuso alegando que era impulsivo e irresponsable en el combate e incapaz de mantener la cabeza fría para mandar a otros hombres.

Fruto de aquella experiencia fue Diario de un testigo de la guerra de África. *En pocas semanas se vendieron más de cincuenta mil ejemplares, algo casi inimaginable en aquellos tiempos. Con el dinero obtenido —una suma importante—, Alarcón puso en práctica uno de sus más acariciados sueños: viajar. Su periplo le llevó a Francia e Italia, y posteriormente a no pocos rincones de España. Esta actividad turística se plasmó en dos libros:* De Madrid a Nápoles *y* Viajes por España.

Metido en política

En 1862 entra a formar parte de la Unión Liberal de O'Donnell. El general había creado esta formación atrayéndose elementos moderados del progresismo y avanzados de los conservadores. Se trataba, pues, de un partido de centro con el que O'Donnell pretendía proporcionar estabilidad al país y sentar las bases para su modernización. Intentó establecer una infraestructura adecuada y proyectar una imagen prestigiosa de España en el exterior. La guerra de África se explica en gran parte por esta política.

Militando en este grupo, Alarcón fue elegido cinco veces diputado y dos veces senador.

El día de Nochebuena de 1865 contrae matrimonio con doña Paulina Contreras, a la que siempre amó entrañablemente.

En 1866 es desterrado a París por el general Narváez, aunque pronto se le conmutó la pena de extrañamiento por la de confinamiento en Guadix.

El deterioro de la situación política española se agrava a pasos agigantados, unido al total desprestigio de una reina, rodeada de camarillas e intrigas, que ponía y quitaba gobiernos a capricho mientras ofrecía a sus súbditos el escándalo de su vida privada. Al no poder aplicarse procedimientos democráticos correctores, la revolución aparece como inevitable. Estalla por fin en septiembre de 1868. Alarcón, en Guadix, corre a sumarse a los sublevados y asiste a la decisiva batalla del puente de Alcolea. Triunfa La Gloriosa *—así se la llamó— y la soberana se ve obligada a expatriarse.*

Alarcón es diputado en las Cortes Constituyentes, encargadas, además de elaborar la nueva Constitución, de buscar un nuevo monarca para el trono español. Él es partidario de la candidatura del conde de Montpensier. Como se sabe, triunfa la de Amadeo de Saboya, patrocinada por el general Prim. Su reinado, en medio de no pocas dificultades, dura tan sólo dos años. Viene luego la anárquica Primera República.

Como otros muchos políticos, Alarcón no ve otra salida que la representada por el hijo de Isabel II: Alfonso XII. Apoya, pues, la Restauración. Esta actitud le vale ser nombrado consejero de Estado y la gran cruz de Isabel la Católica. Pero entonces comienza a sentirse hastiado de la política, que le mantenía apartado prácticamente de la literatura desde 1861.

En 1873 abandona la política y reencuentra la literatura. Escribe en tres años otras tantas obras importantes: La Alpujarra, El sombrero de tres picos *y* El escándalo, *ésta fuertemente contestada al ser considerada «espiritualista» por cierta crítica. En 1875 es elegido miembro de la Real Academia Española.*

El retiro de Valdemoro

En 1878 muere su madre. Compra una finca en Valdemoro (Madrid) y en ella pasa la mayor parte del tiempo. Un año después publica El niño de la bola*, otra de sus grandes novelas.*

En 1881 dimite de su cargo de Consejero de Estado, aunque, como ya hemos dicho, se encontraba de hecho apartado de la actividad política desde 1873. Por entonces publica El capitán Veneno *y algo después* La Pródiga. *El frío recibimiento que recibe esta obra por parte de la crítica le convence de que existe una «conspiración de silencio» contra él, más insidiosa que los ataques frontales que le dirigieron tras la aparición de* El escándalo. *Despechado, Alarcón decidió no escribir más. Y cumplió su propósito. Con menos de cincuenta años, en plena madurez, hizo callar a su pluma para siempre.*

> *«Un invencible tedio hacia la vida literaria se apoderó de mi ánimo en vista de tanta miseria y descortesía».*

Recluido en su finca de Valdemoro, cuyo ambiente campesino le proporcionaba la paz que no creía haber encontrado en la política y las letras, y rodeado de su familia, pasó sus últimos años, aunque su innata curiosidad por todo le llevaba a seguir el curso del mundo a través de los periódicos, cuya lectura no abandonaba ni un día.

En 1888 sufrió un ataque de hemiplejía, del que se recuperó, pero le repitió en 1889. Tuvo un tercero al año siguiente. Muy enfermo ya, transcurrieron varios meses hasta que el 15 de julio de 1891 le sobrevino el último ataque. Cuatro días después moría en su casa de Atocha, en Madrid (y no en Valdemoro, como erróneamente alguien ha publicado).

En su testamento había dejado dispuesto que se le hiciese el entierro más pobre que fuera posible y se le diera sepultura en la fosa común, sin lápida ni

distinción alguna; disposición ésta que ha sorprendido no poco a más de un investigador de la obra y vida de Alarcón, pero que no puede ser más coherente con las ideas religiosas expresadas reiteradamente por el escritor.

La familia no cumplió, sin embargo, la voluntad así manifestada por Alarcón, y sus restos descansan hoy en el cementerio de San Justo, de Madrid, bajo una lápida muda.

PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN: SU OBRA

Poeta frustrado

En la referencia biográfica que precede a estas líneas se habla de los primeros poemas adolescentes de Alarcón y de su frustrado intento de completar El diablo mundo*, de Espronceda. Toda esa producción juvenil, sin duda carente de mérito, acabó en el fuego. No era poeta. Su imaginación desenfrenada, la facilidad de su pluma y su exuberante fertilidad literaria le tentaron a plasmar sobre el papel, en más de una ocasión, versos que nada añaden a su gloria.*

Ya en 1856, Eulogio Florentino Sanz le había dicho:

> *«No naciste para cantar, sino para pintar exactamente la vida interior y exterior… No cantes, escribe».*

Alarcón no desconocía esta realidad. En carta a su amigo José Ruiz Pedrosa se expresa de este modo, que nos trae inevitablemente a la memoria el Cervantes del Yo que tanto me afano y me desvelo*…:*

> *«A mí me han repartido el papel de novelista, y gracias».*

Pese a ello, en 1870 publica Poesías serias y humorísticas*, guiado al parecer por el amor del creador hacia algunas de sus criaturas que, aunque poco agraciadas, se asociaban en su recuerdo a felices circunstancias familiares o amables compromisos con amigos.*

El volumen se abría con un prólogo de Juan Valera, tan distante del guadijeño en no pocos aspectos, humanos y profesionales, pero unido a él

por sincera y leal amistad.

Autor teatral

Las obras teatrales del Alarcón seminarista a que nos hemos referido en su biografía corrieron la misma suerte que sus primeros poemas: el fuego.

En 1857 estrena en Madrid El hijo pródigo*, un drama en verso muy bien acogido por el público, pero al que la crítica juzgó severamente. En un rasgo de orgullo —no sería el último de su vida—, Alarcón retiró la obra y se opuso a que se representara mientras no realizara en ella algunas correcciones y, en cualquier caso, mientras él viviera. Los retoques no llegaron a producirse nunca, aunque en* Historia de mis libros *expresa en qué consistirían, y de paso nos ofrece la clave del rechazo de la crítica a este drama: manifiesta su deseo de corregir sobre todo su excesivo prosaísmo. Alarcón no volvió a escribir para el teatro.*

Novelista adolescente

En 1855 publica su primera novela: El final de Norma*. Según confesión propia, había comenzado a escribirla entre los diecisiete y los dieciocho años, cuando, sintiéndose como prisionero en el reducido espacio que le ofrecían el seminario y su ciudad natal, su imaginación encontraba sustento en la afición por una disciplina que le permitía escapar a los límites del entorno: la geografía.*

Pensó, pues, en dedicar un tomo a los cuatro puntos cardinales: cuatro novelas en una sola obra en la que aplicaría sus conocimientos geográficos —meramente teóricos—, mientras daba ocasión a su pensamiento para trasladarse hasta los más recónditos rincones del orbe.

Naturalmente, el proyecto se frustró. La vida de Alarcón tomó otros derroteros.

Por fuerza ha de pecar de inmadura esta novela. Todavía muy influida por sus primeras lecturas, toda ella está teñida de un romanticismo que les resta verosimilitud a personajes y situaciones, crea excesivas coincidencias y casualidades y no pocos lances puramente folletinescos. Su autor también lo

reconoce así. En su dedicatoria, en una edición posterior, a Charles D'Iriarte, que la había traducido al francés, dice Alarcón:

> *«Escribí* El final de Norma *en muy temprana edad, cuando sólo conocía del mundo y de los hombres lo que me habían enseñado mapas y libros. Carece, pues, juntamente esta novela de realidad y de filosofía, de cuerpo y de alma…».*

El violinista Serafín, la Hija del Cielo, Brunilda, sus protagonistas, pasean sus amores y desventuras principalmente por las comarcas europeas más septentrionales: el punto cardinal Norte.

A pesar de lo reseñado, aparecen ya en El final de Norma *algunas de las cualidades que caracterizarán al Alarcón maduro, como su habilidad para crear ambientes de misterio, incluso suspense, y su capacidad para montar una intriga, pero sobre todo surge aquí arrolladora su maestría narrativa, verdaderamente asombrosa si consideramos la edad del autor.*

Por África, Italia y España

La fama de Alarcón se cimentó, sin embargo, en el Diario de un testigo de la guerra de África, *que apareció en 1860. No sólo alcanzó cifras de venta hasta entonces desconocidas, sino que proporcionó al escritor guadijeño enorme popularidad. Un dato así lo revela: todavía en Marruecos, antes de licenciarse del ejército, recibe más de veinte mil cartas de entusiastas lectores.*

Escrita sobre el terreno, a menudo en la tienda de campaña a la luz de una vela o en pleno campo sobre una piedra, y al hilo de los sucesos, es ésta una obra irregular, a la que perjudica a veces un patriotismo un tanto chillón, excesivo, al estilo de la época, pero que contiene también páginas sublimes, de impagable espontaneidad.

En 1861 sale a la luz De Madrid a Nápoles, *fruto del viaje de Alarcón por tierras de Francia e Italia, realizado poco después de su vuelta de Marruecos. En esta época recorre también gran parte de nuestro país, y estas experiencias se concretan en Viajes por España. Ambas obras obtienen tan buena como merecida acogida. Su autor asevera:*

«Nada hay en ellas que no sea cierto, natural y espontáneo; nada que no haya dimanado inmediatamente de la actualidad o presencia de los hechos, sin compostura ni artificio de ninguna especie…

Los relatos de imaginación, particularmente las novelas, deben ser fruto de la realidad humana, sazonada por la reflexión, la filosofía y el arte; las confidencias del viajero deben parecer fotografías escritas».

Alarcón es el creador del libro de viajes en nuestro país. Hasta él ningún español había cultivado esa faceta literaria. Ello explica que las primeras descripciones modernas de nuestro suelo y sus pobladores se hayan compuesto por extranjeros, visitantes maravillados de una tierra entendida por ellos como realmente exótica.

Descubre Alarcón el aspecto dramático del paisaje, encuentra en este elemento, en los campos, las gentes, los pueblos, materia de narración. Y al servicio de este fin, contar, transmitir sus impresiones, pone su excepcional viveza descriptiva, la sorprendente soltura de su expresión. La destreza de que hace gala en este tipo de relatos es indiscutible, y ella presta a sus obras un encanto que todavía perdura.

El periodista

Desde 1861 a 1873 centra Alarcón su actividad vital en la política. Durante doce largos años no entrega a la imprenta nada que no esté destinado a ser publicado en diarios y revistas. En ese período, sus escritos son fundamentalmente artículos de contenido político, en defensa de los intereses de la Unión Liberal y de su principal dirigente, el general O'Donnell. Dictados por la más estricta oportunidad del momento, su autor no creyó conveniente incluirlos en sus obras completas. Pero entonces, antes y después escribió con frecuencia artículos de mayor enjundia, reunidos al fin en un libro, Cosas que fueron, *si bien los redujo a los dieciséis que consideró mejores. Son ante todo cuadros de costumbres, descritos con su agudeza característica y a menudo con el humor y el gracejo que siempre le acompañaron.*

Sus mejores obras

En 1873 publica Alarcón uno de sus mejores productos: La Alpujarra. *Él mismo confiesa que con este libro se inicia la segunda época de su carrera de escritor. Ahora, desengañado de la política activa —abandonada precisamente por esa fecha—, tratará de utilizar la literatura como vehículo que le permita transmitir a los demás su ideario, principalmente religioso. En seguida veremos las consecuencias de esta decisión, no siempre mantenida.*

Es La Alpujarra *obra compleja. Hay en ella a la vez un libro de viajes, una reseña histórica y una cierta dosis de exposición ideológica. Sirve de hilo conductor el relato de la sublevación de los moriscos acaecida en tiempos de Felipe II. Alarcón utiliza las crónicas de tres historiadores españoles del siglo XVII: Hurtado de Mendoza, Pérez de Hita y Mármol Carvajal. Paralelamente ofrece la descripción de la abrupta geografía de esa comarca. Y, un poco a traspiés, expresa asimismo algunas opiniones políticas y religiosas, como la conveniencia de que el gobierno sostenga económicamente a una Iglesia cuya democratización entiende deseable.*

La Alpujarra *posee los aciertos ya reseñados en sus libros de viajes, pero algunos prestaron especial atención —y mostraron su desagrado— al último aspecto comentado: su incursión en temas ideológicos.*

Un año después aparece su más famosa e indiscutida obra: El sombrero de tres picos. *Esta novela corta se inspira en un romance popular, cuyas posibilidades de un mayor y mejor tratamiento no pasaron inadvertidas a Alarcón. Curiosamente, le ofreció primero la idea a Zorrilla, y éste aceptó, pero pasaba el tiempo y, perezoso, iba dando largas. Al fin se decidió Alarcón a desarrollar él mismo el tema. Los amores y aventuras del corregidor, la molinera y el molinero están contados con tan excelente y clara prosa, con tanto donaire y con tanta pícara gracia que esta obra maestra ha trascendido al marco geográfico y literario en que nació, y ha sido traducida a todas las lenguas cultas e inspirado óperas, ballets y conciertos.*

En 1875 las librerías ofrecen al público una nueva novela larga de Alarcón: El escándalo. *De factura complicada, en la que una historia encierra otra historia, su técnica recuerda un tanto el gusto oriental por el entrelazado. El autor no pierde, sin embargo, ninguno de los hilos y conduce magistralmente la trama hasta el desenlace.*

A través de los ocho libros y un epílogo en que está dividida la novela, se narra cómo Fabián Conde, obligado a batirse en duelo con su amigo Diego, tras ser calumniado por la mujer de éste, acude ante el jesuíta padre Manrique en busca de guía y consejo. Fabián contará al religioso su vida disoluta, envuelta en un escándalo que le lleva a perder a Gabriela, la mujer amada. El sacerdote consigue que el arrepentido pecador abandone todo: títulos, fortuna…, e incluso a Gabriela. Pero al final muere Diego y todo se arregla.

Novela importante, admirablemente escrita, en ella brilla una vez más el talento del narrador, superando con facilidad los escollos que oponen la estructura y una reducción temporal tan considerable como la de hacer transcurrir toda la historia en una sola noche. El proceso psicológico de la conversión está perfectamente medido.

Estos méritos explican sin duda el enorme éxito de lectores que cosechó la obra. Pero buena parte de la crítica vio en ella una toma de posición ideológica calificada por muchos como campaña espiritualista. Alarcón fue acusado de reaccionario, neocatólico, ultramontano, integrista, traidor, inconstante, inestable y cosas peores.

Polémica

La desmesurada dureza de esos juicios se prolongó en el tiempo unida a la crítica de matiz ideológico más o menos izquierdista. En fecha relativamente reciente, el profesor Fernández Montesinos —el estudioso que más a fondo ha analizado la obra alarconiana— podía escribir en el prólogo de un libro suyo sobre el escritor guadijeño:

> *—…un autor… que no tendría por qué compartir ya la inquina confesional, partidista, lo que fuere, que animó a muchos de los contemporáneos de Alarcón…—*

Al novelista le sorprendieron estos ataques. Estaba convencido de hallarse, tanto en política como en lo tocante a religión, en una posición de centro —lo que muy probablemente era cierto—. Por otra parte, los excesos de sus críticos no contribuían a proporcionar la serenidad y distanciamiento necesarios en el autor para considerar los posibles errores de El escándalo.

Consciente de su valía profesional, del éxito popular de sus libros, y convencido de la licitud de defender sus ideas sobre la familia o la religión utilizando sus escritos con ese fin, Alarcón creyó encontrarse ante una campaña organizada por elementos impíos e irreligiosos, y consideró su deber continuar por la senda iniciada en El escándalo. *Partidarios en número no menor al de adversarios que le apoyaban.*

La Real Academia Española le recibe como miembro en 1876. Su discurso de ingreso trató sobre La moral en el arte. *Propuso allí Alarcón el consorcio de la moral y de la obra de arte, y de nuevo fue fuertemente atacado. Fiel a sus ideas, escribió a continuación otra novela, con la que pretendía mostrar de modo incontestable el desastre a que conduce el alejamiento de las enseñanzas propuestas por la religión. Se trata ya, pues, y decididamente, de una obra de tesis. Nació así* El niño de la bola. *He aquí en pocas palabras su argumento:*

Manuel Venegas, el protagonista, se enamora de Soledad, hija de un rico usurero. Como es pobre, marcha a América tratando de hacer fortuna. A su regreso encuentra a Soledad casada con Antonio Arregui. Pero los dos se aman aún. En una fiesta, Manuel consigue bailar con Soledad y, llevado de su pasión, la abraza con tanta fuerza que la asfixia; sólo suelta su cuerpo al ser apuñalado por Arregui.

Hay en todo ello no poco de tragedia romántica, aunque los principales caracteres están bien dibujados. Si bien daña al libro la tendencia aleccionadora, para algunos críticos ésta es la mejor novela de Alarcón. El pueblo adquiere en ella un protagonismo similar al del coro de la tragedia griega.

Tras su aparición se repitieron las acometidas de unos y los apoyos de otros.

El final

Olvidando por algún tiempo sus propósitos moralizadores, publica en 1881 El capitán Veneno, *una novela corta que trata un tema comparable al clásico de la fierecilla domada, pero invertido: un irreductible capitán, herido y cuidado por una bella joven, acabará rindiéndose a la dulzura de la muchacha, trocando la aspereza de su carácter en mansedumbre.*

Alarcón se eleva aquí al nivel de sus mejores creaciones. Al no intentar introducir ningún elemento ajeno a la literatura, al menos explícitamente,

obtuvo unánime buena acogida.

Un año después aparece La Pródiga*, novela larga en la que, una vez más, supedita Alarcón el argumento a una tesis, a saber, el necesario final trágico de unos amores ilícitos: Guillermo de Loja se enamora de Julia, la Pródiga, marquesa de pasada vida irregular y a la sazón recluida en un apartado cortijo. Julia acepta a Guillermo, pero le pone como condición que no le oculte su hastío si se produjera. Finalmente Guillermo llega a cansarse de ese amor, y Julia se suicida.*

Escrita por un maduro Alarcón, dueño de sus mejores recursos literarios, la novela se resiente, no obstante, y fatalmente, de los forzados planteamientos, aunque su estilo sea magnífico.

Los amigos y partidarios del autor la alabaron, y los críticos de otras veces callaron en esta ocasión. Esta última circustancia irritó de un modo especial a Alarcón. Creyó que sus adversarios, cambiando de táctica, decidían ahora ignorarle. Fue entonces cuando habló de una odiosa conspiración de silencio y abandonó el cultivo de las letras.

Mucho se ha hablado sobre las causas últimas de tan drástica decisión. Algunos han querido ver en ella el temor y la desorientación de Alarcón ante los nuevos modos de la narrativa, y se cita con este motivo a un emergente Galdós. Parece dudoso, sin embargo. Quizá la clave se encuentre en el carácter impulsivo, vehemente y apasionado del novelista, donde la soberbia ocupaba también un lugar.

Como quiera que fuese, todos perdimos algo con esta renuncia.

Personalidad victoriana

La polémica desatada alrededor de Alarcón tras la aparición de El escándalo *se desarrolló en torno a su defensa de determinadas actitudes morales, y no tanto, o no en absoluto, acerca de los valores como escritor. Este hecho salpicó de alguna forma su figura, de modo que aún hoy, mientras se le reconoce su importancia como literato, pueden leerse calificativos, referidos a su persona, de inconsciente y voluble, o bien aparecen expresiones como fingida religiosidad, político acomodaticio, etc.*

Sin embargo, un examen atento y objetivo de su biografía, de su obra y sobre todo, de su nutrida correspondencia privada, nos aclara la verdadera personalidad de Alarcón. Creemos que fue, contra lo que muchos han dicho, un hombre coherente.

Tras la superación de sus ardores radicales juveniles, su vida sigue una línea bien definida, aunque no exenta de contradicciones, como es natural. Su militancia política no se desvió de un liberalismo moderado. Su patriotismo era sincero, como su sentimiento religioso: sus cartas a familiares lo demuestran incuestionablemente. Feliz esposo y padre, creía en la familia. Se podrá no estar de acuerdo con él, pero no por ello tacharle de doble.

Por lo demás, conviene tener en cuenta el período histórico en que vivió Alarcón: se le conoce como época victoriana, y se caracteriza porque socialmente se pone el acento en las ideas consideradas por él como valores. Otros escritores europeos de ideología homologable a la del guadijeño no despertaron tan exacerbados ataques por parte de un sector de la crítica, pero a él le tocó vivir en un país exaltado que comenzaba ya a desgarrarse en bandos irreconciliables.

No obstante, sí cabe reprochar al Alarcón de las obras de tesis el serio reduccionismo a que somete la religión por él defendida, al tratar prácticamente un solo tema: los amores humanos, cuando otros escritores de su tiempo cultivaban una novela claramente «espiritualista» —piénsese en Tolstoi, por ejemplo—, pero desde luego con una riqueza de materias y matices a los que aquél nunca se aproximó.

Postromanticismo

Alarcón escribía lo que quería, sin reparar en modas ni conveniencias, y como quería. Y en este segundo aspecto, en la forma más que en el fondo, encontramos lo más valioso de su obra.

Pertenece además a esa época literaria que, a falta de mejor definición, se ha dado en llamar postromanticismo. No constituye propiamente un movimiento, sino un espacio, de límites imprecisos, en donde se mueven algunos autores que, habiendo superado los excesos de la idealización romántica, no pueden ser calificados de realistas o naturalistas. En cada uno de ellos, y en cada una de sus obras, se encuentran más o menos elementos románticos, nunca totalmente superados.

Esta circunstancia se aprecia de forma ejemplar en los cuentos de Alarcón.

Los cuentos

Al reseñar la obra alarconiana hemos dejado sin comentar, para hacerlo ahora, una parte fundamental de ella: los cuentos. Bastantes de éstos fueron escritos en su primera juventud y vieron la luz en El Eco de Occidente. *No obstante, su autor los retocó y corrigió antes de su publicación como volúmenes, al final de su actividad literaria, en 1881 y 1882.*

Alarcón dividió un total de treinta y siete narraciones breves, aunque de desigual extensión, en tres series, a las que llamó Cuentos amatorios, Historietas nacionales *y* Narraciones inverosímiles.

En Historia de mis libros, *él mismo nos explica que, por las distintas épocas de su escritura y las diferentes influencias recibidas, sus cuentos presentan tres «maneras» distintas.*

La primera manera, natural y espontánea, es la de las narraciones compuestas de muy joven en Guadix. Alarcón cree haberse sentido influido en ellas por Walter Scott, Alejandro Dumas y Víctor Hugo —sus principales lecturas de entonces— y, en menor medida, por Balzac y George Sand.

Pertenecen a esta época, entre otros, El clavo, El amigo de la muerte. ¡Buena pesca!, El extranjero *y* La buenaventura.

La segunda manera corresponde a los cuentos escritos recién llegado a Madrid, cuando, a través de su amigo Agustín Bonnat, recibe la influencia de un novelista francés muy de moda entonces: Alfonso Karr, de quien copia su estilo, caracterizado por su superficialidad, trivialidad y cinismo, y frases cortas, sin verbo, a veces de difícil comprensión. A esta época pertenecen cuentos como El abrazo de Vergara, La belleza ideal, Los seis velos. ¿Por qué era rubia? *y* Soy, tengo y quiero, *sin duda lo peor con mucho de toda la producción alarconiana, hecho fácil de entender tras lo dicho en el párrafo anterior y razón suficiente para que no hayamos seleccionado ninguno de esos cuentos en el presente volumen.*

La tercera manera, más española, ingenua y grave, según confesión propia, corresponde al Alarcón maduro, y en ella cree ver el autor la influencia de los escritores más apreciados por él en esos años: Cervantes, Goethe, Manzoni, Shakespeare, Quevedo y Dickens.

Podrían incluirse dentro de esta tercera manera los cuentos El coro de ángeles, La novela natural, Moros y cristianos *y* La Comendadora, *entre otros.*

Conviene, sin embargo, no tomar al pie de la letra esta confesión de Alarcón sobre influencias en sus cuentos, salvo la de Karr, claramente perceptible y perjudicial. En los demás cuentos, las influencias por él enumeradas no se perciben —a veces sí otras— y, en cambio, resplandece

con frecuencia la espontaneidad, el ímpetu, la gracia, la energía, la imaginación y el talento narrativo del mejor Alarcón, del autodidacto formado ya muy precozmente, del autor de El sombrero de tres picos.

Baquero Goyanes ha escrito al respecto:

> *«El adecuado equilibrio que Alarcón es capaz de conseguir entre los distintos ingredientes del cuento —narración, diálogo, descripciones, caracterización de los personajes, etc—, sobresaliendo por encima de todos el argumento o trama, trae como consecuencia un prodigioso avance en la fijación del cuento literario español».*

En efecto, Alarcón no sólo crea el libro de viajes en España y escribe novelas largas de indudable mérito y otras más breves excelentes, sino que establece para el cuento de nuestro país una marca muy difícil de batir en lo sucesivo.

Tras la casi inmediata aparición de sus tres series de cuentos y la novela La Pródiga, *Emilia Pardo Bazán, sin duda la contemporánea de Alarcón que mejor supo juzgarle, le escribía en carta personal:*

> *«…mi disgusto es que un talento tan simpático, tan delicado y lozano como el de usted no entre de una vez en la corriente ancha y poderosa de la literatura realista… Véngase usted, insigne maestro, a la escuela naturalista, donde tiene su lugar señalado el que con tanto donaire escribe y describe, que puede hacer renacer en forma moderna nuestro incomparable género picaresco».*

El consejo llegaba tarde. Alarcón, recluido en Valdemoro, había decidido enmudecer. Moría así para la literatura un escritor de primer orden que, sobre muchas otras cualidades, tuvo la más envidiada por cuantos ejercen ese oficio: la amenidad.

CUENTOS AMATORIOS

Integran esta serie un total de diez cuentos. Para hacer honor al título general, el amor debería estar presente en todos ellos de una forma u otra. No siempre es así, sin embargo, y la inclusión de alguno en este grupo resulta un poco forzada.

No deja de ser algo paradójico que un escritor tan comprometido como Alarcón en la defensa de las buenas costumbres se sienta tentado a tratar una y otra vez asuntos relacionados con amores no siempre ejemplares desde el punto de vista social y el suyo personal. Y además resulta evidente que se encuentra cómodo en el tratamiento de esta materia, como lo demuestran la agilidad y el brío de las descripciones.

Quizá por ser consciente de esta contradicción suya, creyó conveniente Alarcón referirse a esta serie con las siguientes palabras:

> *«Mis cuentos son amatorios a la antigua española, a la buena de Dios, por humorada y capricho…, sin odio ni ataque deliberado a los buenos principios, ni aflicción ni bochorno del género humano…, todo ello teñido de un verdor primaveral y gozoso, que más inducía a risa que a pecado».*

En más de la mitad de las narraciones integrantes de esta serie aparece el estilo de A. Karr, ya comentado. Ello motiva que sea éste el grupo de cuentos más irregular, con lo mejor y lo peor de los relatos breves alarconianos. Un comentario del novelista en la tantas veces citada Historia de mis libros, *sugiere que el autor estuvo tentado de suprimir esos cuentos influidos por Karr de la edición de 1881, pero al final parece que se impuso el cariño de padre.*

Para este volumen hemos seleccionado tres narraciones de la serie «amatoria», de muy diferentes características, pero del mayor interés.

El primero de ellos, La Comendadora, *está considerado unánimemente por la crítica como el mejor cuento de Alarcón. De breve extensión, todo en él está medido: nada sobra y nada falta. Cada término empleado es el justo. Con esta economía de medios se describe en rápidas pinceladas el ambiente opresivo en el que se desarrolla una trama por lo demás sencillísima: el lascivo capricho de un niño, último descendiente de una noble casa sumida en la decadencia.*

Alarcón dijo de La Comendadora *que era totalmente histórica y que el caso había ocurrido efectivamente en Granada. No podemos aceptar esta afirmación, aplicada asimismo a la mayor parte de sus cuentos. Ya la*

condesa de Pardo Bazán encontró el mismo tema tratado en Francia en ese tiempo. Parece lógico pensar que el autor galo y el guadijeño se inspiraron en la misma fuente. En cuanto a la insistencia de Alarcón en atribuir a sus cuentos un origen histórico quizá pueda explicarse en algunos casos —en éste, por ejemplo— como un medio de eludir la contradicción ya señalada de tratar temas escabrosos —para la época y su mentalidad— siendo un adalid de la moral más convencional.

Pese a la brevedad del relato, La Comendadora *no puede ser más rico en sugerencias. Aunque la acción tiene lugar en el siglo XVIII, las negras ropas de la condesa y la comendadora parecen corresponder más bien al último período del siglo XVII español, cuando reina el enfermizo Carlos II, lamentable término de una dinastía. Quizá no sea casualidad que el pequeño monstruo, el niño en quien se cifran las esperanzas de continuidad de un noble linaje, se llame también Carlos, como simbolizando, por analogía con el rey del mismo nombre, el ocaso y hundimiento de una clase social, la aristocracia, que dejará a España invertebrada, según la feliz expresión de Ortega y Gasset. Por otra parte, el comentario sobre las aves, unas cautivas en jaulas y otras cantando felices a orillas del Darro, subraya el triste destino de dos mujeres encerradas entre los muros de palacio y convento, mientras un poco más allá late la ciudad de Granada, rebosante de belleza.*

Y cabe encontrar otras muchas insinuaciones como las apuntadas. Sin duda, Alarcón no pretendió crear un entramado de tanta complejidad como es posible hallar aquí, pero ya se sabe que las obras geniales superan las intenciones del autor, y a esta narración sólo le cuadra el adjetivo de perfecta.

Novela natural *constituye el resultado del único intento de Alarcón de aproximarse a la narrativa realista; a esa circunstancia alude el adjetivo natural que aparece en el título. El propio autor lo refrenda:*

> *«No contiene más realidad que la que mi imaginación le haya prestado al hacer esta especie de ensayo de naturalismo decoroso. Aun así, me desagrada el género fotográfico en la novela».*

Esta pequeña pieza literaria, construida con mucha habilidad y suma viveza, no se aproxima en sus resultados al modelo que por una vez trató de imitar Alarcón. Antes al contrario, los elementos románticos dominan en ella desde el primer momento, el fortuito hallazgo de una agenda, hasta el final, el suicidio y la cadena de casualidades: el padre de la protagonista ha visto

el cadáver, llega a casa cuando ella acaba de volver la última hoja del cuaderno, etc. Víctor Hugo o el Duque de Rivas no habrían hecho ascos a estos elementos para componer un pasaje de alguno de sus dramas.

Es, pues, Novela natural *un ejemplo de cómo la formación romántica de Alarcón le imponía limitaciones en las que, por otra parte, se mueve con sin igual soltura, como demuestra el encanto que desprende esta obrita.*

El tercero de los cuentos amorosos seleccionados es El clavo*, si no el mejor, el más famoso de Alarcón. También de éste dice estar basado en un hecho real que le contó un magistrado siendo él niño. Pero una vez más debe ponerse en duda esta afirmación, por las razones apuntadas anteriormente.*

En la primera mitad del siglo XIX *gozó de gran popularidad en Francia una literatura llamada de causas célebres —causa célebre se subtitula este cuento— que funcionó de manera análoga a la novela policíaca de nuestros días. Y está muy extendida la sospecha de que Alarcón se basara en alguna obra de esa naturaleza, bien directamente o a través de alguien, magistrado o no, que le contara la historia.*

El clavo*, uno de los cuentos más extensos de la producción alarconiana, está escrito en primera persona. A través de dieciocho capítulos —algunos muy breves— desfilan sólo dos personajes importantes, el juez y una mujer, subdividida en otras tres. El narrador, cuya presencia se justifica por su amistad con el juez, se mantiene en un segundo plano no carente de importancia, sin embargo, pues es el encargado de crear cierto distanciamiento ante sucesos excesivamente trágicos y circunstancias de escasa verosimilitud. Y es que, como en* Novela natural*, pero en mucha mayor medida que en ésta, aquí las casualidades y coincidencias alcanzan un grado sólo asimilable desde presupuestos estrictamente románticos.*

Los amores desbordados, las pasiones incontenibles, el marco del cementerio, los viajes en diligencia, el trágico final, son elementos característicos del más puro romanticismo.

No perdamos de vista el lugar y la fecha que figuran al final del cuento: Cádiz, 1853.

Aun así, el jovencísimo Alarcón —y una vez más cabe sorprenderse de su maestría narrativa a los veinte años— lima un tanto esos elementos románticos mencionados introduciendo, a través del narrador, una visión humorística de algunos de ellos, como viajes o coincidencias.

Aunque no carece de cierto suspense, El clavo *no es propiamente un cuento policíaco, sino de amor. Y, pese a todo lo dicho respecto a éste y al*

anterior, ambos se siguen leyendo hoy día no sólo con facilidad, sino con verdadera fruición.

La comendadora

HISTORIA DE UNA MUJER QUE NO TUVO AMORES

I

HARÁ cosa de un siglo que cierta mañana de marzo, a eso de las once, el sol, tan alegre y amoroso en aquel tiempo como hoy que principia la primavera de 1868, y como lo verán nuestros biznietos dentro de otro siglo (si para entonces no se ha acabado el mundo), entraba por los balcones de la sala principal de una gran casa solariega, sita en la Carrera de Darro, de Granada, bañando de esplendorosa luz y grato calor aquel vasto y señorial aposento, animando las ascéticas pinturas que cubrían sus paredes, rejuveneciendo antiguos muebles y descoloridos tapices, y haciendo las veces del ya suprimido brasero para tres personas, a la sazón vivas e importantes, de quienes apenas queda hoy rastro ni memoria…

Sentada cerca de un balcón estaba una venerable anciana, cuyo noble y enérgico rostro, que habría sido muy bello, reflejaba la más austera virtud y un orgullo desmesurado. Seguramente aquella boca no había sonreído nunca, y los duros pliegues de sus labios provenían del hábito de mandar. Su ya trémula cabeza sólo podía haberse inclinado ante los altares. Sus ojos parecían armados del rayo de la Excomunión. A poco que se contemplara a aquella mujer, conocíase que dondequiera que ella imperase no habría más arbitrio que matarla u obedecerla. Y, sin embargo, su gesto no expresaba crueldad ni mala intención, sino estrechez de principios y una intolerancia de conducta incapaz de transigir en nada ni por nadie.

Esta señora vestía saya y jubón[1] de alepín[2] negro de la reina, y cubría la escasez de sus canas con una toquilla de amarillentos encajes flamencos.

Sobre la falda tenía abierto un libro de oraciones, pero sus ojos habían dejado de leer, para fijarse en un niño de seis a siete años, que jugaba y hablaba solo, revolcándose sobre la alfombra en uno de los cuadrilongos[3] de luz de sol que proyectaban los balcones en el suelo de la anchurosa estancia.

Este niño era endeble, pálido, rubio y enfermizo, como los hijos de Felipe IV pintados por Velázquez. En su abultada cabeza se marcaban con vigor la red de sus cárdenas venas y unos grandes ojos azules, muy protuberantes.

Como todos los raquíticos, aquel muchacho revelaba extraordinaria viveza de imaginación y cierta iracundia provocativa, siempre en acecho de contradicciones que arrostrar.

Vestía, como un hombrecito, medias de seda negra, zapato con hebilla, calzón de raso azul, chupa[4] de lo mismo, muy bordada de otros colores, y

luenga casaca[5] de terciopelo negro.

A la sazón se divertía en arrancar las hojas a un hermoso libro de heráldica y en hacerlas menudos pedazos con sus descarnados dedos, acompañando la operación de una charla incoherente, agria, insoportable, cuyo espíritu dominante era decir: «*—Mañana voy a hacer esto—. Hoy no voy a hacer lo otro. —Yo quiero tal cosa. Yo no quiero tal otra*…», como si su objeto fuese desafiar la intolerancia y las censuras de la terrible anciana.

¡También infundía terror el pobre niño!

Finalmente, en un ángulo del salón (desde donde podía ver el cielo, las copas de algunos árboles y los rojizos torreones de la Alhambra, pero donde no podía ser vista sino por las aves que revoloteaban sobre el cauce del río Darro), estaba sentada en un sitial, inmóvil, con la mirada perdida en el infinito azul de la atmósfera y pasando lentamente con los dedos las cuentas de ámbar de larguísimo rosario, una monja, o, por mejor decir, una Comendadora de Santiago[6], como de treinta años de edad, vestida con las ropas un poco seglares que estas señoras suelen usar en sus celdas.

Consiste entonces su traje en zapatos abotinados de cordobán negro, basquiña[7] y jubón de anascote[8], negros también, y un gran pañuelo blanco, de hilo, sujeto con alfileres sobre los hombros, no en forma triangular, como en el siglo[9], sino reuniendo por delante los dos picos de un mismo lado y dejando colgar los otros dos por la espalda.

Quedaba, pues, descubierta la parte anterior del jubón de la religiosa, sobre cuyo lado izquierdo campeaba la cruz roja del Santo Apóstol. No llevaba el manto blanco ni la toca, y, gracias a esto último, lucía su negro y abundantísimo pelo, peinado todo hacia arriba y reunido atrás en aquella especie de lazo que las campesinas andaluzas llaman *castaña*.

No obstante las desventajas de tal vestimenta, aquella mujer resultaba todavía hermosísima, o, por mejor decir, su propia belleza tenía mucho que agradecer a semejante desaliño, que dejaba campear más libremente sus naturales gracias.

La Comendadora era alta, recia, esbelta y armónica, como aquella nobilísima cariátide que se admira a la entrada de las galerías de escultura del Vaticano. El ropaje de lana, pegado a su cuerpo, revelaba, más que cubría, la traza clásica y el correcto primor de sus espléndidas proporciones.

Sus manos, de blancura mate, afiladas, hoyosas, transparentes, se destacaban de un modo hechicero sobre la basquiña negra, recordando aquellas manos de mármol antiguo, labradas por el cincel griego, que se han encontrado en Pompeya antes o después que las estatuas a que pertenecían.

Para completar esta soberana figura, imaginaos un rostro moreno, algo descarnado (o más bien afinado por el buril del sentimiento), de forma oval como el de la Magdalena de Tiziano y bañado de una palidez profunda, que casi amarilleaba, y que hacían mucho más interesante (pues alejaban toda idea de insensibilidad) dos ojeras hondas, lívidas, llenas de misteriosas tristezas, especie de crepúsculo de los enlutados soles de sus ojos.

Aquellos ojos, casi siempre clavados en tierra, sólo se alzaban para mirar al cielo, como si no osaran fijarse en las cosas del mundo. Cuando los bajaba parecía que sus luengas pestañas eran las sombras de la noche eterna, cayendo sobre una vida malograda y sin objeto; cuando los alzaba podía creerse que el corazón se escapaba por ellos en una luminosa nube, para ir a fundirse en el seno del Criador; pero si por casualidad se posaban en cualquier criatura o cosa terrestre, entonces aquellos negrísimos ojos ardían, temblando y vagando despavoridos, cual si los inflamase la calentura o fueran a inundarse de llanto.

Imaginaos también una frente despejada y altiva, unas espesas cejas de sobrio y valiente rasgo, la más correcta y artística nariz y una boca divina, cariñosa, incitante, y formaréis idea de aquella encantadora mujer, que reunía a un mismo tiempo todos los hechizos de la belleza gentil y toda la mística hermosura de las heroínas cristianas.

II

¿Qué familia era ésta que acabamos de resucitar a la luz de aquel sol que se puso hace cien años?

Digámoslo rápidamente.

La señora mayor era la condesa viuda de Santos, la cual, en su matrimonio con el séptimo conde de este título, tuvo dos hijos —un varón y una hembra —, que se quedaron huérfanos de padre en muy temprana edad.

Pero tomemos las cosas de más lejos.

La casa de Santos había alcanzado gran riqueza y poderío en vida del suegro de la condesa; mas como aquel señor sólo tuvo un hijo, y no existían ramas colaterales, comenzó a temer que pudiera extinguirse su raza, y dispuso en su testamento (al fundar nuevos vínculos con las mercedes que obtuvo de Felipe V durante la guerra de Sucesión): «*Si mi heredero llegare a tener más de un hijo, dividirá el caudal entre los dos mayores, a fin de que mi nombre se propague dignamente en dos ramas con la sangre de mis venas*».

Ahora bien: aquella cláusula hubiera tenido que cumplirse en sus nietos, o sea, en los dos hijos de la severa anciana que acabamos de conocer… Pero fue el caso que ésta, creyendo que el lustre de un apellido se conservaba mucho mejor en una sola y potente rama que en dos vástagos desmedrados, dispuso por sí y ante sí, a fin de conciliar sus ideas con la voluntad del fundador, que su hija renunciase, ya que no a la vida, a todos los bienes de la tierra, tomando el hábito de religiosa, por cuyo medio la casa entera de Santos quedaría siendo exclusivo patrimonio de su otro hijo, quien, por haber nacido primero y ser varón, constituía el orgullo y la delicia de su aristocrática madre.

Fue, pues, encerrada en el convento de Comendadoras de Santiago, cuando apenas tenía ocho años de edad, su infortunada hija, la segundona del conde de Santos, llamada entonces doña Isabel, para que se aclimatase desde luego en la vida monacal, que era su infalible destino.

Allí creció aquella niña, sin respirar más aire que el del claustro, ni ser consultada jamás acerca de sus ideas, hasta que, llegada a la estación de la vida en que todos los seres racionales trazan sobre el campo de la fantasía la senda de su porvenir, tomó el velo de esposa de Jesucristo, con la fría mansedumbre de quien no imagina siquiera el derecho ni la posibilidad de intervenir en sus propias acciones. Decimos más: como doña Isabel no podía comprender en aquel tiempo toda la significación de los votos que acababa de pronunciar (tan ignorante estaba todavía de lo que es el mundo y de lo que encierra el corazón humano), y, en cambio, podía discernir perfectamente (pues también ella pecaba de linajuda) las grandes ventajas que su profesión reportaría al esplendor de su nombre, resultó que se hizo monja con cierta ufanía**[10]**, ya que no con franco y declarado regocijo.

Pero corrieron los años, y sor Isabel, que se había criado mustia, y endeble, y que al tiempo de su profesión era, si no una niña, una mujer tardía o retrasada, desplegó de pronto la lujosa naturaleza y peregrina hermosura que ya hemos admirado, y cuyos hechizos no valían nada en comparación de la espléndida primavera que floreció simultáneamente en su corazón y en su alma. Desde aquel día la joven Comendadora fue el asombro y el ídolo de la Comunidad y de cuantas personas entraban en aquel convento cuya regla es muy laxa, como la de todos los de su Orden. Quién comparaba a sor Isabel con Rebeca, quién con Sara, quién con Ruth, quién con Judith… El que afinaba el órgano la llamaba *Santa Cecilia*; el despensero, *Santa Paula*; el sacristán, *Santa Mónica*; es decir, que le atribuían juntamente mucho parecido con santas solteras, viudas y casadas…

Sor Isabel registró más de una vez la *Biblia* y el *Flos Sanctorum* para leer la historia de aquellas heroínas, de aquellas reinas, de aquellas esposas, de aquellas madres de familia con quienes se veía comparada, y, por resultas de tales estudios, el engreimiento, la ambición, la curiosidad de mayor vida germinaron en su imaginación con tanto ímpetu, que su director espiritual se vio precisado a decirle muy severamente que «el rumbo que tomaban sus ideas y sus afectos era el más a propósito para ir a parar en la condenación eterna».

La reacción que se operó en sor Isabel al escuchar estas palabras fue instantánea, absoluta, definitiva. Desde aquel día nadie vio en la joven más que una altiva ricahembra, infatuada de su estirpe, y una virgen del Señor, devota, mística, fervorosa hasta el éxtasis y el delirio, la cual incurría en tales exageraciones de mortificación y entraba en escrúpulos tan sutiles, que la Superiora y su propia madre tuvieron que amonestarla muchas veces, y aún el mismo confesor se veía obligado a tranquilizarla, además de no tener de qué absolverla.

¿Qué era, en tanto, del corazón y del alma de la Comendadora, de aquel corazón y de aquella alma cuya súbita eflorescencia fue tan exuberante?

No se sabe a punto fijo.

Sólo consta que, pasados cinco años (durante los cuales su hermano se casó, y tuvo un hijo, y enviudó), sor Isabel, más hermosa que nunca, pero lánguida como una azucena que se agosta, fue trasladada del convento a su casa, por consejo de los médicos y merced al gran valimiento de su madre, a fin de que respirase allí los salutíferos aires de la Carrera del Darro, único remedio que se encontró para la misteriosa dolencia que aniquilaba su vida. A esta dolencia le llamaron unos *excesivo celo religioso*, y otros *melancolía negra*: lo cierto es que no podían clasificarla entre las enfermedades físicas sino por sus resultados, que eran una extrema languidez y una continua propensión al llanto.

La traslación a su casa le volvió la salud y las fuerzas, ya que no la alegría; pero como por entonces ocurriera la muerte de su hermano Alfonso, de quien sólo quedó un niño de tres años, alcanzóse que la Comendadora continuase indefinidamente con su casa por clausura, a fin de que acompañara a su anciana madre y cuidase a su tierno sobrino, único y universal heredero del Condado de Santos.

Con lo cual sabemos ya también quién era el rapazuelo que estaba rompiendo el libro de heráldica sobre la alfombra, y sólo nos resta decir, aunque esto se adivinará fácilmente, que aquel niño era el alma, la vida, el

amor y el orgullo, a la par que el feroz tirano de su abuela y de su tía, las cuales veían en él, no sólo una persona determinada, sino la única esperanza de propagación de su estirpe.

III

Volvamos ahora a contemplar a nuestros tres personajes, ya que los conocemos interior y exteriormente.

El niño se levantó de pronto, tiró los restos del libro, y se marchó de la sala, cantando a voces, sin duda en busca de otro objeto que romper, y las dos señoras siguieron sentadas donde mismo las dejamos hace poco; sólo que la anciana volvió a su interrumpida lectura, y la Comendadora dejó de pasar las cuentas del rosario.

¿En qué pensaba la Comendadora?

¡Quién sabe!…

La primavera había principiado…

Algunos canarios y ruiseñores, enjaulados y colgados a la parte afuera de los balcones de aquel aposento, mantenían no sé que diálogos eon los pajarillos de ambos sexos que moraban libres y dichosos en las arboledas de la Alhambra, a los cuales referían tal vez aquellos míseros cautivos tristezas y aburrimientos propios de toda vida sin amor…

Las macetas de alhelíes, mahonesas[11] y jacintos que adornaban los balcones, empezaban a florecer, en señal de que la Naturaleza volvía a sentirse madre…

El aire, embalsamado y tibio, parecía convidar a los enamorados de las ciudades con la afable soledad de las campiñas o con el dulce misterio de los bosques, donde podrían mirarse libremente y referirse sus más ocultos pensamientos…

Sonaban, por lo demás, en la calle los pasos de gentes que iban y venían a merced de los varios afanes de la existencia; gentes que siempre son consideradas venturosas y muy dignas de envidia por aquellos que las vislumbran desde la picota de sus propios dolores…

A veces se oía alguna copla de fandango, con que aludía a sus domingueras aventuras tal o cual fámula de la vecindad, o con que el aprendiz del próximo taller mataba el tiempo, mientras llegaba la infalible *noche* y con ella la concertada *cita*…

Percibíanse, además, en filosófico concierto, los perpetuos arrullos del agua del río, el confuso rumor de la capital, el compasado golpe de una péndola[12] que en el salón había, y el remoto clamor de unas campanas que lo mismo podían estar tocando a fiesta que a entierro, a bautizo de recién nacido que a profesión de otra Comendadora de Santiago…

Todo esto, y aquel sol que volvía en busca de nuestra aterida zona, y aquel pedazo de firmamento azul en que se perdían la vista y el espíritu, y aquellas torres de la Alhambra, llenas de románticos y voluptuosos recuerdos, y los árboles que florecían a su pie como cuando Granada era sarracena…; todo, todo debía de pesar de un modo horrible sobre el alma de aquella mujer de treinta años, cuya vida anterior había sido igual a su vida presente, y cuya existencia futura no podía ser ya más de una lenta y continua repetición de tan melancólicos instantes…

* * *

La vuelta del niño a la sala sacó a la Comendadora de su abstracción e hizo interrumpir otra vez a la condesa su lectura.

—¡Abuela! —gritó el rapaz con destemplado acento—. El italiano que está componiendo el escudo de piedra de la escalera acaba de decirle una cosa muy graciosa al viejo de Madrid que pinta los techos. ¡Yo la he oído, sin que ellos me vieran a mí, y como yo entiendo ya el español chapurrado que habla el escultor con el pintor, me he enterado perfectamente! ¡Si supieras lo que le ha dicho!

—Carlos… —respondió la anciana con la blandura equívoca de la cobardía—: os tengo recomendado que no os acerquéis nunca a esa clase de gentes. ¡Acordaos de que sois el conde de Santos!

—¡Pues quiero acercarme! —replicó el niño—. ¡A mí me gustan mucho los pintores y los escultores, y ahora mismo me voy otra vez con ellos!…

—Carlos… —murmuró dulcemente la Comendadora—. Estáis hablando con la madre de vuestro padre. Respetadla como él la respetaba y yo la respeto…

El niño se echó a reír, y prosiguió:

—Pues verás, tía, lo que decía el escultor… ¡Porque era de ti de quien hablaba!…

—¿De mí?

—¡Callad, Carlos! —exclamó la anciana severamente.

El niño siguió en el mismo tono y con el mismo diabólico gesto:

—El escultor le decía al pintor: «*Compañero, ¡qué hermosa debe de estar desnuda la Comendadora! ¡Será una estatua griega!*». ¿Qué es una estatua griega, tía Isabel?

Sor Isabel se puso lívida, clavó los ojos en el suelo y empezó a rezar.

La condesa se levantó, cogió al conde por un brazo y le dijo con reprimida cólera:

—¡Los niños no oyen esas cosas ni las dicen! Ahora mismo se irá el escultor a la calle. En cuanto a vos, ya os dirá el padre capellán el pecado que habéis cometido y os impondrá la debida penitencia…

—¿A mí? —dijo Carlos—. ¿El señor cura? ¡Soy yo más valiente que él y lo echaré a la calle, mientras que el escultor se quedará en casa! ¡Tía! —continuó el niño, dirigiéndose a la Comendadora—, yo quiero verte desnuda…

—¡Jesús! —gritó la abuela, tapándose el rostro con las manos.

Sor Isabel no pestañeó siquiera.

—¡Sí, señora! ¡Quiero ver desnuda a mi tía! —repitió el niño, encarándose con la anciana.

—¡Insolente! —gritó ésta, levantando la mano sobre su nieto.

Ante aquel ademán, el niño se puso encarnado como la grana, y, pateando de furor, en actitud de arremeter contra la condesa, exclamó nuevamente con sordo acento:

—¡He dicho que quiero ver desnuda a mi tía! ¡Pégame, si eres capaz!

La Comendadora se levantó con aire desdeñoso, y se dirigió hacia la puerta, sin hacer caso alguno del niño.

Carlos dio un salto, se interpuso en su camino y repitió su tremenda frase con voz y gesto de verdadera locura.

Sor Isabel continuó marchando.

El niño forcejeó por detenerla, no pudo lograrlo y cayó al suelo, presa de violentísima convulsión.

La abuela dio un grito de muerte, que hizo volver la cabeza a la religiosa.

Ésta se detuvo espantada al ver a su sobrino en tierra, con los ojos en blanco, echando espumarajos por la boca y tartamudeando ferozmente:

—¡Ver desnuda a mi tía!…

—¡Satanás!… —balbuceó la Comendadora, mirando de hito en hito a su madre.

El niño se revolcó en el suelo como una serpiente, púsose morado, volvió a llamar a su tía y luego quedó inmóvil, agarrotado, sin respiración.

—¡El heredero de los Santos se muere! —gritó la abuela con indescriptible terror—. ¡Agua! ¡Agua! ¡Un médico!

Los criados acudieron, y trajeron agua y vinagre.

La condesa roció la cara del niño con una y otra cosa; dióle muchos besos; llamóle ángel; lloró, rezó, hízole oler vinagre sólo… Pero todo fue completamente inútil. El niño se estremecía a veces como los energúmenos, abría unos ojos extraviados y sin vista, que daban miedo, y volvía a quedarse inmóvil.

La Comendadora seguía parada en medio de la estancia en actitud de irse, pero con la cabeza vuelta atrás, mirando atentamente al hijo de su hermano.

Al fin pudo éste dejar escapar un soplo de aliento y algunas vagas palabras por entre sus dientes apretados y rechinantes…

Aquellas palabras fueron…

—Desnuda… mi tía…

La Comendadora levantó las manos al cielo y prosiguió su camino.

La abuela, temiendo que los criados comprendiesen lo que decía el niño, gritó con imperio:

—¡Fuera todo el mundo! Vos, Isabel, quedaos.

Los criados obedecieron llenos de asombro. La Comendadora cayó de rodillas.

—¡Hijo mío!… ¡Carlos!… ¡Hermoso! —gimió la anciana, abrazando lo que parecía ya el cadáver de su nieto—. ¡Llora!… ¡Llora!… ¡No te enfades!… ¡Será lo que tú quieras!

—¡Desnuda! —dijo Carlos en un ronquido semejante al estertor del que agoniza.

—¡Señora!… —exclamó la abuela, mirando a su hija de un modo indefinible—, el heredero de los Santos se muere, y con él concluye nuestra casa.

La Comendadora tembló de pies a cabeza. Tan aristócrata como su madre y tan piadosa y casta como ella, comprendía toda la enormidad de la situación.

En esto, Carlos se recobró un poco, vio a las dos mujeres, trató de levantarse, dio un grito de furor y volvió a caer con otro ataque aún más terrible que el primero.

—¡Ver desnuda a mi tía! —había rugido antes de perder nuevamente el movimiento.

Y quedó con los puños crispados en ademán amenazador.

La anciana se santiguó; cogió el libro de oraciones y dirigiéndose hacia la puerta, dijo al paso a la Comendadora, después de alzar una mano al cielo con dolorosa solemnidad:

—Señora…, ¡Dios lo quiere!

Y salió, cerrando la puerta detrás de sí.

IV

Media hora después, el conde de Santos entró en el cuarto de su abuela, hipando, riendo y comiéndose un dulce —que todavía mojaban algunas gotas del pasado llanto—, y sin mirar a la anciana, pero dándole con el codo, díjole en son ronco y salvaje:

—¡Vaya si está gorda… mi tía!

La condesa, que rezaba arrodillada en un antiguo reclinatorio, dejó caer la frente sobre el libro de oraciones, y no contestó ni una palabra.

El niño se marchó en busca del escultor, y lo encontró rodeado de algunos Familiares del Santo Oficio, que le mostraban una orden para que los siguiese a las cárceles de la Inquisición, «*como pagano y blasfemo*, según denuncia hecha por la señora condesa de Santos».

Carlos, a pesar de toda su audacia, se sobrecogió a la vista de los esbirros del formidable Tribunal, y no dijo ni intentó cosa alguna.

V

Al oscurecer se dirigió la condesa al cuarto de su hija, antes de que encendiesen luces, pues no quería verla, aunque deseaba consolarla, y se encontró con la siguiente carta, que le entregó la camarera de sor Isabel:

> «Mi muy amada madre y señora:
>
> Perdonadme el primer paso que doy en mi vida sin tomar antes vuestra venia; pero el corazón me dice que no lo desaprobaréis.
>
> Regreso al convento, de donde nunca debí salir y de donde no volveré a salir jamás. Me voy sin despedirme de vos, por ahorraros nuevos sufrimientos.

Dios os tenga en su santa guarda y sea misericordioso con vuestra amantísima hija.

Sor Isabel de los Ángeles».

No había acabado la anciana de leer aquellos tristísimos renglones, cuando oyó rodar un carruaje en el patio de la casa y alejarse luego hacia la plaza Nueva…

Era la carroza en que se marchaba la Comendadora.

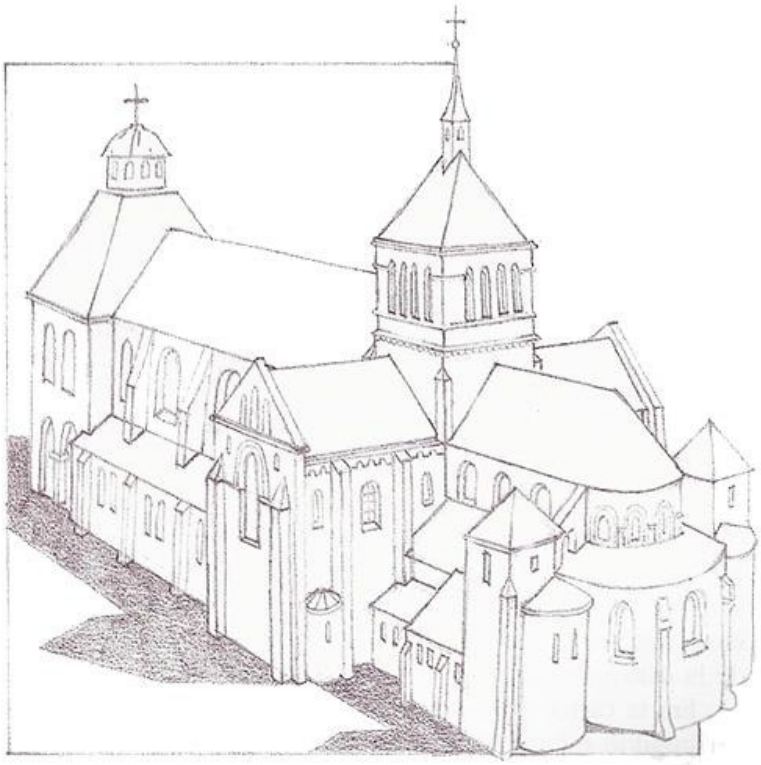
VI

Cuatro años después, las campanas del convento de Santiago doblaron por el alma de sor Isabel de los Ángeles, mientras que su cuerpo era restituido a la madre tierra.

La condesa murió también al poco tiempo.

El conde Carlos pereció sin descendencia, al cabo de quince o veinte años, en la conquista de Menorca, extinguiéndose con él la noble estirpe de los condes de Santos.

Granada, 1868.



Novela natural

I

EN Madrid, hace dos o tres años, una tarde en que tan pronto llovía como salía el sol (pues, aunque terminaba mayo, duraban todavía los lloriqueos primaverales, graciosos como todo lo que pertenece a la juventud, y no desconsolados y monótonos como las feas lluvias del lúgubre noviembre); esa tarde, decimos, a cosa de las cuatro, veíase en medio de la plaza de Santa Ana una cartera de bolsillo, o, por decir mejor, un librito de memorias, sobre cuyo forro se leía la palabra francesa Notes.

El librito yacía en mitad del suelo, demostrando claramente que se le había perdido a algún transeúnte: habría sido lujoso, pero estaba muy estropeado su forro de piel de Rusia color de avellana: cerrábase por medio de un brochecito dorado, de esos que se abren con la uña del dedo pulgar, y, en fin, sería poco más grande que un naipe y algo más pequeño que una esquela de entierro doblada en la forma en que *se suplica el coche*.

No sabemos el tiempo que llevaría de estar allí aquel objeto, cuando, por la parte septentrional de la calle del Príncipe, apareció una honrada señorita, que ya *filiaremos*, custodiada por un criado de aspecto decoroso; la cual cruzó diagonalmente la plaza, como dirigiéndose a la del Ángel, viniendo a pasar precisamente por el sitio en que yacía el librito de memorias. Violo; miró en torno suyo buscando al que lo hubiese perdido, y como no descubriera alma viviente delante ni detrás de sí (pues lloviznaba a la sazón, y, además, en tal mes y a tales horas no hay casi nunca gente en aquella explanada), hizo que el criado se lo alargase; interpuso pulcramente el pañuelo entre la piel de Rusia del libro y la piel de Suecia del guante, y siguió su camino, exhibiendo en cierto modo, o sea, dejando ver a los transeúntes, aquel hallazgo, por si alguno era su dueño, y resuelta, en último caso, a hacer anunciar el lance en el *Diario de Avisos* o en *La Correspondencia de España*.

Y ésta es la ocasión de *filiar*, como hemos prometido, a la honrada señorita, en tanto que llega a su casa, situada en la calle de Carretas.

Ya se nos han escapado cuatro importantísimos datos de su biografía, a saber: que no estaba ni había estado casada, puesto que la hemos llamado *señorita*; que pertenecía, cuando menos, a lo más elegante de la clase media (por lo de *señorita* y por lo del criado); que vivía en la calle de Carretas, y que era honrada, cosa esta última que, dicho sea entre paréntesis, no tiene nada de particular.

Antes de seguir adelante debemos advertir al lector que la que ya puede llamarse *nuestra heroína* no hace otro papel en la presente historia que leer el mencionado librito y permitirse algunos comentarios acerca de sus apuntaciones, y que luego la dejaremos en libertad de seguir su vida privada, como Dios se la depare, sin meternos a decir al público si se casó, si murió soltera o si se hizo monja. Excusado, pues, parecerá acaso que retratemos minuciosamente a esta joven sin historia *conocida*, que va a ser para nuestros lectores ni más ni menos que cualquiera otra de las mil mujeres que hallamos diariamente en la calle y olvidamos para siempre a los dos minutos de verlas. Pero, por eso mismo, esto es, cediendo al melancólico encanto que dejan en *ciertas* almas, durante esos dos minutos, todas las *desconocidas* notables que le salen al paso; por eso mismo, es decir, para que los mejor organizados de vosotros experimentéis tan patética emoción, que resume el misterio doloroso y grato de la existencia humana; por eso, y para que todos sepan que, además de las que figuran en los libros, hay en el mundo mujeres *desocupadas* que pudieran *realizar novelas* semejantes a las escritas (como en los almacenes de muebles hay camas y sillas en que no se ha acostado ni sentado nadie, y que, o se romperán allí, sin que nunca sirvan para nada, o se convertirán en ajuares de trágicas o cómicas familias); por todo lo apuntado, repetimos, vamos a hacer una prolija y circunstanciada descripción de la señorita honrada que cruzó una tarde lluviosa por la plaza de Santa Ana, bajo la custodia de un criado, y que se encontró el susodicho libro de memorias.

Doña Juana López García (así se llamaba la señorita) —hija de don Antonio y doña Josefa, propietaria ésta de unas viñas de Andújar, que producían, por término medio, 45.000 reales anuales, y consejero de Estado o director en el Ministerio de Hacienda aquél, siempre que era Gobierno cierto partido, lo cual ya le había asegurado, para los días de desgracia de sus amigos políticos, una cesantía de 24.000 reales, también anuos, que cobraba el don Antonio, sin más trabajo que desear, esperar y anunciar la caída del Gabinete— acababa de cumplir veintidós años; era morena esclarecida, más bien alta que baja, ni delgada ni gruesa, y tenía: ojos y pelo, negros; incipientes y anilladas patillas; boca pequeña y roja, que sonreía con gracia y dejaba ver unos dientes irreprochables; mejillas levemente coloradas; manos, pálidas y chicas, con los dedos puntiagudos y las uñas como hojas de rosa de pitiminí; cintura, seno y hombros, admirablemente proporcionados; pie, menudo y firme, o sea, alto de empeine, y voz de *mezzosoprano*, tan propia para la blandura del ruego como para la gravedad de la narración.

Juanita era hija única: poseía muy buena ropa y sabía llevarla; prefería los colores poco vistosos, y su lujo principal consistía en una escrupulosísima limpieza y en armonizar, sin aparentes pretensiones, pero con sumo rigor artístico, todo lo que constituía su traje. Mucho blanco y negro; mucho gris; mucho puño y cuello liso; mucho oro y poca labor en sus contadísimas joyas; oportunas hebillas de acero; nunca miriñaque… Tales eran las reglas de su indumentaria. Tenía, además, gustos ingleses en el tocador y en el escritorio, guerra declarada al lodo de las calles (de tal manera, que antes dejaba ver el arranque de su soberana pierna que mancharse la fimbria[13] de las faldas), doncella francesa a su servicio y tres habitaciones en la casa paterna para su exclusivo uso: gabinete, alcoba y tocador, todo reunido y con vistas a un anchuroso patio.

Juana era seria y alegre; más claro: no era casquivana ni melancólica. *Seria* quiere decir noble y juiciosa; *alegre* quiere decir graciosa y apacible. Era feliz, en una palabra, y como que irradiaba su propia felicidad en torno suyo. No había tenido novio todavía, aunque la habían pretendido muchos jóvenes casquivanos o melancólicos, ni serios ni alegres. Era instruida y religiosa; madrugaba: oía misa… los días de precepto, y no maquinal, rutinaria, ostentosa ni coquetamente, sino con la mayor formalidad, como se cumplen los grandes deberes naturales, como amamos y honramos a nuestros padres y maestros: prefería el Retiro a la Fuente Castellana, y leía libros dulces, ligeros y castos. Los libros románticos, desconsolados y desconsoladores, le hacían reír, pues no comprendía que hubiese dolor sin consuelo: los libros audaces y filosóficos la fatigaban inútilmente, pues no aprendía en ellos nada tan grato, tan absoluto, tan natural como su mansa obediencia católica; y los libros que contradecían en algo las buenas costumbres le repugnaban como las personas de mala educación. Nunca, pues, acabó de leer obra que no fuese parecida a *I Promessi sposi*[14] o a *Pablo y Virginia*[15]. Hablaba el italiano y el francés; tocaba el piano; no cantaba; sabía coser y guisar, pero ni guisaba ni cosía. Era muy caritativa, y daba la limosna ocultando a la par sus lágrimas y el dinero. Montaba a caballo. Estaba abonada a butaca en el Teatro Real. Para su padre, que rayaba en los sesenta años, era un amigo. Juntos iban de paseo, a caballo o a pie; juntos al teatro, juntos al Museo de Pintura. A la iglesia iba siempre con su santa y padecida madre, que salía mucho menos. A las tiendas llevaba carta blanca y la compañía de un antiguo y respetuoso criado. Finalmente, Juana era un ídolo para sus padres, una especie de adorada nieta para su confesor, y

una buena muchacha (de quien nunca se habría murmurado) para la vecindad y para el público.

Ahí tenéis retratada de cuerpo entero y de tamaño natural a la mujer que se encontró el librito de memorias.

Juana llegó a su casa; besó a su madre; le enseñó unas ligeras compras que había hecho; se enteró de que su padre estaba en el Congreso; trocó su traje de calle por otro de casa; contó a su madre el hallazgo de la cartera, en lo que la buena señora opinó también que debía anunciarse el caso en *La Correspondencia*, salvo la opinión del padre, y, encerrándose entonces la joven en su gabinete particular, sentóse en una butaquita baja; arrellanó y acomodó en ella su hermosísimo cuerpo, como quien toma postura para largo rato; mostró de resultas, y sin advertirlo, sus preciosos pies, calzados ya con orientales chapines de terciopelo, y abrió indiferentemente y como por humorada el misterioso álbum de bolsillo.

Constaría éste de unas cien hojas, de las cuales más de la mitad estaban en blanco; las restantes contenían notas escritas con lápiz o con tinta, sin orden ni concierto y en variedad de letras, que se conocía eran de una misma mano, pero que habían sido trazadas unas despacio, otras de prisa, unas de pie y otras en más cómoda postura.

Toda mujer tiene algo de Eva. Juanita era mujer, y, por consiguiente, curiosa. No se le ocultó que sólo su padre debía leer aquellas apuntaciones, y esto… con el mero fin de ver si contenían el nombre de su autor… ¡Pero era tan leve, tan venial la falta!…

Leyó, pues, la primera hoja.

II

La primera hoja, escrita con lápiz, decía de esta manera:

Sastre.
Retratos
Bolsa de viaje.
Cementerio.
Carta de vecindad[16]
Cigarros.
Fósforos.
Letra.
Guardapelo
Calzado.
Gorra
Sortija
Maleta

Juanita no pudo menos de quedarse pensativa, después de leer esta lista de quehaceres.

Su viva imaginación vio dibujarse en seguida, al través de aquellas palabras incoherentes, la figura moral y social del que las había escrito. Volvió, pues, a leerlas más despacio, y entonces sintió caer sobre su alma la vaga melancolía que inspira el ser humano cuando se le considera remota o mediatamente, cuando lo envuelve la atmósfera del misterio, cuando desconocemos sus vulgares circunstancias. Y es que, en este caso, el destino de aquella persona tiene algo de genérico, y parécenos que su vida puede servir de explicación a la nuestra. Resolución ajena del problema propio, experimento *in anima vili*[17]; misericordia; fraternidad…; llamadlo como queráis; pero el fenómeno es constante; esa melancolía existe.

He aquí ahora cómo glosó la imaginación de Juanita (sin que Juanita se advirtiera del comentario que hacía su imaginación) aquellas, al parecer, inconexas palabras.

—«*Sastre*…» —se dijo—. El dueño de esta cartera es hombre, y un hombre elegante, o, cuando menos, un joven en edad de merecer…

—«*Retratos*…». ¿Suyos o ajenos? ¿Retratos que recoger, o retratos que repartir?

—«*Bolsa de viaje*…». El joven se disponía a viajar. Lo del sastre significa que se equipaba para una expedición importante, y lo de los *retratos* prueba que su viaje iba a ser largo, por la distancia o por el tiempo, y que se había retratado a fin de dejar su imagen a algunas personas queridas. Tenía, pues, que ir a recogerlos a casa del fotógrafo. ¡Luego había fotógrafo en el punto que el joven iba a dejar! ¿Qué punto sería éste? ¿Habrá salido de Madrid para América? ¿Y por qué se me ocurre un lugar tan lejano? Puede haber ido empleado a una provincia… También puede haber salido de una provincia (de una capital, puesto que hay en ella fotógrafo), y estar en Madrid. ¿Por qué no ha de ser Madrid el término de su viaje?

—«*Cementerio*…». Esta palabra revela excelente corazón. El joven es un buen hijo, o un buen… viudo, o un buen amante… póstumo. ¡No quería marchar sin despedirse de un muerto querido, o de una muerta adorada!… Esto es claro, y tierno, y más interesante de lo que yo me prometía al encontrarme la cartera.

—«*Carta de vecindad*…». Laudable previsión, que demuestra orden en la vida, formalidad, juicio… Lo mismo hubiera hecho yo en su caso.

—«*Cigarros*…». Fuma… ¡Hace bien! ¡Los hombres deben ser hombres!

—«*Fósforos*…». ¡Nada se le olvida!

—«*Letra*…». Me alegro de que tenga…, de que tuviera recursos. ¿De cuánto sería esta letra? ¡Pobres hombres! ¡Siempre llenos de cuidados! Ellos tienen que procurar para sí y para nosotras… De buena gana (suponiendo que esta letra fuese de menos cantidad de la que él necesitara) hubiera yo aumentado con mis ahorros el capital del previsor viajero. ¡Cuántos afanes le costaría, quizá, reunir la suma representada por aquella letra! Y, ¿quién sabe si ya la habrá gastado toda?

—«*Guardapelo*…». Aquí aparece una mujer que le da pelo la víspera de la separación… ¡Indudablemente, el dueño de la cartera era joven, y cuando escribió esto, amaba!… ¿Ama todavía? Se separó de ella… ¿La ha vuelto a ver? ¿Llevará consigo el guardapelo que compró aquel día y en que encerró un bucle de su amada? ¡Ojalá hayan sido felices estos amantes! ¡Ojalá lo sean! Pero ¿sería su novia, o sería…? ¡Adelante!

—«*Calzado*…». ¿Lo llevaría puesto cuando perdió el libro? ¿Tendrá bonito pie? ¿Será verdaderamente elegante? ¿Será guapo? ¿Me gustaría a mí si lo viera? ¿Lo habré visto alguna vez?

—«*Gorra*…». ¡Para el viaje, sin duda! Supongo que viajó solo… Si yo hubiera viajado también, y me hubiese encontrado con él en diligencia o en un mismo vagón, quizá lo habría mirado con indiferente desvío… Es casi seguro… ¡Y hoy me interesa este hombre! ¿Por qué? ¡Ah! Lo comprendo. ¡Porque estoy oyendo un monólogo suyo; porque he sorprendido su confesión; porque estoy asomada a su alma; porque he visto esta alma antes que su cuerpo, antes que la sospechosa figura del comediante del teatro social!

—«*Sortija*…». ¡Esto se agrava! ¿Por qué regala una sortija? ¡Semejante regalo, si se hace por un soltero a una soltera, equivale a unos desposorios!… Decididamente, nuestro hombre tiene dueño; no se pertenece, es de *otra*, ¡y yo he hecho mal en encontrarme…, digo, en leer estos apuntes! ¡Tampoco tiene perdón su descuido! ¡Extraviar una cartera que no es suya por completo! Pero ¿y si la sortija es para él? ¿Y si se la estaban componiendo, y sólo tenía que recogerla?… ¡Oh!, no. ¡La *sortija* era para *ella*!… ¡La sortija es hermana del *guardapelo* y de los *retratos*! En el fondo de todo ello hay una despedida amorosa de las más tiernas, solemnes e importantes… Pero ¿cuánto tiempo hará que escribió esta hoja? ¡Vamos despacio! ¿Acaso tengo que hacer otra cosa que leerme toda la cartera?

—«*Maleta*…». ¡Ya estoy deseando que eche andar y cambie de pueblo! Pero ¿y si salía de Madrid? ¿Y a mí qué me importa? ¡Pues no estoy poco

preocupada con el tal librito! Volvamos la hoja, a ver si se aclaran tantos enigmas…

En la segunda hoja había esta otra lista de quehaceres:

DESPEDIDAS

Federico	*Marquesa*
Las de Gómez	*Don Manuel*
Casino	*Mis primas*
Señor cura	*Pepa*
Ramona	*Juan*
Lolilla	*Ella*
Botica	

Juanita experimentó un indefinible malestar al leer tantos nombres, y, sobre todo, el *pronombre* que servía de remate a la lista. Dijérase que ya deseaba que no se aclarasen demasiado las *incógnitas*… Y en verdad, ¿qué interés podrían ofrecerle aquel librito y aquel hombre desde el punto y hora en que la biografía y la novia de éste le fuesen tan conocidas como las de cualquiera de los jóvenes que solían visitarla? ¡Lo indeterminado, lo anónimo, lo de aprovechamiento común para las ilusiones de una imaginación descontentadiza…; he aquí lo único interesante para nuestra amiga Juana!… Pudo más en ella, sin embargo, la curiosidad que el miedo a un desencanto absoluto, y continuó en su temerario examen.

—«*Federico*… —pensó, volviendo a repasar aquella lista—. Este Federico sería el amigo íntimo del joven en la población de que acaba de llegar… También pudiera ser su hermano, y ¡hasta quién sabe si un cuñado futuro!… Ya veremos…

—»*Las de Gómez*…». Poco menos que nada… ¡Algunas solteronas amigas de su madre, de las que el pobre tendría que despedirse por pura condescendencia!… ¡No me importan estas señoras *de Gómez*!

—»*Casino*…». ¡Malo! ¿Si será jugador?… De cualquier modo, no es en los casinos donde los hombres ganan ni aprenden cosa buena… Sin embargo, en varios de ellos suele haber biblioteca, gabinete de lectura, revistas nacionales y extranjeras… En fin, ¡pase!…, aunque el dato es algo sospechoso.

—»*Señor cura*…». ¡Esto me agrada! ¡Celebro que se despida de un sacerdote a quien nombre con tanto respeto! Pero ¿quién sabe? ¡Acaso el joven *necesitaba* una partida de bautismo!… ¡Tal vez se trata aquí de un casamiento secreto a la hora de marchar!… No olvidemos lo de la sortija…

—»*Ramona*…». Si más adelante no se hablase de una *ella*…, esta Ramona me daría más que pensar. Pero Ramona no es ella; Ramona es una amiga de la amada, o una amada de segunda clase; tal vez una confidente; puede que una parienta; quizá una hermana casada…

—»*Lolilla*…». Véase una circunstancia que me enamora. Ésta es una graciosa niña, una de esas amistades en miniatura, uno de esos amorcillos en capullo, una de esas adoraciones hacia un ángel, que denotan bondad y dulzura en el alma de los jóvenes que se consagran a tan puro, inocente y delicado culto. Lolilla debe tener diez años cuando más, y ser hija de la casa que más frecuentaba el joven en aquel pueblo. ¡Acaso será la hermana menor de *ella*!

—»"*Botica*…". No lo dudo. Aquí se trata de una de esas tertulias diurnas que tanto abundan en las provincias, tertulia de antes y de después de comer, o sea, de por la mañana y de por la tarde; tertulia de hombres solos; tertulia política, minera o cazadora, en que se juega a las damas o al ajedrez, y a la que van a confluir incidentalmente todas las noticias, todos los cuentos, todas las murmuraciones de la ciudad… Convengamos, pues, en que nuestro héroe no iba a la *botica* por medicamentos.

—»*Marquesa*…». ¡Otra prueba de que el joven es distinguido y elegante! Por lo demás, la Marquesa puede ser la madre de *Lolilla*. Desde luego, tenía tertulia…, o, por mejor decir, recibía corte, y éste era de los predilectos. ¡Vaya una vida varia y complicada! Empiezo a descubrir inquietud y agitación en el espíritu de mi desconocido. Un hombre tan pródigo de sí propio, no podía ser feliz… ¿Qué digo? ¡No lo era, en el mero hecho de huir tanto de sí mismo para distribuirse entre los demás, o para alimentarse de existencias ajenas!

—»*Don Manuel*…». Una amistad heredada de su padre; un tutor, un curador, un consejero… Empiezo a creer que el joven es huérfano… ¡Cómo lo voy conociendo ya!

—»"*Mis primas*…". ¡Ah! ¡Las primitas! ¡Parentesco hipócrita, equívoco, ocasionado al amor! Este parentesco cambia de naturaleza, según que los consanguíneos se agradan más o menos. Un primo feo es un insípido hermano; un primo bello es el más peligroso…, y puede ser el más adorado de los hombres. Pues lo mismo les pasa a los primos con las primas… Por

fortuna, la especie está aquí citada en plural…; y, sobre todo, no olvidemos que más adelante hay una ella por antonomasia.

—»“*Pepa…*”.

—»“*Juan*…”. Estos dos nombres me resultan opacos. Quizá será por su proximidad al que viene después. Supongamos cualquier cosa. *Pepa* puede haber sido su nodriza. Todo es de suponer en un hombre tan sensible y afectuoso como el que se retrata en esta cartera. Veamos, pues, en *Juan* a un antiguo criado, y lleguemos a la última apuntación…

—»“*Ella*…”. ¡Ningún nombre más claro, más diáfano, más expresivo que el de esta innominada! ¡*Ella* es *ella*! Pero ¿quién es *ella*?

Aquí el propio exceso de claridad impidió a la joven fijarse en conjeturas determinadas, y quedóse como sumida en sus propias ideas, sin poder deslindar ni escoger ninguna; al modo que nada ve, en fuerza de ver tanto, quien abre de pronto los ojos a un horizonte dorado por el sol.

Es decir, que el sol… de los amores deslumbró a Juanita, lo cual la honra; pues los ojos de una doncella bien nacida y bien criada no deben poder soportar de buenas a primeras los fulgores del astro de las almas.

Mucho tiempo permaneció así la joven, mirando y no viendo, o viendo y no pensando, o pensando de una manera informe…

De pronto reparó en su situación; y, como mujer fuerte que era, avergonzóse de aquella debilidad, de aquel espionaje, de aquella asomada al cercado ajeno, de aquella envidia que empezaba a roerle el corazón…, y volvió la hoja.

III

La hoja siguiente (que Juanita leyó de una tirada y sin entregarse a análisis ni reflexiones, pues empezaba a sentir un inexplicable mal humor), decía así:

ENCARGOS

«Cavatina de Hernani[18]*; calle del Príncipe, almacén de Carrafa».*

«Visita a la hermana de don Manuel, Jacometrezo, 16».

«Suscribir a LA ÉPOCA *a don Manuel: me dio el dinero».*

«Figurines a Pepa».

«Revólver para el Marqués. —Entregárselo a su sobrino».

«Clases pasivas. —Viudedad de mi prima».

«Monte de Piedad-Reloj de Federico.-Llevo la papeleta».

—Venía a Madrid… —fue lo único que pensó Juanita al acabar de leer aquella hoja—. Está en Madrid… —murmuró luego—, puesto que aquí acaba de perdérsele la cartera…

Y volvió la hoja…

La otra contenía sólo este apunte:

«Salí de Jaén el 8 de septiembre de 186…».

—¡Hace ocho meses! —pensó Juanita—. ¡Y es andaluz! Más adelante, después de unas hojas en blanco, leyó lo siguiente:

«Ministro…, calle Ancha de San Bernardo, número…». «General…, Luna, número…».

«Don Miguel…, plaza de Oriente, número…».

«Eduardo… Jacometrezo, número…».

—Vino a pretender… —reflexionó Juanita—. ¡Le compadezco!

La siguiente hoja decía:

«A Eduardo	*5.360».*
«Al Vizconde	*13.730».*
«El Conde me debe a mí.	*580».*

—¡Ha jugado! —exclamó la joven con terror y pena.

Y ajustó la cuenta y añadió:

—Perdió en una noche 18.310 reales. O, por mejor decir, quedó a deber esta cantidad, después de perder todo lo que tenía. ¡Voló la letra! Y no ha pagado, puesto que el apunte está sin borrar. ¡Desventurado joven!

«Escribí a C…, el 15 de diciembre».
«Le escribí de nuevo el 6 de enero».
«Concluí con C… el 18 de enero».

«La carta suya que rompí era del 15 de enero».

Juanita volvió a quedarse absorta y con los ojos clavados en el libro.

Mil sensaciones agitaron su corazón en un minuto, sin que se diera cuenta ni de una sola. Al fin exclamó para sí misma:

—¿Culpa de *ella* o culpa de *él*?

Seguían muchas hojas blancas. Luego venía esta nota, escrita con tinta en medio de una página, como una especie de epitafio:

«Se casó Carmen
el 23 de enero de 186…
R. I. P.».

Juanita sintió frío dentro de los huesos.

Luego encontró esta lista:

«Casa	*2.760».*
«Sastre	*2.300».*
«Zapatero	*460».*
«Guantero	*300».*
«Fonda	*680».*
«Fernando	*3.000».*
«Revendedor	*200».*

—¡Me da miedo esta cartera! —pensó Juanita, cerrando el libro, pero no sin dejar un dedo dentro, como registro del punto por donde iba.

Y resolvió no leer más, y cinco segundos después leía estas palabras, escritas por otra mano en la página siguiente:

«Domingo de Piñata. —Teatro Real—. A las cuatro de la madrugada».
«La Máscara blanca jura enseñarte la cara antes de un mes».
«La Máscara blanca».

Debajo había esta apuntación, de letra del joven de Jaén:

«La Máscara blanca llevaba una pulsera con estas iniciales: A. C.».

—¡Y, sin embargo, este joven no era malo! —se dijo Juanita—. La culpa ha sido de *ella*. La culpa es también de Madrid. La culpa es de la suerte, que

no puso en su camino a una mujer como yo. ¡El amigo de *Lolilla* y del señor cura; el que se despidió del *cementerio*; el que tan tiernamente se separó de *ella*…, era bueno, era sencillo, era digno!

Después de una pausa, la joven recorrió algunas hojas, y encontró estas líneas escritas acá y allá en diferentes páginas:

«El pagaré vence el 19 de mayo».

«El Director vive: Montera, número…».
«Sus padrinos son el Coronel y don Luis».

«Murió el señor cura el 10 de abril».

«Recibido de mis primas. 3.500
1.800
600».

«Vendí el cortijo en 30 de abril, en 80.000 reales».

Juanita respiró.

Luego encontró esta nota, que aumentó sus terrores:

«12 de mayo.—¡Noche horrible!
Debo al Coronel…… 27.000
" al Barón…… 115.000».

«Por la mañana me habían desengañado el Ministro y el Director».
«¡Día completo el de ayer!».

Juanita saltó algunas hojas sin reparar en lo que contenían, ansiosa de encontrar el desenlace de aquella tragedia.

Sus ojos se fijaron en esta nota, sólo porque tenía guarismos:

«Billete hasta Jaén…… 240
Ropa y calzado……800
Camino……100

……1.140».

—¡Se va! —exclamó la joven—. ¡Vaya con Dios! Pero ¿qué le aguarda en Jaén después de casada *ella*? ¡Y cuán pobre emprende su viaje! ¡Ochocientos reales para ropa y calzado! ¡Oh! ¿Y el pagaré del 19 de mayo? ¿Qué hará para satisfacerlo?

La hoja siguiente estaba toda escrita, y decía de este modo:

«Hoy, 17 de mayo, he jurado a la Máscara blanca *no quitarme la vida. Dióme lástima de ella, no de mí. Y eso que ella no me importa nada, ni puede importarme. Lo que no es bueno, no es digno de estimación, y esa mujer no es buena, puesto que me ama más que a la virtud, más que a sus deberes. Esa mujer es ingrata con otro, y su amor cae sobre mis heridas como una ponzoña que las envenena.*

Todos me han engañado; todos me han aconsejado mal; todos me han perdido. Ella (¡mi C…!), los poderosos que me ofrecieron ayuda, mis amigos, mis camaradas…, todos me han vendido negramente…, ¡todos, y yo también! ¡Yo me he desconocido a mí mismo, me he desoído; me he maltratado; me he hecho más mal que todos juntos!

¡Sueños de amor y felicidad! ¡Paz de la conciencia! ¡Inefable fruición de la justicia! ¡Noble ambición! ¡Varoniles esperanzas! ¡Entusiasmos de la juventud! ¿Dónde sois idos? ¿Dónde estáis ya? ¿Qué me resta sin vosotros?

Me resta un corazón más tierno, más ardiente, más sediento de amor y felicidad que el primer día… Pero ¿qué soy para el mundo? ¿Cómo apareceré a los ojos de los demás? ¡Cómo un calavera arruinado, como un jugador perdido!

Y, sin embargo, yo detesto el juego; yo jugué la primera vez por docilidad, por complacer a mis amigos, y luego, por desquitarme; por redimir lo que no podía perder, lo que necesitaba para vivir.

Mas ¿a qué viene el estampar aquí esta confesión? ¡Lo cierto es que me consuela y me alivia el hablar con estas mudas páginas, el confiarme a ellas, el mirarme tal cual soy en su fidelísimo espejo! Además, preveo mi próxima muerte, y quiero que el mundo pueda hacerme justicia leyendo todo lo que aquí escribo. Debo este desagravio a mi nombre, a la memoria de mis padres, a la familia que me queda en Jaén y a los amigos que tuve en Madrid, bien que todos éstos me hayan vuelto la espalda al verme sin dinero y sin alegría.

¡Oh, Dios mío, qué solo estoy!».

Tenemos la seguridad de que si Juanita hubiera sabido dónde vivía el dueño de la cartera, habría rogado a su padre que volase a su casa y lo librara

de las garras del suicidio, que ya se cernía sobre su cabeza…

Creemos más: creemos que Juanita, con su espíritu superior, había abarcado toda el alma de aquel joven, y hallándola muy digna de compasión, capaz de enmienda, merecedora de dicha, propia para hacer la felicidad de otras almas…

Pero continuemos.

Al librito le quedaban ya pocas hojas. En una de ellas había esta especie de codicilo, que completaba el testamento que acabamos de leer:

«El amor es un sueño del hombre. Cualquiera otra mujer me habría proporcionado el mismo desengaño que Carmen…».

—¡Mentira! —gritó Juanita, visiblemente agitada.

«Nunca había yo encontrado la mujer digna, tierna, generosa y resignada que hubiera podido hacerme dichoso. Una mujer así no existe…».

—¡Pobre loco! —respondió Juanita—. No hay nada tan de sobra como una mujer semejante.

«Ni ¿quién acogería a un hombre arruinado (continuaba diciendo el libro), a un hombre que sólo podría ya vivir a costa de su trabajo, como un jornalero?…».

—¡Necio sin fe! ¡Yo te acogería siempre que fuera verdad tu arrepentimiento!…

No había acabado de formular Juanita aquella frase, cuya sublime vehemencia enrojeció su rostro, cuando sus ojos encontraron los siguientes renglones, que la hicieron palidecer horriblemente:

«¡Pobre Lolilla! ¡Cómo va a llorarme!

Advierto a cierta Máscara blanca que su actual situación con E… me releva del juramento que le hice de vivir.

¡Dios tenga piedad de mi alma, tratada tan sin piedad en este mundo!

¡Yo mismo me doy la muerte!

JULIO DE CÁRDELA».

Aquí concluía el libro.

Juanita buscó en las hojas restantes, y no encontró nada.

Entonces dio un grito, y reparó en que estaba llorando…

Trémula y convulsa levantóse y corrió hacia el gabinete de su madre…; pero, al pasar por el recibimiento, se encontró con su padre, que entraba de vuelta de paseo.

—¡Ah, papá!… —exclamó fuera de sí.

—¿Qué es esto, hija mía? ¿Qué pasa? —gritó el anciano, lleno de terror al ver a Juanita en aquel estado.

—¡Julio de Cárdela!… ¿No sabe usted?…

—¿Qué? ¿Le conocías?

—¿Cómo?

—Acaba de levantarse la tapa de los sesos con un revólver en medio de la Puerta del Sol, delante de cien personas. ¡No hay ejemplo de un suicidio tan escándaloso, tan cruel, tan repugnante! Yo he visto el cadáver en el patio del Principal, donde lo han depositado provisionalmente. Un caballero de Jaén ha reconocido en el suicida a un paisano suyo, y ha dicho su nombre… ¡Qué barbaridad! ¡Te digo que aquel espectáculo me ha conmovido mucho!… Pero, tú, hija mía, ¿por qué lloras? ¿Conocías, acaso, a ese joven?

Juanita guardó silencio, y entregó a su padre el librito de memorias. La pobre niña no podía hablar: la ahogaban los sollozos.

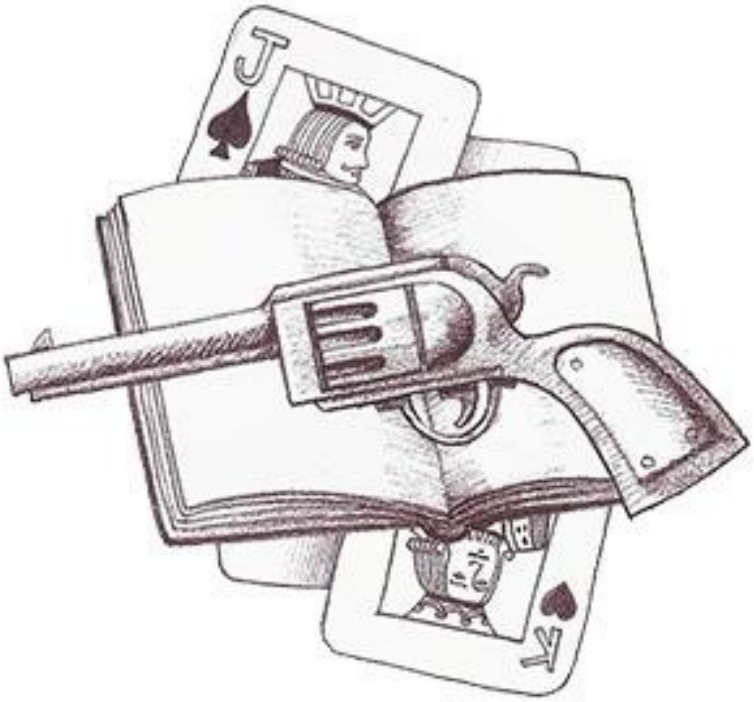
—¿Un libro de memorias? ¿Acaso era suyo? Responde…

—¡Suyo, sí! —pudo contestar, al cabo, Juanita.

—¿Y quién te lo ha dado?

—Me lo encontré hace una hora en la plazuela de Santa Ana, y acabo de leerlo. Léalo usted.

—Sí, lo leeré, y en seguida se lo entregaré a los Tribunales. Esto es curioso… Vaya…, serénate, y di que pongan la comida.


J
ED
K

El clavo

CAUSA CÉLEBRE

PRÓLOGO

Felipe encendió un cigarro, y habló de esta manera:

FIN DEL PRÓLOGO

I

EL NÚMERO 1

Lo que más ardientemente desea todo el que pone el pie en el estribo de una diligencia para emprender un largo viaje, es que los compañeros de *departamento* que le toquen en suerte sean de amena conversación y tengan sus mismos gustos, sus mismos vicios, pocas impertinencias, buena educación y una franqueza que no raye en familiaridad.

Porque, como ya han dicho y demostrado Larra, Kock, Soulié[19] y otros escritores de costumbres, es asunto muy serio esa improvisada e íntima reunión de dos o más personas que nunca se han visto, ni quizá han de volver a verse sobre la tierra, y destinadas, sin embargo, por un capricho del azar, a codearse dos o tres días, a almorzar, comer y cenar juntas, a dormir una encima de otra, a manifestarse, en fin, recíprocamente con ese abandono y confianza que no concedemos ni aun a nuestros mayores amigos; esto es, con los hábitos y flaquezas de *casa* y de familia.

Al abrir la portezuela acuden tumultuosos temores a la imaginación. Una vieja con asma, un fumador de mal tabaco, una fea que no tolere el humo del bueno, una nodriza que se maree de ir en carruaje, angelitos que lloren y demás, un hombre grave que ronque, una venerable matrona que ocupe asiento y medio, un inglés que no hable el español (supongo que vosotros no habláis el inglés), tales son, entre otros, los tipos que teméis encontrar.

Alguna vez acariciáis la dulce esperanza de hallaros con una hermosa compañera de viaje; por ejemplo, con una viudita de veinte a treinta años (y

aun de treinta y seis) con quien sobrellevar a medias las molestias del camino; pero no bien os ha sonreído esta idea, cuando os apresuráis a desecharla melancólicamente, considerando que tal ventura sería demasiada para un simple mortal en este valle de lágrimas y despropósitos.

Con tan amargos recelos ponía yo el pie en el estribo de la berlina[20] de la diligencia de Granada a Málaga, a las once menos cinco minutos de una noche de otoño de 1844; noche oscura y tempestuosa, por más señas.

Al penetrar en el coche, con el billete *número 2* en el bolsillo, mi primer pensamiento fue saludar a aquel incógnito *número 1* que me traía inquieto antes de serme conocido.

Es de advertir que el tercer asiento de la berlina no estaba tomado, según confesión del mayoral en jefe.

—¡Buenas noches! —dije, no bien me senté, enfilando la voz hacia el rincón en que suponía a mi compañero de jaula.

Un silencio tan profundo como la oscuridad reinante siguió a mis buenas noches.

«¡Diantre! —pensé—. ¿Si será sordo…, o sorda, mi epiceno[21] cofrade?».

Y alzando más la voz, repetí:

—¡Buenas noches!

Igual silencio sucedió a mi segunda salutación.

«¿Si será mudo?» —me dije entonces.

A todo esto, la diligencia había echado a andar, digo, a correr, arrastrada por diez briosos caballos.

Mi perplejidad subía de punto.

¿Con quién iba? ¿Con un varón? ¿Con una hembra? ¿Con una vieja? ¿Con una joven? ¿Quién, quién era aquel silencioso *número 1*?

Y, fuera quien fuese, ¿por qué callaba? ¿Por qué no respondía a mi saludo? ¿Estaría ebrio? ¿Se habría dormido? ¿Se habría muerto? ¿Sería un ladrón?…

Era cosa de encender luz. Pero yo no fumaba entonces, y no tenía fósforos.

¿Qué hacer?

Por aquí iba en mis reflexiones, cuando se me ocurrió apelar al sentido del tacto, pues que tan ineficaces eran el de la vista y el del oído…

Con más tiento, pues, que emplea un pobre diablo para robarnos el pañuelo en la Puerta del Sol, extendí la mano derecha hacia aquel ángulo del coche.

Mi dorado deseo era tropezar con una falda de seda, o de lana, y aun de percal…

Avancé, pues…

¡Nada!

Avancé más; extendí todo el brazo… ¡Nada!

Avancé de nuevo; palpé con entera resolución en un lado, en otro, en los cuatro rincones, debajo de los asientos, en las correas del techo…

¡Nada…, nada!

En este momento brilló un relámpago (ya he dicho que había tempestad), y a su luz sulfúrea vi… ¡que iba completamente solo!

Solté una carcajada, burlándome de mí mismo, y precisamente en aquel instante se detuvo la diligencia.

Estábamos en el primer relevo.

Ya me disponía a preguntarle al mayoral por el viajero que faltaba, cuando se abrió la portezuela, y, a la luz de un farol que llevaba el zagal, vi… ¡Me pareció un sueño lo que vi!

Vi poner el pie en el estribo de la berlina (¡de mi departamento!) a una hermosísima mujer, joven, elegante, pálida, sola, vestida de luto…

Era el *número 1*; era mi antes epiceno compañero de viaje; era la viuda de mis esperanzas; era la realización del sueño que apenas había osado concebir; era el *non plus ultra* de mis ilusiones de viajero… ¡Era *ella*!

Quiero decir: había de ser *ella* con el tiempo.

II

ESCARAMUZAS

Luego que hube dado la mano a la desconocida para ayudarla a subir, y que ella tomó asiento a mi lado, murmurando un «*Gracias… Buenas noches*…» que me llegó al corazón, ocurrióseme esta idea tristísima y desgarradora:

—¡De aquí a Málaga sólo hay dieciocho leguas! ¡Que no fuéramos a la península de Kamtchatka!

Entretanto, se cerró la portezuela y quedamos a oscuras.

Esto significaba *¡no verla!*

Yo pedía relámpagos al cielo, como el *Alfonso Munio* de la señora Avellaneda[22], cuando dice:

«¡Horrible tempestad, mándame un rayo!».

Pero ¡oh, dolor!, la tormenta se retiraba ya hacia el Mediodía.

Y no era lo peor *no verla*, sino que el aire severo y triste de la gentil señora me había impuesto de tal modo, que no me atrevía a cosa ninguna…

Sin embargo, pasados algunos minutos, le hice aquellas primeras preguntas y observaciones *de cajón*, que establecen poco a poco cierta intimidad entre los viajeros:

—¿Va usted bien?

—¿Se dirige usted a Málaga?

—¿Le ha gustado a usted la Alhambra?

—¿Viene usted de Granada?

—¡Está la noche húmeda!

A lo que respondió ella:

—Gracias.

—Sí.

—No, señor.

—¡Oh!

—¡Pchis!

Seguramente, mi compañera de viaje tenía poca gana de conversación.

Dediqueme, pues, a coordinar mejores preguntas, y, viendo que no se me ocurrían, me puse a reflexionar.

¿Por qué había subido aquella mujer en el primer relevo de tiro, y no desde Granada?

¿Por qué iba sola?

¿Era casada?

¿Era viuda?

¿Era…?

¿Y su tristeza? *Qua de causa?*

Sin ser indiscreto no podía hallar la solución de estas cuestiones, y la viajera me gustaba demasiado para que yo corriese el riesgo de parecerle un hombre vulgar dirigiéndole necias preguntas.

¡Cómo deseaba que amaneciera!

De día se habla con justificada libertad…, mientras que la conversación a oscuras tiene algo de tacto, va derecha al bulto, es un abuso de confianza…

La desconocida no durmió en toda la noche, según deduje de su respiración y de los suspiros que lanzaba de cuando en cuando…

Creo inútil decir que yo tampoco pude coger el sueño.

—¿Está usted indispuesta? —le pregunté una de las veces que se quejó.

—No, señor; gracias. Ruego a usted que se duerma descuidado… —respondió con seria afabilidad.

—¡Dormirme! —exclamé.

Luego añadí:

—Creí que padecía usted…

—¡Oh!, no…, no padezco —murmuró blandamente, pero con un acento en que llegué a percibir cierta amargura.

El resto de la noche no dio de sí más que breves diálogos como el anterior.

Amaneció, al fin…

¡Qué hermosa era!

Pero ¡qué sello de dolor sobre su frente! ¡Qué lúgubre oscuridad en sus bellos ojos! ¡Qué trágica expresión en todo su semblante! Algo muy triste había en el fondo de su alma.

Y, sin embargo, no era una de aquellas mujeres excepcionales, extravagantes, de corte romántico, que viven fuera del mundo devorando algún pesar o representando alguna tragedia…

Era una mujer a la moda, una elegante mujer, de porte distinguido, cuya menor palabra dejaba traslucir una de esas reinas de la conversación y del buen gusto, que tienen por trono una butaca de su gabinete, una carretela[23] en el Prado o un palco en la Opera; pero que callan fuera de su elemento, o sea, fuera del círculo de sus iguales.

Con la llegada del día se alegró algo la encantadora viajera, y ya consistiese en que mi circunspección de toda la noche y la gravedad de mi fisonomía le inspirasen buena idea de mi persona, ya en que quisiera recompensar al hombre a quien no había dejado dormir, fue el caso que inició a su vez las cuestiones de ordenanza:

—¿Dónde va usted?

—¡Va a hacer un buen día!

—¡Qué hermoso paisaje!

A lo que yo contesté más extensamente que ella me había contestado a mí.

Almorzamos en Colmenar.

Los viajeros del *interior* y de la *rotonda*[24] eran personas poco tratables.

Mi compañera se redujo a hablar conmigo.

Excusado es decir que yo estuve enteramente consagrado a ella y que la atendí en la mesa como a una persona real.

De vuelta en el coche, nos tratábamos ya con alguna confianza.

En la mesa habíamos hablado de Madrid, y hablar bien de Madrid a una madrileña que se halla lejos de la corte, es la mejor de las recomendaciones.

¡Porque nada es tan seductor como Madrid perdido!

«¡Ahora o nunca, Felipe! —me dije entonces—. Quedan ocho leguas… Abordemos la cuestión amorosa…».

III

CATÁSTROFE

¡Desventurado! No bien dije una palabra galante a la beldad, conocí que había puesto el dedo sobre una herida…

En el momento perdí todo lo que había ganado en su opinión.

Así me lo dijo una mirada indefinible que cortó la voz de mis labios.

—Gracias, señor, gracias —me dijo luego, al ver que cambiaba de conversación.

—¿He enojado a usted, señora?

—Sí; el amor me horroriza. ¡Qué triste es inspirar lo que no se siente! ¿Qué haría yo para no agradar a nadie?

—¡Algo es menester que usted haga, si no se complace en el daño ajeno!… —repuse muy seriamente—. La prueba es que aquí me tiene pesaroso de haberla conocido… ¡Ya que no feliz, por lo menos yo vivía ayer en paz…, y ya soy desgraciado, puesto que la amo a usted sin esperanza!

—Le queda a usted una satisfacción, amigo mío… —replicó ella sonriendo.

—¿Cuál?

—Que si no acojo su amor, no es por ser suyo, sino por que es amor. Puede usted, pues, estar seguro de que ni hoy, ni mañana, ni nunca… obtendrá otro hombre la correspondencia que le niego. ¡Yo no amaré jamás a nadie!

—Pero ¿por qué, señora?

—¡Porque el corazón no quiere, porque no puede, porque no debe luchar más! ¡Porque he amado hasta el delirio…, y he sido engañada! En fin, ¡porque aborrezco el amor!

¡Magnífico discurso! Yo no estaba enamorado de aquella mujer. Inspirábame curiosidad y deseo, por lo distinguida y por lo bella; pero de esto a una pasión había todavía mucha distancia.

Así, pues, al escuchar aquellas dolorosas y terminantes palabras, dejó la contienda mi corazón de hombre y entró en ejercicio mi imaginación de artista. Quiere esto decir que comencé a hablar a la desconocida un lenguaje filosófico y moral del mejor gusto, con el que logré reconquistar su confianza, o sea, que me dijese algunas otras generalidades melancólicas del género Balzac[25].

Así llegamos a Málaga.

Era el instante más oportuno para saber el nombre de aquella singularísima señora.

Al despedirme de ella en la Administración, le dije cómo me llamaba, la casa donde iba a parar y mis señas en Madrid.

Ella me contestó con un tono que nunca olvidaré:

—Doy a usted mil gracias por las amables atenciones que le he merecido durante el viaje, y le suplico que me dispense si le oculto mi nombre, en vez de darle uno fingido, que es con el que aparezco en la *hoja*.

—¡Ah! —respondí—. ¡Luego nunca volveremos a vernos!

—¡Nunca!…, lo cual no debe pesarle.

Dicho esto, la joven sonrió sin alegría, tendióme una mano con exquisita gracia, y murmuró:

—Pida usted a Dios por mí.

Yo estreché su mano linda y delicada, y terminé con un saludo aquella escena, que empezaba a hacerme mucho daño.

En esto llegó un elegante coche al parador.

Un lacayo con librea negra avisó a la desconocida.

Subió ella al carruaje; saludóme de nuevo, y desapareció por la Puerta del Mar.

* * *

Dos meses después volví a encontrarla. Sepamos dónde.

IV

OTRO VIAJE

A las dos de la tarde del 1º de noviembre de aquel mismo año caminaba yo sobre un mal rocín de alquiler por el arrecife que conduce a***, villa importante y cabeza de partido de la provincia de Córdoba.

Mi criado y el equipaje iban en otro rocín mucho peor.

Dirigíame a*** con objeto de arrendar unas tierras y permanecer tres o cuatro semanas en casa del Juez de Primera instancia, íntimo amigo mío, a quien conocí en la Universidad de Granada cuando ambos estudiábamos Jurisprudencia, y donde simpatizamos, contrajimos estrecha amistad y fuimos inseparables. Después no nos habíamos visto en siete años.

Según iba aproximándome a la población término de mi viaje, llegaba más distintamente a mis oídos el melancólico clamoreo de muchas campanas que tocaban a muerto.

Maldita la gracia que me hizo tan lúgubre coincidencia…

Sin embargo, aquel *doble* no tenía nada de casual y yo debí contar con él, en atención a ser víspera del día de Difuntos.

Llegué, con todo, muy de mal humor a los brazos de mi amigo, que me aguardaba en las afueras del pueblo.

Él advirtió al momento mi preocupación, y después de los primeros saludos:

—¿Qué tienes? —me dijo, dándome el brazo, en tanto que sus criados y el mío se alejaban con las cabalgaduras.

—Hombre, seré franco… —le contesté—. Nunca he merecido, ni pienso merecer, que me eleven arcos de triunfo; nunca he experimentado ese inmenso júbilo que llenará el corazón de un grande hombre en el momento que un pueblo alborozado sale a recibirlo, mientras que las campanas repican a vuelo; pero…

—¿A dónde vas a parar?

—A la segunda parte de mi discurso. Y es: que si en este pueblo no he experimentado los honores de la entrada triunfal, acabo de ser objeto de otros muy parecidos, aunque enteramente opuestos. ¡Confiesa, oh juez de palo, que esos clamores funerales que solemnizan mi entrada en*** hubieran contristado al hombre más jovial del universo!

—¡Bravo, Felipe! —replicó el juez, a quien llamaremos Joaquín Zarco—. ¡Vienes muy a mi gusto! Esa melancolía cuadra perfectamente a mi tristeza…

—¡Tú triste!… ¿De cuándo acá?

Joaquín se encogió de hombros, y no sin trabajo retuvo un gemido…

Cuando dos amigos que se quieren de verdad vuelven a verse después de larga separación, parece como que resucitan todas las penas que no han llorado juntos.

Yo me hice el desentendido por el momento, y hablé a Zarco de cosas indiferentes.

En esto penetramos en su elegante casa.

—¡Diantre, amigo mío! —no pude menos de exclamar—. ¡Vives muy bien alojado!… ¡Qué orden, qué gusto en todo! ¡Necio de mí!… Ya caigo… Te habrás casado…

—No me he casado… —respondió el juez con la voz un poco turbada—. ¡No me he casado, ni me casaré nunca!…

—Que no te has casado, lo creo, supuesto que no me lo has escrito… ¡Y la cosa valía la pena de ser contada! Pero eso de que no te casarás nunca, no me parece tan fácil ni tan creíble.

—¡Pues te lo juro! —replicó Zarco solemnemente.

—¡Qué rara metamorfosis! —repuse yo—. Tú, tan partidario siempre del séptimo sacramento; tú, que hace dos años me escribías aconsejándome que me casara, ¡salir ahora con esa novedad!… Amigo mío, ¡a ti te ha sucedido algo, y algo muy penoso!

—¿A mí? —dijo Zarco estremeciéndose.

—¡A ti! —proseguí yo—. ¡Y vas a contármelo! Tú vives aquí solo, encerrado en la grave circunspección que exige tu destino, sin un amigo a quien referir tus debilidades de mortal… Pues bien; cuéntamelo todo, y veamos si puedo servirte de algo.

El juez me estrechó las manos diciendo:

—Sí…, si… ¡Lo sabrás todo, amigo mío! ¡Soy muy desventurado!

Luego se serenó un poco, y añadió secamente:

—Vístete. Hoy va todo el pueblo a visitar el cementerio y parecería mal que yo faltase. Vendrás conmigo. La tarde está buena y te conviene andar a pie para descansar del trote del rocín. El cementerio se halla situado en medio de un hermoso campo, y no te disgustará el paseo. Por el camino te contaré la historia que ha acibarado mi existencia, y verás si tengo o no tengo motivos para renegar de las mujeres.

Una hora después caminábamos Zarco y yo en dirección al cementerio.

Mi pobre amigo me habló de esta manera:

V

MEMORIAS DE UN JUEZ DE PRIMERA INSTANCIA

1

Hace dos años que, estando de Promotor fiscal[26] en***, obtuve licencia para pasar un mes en Sevilla.

En la fonda en que me hospedé vivía hacía algunas semanas cierta elegante y hermosísima joven, que pasaba por viuda, cuya procedencia, así como el objeto que la retenía en Sevilla, eran un misterio para los demás huéspedes.

Su soledad, su lujo, su falta de relaciones y el aire de tristeza que la envolvía, daban pie a mil conjeturas; todo lo cual, unido a su incomparable belleza y a la inspiración y gusto con que tocaba el piano y cantaba, no tardó en despertar en mi alma una invencible inclinación hacia aquella mujer.

Sus habitaciones estaban exactamente encima de las mías; de modo que la oía cantar y tocar, ir y venir, y hasta conocía cuándo se acostaba, cuándo se levantaba y cuándo pasaba la noche en vela —cosa muy frecuente—. Aunque en lugar de comer en la mesa redonda se hacía servir en su cuarto, y no iba nunca al teatro, tuve ocasión de saludarla varias veces, ora en la escalera, ora en alguna tienda, ora de balcón a balcón, y al poco tiempo los dos estábamos seguros del placer con que nos veíamos.

Tú lo sabes. Yo era grave, aunque no triste, y esta circunspección mía cuadraba perfectamente a la retraída existencia de aquella mujer; pues ni nunca la dirigí la palabra, ni procuré visitarla en su cuarto, ni la perseguí con enojosa curiosidad como otros habitantes de la fonda.

Este respeto a su melancolía debió de halagar su orgullo de paciente; dígolo, porque no tardó en mirarme con cierta deferencia, cual si ya nos hubiésemos revelado el uno al otro.

Quince días habían transcurrido de esta manera, cuando la fatalidad…, nada más que la fatalidad…, me introdujo una noche en el cuarto de la

desconocida.

Como nuestras habitaciones ocupaban idéntica situación en el edificio, salvo el estar en pisos diferentes, eran sus entradas iguales. Dicha noche, pues, al volver del teatro, subí distraído más escaleras de las que debía, y abrí la puerta de su cuarto creyendo que era la del mío.

La hermosa estaba leyendo, y se sobresaltó al verme. Yo me aturdí de tal modo, que apenas pude disculparme, pero mi misma turbación y la prisa con que intenté irme, la convencieron de que aquella equivocación no era una farsa. Retúvome, pues, con exquisita amabilidad «*para demostrarme* —dijo— *que creía en mi buena fe y que no estaba incomodada conmigo*», acabando por suplicarme que me equivocara otra vez *deliberadamente*, pues no podía tolerar que una persona de mis condiciones de carácter pasase las noches en el balcón, oyéndola cantar —*como ella me había visto*—, cuando *su pobre habilidad se honraría con que yo le prestase atención más de cerca*.

A pesar de todo creí mi deber no tomar asiento en aquella noche, y salí.

Pasaron tres días, durante los cuales tampoco me atreví a aprovechar el amable ofrecimiento de la bella cantora, aun a riesgo de pasar por descortés a sus ojos. ¡Y era que estaba perdidamente enamorado de ella; era que conocía que en unos amores con aquella mujer no podía haber término medio, sino delirio de dolor o delirio de ventura; era que le temía, en fin, a la atmósfera de tristeza que la rodeaba!

Sin embargo, después de aquellos tres días, subí al piso segundo.

Permanecí allí toda la velada; la joven me dijo llamarse *Blanca* y ser madrileña y viuda; tocó el piano, cantó, hízome mil preguntas acerca de mi persona, profesión, estado, familia, etc., y todas sus palabras y observaciones me complacieron y enajenaron. Mi alma fue desde aquella noche esclava de la suya.

A la noche siguiente volví, y a la otra noche también, y después todas las noches y todos los días.

Nos amábamos, y ni una palabra de amor nos habíamos dicho.

Pero, hablando del amor habíale yo encarecido varias veces la importancia que daba a este sentimiento, la vehemencia de mis ideas y pasiones, y todo lo que necesitaba mi corazón para ser feliz.

Ella, por su parte, me había manifestado que pensaba del mismo modo.

—Yo —dijo una noche— me casé sin amor a mi marido. Poco tiempo después… lo odiaba. Hoy ha muerto. ¡Sólo Dios sabe cuánto he sufrido! Yo comprendo el amor de esta suerte: es la gloria o es el infierno. Y para mí, hasta ahora, ¡siempre ha sido el infierno!

Aquella noche no dormí.

La pasé analizando las últimas palabras de Blanca.

¡Qué superstición la mía! Aquella mujer me daba miedo. ¿Llegaríamos a ser, yo su *gloria* y ella mi *infierno*?

Entretanto, expiraba el mes de licencia.

Podía pedir otro pretextando una enfermedad… Pero ¿debía hacerlo?

Consulté con Blanca.

—¿Por qué me lo pregunta usted *a mí*? —repuso ella, cogiéndome una mano.

—Más claro, Blanca… —respondí—. Yo la amo a usted… ¿Hago mal en amarla?

—¡No! —respondió Blanca palideciendo.

Y sus ojos negros dejaron escapar dos torrentes de luz y de voluptuosidad…

2

Pedí, pues, dos meses de licencia, me los concedieron… gracias a ti. ¡Nunca me hubieras hecho aquel favor!

Mis relaciones con Blanca no fueron amor: fueron delirio, locura, fanatismo.

Lejos de atemperarse mi frenesí con la posesión de aquella mujer extraordinaria, se exacerbó más y más: cada día que pasaba, descubría nuevas afinidades entre nosotros, nuevos tesoros de ventura, nuevos manantiales de felicidad…

Pero en mi alma como en la suya, brotaban al propio tiempo misteriosos temores.

¡Temíamos perdernos!… Ésta era la fórmula de nuestra inquietud.

Los amores vulgares necesitan el miedo para alimentarse, para no decaer. Por eso se ha dicho que toda relación ilegítima es más vehemente que el matrimonio. Pero un amor como el nuestro hallaba recónditos pesares en su precario porvenir, en su inestabilidad, en su carencia de lazos indisolubles…

Blanca me decía:

—Nunca esperé ser amada por un hombre como tú; y, después de ti, no veo amor ni dicha posibles para mi corazón. Joaquín, un amor como el tuyo era la necesidad de mi vida: moría ya sin él; sin él moriría mañana… Dime que nunca me olvidarás.

—¡Casémonos, Blanca! —respondía yo.

Y Blanca inclinaba la cabeza con angustia.

—¡Sí, casémonos! —volvía yo a decir, sin comprender aquella muda desesperación.

—¡Cuánto me amas! —replicaba ella—. Otro hombre en tu lugar rechazaría esa idea, si yo se la propusiese. Tú, por el contrario…

—Yo, Blanca, estoy orgulloso de ti; quiero ostentarte a los ojos del mundo; quiero perder toda zozobra acerca del tiempo que vendrá; quiero saber que eres mía para siempre. Además, tú conoces mi carácter, sabes que nunca transijo en materias de honra… Pues bien; la sociedad en que vivimos llama crimen a nuestra dicha… ¿Por qué no hemos de rendirnos al pie del altar? ¡Te quiero pura, te quiero noble, te quiero santa! ¡Te amaré entonces más que hoy!… ¡Acepta mi mano!

—¡No puedo! —respondía aquella mujer incomprensible.

Y este debate se reprodujo mil veces. Un día que yo peroré largo rato contra el adulterio y contra toda inmoralidad, Blanca se conmovió extraordinariamente; lloró, me dio las gracias y repitió lo de costumbre:

—¡Cuánto me amas! ¡Qué bueno, qué grande, qué noble eres!

A todo esto expiraba la prórroga de mi licencia.

Érame necesario volver a mi destino, y así se lo anuncié a Blanca.

—¡Separarnos! —gritó con infinita angustia.

—¡Tú lo has querido! —contesté.

—¡Eso es imposible!… Yo te idolatro, Joaquín.

—Blanca, yo te adoro.

—Abandona tu carrera… Yo soy rica… ¡Viviremos juntos! —exclamó, tapándome la boca para que no replicara.

La besé la mano, y respondí:

—De mi esposa aceptaría esa oferta, haciendo todavía un sacrificio… Pero de ti…

—¡De mí! —respondió llorando—. ¡De la madre de tu hijo!

—¿Quién? ¡Tú! ¡Blanca!…

—Sí…, Dios acaba de decirme que soy madre… ¡Madre por primera vez! ¡Tú has completado mi vida, Joaquín; y no bien gusto la fruición de esta bienaventuranza absoluta, quieres desgajar el árbol de mi dicha! ¡Me das un hijo y me abandonas tú!…

—¡Sé mi esposa, Blanca! —fue mi única contestación—. Labremos la felicidad de ese ángel que llama a las puertas de la vida.

Blanca permaneció mucho tiempo silenciosa.

Luego levantó la cabeza con una tranquilidad indefinible, y murmuró:

—Seré tu esposa.

—¡Gracias! ¡Gracias, Blanca mía!

—Escucha —dijo al poco ralo—: no quiero que abandones tu carrera…

—¡Ah! ¡Mujer sublime!

—Vete a tu Juzgado… ¿Cuánto tiempo tardarás en arreglar allí tus asuntos, solicitar del Gobierno más licencia y volver a Sevilla?

—Un mes.

—Un mes… —repuso Blanca—. ¡Bien! Aquí te espero. Vuelve dentro de un mes y seré tu esposa. Hoy estamos a 15 de abril… ¡El 15 de mayo, sin falta!

—¡Sin falta!

—¿Me lo juras?

—Te lo juro.

—¡Aún otra vez! —replicó Blanca.

—Te lo juro.

—¿Me amas?

—Con toda mi vida.

—Pues vete, y ¡vuelve! Adiós… —dijo, y me suplicó que la dejara y que partiera sin perder momento.

Despedidle de ella y partí a*** aquel mismo día.

3

Llegué a***.

Preparé mi casa para recibir a mi esposa; solicité y obtuve, como sabes, otro mes de licencia, y arreglé todos mis asuntos con tal eficacia, que, al cabo de quince días, me vi en libertad de volver a Sevilla.

Debo advertirte que durante aquel medio mes no recibí ni una sola carta de Blanca, a pesar de haberle yo escrito seis. Esta circunstancia me tenía vivamente contrariado. Así fue que, aunque sólo había transcurrido la mitad del plazo que mi amada me concediera, salí para Sevilla, adonde llegué el día 30 de abril.

Inmediatamente me dirigí a la fonda que había sido nido de nuestros amores.

Blanca había desaparecido dos días después de mi partida, sin dejar razón del punto a que se encaminaba.

¡Imagínate el dolor de mi desengaño! ¡No escribirme que se marchaba! ¡Marcharse sin dejar dicho a dónde se dirigía! ¡Hacerme perder completamente su rastro! ¡Evadirse, en fin, como una criminal cuyo delito se ha descubierto!

Ni por un instante se me ocurrió permanecer en Sevilla hasta el 15 de mayo aguardando a ver si regresaba Blanca… La violencia de mi dolor y de mi indignación, y el bochorno que sentía por haber aspirado a la mano de semejante aventurera, no dejaban lugar a ninguna esperanza, a ninguna ilusión, a ningún consuelo. Lo contrario hubiera sido ofender mi propia conciencia, que ya veía en Blanca el ser odioso y repugnante que el amor o el deseo habían disfrazado hasta entonces… ¡Indudablemente era una mujer liviana e hipócrita, que me amó sensualmente, pero que, previendo la habitual mudanza de su caprichoso corazón, no pensó nunca en que nos casáramos! Hostigada al fin por mi amor y mi honradez, había ejecutado una torpe comedia, a fin de escaparse impunemente. ¡Y en cuanto a aquel hijo anunciado con tanto júbilo, tampoco me cabía ya duda de que era otra ficción, otro engaño, otra sangrienta burla!… ¡Apenas se comprendía semejante perversidad en una criatura tan bella y tan inteligente!

Tres días nada más estuve en Sevilla, y el 4 de mayo me marché a la Corte, renunciando a mi destino, para ver si mi familia y el bullicio del mundo me hacían olvidar a aquella mujer, que sucesivamente había sido para mí la *gloria* y el *infierno*.

Por último, hace cosa de quince meses que tuve que aceptar el Juzgado de este otro pueblo, donde, como has visto, no vivo muy contento que digamos; siendo lo peor de todo que, en medio de mi aborrecimiento a Blanca, detesto mucho más a las demás mujeres… por la sencilla razón de que no son *ella*…

¿Te convences ahora de que nunca llegaré a casarme?

VI

EL CUERPO DEL DELITO

Pocos segundos después de terminar mi amigo Zarco la relación de sus amores, llegamos al cementerio.

El cementerio de*** no es otra cosa que un campo yermo y solitario, sembrado de cruces de madera y rodeado por una tapia. Ni lápidas, ni sepulcros turban la monotonía de aquella mansión. Allí descansan, en la fría tierra, pobres y ricos, grandes y plebeyos, nivelados por la muerte. En estos pobres cementerios, que tanto abundan en España y que son acaso los más poéticos y los más propios de sus *moradores*, sucede con frecuencia que para sepultar un cuerpo, es menester exhumar otro, o, mejor dicho, que cada dos años se echa una nueva capa de muertos sobre la tierra. Consiste esto en la pequeñez del recinto, y da por resultado que, alrededor de cada nueva zanja, hay mil blancos despojos que de tiempo en tiempo son conducidos al *osario común*.

Yo he visto más de una vez estos osarios… ¡Y en verdad que merecen ser vistos! Figuraos, en un rincón del campo santo, una especie de pirámide de huesos, una colina de multiforme marfil, un cerro de cráneos, fémures, canillas, húmeros, clavículas rotas, columnas espinales desgranadas, dientes sembrados acá y allá, costillas que fueron armadura de corazones, dedos diseminados…, y todo ello seco, frío, muerto, árido… ¡Figuraos, figuraos aquel horror!

Y ¡qué contactos! Los enemigos, los rivales, los esposos, los padres y sus hijos, están allí, no sólo juntos, sino revueltos, mezclados por pedazos, como trillada mies, como rota paja… Y ¡qué desapacible ruido cuando un cráneo choca con otro, o cuando baja rodando desde la cumbre por aquellas huecas astillas de antiguos hombres! Y ¡qué risa tan insultante tienen las calaveras!

Pero volvamos a nuestra historia.

Andábamos Joaquín y yo dando sacrílegamente con el pie a tantos restos inanimados, ora pensando en el día que otros pies hollarían nuestros despojos, ora atribuyendo a cada hueso una historia; procurando hallar el secreto de la vida en aquellos cráneos donde acaso moró el genio o bramó la pasión, y ya vacíos como celda de difunto fraile, o adivinando otras veces (por la configuración, por la dureza y por la dentadura) si tal calavera perteneció a una mujer, a un niño o a un anciano; cuando las miradas del juez quedaron fijas en uno de aquellos globos de marfil…

—¿Qué es esto? —exclamó retrocediendo un poco—. ¿Qué es esto, amigo mío? ¿No es un *clavo*?

Y así hablando daba vueltas con el bastón a un cráneo, bastante fresco todavía, que conservaba algunos espesos mechones de pelo negro.

Miré y quedé tan asombrado como mi amigo…

¡Aquella calavera estaba atravesada por un clavo de hierro!

La chata cabeza de este clavo asomaba por la parte superior del hueso coronal, mientras que la punta salía por el que fue cielo de la boca.

¿Qué podía significar aquello?

De la extrañeza pasamos a las conjeturas, ¡y de las conjeturas al horror!…

—¡Reconozco la Providencia! —exclamó finalmente Zarco—. ¡He aquí un espantoso crimen que iba a quedar impune y que se delata por sí mismo a la justicia! ¡Cumpliré con mi deber, tanto más, cuanto que parece que el mismo Dios me lo ordena directamente al poner ante mis ojos la taladrada cabeza de la víctima! ¡Ahí! Sí… ¡Juro no descansar hasta que el autor de este horrible delito expíe su maldad en el cadalso!

VII

PRIMERAS DILIGENCIAS

Mi amigo Zarco era un modelo de jueces.

Recto, infatigable, aficionado, tanto como obligado, a la administración de justicia, vio en aquel asunto un campo vastísimo en que emplear toda su inteligencia, todo su celo, todo su fanatismo (perdonad la palabra) por el cumplimiento de la ley.

Inmediatamente hizo buscar a un escribano, y dio principio al proceso.

Después de extendido testimonio de aquel hallazgo, llamó al enterrador.

El lúgubre personaje se presentó ante la ley pálido y tembloroso. ¡A la verdad, entre aquellos dos hombres, cualquier escena tenía que ser horrible! Recuerdo literalmente su diálogo:

El juez. —¿De quién puede ser esta calavera?

El sepulturero. —¿Dónde la ha encontrado vuestra señoría?

El juez. —En este mismo sitio.

El sepulturero. —Pues entonces pertenece a un cadáver que, por estar ya *algo pasado*, desenterré ayer para sepultar a una vieja que murió anteanoche.

El juez. —¿Y por qué exhumó usted ese cadáver y no otro más antiguo?

El sepulturero. —Ya lo he dicho a vuestra señoría: para poner a la vieja en su lugar. ¡El Ayuntamiento no quiere convencerse de que este cementerio es muy chico para tanta gente como se muere ahora! ¡Así es que no se deja a

los muertos secarse en la tierra, y tengo que trasladarlos medio vivos al osario común!

El juez. —¿Y podrá saberse de quién es el cadáver a que corresponde esta cabeza?

El sepulturero. —No es muy fácil, señor.

El juez. —Sin embargo, ¡ello ha de ser! Conque piénselo usted despacio.

El sepulturero. —Encuentro un medio de saberlo…

El juez. —Dígalo usted.

El sepulturero. —La caja de aquel muerto se hallaba en regular estado cuando la saqué de la tierra, y me la llevé a mi habitación para aprovechar las tablas de la tapa. Acaso conserven alguna señal, como iniciales, galones o cualquiera otra de esas cosas que se estilan ahora para adornar los ataúdes…

El juez. —Veamos esas tablas.

En tanto que el sepulturero traía los fragmentos del ataúd, Zarco mandó a un alguacil que envolviese el misterioso cráneo en un pañuelo, a fin de llevárselo a su casa.

El enterrador llegó con las tablas.

Como esperábamos, encontráronse en una de ellas algunos jirones de galón dorado, que, sujetos a la madera con tachuelas de metal, habrían formado letras y números…

Pero el galón estaba roto, y era imposible restablecer aquellos caracteres.

No desmayó, con todo, mi amigo, sino que hizo arrancar completamente el galón, y por las tachuelas, o por las punturas de otras que había habido en la tabla, recompuso las siguientes cifras:

A. G. R.
1843
R. I. P.

Zarco radió en entusiasmo al hacer este descubrimiento.

—¡Es bastante! ¡Es demasiado! —exclamó gozosamente—. ¡Asido de esta hebra, recorreré el laberinto y lo descubriré todo!

Cargó el alguacil con la tabla, como había cargado con la calavera, y regresamos a la población.

Sin descansar un momento, nos dirigimos a la parroquia más próxima.

Zarco pidió al cura el *libro de sepelios* de 1843.

Recorrió el escribano hoja por hoja, partida por partida…

Aquellas iniciales A. G. R. no correspondían a ningún difunto.

Pasamos a otra parroquia.

Cinco tiene la villa: a la cuarta que visitamos, halló el escribano esta partida de sepelio:

*«En la iglesia parroquial de San…, de la villa de***, a 4 de mayo de 1843, se hicieron los oficios de funeral, conforme a entierro mayor, y se dio sepultura en el cementerio común a D. ALFONSO GUTIÉRREZ DEL ROMERAL, natural y vecino que fue de esta población, el cual no recibió los Santos Sacramentos ni testó, por haber muerto de apoplejía fulminante, en la noche anterior, a la edad de treinta y un años. Estuvo casado con doña Gabriela Zahara del Valle, natural de Madrid, y no deja hijos. Y para que conste, etc…».*

Tomó Zarco un certificado de esta partida, autorizado por el cura, y regresamos a nuestra casa.

Por el camino me dijo el juez:

—Todo lo veo claro. Antes de ocho días habrá terminado este proceso que tan oscuro se presentaba hace dos horas. Ahí llevamos una *apoplejía fulminante* de hierro, que tiene cabeza y punta, y que dio muerte repentina a un *don Alfonso Gutiérrez del Romeral*. Es decir: tenemos el clavo… Ahora sólo me falta encontrar el *martillo*.

VIII

DECLARACIONES

Un *vecino* dijo:

Que don Alfonso Gutiérrez del Romeral, joven y rico propietario de aquella población, residió algunos años en Madrid, de donde volvió en 1840 casado con una bellísima señora llamada doña Gabriela Zahara:

Que el declarante había ido algunas noches de tertulia a casa de los recién casados, y tuvo ocasión de observar la paz y ventura que reinaban en el matrimonio:

Que cuatro meses antes de la muerte de don Alfonso había marchado su esposa a pasar una temporada en Madrid con su familia, según explicación del mismo marido: Que la joven regresó en los últimos días de abril, o sea, tres meses y medio después de su partida:

Que a los ocho días de su llegada ocurrió la muerte de don Alfonso:

Que habiendo enfermado la viuda a consecuencia del sentimiento que le causó esta pérdida, manifestó a sus amigos que le era insoportable vivir en un pueblo donde todo le hablaba de su querido y malogrado esposo, y se marchó para siempre a mediados de mayo, diez o doce días después de la muerte de su esposo:

Que era cuanto podía declarar, y la verdad, a cargo del juramento que había prestado, etc.

Otros *vecinos* prestaron declaraciones casi idénticas a la anterior.

Los *criados* del difunto Gutiérrez dijeron:

Después de repetir los datos de la vecindad:

Que la paz del matrimonio no era tanta como se decía de público:

Que la separación de tres meses y medio que precedió a los últimos ocho días que vivieron juntos los esposos, fue un tácito rompimiento, consecuencia de profundos y misteriosos disgustos que mediaban entre ambos jóvenes desde el principio de su matrimonio:

Que la noche en que murió su amo se reunieron los esposos en la alcoba nupcial, como lo verificaban desde la vuelta de la señora, contra su antigua costumbre de dormir cada uno en su respectivo cuarto:

Que a medianoche los criados oyeron sonar violentamente la campanilla, a cuyo repiqueteo se unían los desaforados gritos de la señora:

Que acudieron, y vieron salir a ésta de la cámara nupcial, con el cabello en desorden, pálida y convulsa, gritando entre amarguísimos sollozos:

—¡Una apoplejía! ¡Un médico! ¡Alfonso mío! ¡El señor se muere!…

Que penetraron en la alcoba, y vieron a su amo tendido sobre el lecho y ya cadáver; y que habiendo acudido un médico, confirmó que don Alfonso había muerto de una congestión cerebral.

El *médico*: Preguntado el tenor de la cita que precede, dijo: Que era cierta en todas sus partes.

El mismo *médico* y otros dos facultativos:

Habiéndoseles puesto de manifiesto la calavera de don Alfonso, y preguntados sobre si la muerte recibida de aquel modo podía aparecer a los ojos de la ciencia como apoplejía, dijeron que sí.

Entonces dictó mi amigo el siguiente auto:

«Considerando que la muerte de don Alfonso Gutiérrez del Romeral debió ser instantánea y subsiguiente a la introducción del clavo en su cabeza:

Considerando que, cuando murió, estaba solo con su esposa en la alcoba nupcial:

Considerando que es imposible atribuir a suicidio una muerte semejante, por las dificultades materiales que ofrece su perpetración con mano propia:

Se declara reo de esta causa, y autora de la muerte de don Alfonso, a su esposa doña Gabriela Zahara del Valle, para cuya captura se expedirán los oportunos exhortos, etc.».

—Dime, Joaquín… —pregunté yo al juez—, ¿crees que se capturará a Gabriela Zahara?

—¡Indudablemente!

—Y, ¿por qué lo aseguras?

—Porque, en medio de estas rutinas judiciales, hay cierta fatalidad dramática que no perdona nunca. Más claro: cuando los huesos salen de la tumba a declarar, poco les queda que hacer a los Tribunales.

IX

EL HOMBRE PROPONE…

A pesar de las esperanzas de mi amigo Zarco, Gabriela Zahara no apareció.

Exhortos, requisitorias: todo fue inútil.

Pasaron tres meses.

La causa se sentenció en rebeldía.

Yo abandoné la villa de***, no sin prometerle a Zarco volver al año siguiente.

X

UN DÚO EN “MI”. MAYOR

Aquel invierno lo pasé en Granada.

Érase una noche en que había gran baile en casa de la riquísima señora de X…, la cual había tenido la bondad de convidarme a la fiesta.

A poco de llegar a aquella magnífica morada, donde estaban reunidas todas las célebres hermosuras de la aristocracia granadina, reparé en una bellísima mujer, cuyo rostro habría distinguido entre mil otros semejantes, suponiendo que Dios hubiese formado alguno que se le pareciera.

¡Era mi desconocida, mi mujer misteriosa, mi desengañada de la diligencia, mi compañera de viaje, el número 1 de que os hablé al principio de esta relación!

Corrí a saludarla, y ella me reconoció en el acto.

—Señora —le dije—, he cumplido a usted mi promesa de no buscarla. Hasta ignoraba que podía encontrar a usted aquí. A saberlo, acaso no hubiera venido, por temor de ser a usted enojoso. Una vez ya delante de usted, espero que me diga si puedo reconocerla, si me es dado hablarle, si ha cesado el entredicho que me alejaba de usted.

—Veo que es usted vengativo… —me contestó graciosamente, alargándome la mano—. Pero yo le perdono. ¿Cómo está usted?

—¡En verdad que lo ignoro! —respondí—. Mi salud, la salud de mi alma, pues no otra cosa me preguntará usted en medio de un baile depende de la salud de su alma de usted. Esto quiere decir que mi dicha no puede ser sino un reflejo de la suya. ¿Ha sanado ese pobre corazón?

—Aunque la galantería le prescriba a usted desearlo —contestó la dama —, y mi aparente jovialidad haga suponerlo, usted sabe…, lo mismo que yo, que las heridas del corazón no se curan.

—Pero se *tratan*, señora, como dicen los facultativos; se hacen llevaderas; se tiende una piel rosada sobre la roja cicatriz; se edifica una ilusión sobre un desengaño…

—Pero esa edificación es falsa…

—¡Como la primera, señora; como todas! *Querer creer, querer gozar*…, he aquí la dicha. Mirabeau[27], moribundo, no aceptó el generoso ofrecimiento de un joven que quiso transfundir toda su sangre en las empobrecidas arterias del grande hombre… ¡No sea usted como Mirabeau! ¡Beba usted nueva vida en el primer corazón virgen que le ofrezca su rica savia! Y pues no gusta usted de galanterías, le añadiré, en abono de mi consejo, que, al hablar así, no defiendo mis intereses…

—¿Por qué dice usted eso último?

—Porque yo también tengo algo de Mirabeau; no en la cabeza, sino en la sangre. Necesito lo que usted… ¡Una primavera que me vivifique!

—¡Somos muy desdichados! En fin…, usted tendrá la bondad de no huir de mí en adelante…

—Señora, iba a pedirle a usted permiso para visitarla.

Nos despedimos.

—¿Quién es esta mujer? —pregunté a un amigo mío.

—Una americana que se llama Mercedes de Meridanueva —me contestó —. Es todo lo que sé, y mucho más de lo que se sabe generalmente.

XI

FATALIDAD

Al día siguiente fui a visitar a mi nueva amiga a la *Fonda de los Siete Suelos* de la Alhambra.

La encantadora Mercedes me trató como a un amigo íntimo, y me invitó a pasear con ella por aquel edén de la Naturaleza y templo del arte, y a acompañarla luego a comer.

De muchas cosas hablamos durante las seis horas que estuvimos juntos; y, como el tema a que siempre volvíamos era el de los desengaños amorosos, hube de contarle la historia de los amores de mi amigo Zarco.

Ella la oyó muy atentamente, y, cuando terminé, se echó a reír, y me dijo:

—Señor don Felipe, sírvale a usted eso de lección para no enamorarse nunca de mujeres a quienes no conozca…

—No vaya usted a creer —respondí con viveza— que he inventado esa historia, o se la he referido, porque me figure que todas las clamas misteriosas que se encuentra uno en viaje son como la que engañó a mi condiscípulo…

—Muchas gracias…, pero no siga usted —replicó, levantándose de pronto —. ¿Quién duda de que en la *Fonda de los Siete Suelos* de Granada pueden alojarse mujeres que en nada se parezcan a esa que tan fácilmente se enamoró de su amigo de usted en la fonda de Sevilla? En cuanto a mí, no hay riesgo de que me enamore de nadie, puesto que nunca hablo tres veces con un mismo hombre…

—¡Señora! ¡Eso es decirme que no vuelva!…

—No: esto es anunciar a usted que mañana, al ser de día, me marcharé de Granada, y que probablemente no volveremos a vernos nunca.

—*¡Nunca!* Lo mismo me dijo usted en Málaga, después de nuestro famoso viaje…; y, sin embargo, nos hemos visto de nuevo…

—En fin: dejemos libre el campo a la fatalidad. Por mi parte, repito que ésta es nuestra despedida… eterna…

Dichas tan solemnes palabras, Mercedes me alargó la mano y me hizo un profundo saludo.

Yo me alejé vivamente conmovido, no sólo por las frías y desdeñosas frases con que aquella mujer había vuelto a descartarme de su vida (como cuando nos separamos en Málaga), sino ante el incurable dolor que vi pintarse en su rostro, mientras que procuraba sonreírse, al decirme *adiós* por última vez…

¡Por última vez!… ¡Ay! ¡Ojalá hubiera sido la última!

Pero la fatalidad lo tenía dispuesto de otro modo.

XII

TRAVESURAS DEL DESTINO

Pocos días después llamáronme de nuevo mis asuntos al lado de Joaquín Zarco.

Llegué a la villa de***.

Mi amigo seguía triste y solo, y se alegró mucho de verme.

Nada había vuelto a saber de Blanca; pero tampoco había podido olvidarla ni siquiera un momento…

Indudablemente, aquella mujer era su predestinación… ¡Su *gloria* o su *infierno*, como el desgraciado solía decir!

Pronto veremos que no se equivocaba en este supersticioso juicio.

La noche del mismo día de mi llegada estábamos en su despacho leyendo las últimas diligencias practicadas para la captura de Gabriela Zahara del Valle, todas ellas inútiles por cierto, cuando entró un alguacil y entregó al joven juez un billete que decía de este modo:

«En la fonda del León hay una señora que desea hablar con el señor Zarco».

—¿Quién ha traído esto? —preguntó Joaquín.

—Un criado.

—¿De parte de quién?

—No me ha dicho nombre alguno.

—¿Y ese criado?…

—Se fue al momento.

Joaquín meditó y dijo luego lúgubremente:

—¡Una señora! ¡A mí!… ¡No sé por qué me da miedo esta cita!… ¿Qué te parece, Felipe?

—Que tu deber de juez es asistir a ella. ¡Puede tratarse de Gabriela Zahara!…

—Tienes razón… ¡Iré! —dijo Zarco, pasándose una mano por la frente.

Y cogiendo un par de pistolas envolvióse en la capa y partió, sin permitir que lo acompañase.

Dos horas después volvió.

Venía agitado, trémulo, balbuciente…

Pronto conocí que una vivísima alegría era la causa de aquella agitación.

Zarco me estrechó convulsivamente entre sus brazos, exclamando a gritos, entrecortados por el júbilo:

—¡Ah! ¡Si supieras!… ¡Si supieras, amigo mío!

—¡Nada sé! —respondí—. ¿Qué te ha pasado?

—¡Ya soy dichoso! ¡Ya soy el más feliz de los hombres!

—Pues ¿qué ocurre?

—La esquela en que me llamaban a la fonda.

—Continúa.

—¡Era de ella!

—¿De quién? ¿De Gabriela Zahara?

—¡Quita de allá, hombre! ¿Quién piensa ahora en desventuras? ¡Era de ella! ¡De la otra!

—Pero ¿quién es la otra?

—¿Quién ha de ser? ¡Blanca! ¡Mi amor! ¡Mi vida! ¡La madre de mi hijo!

—¿Blanca? —repliqué con asombro—. Pues ¿no decías que te había engañado?

—¡Ah! ¡No! ¡Fue alucinación mía!…

—¿La que padeces ahora?

—No; la que entonces padecí.

—Explícate.

—Escucha: Blanca me adora…

—Adelante. El que tú lo digas no prueba nada.

—Cuando nos separamos Blanca y yo el día 15 de abril, quedamos en reunirnos en Sevilla para el 15 de mayo. A poco tiempo de mi marcha, recibió ella una carta en que le decían que su presencia era necesaria en Madrid para asuntos de familia; y como podía disponer de un mes hasta mi vuelta, fue a la Corte, y volvió a Sevilla muchos días antes del 15 de mayo. Pero yo, más impaciente que ella, acudí a la cita con quince días de anticipación de la fecha estipulada, y no hallando a Blanca en la fonda, me creí engañado…, y no esperé. En fin… ¡he pasado dos años de tormento por una ligereza mía!

Pero una carta lo evitaba todo…

—Dice que había olvidado el nombre de aquel pueblo, cuya promotoría sabes que dejé inmediatamente, yéndome a Madrid…

—¡Ah! ¡Pobre amigo mío! —exclamé—. ¡Veo que quieres convencerte; que te empeñas en consolarte! ¡Más vale así! Conque, veamos: ¿Cuándo te casas? ¡Porque supongo que, una vez deshechas las nieblas de los celos, lucirá radiante el sol del matrimonio!…

—¡No te rías! —exclamó Zarco—. Tú serás mi padrino.

—Con mucho gusto. ¡Ah! ¿Y el niño? ¿Y vuestro hijo?

—¡Murió!

—¡También eso! Pues, señor… —dije aturdidamente—. ¡Dios haga un milagro!

—¡Cómo!

—Digo… ¡que Dios te haga feliz!

XIII

DIOS DISPONE

Por aquí íbamos en nuestra conversación, cuando oímos fuertes aldabonazos en la puerta de la calle.

Eran las dos de la madrugada.

Joaquín y yo nos estremecimos sin saber por qué… Abrieron; y a los pocos segundos entró en el despacho un hombre que apenas podía respirar, y que exclamaba entrecortadamente con indescriptible júbilo:

—¡Albricias! ¡Albricias, compañero! ¡Hemos vencido!

Era el promotor fiscal del Juzgado.

—Explíquese usted, compañero… —dijo Zarco, alargándole una silla—. ¿Qué ocurre para que venga usted tan a deshora y tan contento?

—Ocurre… ¡Apenas es importante lo que ocurre!… Ocurre que Gabriela Zahara…

—¿Cómo?… ¿Qué?… —interrumpimos a un mismo tiempo Zarco y yo.

—¡Acaba de ser presa!

—¡Presa! —gritó el juez lleno de alegría.

—Sí, señor; ¡presa! —repitió el fiscal—. La Guardia Civil le seguía la pista hace un mes, y, según acaba de decirme el sereno, que suele acompañarme desde el Casino hasta mi casa, ya la tenemos a buen recaudo en la cárcel de esta muy noble villa…

—Pues vamos allá… —replicó el juez—. Esta misma noche le tomaremos declaración. Hágame usted el favor de avisar al escribano de la causa. Usted mismo presenciará las actuaciones, atendida la gravedad del caso… Diga usted que manden a llamar también al sepulturero, a fin de que presente por sí propio la cabeza de don Alfonso Gutiérrez, la cual obra en poder del alguacil. Hace tiempo que tengo excogitado este horrible *careo* de los dos esposos, en la seguridad de que la parricida no podrá negar su crimen al ver aquel clavo de hierro que, en la boca de la calavera parece una lengua acusadora. En cuando a ti —díjome luego Zarco—, harás el papel de *escribiente*, para que puedas presenciar, sin quebrantamiento de la ley, escenas tan interesantes…

Nada le contesté. Entregado mi infeliz amigo a su *alegría de juez* —permítaseme la frase—, no había concebido la horrible sospecha que, sin duda, os agita ya a vosotros…; sospecha que penetró desde luego en mi corazón, taladrándolo con sus uñas de hierro… ¡Gabriela y Blanca, llegadas a aquella villa en una misma noche, podían ser una sola persona!

—Dígame usted —pregunté al promotor, mientras que Zarco se preparaba para salir—: ¿En dónde estaba Gabriela cuando la prendieron los guardias?

—En la fonda del León —me respondió el fiscal.

¡Mi angustia no tuvo límites!

Sin embargo, nada podía hacer, nada podía decir, sin comprometer a Zarco, como tampoco debía envenenar el alma de mi amigo comunicándole aquella lúgubre conjetura, que acaso iban a desmentir los hechos. Además, suponiendo que Gabriela y Blanca fueran una misma persona, ¿de qué le valdría al desgraciado el que yo se lo indicase anticipadamente? ¿Qué podía hacer en tan tremendo conflicto? ¿Huir? ¡Yo debía evitarlo, pues era declararse reo! ¿Delegar, fingiendo una indisposición repentina? Equivaldría

a desamparar a Blanca, en cuya defensa tanto podría hacer, si su causa le parecía defendible. ¡Mi obligación, por tanto, era guardar silencio y dejar paso a la justicia de Dios!

Tal discurrí por lo menos en aquel súbito lance, cuando no había tiempo ni espacio para soluciones inmediatas… ¡La catástrofe se venía encima con trágica premura!… El fiscal había dado ya las órdenes de Zarco a los alguaciles, y uno de éstos había ido a la cárcel, a fin de que dispusiesen la sala de Audiencia para recibir al Juzgado. El comandante de la Guardia Civil entraba en aquel momento a dar parte en persona —como muy satisfecho que estaba del caso— de la prisión de Gabriela Zahara… Y algunos trasnochadores, socios del Casino y amigos del juez, noticiosos de la ocurrencia, iban acudiendo también allí, como a olfatear y presentir las emociones del terrible día en que dama tan principal y tan bella subiese al cadalso… En fin, no había más remedio que ir hasta el borde del abismo, pidiendo a Dios que Gabriela no fuese Blanca.

Disimulé, pues, mi inquietud y callé mis recelos, y a eso de las cuatro de la mañana seguí al juez, al promotor, al escribano, al comandante de la Guardia Civil y a un pelotón de curiosos y de alguaciles, que se trasladaron a la cárcel regocijadamente.

XIV

EL TRIBUNAL

Allí aguardaba ya el sepulturero.

La sala de la Audiencia estaba profusamente iluminada.

Sobre la mesa veíase una caja de madera pintada de negro, que contenía la calavera de don Alfonso Gutiérrez del Romeral.

El juez ocupó su sillón; el promotor se sentó a su derecha, y el comandante de la Guardia, por respetos superiores a las prácticas forenses, fue invitado a presenciar también la indagatoria, visto el interés que, como a todos, le inspiraba aquel ruidoso proceso. El escribano y yo nos sentamos juntos, a la izquierda del juez, y el alcalde y los alguaciles se agruparon a la puerta, no sin que se columbrasen detrás de ellos algunos curiosos a quienes su alta categoría pecuniaria había franqueado, para tal solemnidad, la entrada

en el temido establecimiento, y que habrían de contentarse con *ver* a la acusada, por no consentir otra cosa el secreto del sumario.

Constituida en esta forma la Audiencia, el juez tocó la campanilla, y dijo al alcaide:

—Que entre doña Gabriela Zahara.

Yo me sentía morir, y, en vez de mirar a la puerta, miraba a Zarco, para leer en su rostro la solución del pavoroso problema que me agitaba…

Pronto vi a mi amigo ponerse lívido, llevarse la mano a la garganta como para ahogar un rugido de dolor, y volverse hacia mí en demanda de socorro…

—¡Calla! —le dije, llevándome el índice a los labios.

Y luego añadí, con la mayor naturalidad, como respondiendo a alguna observación suya:

—Lo sabía…

El desventurado quiso levantarse…

—¡Señor juez!… —le dije entonces con tal voz y con tal cara, que comprendió toda la enormidad de sus deberes y de los peligros que corría. Contrájose, pues, horriblemente, como quien trata de soportar un peso extraordinario y, dominándose al fin por medio de aquel esfuerzo, su cara ostentó la inmovilidad de una piedra. A no ser por la calentura de sus ojos, hubiérase dicho que aquel hombre estaba muerto.

¡Y muerto estaba el hombre! ¡Ya no vivía en él más que el magistrado!

Cuando me hube convencido de ello, miré, como todos, a la acusada.

Figuraos ahora mi sorpresa y mi espanto, casi iguales a los del infortunado juez… ¡*Gabriela Zahara* no era solamente la *Blanca* de mi amigo, su querida de Sevilla, la mujer con quien acababa de reconciliarse en la fonda del León, sino también mi desconocida de Málaga, mi amiga de Granada, la hermosísima americana *Mercedes de Meridanueva*!

Todas aquellas fantásticas mujeres se resumían en una sola, en una indudable, en una real y positiva, en una sobre quien pesaba la acusación de haber matado a su marido, en una que estaba condenada a muerte en rebeldía…

Ahora bien: esta acusada, esta sentenciada, ¿sería inocente? ¿Lograría sincerarse? ¿Se vería absuelta?

Tal era mi única y suprema esperanza, tal debía ser también la de mi pobre amigo.

XV

EL JUICIO

El Juez es una ley que habla y la ley un Juez mudo.

La ley debe ser como la muerte, que no perdona a nadie.

(MONTESQUIEU).

Gabriela —llamémosla, al fin, por su verdadero nombre— estaba sumamente pálida; pero también muy tranquila. Aquella calma, ¿era señal de su inocencia, o comprobaba la insensibilidad propia de los grandes criminales? ¿Confiaba la viuda de don Alfonso en la fuerza de su derecho, o en la debilidad de su juez?

Pronto salí de dudas.

La acusada no había mirado hasta entonces más que a Zarco, no sé si para infundirle valor y enseñarle a disimular, si para amenazarle con peligrosas revelaciones o si para darle mudo testimonio de que su *Blanca* no podía haber cometido un asesinato… Pero, observando sin duda la tremenda impasibilidad del juez, debió sentir miedo, y miró a los demás concurrentes, cual si buscase en otras simpatías auxilio moral para su buena o su mala causa.

Entonces me vio a mí, y una llamarada de rubor, que me pareció de buen agüero, tiñó de escarlata su semblante.

Pero muy luego se repuso, y tornó a su palidez y tranquilidad.

Zarco salió al fin del estupor en que estaba sumido, y, con voz dura y áspera como la vara de la Justicia, preguntó a su antigua amada y prometida esposa:

—¿Cómo se llama usted?

—Gabriela Zahara del Valle de Gutiérrez del Romeral —contestó la acusada con dulce y reposado acento.

Zarco tembló ligeramente. ¡Acababa de oír que su *Blanca* no había existido nunca; y esto se lo decía ella misma! ¡Ella, con quien tres horas antes había concertado de nuevo el antiguo proyecto de matrimonio!

Por fortuna, nadie miraba al juez, sino que todos tenían fija la vista en Gabriela, cuya singular hermosura y suave y apacible voz considerábanse como indicios de inculpabilidad. ¡Hasta el sencillo traje negro que llevaba parecía declarar en su defensa!

Repuesto Zarco de su turbación, dijo con formidable acento, y como quien juega de una vez todas sus esperanzas:

—Sepulturero: venga usted, y haga su oficio abriendo ese ataúd…

Y le señalaba la caja negra en que estaba encerrado el cráneo de don Alfonso.

—Usted, señora… —continuó, mirando a la acusada con ojos de fuego—, ¡acérquese, y diga si reconoce esa cabeza!

El sepulturero destapó la caja, y se la presentó abierta a la enlutada viuda.

Ésta, que había dado dos pasos adelante, fijó los ojos en el interior del llamado *ataúd*, y lo primero que vio fue la cabeza del *clavo*, destacándose sobre el marfil de la calavera…

Un grito desgarrador, agudo, mortal, como los que arranca un miedo repentino o como los que preceden a la locura, salió de las entrañas de Gabriela, la cual retrocedió espantada, mesándose los cabellos y tartamudeando a media voz:

—¡Alfonso! ¡Alfonso!

Y luego se quedó como estúpida.

—¡Ella es! —murmuramos todos, volviéndonos hacia Joaquín.

—¿Reconoce usted, pues, el *clavo* que dio muerte a su marido? —añadió el juez, levantándose con terrible ademán, como si él mismo saliese de la sepultura…

—Sí, señor… —respondió Gabriela maquinalmente, con entonación y gesto propios de la imbecilidad.

—¿Es decir, que declara usted haberlo asesinado? —preguntó el juez con tal angustia que la acusada volvió en sí, estremeciéndose violentamente.

—Señor… —respondió entonces—. ¡No quiero vivir más! Pero, antes de morir, quiero ser oída…

Zarco se dejó caer en el sillón como anonadado, y miróme cual si me preguntara: ¿Qué va a decir?

Yo estaba también lleno de terror.

Gabriela arrojó un profundo suspiro y continuó hablando de este modo:

—Voy a confesar, y en mi propia confesión consistirá mi defensa, bien que no sea bastante a librarme del patíbulo. Escuchad todos. ¿A qué negar lo evidente? Yo estaba sola con mi marido cuando murió. Los criados y el

médico lo habrán declarado así. Por tanto, sólo yo pude darle muerte del modo que ha venido a revelar su cabeza, saliendo para ello de la sepultura… ¡Me declaro, pues, autora de tan horrendo crimen!… Pero sabed que un hombre me obligó a cometerlo.

Zarco tembló al escuchar estas palabras: dominó, sin embargo, su miedo, como había dominado su compasión, y exclamó valerosamente:

—¡Su nombre, señora! ¡Dígame pronto el nombre de ese desgraciado!

Gabriela miró al juez con fanática adoración, como una madre a su atribulado hijo, y añadió con melancólico acento:

—¡Podría, con una sola palabra, arrastrarlo al abismo en que me ha hecho caer! ¡Podría arrastrarlo al cadalso, a fin de que no se quedase en el mundo, para maldecirme tal vez al casarse con otra!… ¡Pero no quiero! ¡Callaré su nombre, porque me ha amado y le amo! ¡Y le amo, aunque sé que no hará nada para impedir mi muerte!

El juez extendió la mano derecha, cual si fuera a adelantarse…

Ella le reprendió con una mirada cariñosa, como diciéndole: ¡Ve que te pierdes!

Zarco bajó la cabeza.

Gabriela continuó:

—Casada a la fuerza con un hombre a quien aborrecía, con un hombre que se me hizo aún más aborrecible después de ser mi esposo, por su mal corazón y por su vergonzoso estado…, pasé tres años de martirio, sin amor, sin felicidad, pero resignada. Un día que daba vueltas por el purgatorio de mi existencia, buscando, a fuer de inocente, una salida, vi pasar, a través de los hierros que me encarcelaban, a uno de esos ángeles que libertan a las almas ya merecedoras del cielo… Asíme a su túnica, diciéndole: *Dame la felicidad*… Y el ángel me respondió: *¡Tú no puedes ser ya dichosa! —¿Por qué?—. Porque no lo eres*. ¡Es decir, que el infame que hasta entonces me había martirizado, me impedía volar con aquel ángel al cielo del amor y de la ventura! ¿Concebís absurdo mayor que el de este razonamiento de mi destino? Lo diré más claramente. ¡Había encontrado un hombre digno de mí y de quien yo era digna; nos amábamos, nos adorábamos; pero él, que ignoraba la existencia de mi mal llamado esposo; él, que desde luego pensó en casarse conmigo; él, que no transigía con nada que fuese ilegal o impuro, me amenazaba con abandonarme si no nos casábamos! Érase un hombre excepcional, un dechado de honradez, un carácter severo y nobilísimo, cuya única falta en la vida consistía en haberme querido demasiado… Verdad es que íbamos a tener un hijo ilegítimo; pero también es cierto que ni por un solo

instante había dejado de exigirme el cómplice de mi deshonra que nos uniéramos ante Dios… Tengo la seguridad de que si yo le hubiese dicho: *Te he engañado: no soy viuda; mi esposo vive*…, se habría alejado de mí, odiándome y maldiciéndome. Inventé mil excusas, mil sofismas, y a todo me respondía: *¡Sé mi esposa!* Yo no *podía* serlo; creyó que no *quería*, y comenzó a odiarme. ¿Qué hacer? Resistí, lloré, supliqué; pero él, aun después de saber que teníamos un hijo, me repitió que no volvería a verme hasta que le otorgase mi mano. Ahora bien: mi mano estaba vinculada a la vida de un hombre ruin, y entre matarlo a él o causar la desventura de mi hijo, la del hombre que adoraba y la mía propia, opté por arrancar su inútil y miserable vida al que era nuestro verdugo. Maté, pues, a mi marido…, creyendo ejecutar un acto de justicia en el criminal que me había engañado infamemente al casarse conmigo, y —¡castigo de Dios!— me abandonó mi amante… Después hemos vuelto a encontrarnos… ¿Para qué, Dios mío? ¡Ah! ¡Que yo muera pronto!… ¡Sí! ¡Que yo muera pronto!

Gabriela calló un momento, ahogada por el llanto.

Zarco había dejado caer la cabeza sobre las manos, cual si meditase; pero yo veía que temblaba como un epiléptico.

—¡Señor juez! —repitió Gabriela con renovada energía—: ¡Que yo muera pronto!

Zarco hizo una seña para que se llevasen a la acusada.

Gabriela se alejó con paso firme, no sin dirigirme antes una mirada espantosa, en que había más orgullo que arrepentimiento.

XVI

LA SENTENCIA

Excuso referir la formidable lucha que se entabló en el corazón de Zarco, y que duró hasta el día en que volvió a fallar la causa. No tendría palabras con que haceros comprender aquellos horribles combates… Sólo diré que el magistrado venció al hombre, y que Joaquín Zarco volvió a condenar a muerte a Gabriela Zahara.

Al día siguiente fue remitido el proceso en consulta a la Audiencia de Sevilla, y al propio tiempo Zarco se despidió de mí, diciéndome estas

palabras:

—Aguárdame acá hasta que yo vuelva… Cuida de la infeliz, pero no la visites, pues tu presencia la humillaría en vez de consolarla. No me preguntes a dónde voy, ni temas que cometa el feo delito de suicidarme. Adiós, y perdóname las aflicciones que te he causado.

* * *

Veinte días después, la Audiencia del territorio confirmó la sentencia de muerte.

Gabriela Zahara fue puesta en capilla.

XVII

ÚLTIMO VIAJE

Llegó la mañana de la ejecución sin que Zarco hubiese regresado ni se tuvieran noticias de él.

Un inmenso gentío aguardaba a la puerta de la cárcel la salida de la sentenciada.

Yo estaba entre la multitud, pues si bien había acatado la voluntad de mi amigo no visitando a Gabriela en su prisión, creía de mi deber representar a Zarco en aquel supremo trance, acompañando a su antigua amada hasta el pie del cadalso.

Al verla aparecer, costóme trabajo reconocerla. Había enflaquecido horriblemente, y apenas tenía fuerzas para llevar a sus labios el Crucifijo, que besaba a cada momento.

—Aquí estoy, señora… ¿Puedo servir a usted de algo? —le pregunté cuando pasó cerca de mí.

Clavó en mi faz sus marchitos ojos, y cuando me hubo reconocido, exclamó:

—¡Oh! ¡Gracias! ¡Gracias! ¡Qué consuelo tan grande me proporciona usted en mi última hora! ¡Padre! —añadió, volviéndose a su confesor—:

¿Puedo hablar al paso algunas palabras con este generoso amigo?

—Sí, hija mía… —le respondió el sacerdote—; pero no deje usted de pensar en Dios…

Gabriela me preguntó entonces:

—¿Y él?

—Está ausente…

—¡Hágalo Dios muy feliz! Dígale, cuando lo vea, que me perdone, para que me perdone Dios. Dígale que todavía le amo…, aunque el amarle es causa de mi muerte…

—Quiero ver a usted resignada…

—¡Lo estoy! ¡Cuánto deseo llegar a la presencia de mi Eterno Padre! ¡Cuántos siglos pienso pasar llorando a sus pies, hasta conseguir que me reconozca como hija suya y me perdone mis muchos pecados!

Llegamos al pie de la escalera fatal…

Allí fue preciso separamos.

Una lágrima, tal vez la última que aún quedaba en aquel corazón, humedeció los ojos de Gabriela, mientras que sus labios balbucieron esta frase:

—Dígale usted que muero bendiciéndole…

En aquel momento sintióse viva algazara entre el gentío…, hasta que al cabo percibiéronse claramente las voces de:

—*¡Perdón! ¡Perdón!*

Y por la ancha calle que abría la muchedumbre vióse avanzar a un hombre a caballo, con un papel en una mano y un pañuelo blanco en la otra…

¡Era Zarco!

—*¡Perdón! ¡Perdón!* —venía gritando también él.

Echó al fin pie a tierra, y, acompañado del jefe del cuadro, adelantóse hacia el patíbulo.

Gabriela, que ya había subido algunas gradas, se detuvo, miró intensamente a su amante, y murmuró:

—¡Bendito seas!

En seguida perdió el conocimiento.

Leído el perdón y legalizado el acto, el sacerdote y Joaquín corrieron a desatar las manos de la indultada…

Pero toda piedad era ya inútil… Gabriela Zahara estaba muerta.

XVIII

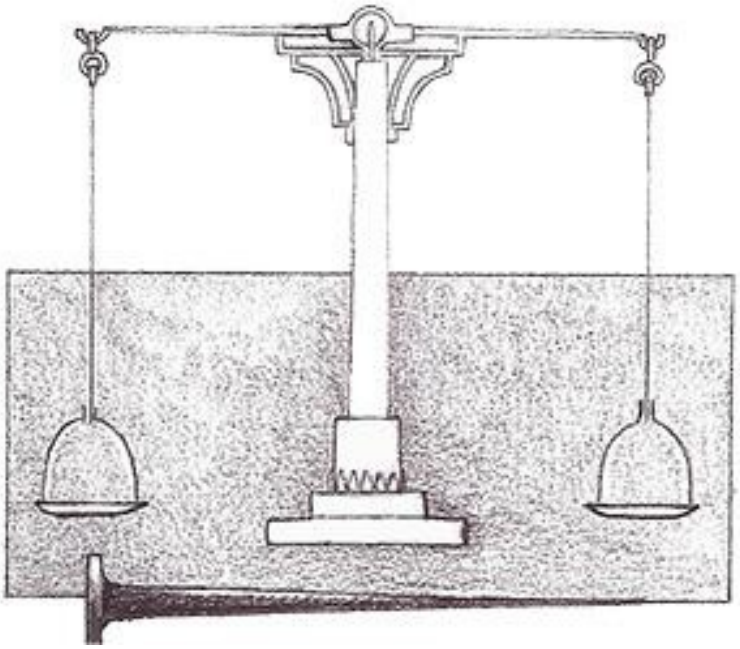
MORALEJA

Zarco es hoy uno de los mejores magistrados de La Habana.

Se ha casado, y puede considerarse feliz; porque la tristeza no es desventura cuando no se ha hecho a sabiendas daño a nadie.

El hijo que acaba de darle su amantísima esposa disipará la vaga nube de melancolía que oscurece a ratos la frente de mi amigo.

Cádiz, 1853.



HISTORIETAS NACIONALES

En esta su segunda serie de cuentos agrupó Alarcón nada menos que diecinueve, si bien casi todos bastante cortos. Buena parte de ellos se sitúan en el marco de la guerra de la Independencia, todavía lo suficientemente próxima en la juventud del novelista como para no ser olvidada ni por él —su familia sufrió mucho en ella— ni por los lugareños de tantas comarcas visitadas en sus viajes. De estos relatos sí podemos creer que, si no históricos al pie de la letra, como su autor los definía, poseen un fondo de verdad.

Otros cuentos de este grupo son más bien cuadros de costumbres.

La mayor parte de ellos están escritos en la primera juventud del autor, y unos y otros tienen en común algo así como un halo de reciedumbre, difícil de definir pero real, que cuadra bien con el calificativo de nacional aplicado a la serie. Además de la palpable espontaneidad característica de la «primera manera» de escribir alarconiana, ya comentada, rezuman estos cuentos la frescura y la lozanía de la obra recién escrita por un maestro de la narrativa breve. Seis son los títulos seleccionados de esta serie.

El carbonero-alcalde *es sin duda el más conocido de ellos. Con unas pocas frases nos sitúa Alarcón en el escenario, entre Guadix y Las Alpujarras, de una acción que prende al lector desde las primeras líneas. Todo es rudo aquí: la geografía, el protagonista, alcalde de Lapeza, las acciones militares, las represalias… En una de sus mejores creaciones, Alarcón consigue fundir forma y fondo, historia e inventiva, de modo que, en perfecta comunión con lo narrado, el estilo resulta sorprendentemente directo y vivaz.*

En El afrancesado *el protagonista es un García de Paredes, descendiente de un personaje histórico español famoso en su época por su fuerza hercúlea. Curiosamente —quizá producto de una pirueta mental de Alarcón—, este García de Paredes, lejos de hacer gala de agresividad para oponerse a los franceses invasores, se vale de una refinada astucia. Haciéndose pasar por afrancesado —de ahí el título— se gana la confianza de los oficiales enemigos y, aprovechando sus conocimientos de boticario, los envenena, pero él se sacrifica también.*

Si en el cuento anterior se canta épicamente la oposición de la violencia desnuda ante la injusticia de la opresión, en éste, como en un complemento, se exalta el heroísmo del débil, forzado a valerse de estratagemas tan sagaces como lícitas.

Baquero Goyanes comenta que Schopenhauer toca este tema en un pasaje de su obra filosófica. Allí el protagonista del hecho es un obispo.

Probablemente a Alarcón le llegó noticia del suceso —real o imaginario— a través de algún conocido.

El extranjero *presenta particularidades diametralmente opuestas a las de los dos cuentos precedentes. Como si el autor se hubiera cansado de tanta sangre y tanta muerte, de tanta catástrofe como produce la guerra, aboga aquí por un patriotismo suavizado por ideas cristianas, y propone, a través de la historia de un soldado español torturador de un polaco prisionero, la renuncia a toda crueldad.*

La destreza del novelista consigue en seguida la condena del lector hacia un comportamiento mostrado en graduación magistral. De antología son igualmente los diálogos con el anciano en la primera parte del cuento; en la segunda, en cambio, Alarcón fuerza el argumento en aras de la tesis, y hace aparecer en Varsovia al soldado español, de forma que pueda encontrar justo y providencial castigo a su execrable conducta.

En este sentido El extranjero, *escrito en 1854, establece un precedente de la introducción del factor espiritualista en las novelas largas de Alarcón, incluso en la insistencia nada sutil en remachar la idea, si bien nadie dejará de aplaudir la moral aquí propugnada.*

La buenaventura trata una materia de enorme éxito tanto dentro como fuera de nuestras fronteras durante el siglo XIX: el bandolerismo andaluz. Sin buscarlo, redondea Alarcón el tipismo al presentar como contrahéroe de la historia a un gitano. Estamos, sin embargo, muy lejos de un Mérimée: la historia, aunque salpicada de tipos pintorescos, no carece de credibilidad. Por otra parte, la pretensión del escritor al crearla no fue otra que divertir con humor de buena ley, y no cabe dudar de su éxito.

¡Buena pesca! *es un cuento un tanto peculiar. Podría haber sido incluido en la primera serie, pues, al fin y al cabo, se narra una historia de amor, aunque terrible en verdad. Por otra parte presenta componentes románticos como los analizados al hablar de otros títulos, no prodigados en las* Historietas nacionales.

En la narración se insinúa inteligentemente la ironía, sazonando una situación de gran contenido dramático. Las descripciones de la naturaleza, del castillo y de los personajes poseen verdadera gracia. Esta vez no ha querido Alarcón escalonar el desarrollo de la acción, sino que, buscando un mayor efectismo, el patetismo permanece en estado latente, apenas perceptible, y todo es amable hasta el último capítulo, cuando el desenlace, aunque esperado, estalla de forma estremecedora.

El último cuento seleccionado de este grupo, El libro talonario*, es una pequeña joya. La anécdota se reduce al extremo: el robo de unas calabazas y su búsqueda. Con tan poca cosa, Alarcón se muestra aquí en la cumbre de su capacidad de escritor, maestro del humor y dominando hasta el virtuosismo el arte de narrar.*

Los primeros párrafos nos muestran asimismo al novelista de Guadix como un experto conocedor de la agricultura. Este dato, incluso resultando tan atípico en el mundo de las letras españolas, no debe sorprender. Los padres de Alarcón tenían un huerto junto a su casa, y en él habían diferenciado varias parcelas. Cada una de estas porciones se entregaba a un hijo, cuando alcanzaba la edad de poder laborarla, para su siembra y cuidado. Sobre el terreno, literalmente, aprendió, pues, Pedro Antonio de muchacho las primeras nociones sobre el cultivo. Mucho después, tras adquirir la finca de Valdemoro, aparecen en su correspondencia referencias a la huerta de esta propiedad que dejan traslucir un gran cariño por el campo y las actividades agrarias.

Este amor por lo rústico, en el sentido literal del término, se manifiesta en no pocos escritores anglosajones de esa época y posteriores y, en menor medida, en otros europeos, pero es excepcional en nuestro país. Por desgracia, Alarcón, pionero en otras facetas, no se decidió a crear, aunque estaba dotado para ello, una literatura de la naturaleza, de la que España prácticamente ha carecido, y sólo ha dejado algunos ejemplos salpicando su producción.

El carbonero-alcalde

I

OTRO día narraré los trágicos sucesos que precedieron a la entrada de los franceses en la morisca ciudad de Guadix, para que se vea de qué modo sus irritados habitantes arrastraron y dieron muerte al corregidor don Francisco Trujillo, acusado de no haberse atrevido a salir a hacer frente al ejército napoleónico con los trescientos paisanos armados de escopetas, sables, navajas y hondas de que habría podido disponer para ello…

Hoy, sin otro fin que indicar el estado en que se hallaban las cosas cuando ocurrió el sublime episodio que voy a referir, diré que ya era capitán general de Granada el *excelentísimo señor conde don Horacio Sebastiani*, como le llamaban los afrancesados, y gobernador del Corregimiento de Guadix el general Godinot, sucesor del coronel de dragones de caballería, número 20, M. Corvineau, a quien había cabido la gloria de ocupar la ciudad el 16 de febrero de 1810.

Dos meses habían pasado desde esta aborrecida fecha, y las tropas de Napoleón seguían dominando en Guadix por tal arte, que aquella tierra clásica de revoltosos y guerrilleros era ya una balsa de aceite. Apenas se veía algún que otro buen patriota ahorcado en los miradores de las Casas Consistoriales, y ya iban siendo menos sorprendentes ciertas misteriosas *bajas* del ejército invasor, ocasionadas, según todo el mundo sabe, por la manía en que dieron los guadijeños, como otros muchos españoles, de arrojar al pozo a sus alojados: comenzaba la plebe a chapurrear el francés, y hasta los niños sabían ya decir *didon* para llamar a los conquistadores, lo cual era claro indicio de que la asimilación de españoles y franceses adelantaba mucho, haciendo esperar a los transpirenaicos una pronta identificación de ambos pueblos; ya bailaban nuestras abuelas… (es decir, las abuelas de los nietos de los afrancesados; que no las mías, a Dios gracias), ya bailaban digo, con los oficiales vencedores en Marengo, Austerlitz y Wagram, y aun había ejemplo de que alguna beldad despreocupada, con peina de teja[28] y vestido de medio paso[29], que era la suma elegancia en aquel entonces, hubiese mirado con buenos ojos a este o aquel granadero, dragón o húsar nacido en lejanas tierras; ya extendían los curiales[30] toda clase de documentos públicos en papel que había sido del reinado de don Fernando VII, y al cual se acababa de poner la siguiente nota: «*Valga para el reinado del Rey nuestro señor D. José Napoleón I*»; ya se dignaban oír misa, los domingos y fiestas de guardar,

aquellos hijos de Voltaire y Rousseau, bien que los generales y jefes superiores la oyesen, como ateos de más alta dignidad, arrellanados en los sillones del presbiterio y fumando en descomunales pipas… (histórico); ya los frailes de San Agustín, San Diego, Santo Domingo y San Francisco habían *consumido* todas las hostias sagradas y evacuado por fuerza sus conventos, para que sirviesen de cuarteles a los galos; ya, en fin, era todo paz varsoviana[31], oficial alegría y entusiasmo bajo pena de muerte en la antigua corte de aquellos otros enemigos de Cristo que reinaron en Guadix por la gracia de Alá y de su profeta Mahoma.

II

Pues he aquí que, en tales circunstancias, tuvo que cerrar sus puertas el matadero de Guadix, por falta de reses que matar. Vacas, bueyes, terneras, carneros, ovejas, cabras… ¡todos los ganados del territorio habían sido ya devorados por *aquellos naciones*, con más todos los jamones, espaldillas, pavos, pollos, gallinas, palomas y conejos caseros de la ciudad; pues nunca había visto a seres humanos comer tanta *carnaza* a todas horas!…

Las gentes del país, sobrias siempre a fuer de semiafricanas, seguían alimentándose con vegetales crudos, cocidos o fritos… ¡pero el Conquistador necesitaba carne, y carne fresca, y mucha, y pronto!…

En tal conflicto, recordó el general francés que el partido de Guadix se componía de varios pueblos, y que la mayor parte de ellos se hallaban aún *por conquistar*.

—¡Es necesario —dijo entonces a sus tropas— que las águilas del Imperio se extiendan por todas partes! Desparramaos por cuantas villas, lugares y cortijos comprende el territorio de mi mando; llevadles la buena nueva del advenimiento de don José I al trono de San Fernando; tomad posesión de ellos en su nombre, y traedme a la vuelta cuanto ganado encontréis en sus corrales y rediles. ¡Viva el emperador!

Y, en virtud de esta *orden del día*, salieron diez o doce columnas, cada una de ciento a doscientos hombres, con dirección al marquesado del Zenet, a Gor, a los montes y a los pueblos situados en la falda septentrional de Sierra Nevada.

Entre estos últimos —y henos ya dentro del episodio que nos propusimos referir al coger hoy la pluma—, entre los pueblos que, indiferentes a los adelantos de la civilización, vegetan al pie del colosal y siempre nevado

Mulhacén, es y era renombrada en veinte leguas a la redonda, por el carácter indómito de sus moradores, por su arábigo aspecto, por el estado casi salvaje de las costumbres y por otras particularidades que ya irán surgiendo de nuestra relación, la antiquísima villa de Lapeza, célebre en la guerra de los moriscos, y cuyo arruinado castillejo recuerda aún el nombre de su esforzado gobernador Bernardino de Villalta, digno adversario de los secuaces de Aben-Humeya.

Era el día 15 de abril del mencionado año de 1810.

La villa de Lapeza ofrecía un espectáculo tan risible como admirable, tan grotesco como imponente, tan ridículo como aterrador. Hallábanse cortadas todas sus avenidas por una muralla de troncos de encina y de otros árboles gigantescos, que la población en masa bajaba del monte vecino, y con los que formaba pilas no muy fáciles de superar. Como la mayor parte de aquel vecindario se compone de carboneros, y el resto de leñadores y pastores, la operación indicada se llevaba a cabo con inteligencia y celeridad verdaderamente asombrosas.

Aquel recio muro de madera formaba una especie de torre por el lado frontero al camino de Guadix, y encima de esta torre habían colocado los lapezeños (¡asómbrense ustedes!) cierto formidable *cañón*, fabricado por ellos mismos, y del que ha quedado imperecedera memoria; el cual consistía en un colosal tronco de encina ahuecado al fuego, ceñido con recias cuerdas y redoblados alambres, y cargado hasta la boca con no sé cuántas libras de pólvora y una infinidad de balas, piedras, pedazos de hierro viejo y otros proyectiles por el estilo.

Contábase además con todas las armas blancas y negras del pueblo y del monte, resultando disponibles unas doce escopetas, más de veinte bocachas y trabucos, un cuchillo, puñal o navaja por persona, tres o cuatro docenas de hachas de hacer leña, algunos pistolones de chispas, inmensos montones de piedras de respetable calibre, todas las hondas necesarias para hacerlas volar, y una verdadera selva de garrotes y porras de variado gusto.

En cuanto a la *guarnición*, todos los coetáneos del hecho están de acuerdo en que constaría de unos doscientos *hombres*, a quienes sólo se podía llamar así por exceso de filantropía, pues más que hombres parecían orangutanes; entre los cuales figuraba en primera línea, merece especial mención y dará exacta idea de lo demás, el general de aquel ejército, el gobernador de aquella plaza, el alcalde de Lapeza, *Manuel Atienza*, en fin, ¡que santa gloria haya!

Era la primera autoridad de la villa un mortal de cuarenta y cinco a cincuenta años, alto como un ciprés, huesoso o *nudoso* (que ésta es la

verdadera palabra) como un fresno y fuerte como una encina; aunque, a decir verdad, su largo ejercicio de carbonero habíale requemado y ennegrecido de tal modo que, de parecer una encina, parecía una encina hecha carbón. Sus uñas eran pedernal; sus dientes, de caoba; sus manos de bronce pavonado por el sol; su cabello, por lo revuelto y empajado, cáñamo sin agramar[32], y por la calidad y el color, el cerro[33] de un jabalí; su pecho, que la abierta camisa dejaba ver de hombro a hombro y del cuello hasta el estómago *inclusive*, parecía cubierto de una piel de caballo que se hubiese arrugado y endurecido a fuerza de estar sobre ascuas y, efectivamente, el cerdoso vello que poblaba su saliente esternón hallábase chamuscado, así como sus pobladas cejas… Y consistía esto en que el señor alcalde era carbonero (o sea, *ranchero de la sierra*, según que ellos se llaman), y había pasado toda su vida en medio de un incendio, como las ánimas del Purgatorio.

Con respecto a los ojos de Manuel Atienza, no podía negarse que *veían*; pero nadie hubiera asegurado nunca que *miraban*. La advertida ignorancia de su merced, junta a la malicia del mono y a la prevención del hombre entrado en años, aconsejábale no fijar nunca la vista en sus interlocutores, a fin de que no descubriesen las marras de su inteligencia o de su saber; y si la fijaba, era de un modo tan vago, tan receloso, tan solapado, que parecía que aquellas pupilas miraban hacia adentro, o que aquel hombre tenía otros dos ojos detrás de las orejas, como las lagartijas. Su boca, en fin, era la de un alano viejo; su frente desaparecía debajo de las avanzadas del pelo; su cara relucía como el cordobán curtido, y su voz, ronca como un trabucazo, tenía ciertas notas ásperas y bruscas como el golpe del hacha sobre la leña.

De su traje no hay que decir, por ser cosa de cajón entre la gente rica de aquellos pueblos, que consistía en unas albarcas[34] de piel de toro, tomiza[35] y parella[36]; medias de lana; calzón corto, de paño burdo muy oscuro; chaqueta de lo mismo; chaleco celeste, de raso, rameado de amarillo; canana de cuero en vez de faja, y un enorme sombrero, bajo cuya ala, ribeteada de felpa, sesteaba muy cómodamente toda su autoridad…

Y, a propósito de autoridad, añadiré para concluir, que la vara de alcalde le llegaba al hombro, y que sus dos borlas negras, del tamaño de dos naranjas, denunciaban a tiro de bala a *todo un hombre de orden*, que diríamos ahora.

Tal era el alcalde de Lapeza, y a su tenor todos sus subordinados. Si creéis exagerada la descripción, tened presente que la raza de los lapezeños no ha degenerado ni se ha modificado con los años transcurridos. ¡Id allá, y os asombraréis, como yo, de que en España, y a mediados del siglo XIX, existan todas las maravillas del África meridional!

III

Pero las obras de fortificación se hallan terminadas y el armamento distribuido convenientemente.

Atienza ha mandado a Jacinto que vaya a su casa por un antiquísimo tambor, que sirve para las procesiones, para los toros y para pregonar los bandos.

Jacinto —que, dicho sea entre paréntesis, era el alguacil, y de alguacil ha muerto en el presente año de 1859—, acude ya tocando generala.

—¡A la formación! —grita el síndico, persona muy perita en el arte militar; como que ha servido al señor rey don Carlos IV en clase de ranchero de una compañía de cazadores…

Los doscientos lapezeños toman las armas y se forman en batalla enfrente del Ayuntamiento.

Atienza empuña entonces una larga y negra espada antigua de ancha cazoleta[37] y extensos gavilanes[38]; cuelga de su canana una pistola de arzón; coge con la mano izquierda la vara de alcalde, ni más ni menos que haría con su bastón un mariscal de Francia y, seguido de un brillante Estado Mayor, compuesto del alguacil, del pregonero o *peón público* y del *Infrascrito*, que es como, muy ufana y orgullosa, llama su mujer al fiel de fechos[39], pasa revista a sus formidables huestes, que le presentan armas o tiran por alto monteras y sombreros.

—¡Viva el señor alcalde! —gritan o ladran aquellos futuros héroes.

A lo que Atienza replica:

—¡Qué alcalde ni qué cuerno! ¡Viva Dios! ¡Viva Lapeza! ¡Viva la independencia española!

Y, una vez cambiado este saludo de guerra, su merced ordena a Jacinto que toque un largo redoble; llama a su lado al pregonero y, por boca de éste, que repite una a una y hasta media a media las palabras del caudillo, pronuncia la siguiente proclama, no escrita:

«Por-noticias-del tío Piorno-se ha sabido-que-el enemigo de la patria-viene hoy a Lapeza-a conquistarnos-y robarnos los bienes;-y nosotros-con la bendición del señor cura, —y el auxilio-de nuestra santa patrona-la virgen del Rosario,-vamos-a defendernos-como buenos españoles-y a mostrar-a la ciudad de Guadix,-que-si ella-se ha entregado al francés,-los-vecinos de Lapeza-saben morir,-como murieron-los vecinos de Madrid-el día *Dos de Mayo*,-o-vencer,-como vencieron-los vecinos de Bailén-hace dos años; -y, en

su virtud,-el alcalde-hace saber-a estos vecinos -que-el que no perezca-en el presente día-defendiendo su casa,-será declarado-mal español y traidor a la patria,-y morirá,-como corresponde,-colgado de una encina de la sierra.-Y para que conste,—no sabiendo firmar,-lo hace su merced-con la cruz que acostumbra,-de que certifica-el infrascrito.-¡Viva Dios!-¡Viva la Virgen!-¡Viva España!-¡Viva Fernando VII!-¡Muera-*Pepe Botellas*!-¡Mueran los franceses!-¡Muera Godinot!-¡Mueran los traidores!».

Esta mezcla de proclama guerrera y de actuación judicial produjo extraordinario efecto en los lapezeños.

Manuel Atienza hizo la cruz con los dedos, y la besó al llegar a lo de la firma; el secretario certificó con un movimiento de cabeza; el pregonero cumplimentó al alcalde por lo bien que había improvisado su discurso; Jacinto tocó otro redoble de tambor, y los *vivas*, los bailes y los himnos patrióticos dieron fin a aquella cómica *loa* de una verdadera tragedia.

—Cada uno a su puesto —exclamó entonces el síndico[40].

Y unos coronaron la fortaleza de madera; otros se montaron en el *cañón*, provistos de una larga mecha; los gañanes más diestros en el manejo de la honda subieron a la alcazaba morisca; los tiradores o escopeteros salieron de descubierta al camino de Guadix, y el alcalde se colocó en un punto que dominaba todo el futuro campo de batalla, teniendo a su lado a Jacinto, a fin de que con un redoble de tambor diese la señal de fuego.

Entretanto, el cura bendecía y absolvía una vez más a sus animosos feligreses, y se dedicaba, con el albéitar[41], el sacristán y el sepulturero a preparar vendajes, el Santo Óleo y unas angarillas para el socorro de heridos y muertos.

Casi todas las mujeres rezaban en la iglesia; y en cuanto a los niños, habíase dispuesto aquella mañana mandarlos todos a lo alto de Sierra Nevada, a fin de que sus vidas no corriesen peligro, y pudieran servir, andando los años, para rechazar otra invasión extranjera.

IV

Las tres de la tarde serían cuando una nube de polvo indicó a los lapezeños la proximidad del enemigo.

Algunos tiros de las primeras avanzadas corroboraron poco después aquella indicación.

Los lapezeños saltaron de entusiasmo, y al mismo tiempo por disposición final del señor alcalde, izáronse en la antigua fortaleza de los moros, y en el parapeto de encima, dos o tres banderas hechas con pañuelos negros.

Las campanas tocaron a rebato; muchas viejas empezaron a gritar, y los mozos a lanzar silbidos; algunas piedras zumbaron en el espacio, y los escopetazos del camino oyéronse más frecuentes y más próximos.

Un momento después los tiradores se replegaron hacia la villa, cargando nuevamente sus armas, y los primeros cascos, corazas y bayonetas del ejército invasor relucieron al alcance de los trabucos.

—¿Cuántos vienen? —preguntó Manuel Atienza a uno de los que más habían avanzado.

—Vendrán doscientos —respondió éste.

—Somos fuerzas iguales —exclamó el carbonero con desdeñosa arrogancia, sin considerar que doscientos rústicos mal armados no significan lo que doscientos veteranos avezados a las lides y acometiendo con excelentes armas.

—Pero traen caballería… —añadió un segundo escopetero.

—Repito que somos fuerzas iguales —volvió a decir Manuel Atienza—. A ver, Jacinto, que suene ese tambor… ¡España y a ellos! ¡Viva la Virgen!

Jacinto dio la señal ansiada, y una nube de piedras y de balas, cayendo sobre los franceses, les obligó a hacer alto.

Un momento después contestaron éstos con una nutrida descarga, que dejó fuera de combate a cinco lapezeños.

—¡Alto el fuego! —gritó entonces el alcalde—. Están todavía muy lejos y tenemos poca pólvora. Dejémosles acercarse… Ya sabéis que el cañón se reserva para lo último, y que hasta que yo tire el sombrero no se le arrima la mecha. Ustedes, señores, a ver si se callan y cuidan de los heridos.

—¡Ya se acercan otra vez!

—¡Nada!… ¡Todo el mundo quieto!

—¡Ya apuntan!…

—¡Todo el mundo a tierra!

Una segunda descarga vino a estrellarse en los troncos de encina, y los franceses avanzaron hasta hallarse a unos veinte pasos del ejército sitiado.

Los peones se replegaron a los dos lados del camino, dejando paso a la caballería.

—¡Fuego! —exclamó entonces el alcalde con una voz igual a la de la pólvora, mientras que arrojaba el sombrero por alto y se plantaba en medio del mayor peligro.

Allí fue lo horrible. Allí fue lo inenarrable.

Franceses y españoles dispararon sus armas a un mismo tiempo, sembrando la tierra de cadáveres: la caballería aprovechó este momento para llegar al pie de la muralla, presumiendo sin duda poderla saltar con sus impetuosos bridones[42]; centenares de piedras derrumbaron a caballos y jinetes; éstos empezaron, por su parte, a degollar a mansalva, y en aquel supremo tumulto, en medio de aquel estrago, de aquel torbellino, de aquella confusión, he aquí que estalla, por último, el tremendo cañonazo, produciendo un estampido fragoroso y llevando la muerte a sitiados y sitiadores.

Y era que el *cañón* había reventado al tiempo de disparar; era que la encina, hecha pedazos, vomitaba la metralla en todas direcciones, lo mismo hacia atrás que hacia adelante y por los costados, revuelta con mil fragmentos de madera que silbaban al hender el aire; era que la expansión de tanta pólvora inflamada había hecho rodar los troncos en que se apoyaba el *cañón*, y estos troncos aplastaron a españoles y franceses. Fue aquello, pues, un caos de humo, de polvo, de rugidos, de lamentos, de relinchos, de llamas, de sangre; de cadáveres deshechos, cuyos miembros volaban todavía o volvían a la tierra entre balas, piedras y otros proyectiles; de caballos sueltos que huían coceando; de palos de ciego dados sobre amigos y enemigos por los lapezeños que aún seguían en pie, y de puñaladas, pistoletazos y pedradas, que venían de abajo, de arriba, de todas partes, como si hubiese llegado el fin del mundo.

Y en esta tempestad, en este infierno, percibíanse juntos el toque de *retirada* de la corneta francesa y el redoble del tambor lapezeño tocando a *generala*[43], en tanto que la voz del formidable carbonero, del invencible alcalde, del Invulnerable Atienza, sobresalía entre el común estruendo, gritando desaforadamente:

—¡Duro en ello, muchachos! ¡Hasta que no quede uno! ¡Ya deben de quedar pocos!

Y era verdad, pero también era cierto que quedaban menos españoles. El cañón de encina había hecho más destrozos entre los lapezeños que entre los franceses.

Sin embargo, como éstos últimos ignoraban los medios de defensa que aún podían tener reservados aquellos demonios; como tampoco sabían su número, y como todo lo temían ya de ellos, pensaron en salvarse a toda prisa; y, desordenados, dispersos, atropellando la caballería a la infantería, y desoyendo los soldados las voces de sus jefes, emprendieron una retirada muy semejante a una fuga, perseguidos por los gañanes, que aún tenían a su

disposición tres leguas cubiertas de proyectiles para sus hondas, y por algunos escopeteros a quienes quedaban cartuchos.

Apedreados, pues, fusilados, ennegrecidos por la pólvora, cubiertos de sangre, sudor y polvo, y habiendo dejado cien hombres en Lapeza y en el camino, entraron en Guadix, a las ocho de la noche, los vencedores de Egipto, Italia y Alemania, vencidos aquel día por una *fuerza inferior* de pastores y carboneros.

V

El sangriento drama que acabamos de referir no podía menos de tener un tremendo epílogo.

Imagínense nuestros lectores la sorpresa y la ira del general Godinot al saber lo acontecido en Lapeza.

—¡No dejaré en ella piedra sobre piedra! —exclamó el vengativo galo…

Y cuatro días después salían con dirección a la villa gobernada por Atienza dos mil cuatrocientos hombres de todas armas, al mando de un oficial general, y con tantos víveres y municiones como si se tratara de sitiar una plaza fuerte.

Aquel numeroso ejército dio vista a Lapeza a las nueve de la mañana.

A nadie encontraron por el camino; ni un tiro, ni una pedrada los recibió. Todo era silencio y soledad en la ensangrentada villa.

La destruida muralla de troncos no había sido recompuesta, y las campanas no hacían señal de la llegada del enemigo…

Así entraron en el pueblo los irritados invasores.

Y allí debió de cruzar por su mente una especie de profecía de lo que más tarde les aconteció en Rusia. Lapeza estaba despoblada, ni más ni menos que Moscú, cuando penetró en ella Napoleón el Grande. Los lobos, hartos de carnicería, habían vuelto a internarse en la sierra.

Sólo algunas pobres mujeres, que habían bajado aquel día a dar una vuelta por sus abandonados hogares y en busca de víveres para los emigrados, fueron halladas en los rincones de la iglesia, adonde se habían guarecido, creyendo que allí las respetarían los ilustres conquistadores…

Más ¡ay!, no… Que a falta de varones fuertes que vencer, ofrecióles allí la pérfida fortuna míseras doncellas que ultrajar, inocencia que escarnecer, virtud que cubrir de oprobio y amargura.

¡Apartemos los ojos de aquellas infamias, muchas veces repetidas por los vencedores de Europa durante su odiosa dominación en España! ¡Maldición y vergüenza a los que emplean en el crimen la victoria! ¡Horror eterno a las armas extranjeras!

Ufanos y satisfechos volvían hacia Guadix aquellos héroes, llevando, como únicos prisioneros hechos en aquella ruidosa expedición, un inerme anciano, decrépito y enfermo, que encontraron en una choza, y un tímido adolescente que lo cuidaba, cuando la noticia de lo que sucedía en sus hogares, divulgada en la sierra por alguna atribulada fugitiva, precipitó sobre el camino a los enfurecidos padres, hermanos y novios, que bajaban de las alturas como despeñados torrentes.

Empezó entonces un tremendo combate *a salto de mata* (ésta es su gráfica calificación) entre los cien vecinos que aún había a las órdenes de Atienza y los dos mil cuatrocientos expedicionarios franceses.

Una vez lanzado el reto y trabada la lid, los lapezeños empezaron a batirse en retirada, a la usanza mora, con el fin de internar a los enemigos en las fragosidades de la sierra.

¡Éstos cometieron la imprudencia de caer en el lazo; y si bien es verdad que sus terribles armas casi concluyeron con aquel puñado de valientes, no lo es menos que compraron la vida de cada uno con diez bajas en sus batallones!

Las ásperas rocas, los verdes barrancos, los matorrales y los abismos quedaron sembrados de cadáveres franceses…

Fue una de tantas poco sabidas pérdidas como tuvieron en España los ejércitos napoleónicos; pérdidas que no contaban en los boletines de las grandes batallas; pero que al cabo de la guerra de la Independencia dieron la enorme suma de *medio millón* de soldados imperiales muertos o perdidos en nuestra Península.

Atienza —o *Atencia*, que es como el señor alcalde pronuncia su apellido, aumentando su energía con esta variante—, el invicto carbonero, que ha presentado dos batallas en cuatro días a las tropas de Bonaparte, hállase de pie sobre la altísima peña, rodeado de franceses, acorralado, perdido, cargando su *naranjero*[44] con el último cartucho, con la cabeza vendada de resultas del combate del día 15, recientemente herido en el pecho, todo cubierto de sangre, llevando al cinto la vara de su jurisdicción, como hiciera con la suya un arriero, y respondiendo a las intimaciones que le hacen de que se rinda con risotadas salvajes, cuyos ecos repiten los abismos de la quebrantada sierra.

Cien balas silban continuamente en torno suyo; pero él las esquiva saltando de un lado a otro, irguiéndose o agachándose: ágil, súbito, elástico,

como tigre que va y viene sin cesar, se encoge, brinca, acude a todas partes, y aterra tanto en la defensa como en la acometida.

Dispara, por fin, el último trabucazo, trazando en torno suyo un semicírculo con la tremenda arma, como si quisiese rociar de balas el monte; alcánzalo en esto otro tiro en el vientre, lo que le arranca un rugido pavoroso; conoce que va a morir; arroja el trabuco, no sin mirarlo con enojo, al considerarlo ya inofensivo; sácase del cinto el enorme bastón que conocemos, y dirigiéndose a un coronel que le insta en mal español para que se entregue:

—¡Yo no me rindo! —dice—. ¡Yo soy la villa de Lapeza, que muere antes de entregarse!

Y rompiendo el bastón entre sus manos, lo arroja a la faz de los franceses, y él se precipita detrás, cayendo contra las peñas de un hondo barranco, donde sus huesos de bronce crujen al saltar hechos astillas.

¡Ni tan siquiera de su cadáver logró apoderarse el enemigo!

VI

Lapeza es ya de los franceses.

El general Godinot recibe la fausta nueva de boca del jefe expedicionario.

—¿Cuántos prisioneros traéis? —le pregunta—. ¡Necesitamos ahorcarlos para que escarmienten los demás pueblos del partido!

—¡Sólo traigo dos: un viejo y un muchacho! ¡En toda la villa no encontré más enemigos! —responde el jefe bajando los ojos.

Entonces Godinot no puede menos de admirar la actitud verdaderamente antigua, clásica, espartana de aquellos montañeses. Pero con todo, insiste en que sean ahorcados los dos débiles prisioneros…

Nuestros padres nos han referido muchas veces los pormenores de aquella ejecución…

Pero nosotros la contaremos rápidamente…

Son de índole demasiado feroz para que la pluma se detenga en su relato.

Ataron una soga al cuello del niño, y lo arrojaron desde un mirador de la casa del Ayuntamiento a la Plaza Mayor de Guadix.

Rompióse la soga, que sin duda era vieja, y el niño cayó contra el empedrado.

Anudaron la parte rota, tornaron a subir a la pobre criatura, colgáronlo de nuevo, y la soga se volvió a romper.

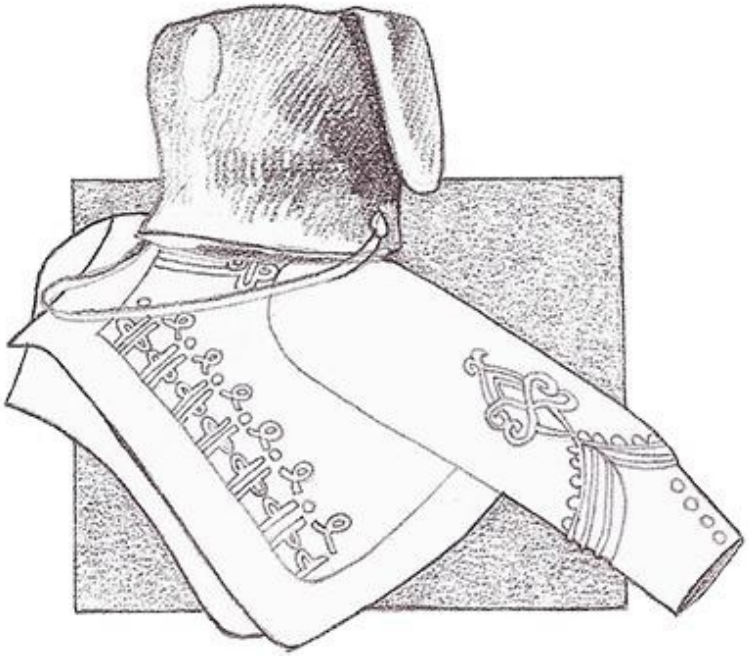
El niño quedó en el suelo sin poder moverse. No había muerto, pero todos sus remos se habían roto.

Entonces un oficial de dragones, conmovido al mirar que se pensaba en colgarlo por tercera vez, llegóse al infeliz… y le deshizo la cabeza de un pistoletazo.

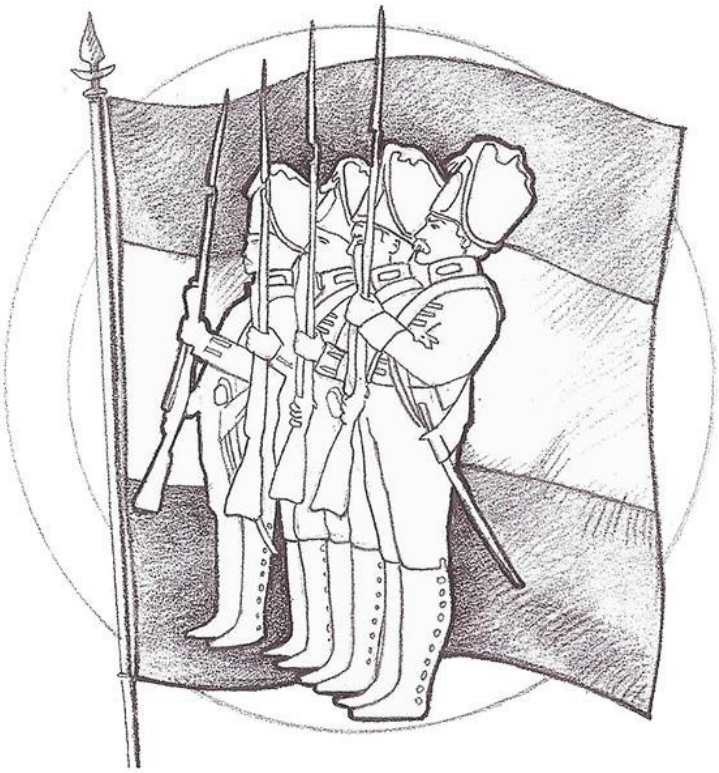
Saciada de este modo, al menos por aquel día, la ferocidad de los vencedores, dignáronse perdonar al anciano enfermo, el cual había presenciado toda la anterior escena acurrucado al pie de una columna, esperando a que le llegase su vez de ser ahorcado… Diéronle, pues, libertad, y el pobre viejo salió de la plaza corriendo y tambaleándose, y tomó el camino de su pueblo, donde murió de tristeza aquella misma noche.

¡El niño asesinado en Guadix… era su hijo!

Guadix, 1859



El afrancesado



I

EN la pequeña villa del Padrón, sita en territorio gallego, y allá por el año de 1808, vendía sapos y culebras y agua llovediza, a fuer de legítimo boticario, un tal García de Paredes, misántropo solterón, descendiente acaso, y sin acaso, de aquel varón ilustre que mataba un toro de una puñada.

Era una fría y triste noche de otoño. El cielo estaba encapotado por densas nubes, y la total carencia de alumbrado terrestre dejaba a las tinieblas campar por sus respetos en todas las calles y plazas de la población.

A eso de las diez de aquella pavorosa noche, que las lúgubres circunstancias de la patria hacían mucho más siniestra, desembocó en la plaza que hoy se llamará *de la Constitución* un silencioso grupo de sombras, aún más negras que la oscuridad de cielo y tierra, las cuales avanzaron hacia la botica de García de Paredes, cerrada completamente desde *las Ánimas*, o sea, desde las ocho y media en punto.

—¿Qué hacemos? —dijo una de las sombras en correctísimo gallego.

—Nadie nos ha visto… —observó otra.

—¡Derribar la puerta! —propuso una mujer.

—¡Y matarlos! —murmuraron hasta quince voces.

—¡Yo me encargo del boticario! —exclamó un chico—. ¡De ése nos encargamos todos!

—¡Por judío!

—¡Por *afrancesado*!

—Dicen que hoy cenan con él más de veinte franceses…

—¡Ya lo creo! ¡Cómo saben que ahí están seguros, han acudido en montón!

—¡Ah! ¡Si fuera en mi casa! ¡Tres alojados llevo echados al pozo!

—¡Mi mujer degolló ayer a uno!…

—¡Y yo… —dijo un fraile con voz de figle[45]— he asfixiado a dos capitanes, dejando carbón encendido en su celda, que antes era la mía!

—¡Y ese infame boticario los protege!

—¡Qué expresivo estuvo ayer en paseo con esos viles excomulgados!

—¡Quién lo había de esperar de García de Paredes! ¡No hace un mes que era el más valiente, el más patriota, el más realista del pueblo!

—¡Toma! ¡Como que vendía en la botica retratos del príncipe Femando!

—¡Y ahora los vende de Napoleón!

—Antes nos excitaba a la defensa contra los invasores…

—Y desde que vinieron al Padrón se pasó a ellos…

—¡Y esta noche da de cenar a todos los jefes!

—¡Oíd qué algazara traen! Pues no gritan ¡Viva el emperador!

—Paciencia… —murmuró el fraile—. Todavía es muy temprano.

—Dejémosles emborracharse… —expuso una vieja—. Después entramos…, ¡y ni uno ha de quedar vivo!

—¡Pido que se haga cuartos al boticario!

—¡Se le hará ochavos, si queréis! Un *afrancesado* es más odioso que un francés. El francés atropella a un pueblo extraño: el afrancesado vende y deshonra a su patria. El francés comete un asesinato: el afrancesado, ¡un parricidio!

II

Mientras ocurría la anterior escena en la puerta de la botica, García de Paredes y sus convidados corrían la francachela más alegre y desaforada que os podáis figurar.

Veinte eran, en efecto, los franceses que el boticario tenía a la mesa, todos ellos jefes y oficiales.

García de Paredes contaría cuarenta y cinco años; era alto y seco y más amarillo que una momia: dijérase que su piel estaba muerta hacía mucho tiempo; llegábale la frente a la nuca, gracias a una calva limpia y reluciente, cuyo brillo tenía algo de fosfórico; sus ojos negros y apagados, hundidos en las descarnadas cuencas, se parecían a esas lagunas encerradas entre montañas, que sólo ofrecen oscuridad, vértigos y muerte al que las mira; lagunas que nada reflejan; que rugen sordamente alguna vez, pero sin alterarse; que devoran todo lo que cae en su superficie; que nada devuelven; que nadie ha podido sondear; que no se alimentan de ningún río, y cuyo fondo busca la imaginación en los mares antípodas.

La cena era abundante, el vino bueno, la conversación alegre y animada.

Los franceses reían, juraban, blasfemaban, cantaban, fumaban, comían y bebían a un mismo tiempo.

Quién había contado los amores secretos de Napoleón; quién la noche del 2 de Mayo en Madrid; cuál la batalla de las Pirámides, cuál otro la ejecución de Luis XVI.

García de Paredes bebía, reía y charlaba como los demás, o quizá más que ninguno; y tan elocuente había estado en favor de la causa imperial, que los soldados del césar lo habían abrazado, lo habían vitoreado, le habían improvisado himnos.

—¡Señores! —había dicho el boticario—: la guerra que os hacemos los españoles es tan necia como inmotivada. Vosotros, hijos de la Revolución, venís a sacar a España de su tradicional abatimiento, a despreocuparla, a disipar las tinieblas religiosas, a mejorar sus anticuadas costumbres, a enseñarnos esas útilísimas e inconcusas verdades de que no hay Dios, de que no hay otra vida, de que la penitencia, el ayuno, la castidad y demás virtudes católicas son quijotescas locuras, impropias de un pueblo civilizado, y de que Napoleón es el verdadero Mesías, el redentor de los pueblos, el amigo de la especie humana… ¡Señores! ¡Viva el emperador cuanto yo deseo que viva!

—*¡Bravo, vítor!* —exclamaron los hombres del 2 de Mayo. El boticario inclinó la frente con indecible angustia.

Pronto volvió a alzarla, tan firme y tan sereno como antes.

Bebióse un vaso de vino, y continuó:

—Un abuelo mío, un García de Paredes[46], un bárbaro, un Sansón, un Hércules, un Milón de Crotona, mató doscientos franceses en un día… Creo que fue en Italia. ¡Ya veis que no era tan *afrancesado* como yo! ¡Adiestróse en las lides contra los moros del reino de Granada; armóle caballero el mismo Rey Católico, y montó más de una vez la guardia en el Quirinal, siendo Papa *nuestro tío* Alejandro Borja[47]! ¡Eh!, ¡eh! ¡No me hacíais tan linajudo! Pues este Diego García de Paredes, este ascendiente mío…, que ha tenido un descendiente boticario, tomó a Cosenza y Manfredonia, entró por asalto en Ceriñola y peleó como bueno en la batalla de Pavía. ¡*Allí hicimos* prisionero a un rey de Francia[48], cuya espada ha estado en Madrid cerca de tres siglos, hasta que nos la robó hace tres meses ese hijo de un posadero que viene a vuestra cabeza, y a quien llaman Murat!

Aquí hizo otra pausa el boticario. Algunos franceses demostraron querer contestarle; pero él, levantándose e imponiendo a todos silencio con su actitud, empuñó convulsivamente un vaso, y exclamó con voz atronadora:

—¡Brindo, señores, porque maldito sea mi abuelo, que era un animal, y porque se halle ahora mismo en los profundos infiernos!… ¡Vivan los franceses de Francisco I y de Napoleón Bonaparte!

—¡Vivan! —respondieron los invasores dándose por satisfechos.

Y todos apuraron su vaso.

Oyóse en esto rumor en la calle o, mejor dicho, a la puerta de la botica.

—¿Habéis oído? —preguntaron los franceses.

García de Paredes se sonrió.

—¡Vendrán a matarme! —dijo.

—¿Quién?

—Los vecinos del Padrón.

—¿Por qué?

—¡Por *afrancesado*! Hace algunas noches que rondan mi casa… Pero ¿qué nos importa? Continuemos nuestra fiesta.

—Sí… ¡continuemos! —exclamaron los convidados—. ¡Estamos aquí para defenderos!

Y chocando ya botellas contra botellas, que no vasos contra vasos.

—¡Viva Napoleón! ¡Muera Fernando! ¡Muera Galicia! —gritaron a una voz.

García de Paredes esperó a que se acallase el brindis, y murmuró con acento lúgubre:

—¡Celedonio!

El mancebo de la botica asomó por una puertecilla su cabeza pálida y demudada, sin atreverse a penetrar en aquella caverna.

—Celedonio, trae papel y tintero —dijo tranquilamente el boticario.

El mancebo volvió con recado de escribir.

—¡Siéntate! —continuó su amo—. Ahora, escribe las cantidades que yo te vaya diciendo. Divídelas en dos columnas. Encima de la columna de la derecha pon: *Deuda*, y encima de la otra: Crédito.

—Señor… —balbuceó el mancebo—. En la puerta hay una especie de motín… Gritan ¡Muera el boticario!… Y ¡quieren entrar!

—¡Cállate y déjalos! Escribe lo que te he dicho.

Los franceses se rieron de admiración al ver al farmacéutico ocupado en ajustar cuentas cuando le rodeaban la muerte y la ruina.

Celedonio alzó la cabeza y enristró la pluma, esperando cantidades que anotar.

—¡Vamos a ver, señores! —dijo entonces García de Paredes, dirigiéndose a sus comensales—. Se trata de resumir nuestra fiesta en un solo brindis. Empecemos por orden de colocación. Vos, capitán, decidme: ¿cuántos españoles habréis matado desde que pasasteis los Pirineos?

—¡Bravo! ¡Magnífica idea! —exclamaron los franceses.

Yo… —dijo el interrogado, trepándose en la silla y retorciéndose el bigote con petulancia—. Yo… habré matado… personalmente… con mi espada…, ¡poned unos diez o doce!

—¡Once a la derecha! —gritó el boticario, dirigiéndose al mancebo.

El mancebo repitió, después de escribir:

—*Deuda*… once.

—¡Corriente! —prosiguió el anfitrión—. ¿Y vos?… Con vos hablo, señor Julio…

—Yo… seis.

—¿Y vos, mi comandante?

—Yo… veinte.

—Yo… ocho.

—Yo… catorce.

—Yo… ninguno.

—¡Yo no sé!…; he tirado a ciegas… —respondía cada cual, según le llegaba su turno.

Y el mancebo seguía anotando cantidades a la derecha.

—¡Veamos ahora, capitán! —continuó García de Paredes—. Volvamos a empezar por vos. ¿Cuántos españoles esperáis matar en el resto de la guerra, suponiendo que dure todavía… tres años?

—¡Eh! —respondió el capitán—. ¿Quién calcula eso?

—Calculadlo…; os lo suplico…

—Poned otros once.

—Once a la izquierda —dictó García de Paredes.

Y Celedonio repitió:

—*Crédito*, once.

—¿Y vos? —interrogó el farmacéutico por el mismo orden seguido anteriormente.

—Yo… quince.

—Yo… veinte.

—Yo… ciento.

—Yo… mil —respondían los franceses.

—¡Ponlos todos a *diez*, Celedonio!… —murmuró irónicamente el boticario—. Ahora, suma por separado las dos columnas.

El pobre joven, que había anotado las cantidades con sudores de muerte, vióse obligado a hacer el resumen con los dedos, como las viejas. Tal era su terror.

Al cabo de un rato de horrible silencio, exclamó dirigiéndose a su amo:

—*Deuda*…, 285. *Crédito*…, 200.

—Es decir… —añadió García de Paredes—, ¡doscientos ochenta y cinco muertos, y doscientos sentenciados! ¡Total, cuatrocientas ochenta y cinco

víctimas!

Y pronunció estas palabras con voz tan honda y sepulcral, que los franceses se miraron alarmados.

En tanto, el boticario ajustaba una nueva cuenta.

—¡Somos unos héroes! —exclamó al terminarla—. Nos hemos bebido setenta botellas, o sean ciento cinco libras y media de vino que, repartidas entre veintiuno, pues todos hemos bebido con igual bizarría, dan cinco libras de líquido por cabeza. ¡Repito que somos unos héroes!

Crujieron en esto las tablas de la puerta de la botica, y el mancebo balbuceó tambaleándose:

—¡Ya entran!…

—¿Qué hora es? —preguntó el boticario con suma tranquilidad.

—Las once. Pero ¿no oye usted que entran?

—¡Déjalos! Ya es hora.

—¡Hora!… ¿de qué? —murmuraron los franceses, procurando levantarse.

Pero estaban tan *ebrios* que no podían moverse de sus sillas.

—¡Que entren! ¡Que entren!… —exclamaban, sin embargo, con voz vinosa, sacando los sables con mucha dificultad y sin conseguir ponerse de pie—. ¡Que entren esos canallas! ¡Nosotros los recibiremos!

En esto, sonaba ya abajo, en la botica, el estrépito de los botes y redomas que los vecinos del Padrón hacían pedazos, y oíase resonar en la escalera este grito unánime y terrible:

—¡Muera el *afrancesado*!

III

Levantóse García de Paredes, como impulsado por un resorte, al oír semejante clamor dentro de su casa, y apoyóse en la mesa para no caer de nuevo sobre la silla. Tendió en torno suyo una mirada de inexplicable regocijo, dejó ver en sus labios la inmortal sonrisa del triunfador, y así, transfigurado y hermoso, con el doble temblor de la muerte y del entusiasmo, pronunció las siguientes palabras, entrecortadas y solemnes como las campanadas del toque de agonía:

—¡Franceses!… Si cualquiera de vosotros, o todos juntos, hallarais ocasión propicia de vengar la muerte de doscientos ochenta y cinco compatriotas y de salvar la vida a otros doscientos más; si sacrificando vuestra existencia pudieseis desenojar la indignada sombra de vuestros

antepasados, castigar a los verdugos de doscientos ochenta y cinco héroes, y librar de la muerte a doscientos compañeros, a doscientos hermanos, aumentando así las huestes del ejército patrio con doscientos campeones de la independencia nacional, ¿repararíais ni un momento en vuestra miserable vida? ¿Dudaríais ni un punto en abrazaros, como Sansón, a la columna del templo, y morir, a precio de matar a los enemigos de Dios?

—¿Qué dice? —se preguntaron los franceses.

—Señor…, ¡los asesinos están en la antesala! —exclamó Celedonio.

—¡Que entren!… —gritó García de Paredes—. Ábreles la puerta de la sala… ¡Que vengan todos… a ver cómo muere el descendiente de un soldado de Pavía!

Los franceses, aterrados, estúpidos, clavados en sus sillas por insoportable letargo, creyendo que la muerte de que hablaba el español iba a entrar en aquel aposento en pos de los amotinados, hacían penosos esfuerzos por levantar los sables, que yacían sobre la mesa; pero ni siquiera conseguían que sus flojos dedos asiesen las empuñaduras; parecía que los hierros estaban adheridos a la tabla por insuperable fuerza de atracción.

En esto inundaron la estancia más de cincuenta hombres y mujeres, armados con palos, puñales y pistolas, dando tremendos alaridos y lanzando fuego por los ojos.

—¡Mueran todos! —exclamaron algunas mujeres, lanzándose las primeras.

—¡Deteneos! —gritó García de Paredes, con tal voz, con tal actitud, con tal fisonomía que, unido este grito a la inmovilidad y silencio de los veinte franceses, impuso frío terror a la muchedumbre, la cual no se esperaba aquel tranquilo y lúgubre recibimiento.

—No tenéis por qué blandir los puñales… —continuó el boticario con voz desfallecida—. He hecho más que todos vosotros por la independencia de la Patria… ¡Me he fingido *afrancesado*!… Y ¡ya veis!…, los veinte jefes y oficiales invasores…, ¡los veinte!, no los toquéis…, ¡están envenenados!…

Un grito simultáneo de terror y admiración salió del pecho de los españoles. Dieron éstos un paso más hacia los convidados, y hallaron que la mayor parte estaban ya muertos, con la cabeza caída hacia adelante, los brazos extendidos sobre la mesa, y la mano crispada en la empuñadura de los sables. Los demás agonizaban silenciosamente.

—¡Viva García de Paredes! —exclamaron entonces los españoles, rodeando al héroe moribundo.

—Celedonio… —murmuró el farmacéutico—. El *opio* se ha concluido… Manda por opio a La Coruña…

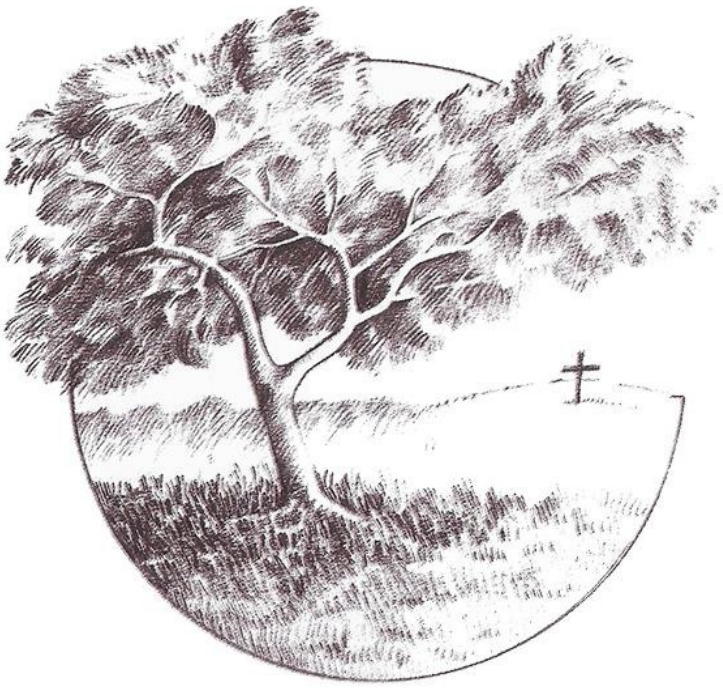
Y cayó de rodillas.

Sólo entonces comprendieron los vecinos del Padrón que el boticario estaba también envenenado.

Vierais entonces un cuadro tan sublime como espantoso. Varias mujeres, sentadas en el suelo, sostenían en sus faldas y en sus brazos al expirante patriota, siendo las primeras en colmarlo de caricias y bendiciones, como antes fueron las primeras en pedir su muerte. Los hombres habían cogido todas las luces de la mesa, y alumbraban arrodillados aquel grupo de patriotismo y caridad… Quedaban, finalmente, en la sombra veinte muertos o moribundos, de los cuales algunos iban desplomándose contra el suelo con pavorosa pesantez. Y a cada suspiro de muerte que se oía, a cada francés que venía a tierra, una sonrisa gloriosa iluminaba la faz de García de Paredes, el cual de allí a poco devolvió su espíritu al Cielo, bendecido por un ministro del Señor y llorado de sus hermanos en la Patria.

Madrid, 1856

El extranjero



I

No consiste la fuerza en echar por tierra al enemigo, sino en domar la propia cólera», dice una máxima oriental.

«*No abuses de la victoria*», añade un libro de nuestra religión.

«*Al culpado que cayere debajo de tu jurisdicción, considérale hombre miserable, sujeto a las condiciones de la depravada naturaleza nuestra; y en todo cuanto estuviere de tu parte, sin hacer agravio a la contraria, nuéstratele piadoso y clemente, porque, aunque los atributos de Dios son todos iguales, más resplandece y campea, a nuestro ver, el de la misericordia que el de la justicia*», aconsejó, en fin, Don Quijote a Sancho Panza.

Para dar realce a todas estas elevadísimas doctrinas, y cediendo también a un espíritu de equidad, nosotros, que nos complacemos frecuentemente en referir y celebrar los actos heroicos de los españoles durante la guerra de la Independencia, y en condenar y maldecir la perfidia y crueldad de los invasores, vamos a narrar hoy un hecho que, sin entibiar en el corazón el amor a la patria, fortifica otro sentimiento no menos sublime y profundamente cristiano: el amor a nuestro prójimo; sentimiento que, si por congénita desventura de la humana especie, ha de transigir con la dura ley de la guerra, puede y debe resplandecer cuando el enemigo está humillado.

El hecho fue el siguiente, según me lo han contado personas dignas de entera fe, que intervinieron en él muy de cerca y que todavía andan por el mundo. Oíd sus palabras textuales:

II

—Buenos días, abuelo… —dije yo.

—Dios guarde a usted, señorito… —dijo él.

—¡Muy solo va usted por estos caminos!…

—Sí, señor. Vengo de las minas de Linares, donde he estado trabajando algunos meses, y voy a Gádor a ver a mi familia. ¿Usted irá…?

—Voy a Almería…, y me he adelantado un poco a la galera[49] porque me gusta disfrutar de estas hermosas mañanas de abril. Pero si no me engaño, usted rezaba cuando yo llegué… Puede usted continuar. Yo seguiré leyendo

entretanto, supuesto que el escaso andar de esa infame galera le permite a uno estudiar en mitad de los caminos…

—¡Vamos! Ese libro es alguna historia… Y ¿quién le ha dicho a usted que yo rezaba?

—¡Toma! ¡Yo, que le he visto a usted quitarse el sombrero y santiguarse!

—Pues, ¡qué demonio!, hombre… (¿Por qué he de negarlo?). Rezando iba… ¡Cada uno tiene sus cuentas con Dios!

—Es mucha verdad.

—¿Piensa usted andar largo?

—¿Yo? Hasta la venta…

—En este caso, eche usted por esa vereda y cortaremos camino.

—Con mucho gusto. Esa cañada me parece deliciosa. Bajemos a ella.

Y, siguiendo al viejo, cerré el libro, dejé el camino y descendí a un pintoresco barranco.

Las verdes tintas y diafanidad del lejano horizonte, así como la inclinación de las montañas, indicaban ya la proximidad del Mediterráneo.

Anduvimos en silencio algunos minutos, hasta que el minero se paró de pronto.

—¡Cabales! —exclamó.

Y volvió a quitarse el sombrero y a santiguarse.

Estábamos bajo unas higueras cubiertas ya de hojas, y a la orilla de un hermoso torrente.

—¡A ver, abuelito!… —dije, sentándome sobre la hierba—. Cuénteme usted lo que ha pasado aquí.

—¡Cómo! ¿Usted sabe…? —replicó él estremeciéndose.

—Yo no sé más… —añadí con suma calma—, sino que aquí ha muerto un hombre…; ¡y de mala muerte, por más señas!

—¡No se equivoca usted, señorito; no se equivoca usted! Pero ¿quién le ha dicho…?

—Me lo dicen sus oraciones de usted.

—¡Es mucha verdad! Por eso rezaba.

Miré tenazmente la fisonomía del minero, y comprendí que había sido siempre hombre honrado. Casi lloraba, y su rezo era tranquilo y dulce.

—Siéntese usted aquí, amigo mío… —le dije, alargándole un cigarro de papel.

—Pues verá usted, señorito… Vaya, ¡muchas gracias! ¡Delgadillo es!…

—Reúna usted dos y resultará uno bastante grueso.

—Añadí, dándole otro cigarro.

—¡Dios se lo pague a usted! Pues, señor… —dijo el viejo, sentándose a mi lado—; hace cuarenta y cinco años que, una mañana muy parecida a ésta, pasaba yo casi a esta hora por este mismo sitio…

—¡Cuarenta y cinco años! —medité yo.

Y la melancolía del tiempo cayó sobre mi alma. ¿Dónde estaban las flores de aquellas cuarenta y cinco primaveras? ¡Sobre la frente del anciano blanqueaba la nieve de setenta inviernos!

Viendo él que yo no decía nada, echó unas yescas, encendió el cigarro y continuó de este modo:

—¡Flojillo es! Pues señor, el día que le digo a usted, venía yo de Gérgal con una carga de barrilla[50], y al llegar al punto en que hemos dejado el camino para tomar esta vereda, me encontré con dos soldados españoles que llevaban prisionero a un polaco. En aquel entonces era cuando estaban aquí los primeros franceses, no los del año 23, sino los otros…

—¡Ya comprendo! Usted habla de la guerra de la Independencia.

—¡Hombre! ¡Pues entonces no había usted nacido!

—¡Ya lo creo!

—¡Ah, sí! Estará apuntado en ese libro que venía usted leyendo. Pero ¡ca! ¡Lo mejor de estas guerras no lo rezan los libros! ¡Ahí ponen lo que más acomoda…, y la gente se lo cree a puño cerrado! ¡Ya se ve! ¡Es necesario tener tres duros y medio de vida[51], como yo los tendré en el mes de San Juan, para saber más de cuatro cosas! En fin, el polaco aquél servía a las órdenes de Napoleón…, del bribonazo que murió ya… Porque ahora dice el señor cura que hay otro[52]. Pero yo creo que ése no vendrá por estas tierras… ¿Qué le parece a usted, señorito?

—¿Qué quiere usted que yo le diga?

—¡Es verdad! Su merced no habrá estudiado todavía de estas cosas… ¡Oh! El señor cura, que es un sujeto muy instruido, sabe cuándo se acabarán los mamelucos[53] de Oriente y vendrán a Gádor los rusos y moscovitas a quitar la Constitución… Pero ¡entonces ya me habré yo muerto!… Con que vuelvo a la historia de mi polaco. El pobre hombre se había quedado enfermo en Fiñana, mientras que sus compañeros fugitivos se replegaban hacia Almería. Tenía calenturas, según supe más tarde… Una vieja lo cuidaba por caridad, sin reparar que era un enemigo… ¡Muchos años de gloria llevará ya la viejecita por aquella buena acción!, y, a pesar de que aquello la comprometía, guardábalo escondido en su cueva, cerca de la Alcazaba…

Allí fue donde, la noche antes, dos soldados españoles, que iban a reunirse a su batallón y que por casualidad entraron a encender un cigarro en el candil

de aquella solitaria vivienda, descubrieron al pobre polaco, el cual, echado en un rincón, profería palabras de su idioma en el delirio de la calentura.

—¡Presentémoslo a nuestro jefe! —se dijeron los españoles—. Este bribón será fusilado mañana y nosotros alcanzaremos un empleo.

Iwa, que así se llamaba el polaco, según luego me contó la viejecita, llevaba ya seis meses de tercianas[54], y estaba muy débil, muy delgado, casi hético.

La buena mujer lloró y suplicó, protestando que el extranjero no podía ponerse en camino sin caer muerto a la media hora…

Pero sólo consiguió ser apaleada por su falta de *patriotismo*. ¡Todavía no se me ha olvidado esta palabra, que antes no había oído pronunciar nunca!

En cuanto al polaco, figúrese usted cómo miraría aquel lance. Estaba postrado por la fiebre, y algunas palabras sueltas que salían de sus labios, medio polacas, medio españolas, hacían reír a los dos militares.

—¡Callate, *didon*, perro gabacho! —le decían.

Y a fuerza de golpes lo sacaron del lecho.

Para no cansar a usted, señorito: en aquella disposición, medio desnudo, hambriento…, bamboleándose, muriéndose…, ¡anduvo el infeliz cinco leguas!…

¡Cinco leguas, señor!… ¿Sabe usted los pasos que tienen cinco leguas? Pues es desde Fiñana hasta aquí…

¡Y a pie!…, ¡descalzo!…

¡Piénselo usted!… ¡Un hombre fino, un joven hermoso y blanco como una mujer, un enfermo, después de seis meses de tercianas!… ¡y con la terciana en aquel momento mismo!…

—¿Cómo pudo resistir?

—¡Ah! ¡No resistió!…

—Pero ¿cómo anduvo cinco leguas?

—¡Toma! ¡A fuerza de bayonetazos!…

—Prosiga usted, abuelo… Prosiga usted.

—Yo venía por este barranco, como tengo de costumbre, para ahorrarme terreno, y ellos iban por allá arriba, por el camino. Detúveme, pues, aquí mismo, a fin de observar el remate de aquel horror, mientras fingía picar un cigarro negro de los de entonces…

Iwa jadeaba como un perro próximo a rabiar… Venía con la cabeza descubierta, amarillo como un desenterrado, con dos rosetas encarnadas en lo alto de las mejillas y con los ojos llameantes, pero caídos…; ¡hecho, en fin, un Cristo en la calle de la Amargura!…

—*¡Mí querer morir! ¡Matar a mí, por Dios!* —balbuceaba el extranjero con las manos cruzadas.

Los españoles se reían de aquellos disparates, y le llamaban *franchute*, *didon* y otras cosas.

Dobláronse al fin las piernas de Iwa, y cayó redondo al suelo.

Yo respiré, porque creí que el pobre había dado su alma a Dios.

Pero un pinchazo que recibió en un hombro le hizo erguirse de nuevo.

Entonces se acercó a este barranco para precipitarse y morir…

Al impedirlo los soldados, pues no les acomodaba que muriera su prisionero, me vieron aquí con mi mulo que, como he dicho, estaba cargado de barrilla.

—¡Eh, camarada! —me dijeron, apuntándome con los fusiles—. ¡Suba usted ese mulo!

Yo obedecí sin rechistar, creyendo hacer un favor al extranjero.

—¿Dónde va usted? —me preguntaron cuando hube subido.

—Voy a Almería —les respondí—. ¡Y eso que ustedes están haciendo es una inhumanidad!

—¡Fuera sermones! —gritó uno de los verdugos.

—¡Un arriero *afrancesado*! —dijo el otro.

—¡Charla mucho…, y verás lo que te sucede!

La culata de un fusil cayó sobre mi pecho…

¡Era la primera vez que me pegaba un hombre, fuera de mi padre!

—*¡No irritar, no incomodar!* —exclamó el polaco, asiéndose a mis pies; pues había caído de nuevo en tierra.

—¡Descarga la barrilla! —me dijeron los soldados.

—¿Para qué?

—Para montar en el mulo a este judío.

—Eso es otra cosa… Lo haré con mucho gusto —dije, y me puse a descargar.

—*No…, no…, no…*, —exclamó Iwa—. *¡Tú dejar que me maten!*

—¡Yo no quiero que te maten, desgraciado! —exclamé, estrechando las ardientes manos del joven.

—*¡Pero mí sí querer! ¡Matar tú a mí, por Dios!…*

—¿Quieres que yo te mate?

—*¡Sí…, sí…, hombre bueno! ¡Sufrir mucho!*

Mis ojos se llenaron de lágrimas.

Volvíme a los soldados, y les dije con tono de voz que hubiera conmovido a una piedra:

—¡Españoles, compatriotas, hermanos! Otro español, que ama tanto como el que más a nuestra patria, es quien os suplica… ¡Dejadme solo con este hombre!

—¡No digo que es *afrancesado*! —exclamó uno de ellos.

—¡Arriero del diablo! —dijo el otro—: ¡Cuidado con lo que me dices! ¡Mira que te rompo la crisma!

—¡Militar de los demonios! —contesté con la misma fuerza—: Yo no temo a la muerte. ¡Sois dos infames sin corazón! ¡Sois dos hombres fuertes y armados contra un moribundo inerme!… ¡Sois unos cobardes! Dadme uno de esos fusiles, y pelearé con vosotros hasta mataros o morir…; pero dejad a este pobre enfermo, que no puede defenderse. ¡Ay! —continué, viendo que uno de aquellos tigres se ruborizaba—: si, como yo, tuvieseis hijos; si pensarais que tal vez mañana se verán en la tierra de este infeliz, en la misma situación que él, solos, moribundos, lejos de sus padres; si reflexionarais en que este polaco no sabe siquiera lo que hace en España; en que será un quinto robado a su familia para servir a la ambición de un rey…, ¡qué diablo!, vosotros le perdonaréis… ¡Sí; porque vosotros sois hombres antes que españoles, y este polaco es un hombre, un hermano vuestro! ¿Qué ganará España con la muerte de un tercianario? ¡Batíos hasta morir con todos los granaderos de Napoleón; pero que sea en el campo de batalla! Y perdonad al débil; ¡sed generosos con el vencido; sed cristianos, no seáis verdugos!

—¡Basta de letanías! —dijo el que siempre había llevado la iniciativa de la crueldad, el que hacía andar a Iwa a fuerza de bayonetazos, el que quería comprar un empleo al precio de su cadáver.

—Compañero, ¿qué hacemos? —preguntó el otro, medio conmovido con mis palabras.

—¡Es muy sencillo! —repuso el primero—. ¡Mira!

Y sin darme tiempo, no digo de evitar, sino de prever sus movimientos, descerrajó un tiro sobre el corazón del polaco.

Iwa me miró con ternura, no sé si antes o después de morir.

Aquella mirada me prometió el Cielo, donde acaso estaba ya el mártir.

En seguida los soldados me dieron una paliza con las baquetas de los fusiles.

El que había matado al extranjero le cortó una oreja, que guardó en el bolsillo.

¡Era la credencial del empleo que deseaba!

Después desnudó a Iwa, y le robó… hasta cierto medallón (con un retrato de mujer o de santa) que llevaba al cuello.

Entonces se alejaron hacia Almería.

Yo enterré a Iwa en este barranco…, ahí…, donde está usted sentado…, y me volví a Gérgal, porque conocí que estaba malo.

Y, con efecto, aquel lance me costó una terrible enfermedad, que me puso a las puertas de la muerte.

—Y ¿no volvió usted a ver a aquellos soldados? ¿No sabe usted cómo se llamaban?

—No, señor; pero por las señas que me dio más tarde la viejecita que cuidó al polaco, supe que uno de los dos españoles tenía el apodo de Risas, y que aquél era justamente el que había matado y robado al pobre extranjero.

En esto nos alcanzó la galera: el viejo y yo subimos al camino; nos apretamos la mano, y nos despedimos muy contentos el uno del otro. ¡Habíamos llorado juntos!

III

Tres noches después tomábamos café varios amigos en el precioso casino de Almería.

Cerca de nosotros, y alrededor de otra mesa, se hallaban dos viejos, militares retirados, comandante el uno y coronel el otro, según dijo alguno que los conocía.

A pesar nuestro, oíamos su conversación, pues hablaban tan alto como suelen los que han mandado mucho.

De pronto hirió mis oídos y llamó mi atención esta frase del coronel:

—El pobre *Risas*…

—*¡Risas!* —exclamé para mí.

Y me puse a escuchar de intento.

—El pobre *Risas*… —decía el coronel— fue hecho prisionero por los franceses cuando tomaron a Málaga, y, de depósito en depósito, fue a parar nada menos que a Suecia, donde yo estaba también cautivo, como todos los que no pudimos escaparnos con el marqués de la Romana. Allí lo conocí, porque intimó con Juan, mi asistente de toda la vida, o de toda mi carrera; y cuando Napoleón tuvo la crueldad de llevar a Rusia, formando parte de su Grande Ejército, a todos los españoles que estábamos prisioneros en su poder, tomé de ordenanza a *Risas*. Entonces me enteré de que tenía un miedo cerval a los polacos, o un terror supersticioso a Polonia, pues no hacía más que preguntarnos a Juan y a mí «si tendríamos que pasar por aquella tierra para ir

a Rusia», estremeciéndose a la idea de que tal llegase a acontecer. Indudablemente, a aquel hombre cuya cabeza no estaba muy firme por lo mucho que había abusado de las bebidas espirituosas, pero que en lo demás era un buen soldado y un mediano cocinero, le había ocurrido algo grave con algún polaco, ora en la guerra de España, ora en su larga peregrinación por otras naciones. Llegados a Varsovia, donde nos detuvimos algunos días, *Risas* se puso gravemente enfermo, de fiebre cerebral, por resultas de terror pánico que le había acometido desde que entramos en tierra polonesa; y yo, que le tenía ya cierto cariño, no quise dejarlo allí solo cuando recibimos la orden de marcha, sino que conseguí de mis jefes que Juan se quedase en Varsovia cuidándolo, sin perjuicio de que, resuelta aquella crisis de un modo o de otro, saliese luego en mi busca con algún convoy de equipajes y víveres, de los muchos que seguirían a la nube de gente que en mi regimiento figuraba a vanguardia. ¡Cuál fue, pues, mi sorpresa cuando, el mismo día que nos pusimos en camino, y a las pocas horas de haber echado a andar, se me presentó mi antiguo asistente lleno de terror, y me dijo lo que acababa de suceder con el pobre *Risas*! ¡Dígole a usted que el caso es de lo más singular y estupendo que haya ocurrido nunca! Óigame, y verá si hay motivo para que yo no haya olvidado esta historia en cuarenta y dos años. Juan había buscado un buen alojamiento para cuidar de *Risas*, en casa de cierta labradora viuda, con tres hijas casaderas, que desde que llegamos a Varsovia los españoles no había dejado de preguntarnos a varios, por medio de intérpretes franceses, si sabíamos algo de un hijo suyo llamado *Iwa*, que vino a la guerra de España en 1808, y de quien hacía tres años no tenía noticia alguna, cosa que no pasaba a las demás familias que se hallaban en idéntico caso. Como Juan era tan zalamero, halló modo de consolar y esperanzar a aquella triste madre, y de aquí el que, en recompensa ella se brindara a cuidar a *Risas* al verlo caer en su presencia atacado de una fiebre cerebral… Llegados a casa de la buena mujer, y cuando ésta ayudaba a desnudar al enfermo, Juan la vio palidecer de pronto y apoderarse convulsivamente de cierto medallón de plata, con una efigie o retrato en miniatura, que *Risas* llevaba siempre al pecho, bajo la ropa, a modo de talismán o conjuro contra los polacos, por creer que representaba a una Virgen o Santa de aquel país. *¡Iwa! ¡Iwa!* —gritó después la viuda de un modo horrible, sacudiendo al enfermo, que nada entendía, aletargado como estaba por la fiebre—. En esto acudieron las hijas, y, enteradas del caso, cogieron el medallón, lo pusieron al lado del rostro de su madre, llamando por medio de señas la atención de Juan para que viese, como vio, que la tal efigie no era más que el retrato de aquella mujer y, encarándose entonces con él,

visto que su compatriota no podía responderles, comenzaron a interrogarle mil cosas con palabras ininteligibles, bien que con gestos y ademanes que revelaban claramente la más siniestra furia. Juan se encogió de hombros, dando a entender por señas que él no sabía nada de la procedencia de aquel retrato, ni conocía a *Risas* más que de muy poco tiempo… El noble semblante de mi honradísimo asistente debió de probar a aquellas cuatro leonas encolerizadas que el pobre no era culpable… ¡Además, él no llevaba el medallón! Pero el otro…, ¡al otro, al pobre *Risas*, lo mataron a golpes y lo hicieron pedazos con las uñas! Es cuanto sé con relación a este drama, pues nunca he podido averiguar por qué tenía *Risas* aquel retrato.

—Permítame usted que se lo cuente yo… —dije, sin poder contenerme.

Y acercándome a la mesa del coronel y del comandante, después de ser presentado a ellos por mis amigos, les referí a todos la espantosa narración del minero.

Luego que concluí, el comandante, hombre de más de setenta años, exclamó con la fe sencilla de un militar antiguo, con el arranque de un buen español y con toda la autoridad de sus canas:

—¡Vive Dios, señores, que en todo eso hay algo más que una casualidad!

Almería, 1854

La buenaventura

I

No sé qué día de agosto del año 1816 llegó a las puertas de la Capitanía General de Granada cierto haraposo y grotesco gitano, de sesenta años de edad, de oficio esquilador y de apellido o sobrenombre Heredia, caballero en flaquísimo y destartalado burro mohíno, cuyos arneses se reducían a una soga atada al pescuezo; y, echado que hubo pie a tierra, dijo con la mayor frescura «*que quería ver al capitán general*».

Excuso añadir que semejante pretensión excitó sucesivamente la resistencia del centinela, las risas de los ordenanzas y las dudas y vacilaciones de los *edecanes* antes de llegar a conocimiento del excelentísimo señor don Eugenio Portacarrero, conde del Montijo, a la sazón capitán general del antiguo reino de Granada… Pero como aquel prócer era hombre de muy buen humor y tenía muchas noticias de Heredia, célebre por sus chistes, por sus cambalaches y por su amor a lo ajeno…, con permiso del engañado dueño, dio orden de que dejasen pasar al gitano.

Penetró éste en el despacho de su excelencia, dando dos pasos adelante y uno atrás, que era como andaba en las circunstancias graves, y poniéndose de rodillas exclamo:

—¡Viva María Santísima y viva su merced, que es el amo de toitico el mundo!

—Levántate; déjate de zalamerías, y dime qué se te ofrece… —respondió el conde con aparente sequedad.

Heredia se puso también serio, y dijo con mucho desparpajo:

—Pues señor, vengo a que se me den los mil reales.

—¿Qué mil reales?

—Los ofrecidos, hace días, en un bando, al que presente las señas de *Parrón*.

—Pues, ¡qué! ¿Tú lo *conocías*?

—No, señor.

—Entonces…

—Pero ya lo conozco.

—¡Cómo!

—Es muy sencillo. Lo he buscado; lo he visto, traigo las señas, y pido mi ganancia.

—¿Estás seguro de que lo has visto? —exclamó el capitán general con un interés que se sobrepuso a sus dudas.

El gitano se echó a reír, y respondió:

—¡Es claro! Su merced dirá: este gitano es como todos, y quiere engañarme. ¡No me perdone Dios si miento! Ayer vi a *Parrón*.

—Pero ¿sabes tú la importancia de lo que dices? ¿Sabes que hace tres años que se persigue a ese monstruo, a ese bandido sanguinario, *que nadie conoce ni ha podido nunca ver*? ¿Sabes que todos los días roba en distintos puntos de estas sierras a algunos pasajeros, y después los asesina, pues dice que los muertos no hablan, y que ése es el único medio de que nunca dé con él la justicia? ¿Sabes, en fin, que ver a *Parrón* es encontrarse con la muerte?

El gitano se volvió a reír, y dijo:

—Y ¿no sabe su merced que lo que no puede hacer un gitano no hay quien lo haga sobre la Tierra? ¿Conoce nadie cuándo es verdad nuestra risa o nuestro llanto? ¿Tiene su merced noticia de alguna zorra que sepa tantas picardías como nosotros? Repito, mi general, que no sólo he visto a *Parrón*, sino que he hablado con él.

—¿Dónde?

—En el camino de Tozar.

—Dame pruebas de ello.

—Escuche su merced. Ayer mañana hizo ocho días que caímos mi borrico y yo en poder de unos ladrones. Me maniataron muy bien, y me llevaron por unos barrancos endemoniados hasta dar con una plazoleta donde acampaban los bandidos. Una cruel sospecha me tenía desazonado: «¿Será esta gente de *Parrón*? —me decía a cada instante—. ¡Entonces no hay remedio: me matan!…, pues ese maldito se ha empeñado en que ningunos ojos que vean su fisonomía vuelvan a ver cosa ninguna».

Estaba yo haciendo estas reflexiones, cuando se me presentó un hombre vestido de macareno[55] con mucho lujo, y dándome un golpecito en el hombro y sonriéndose con suma gracia, me dijo:

—Compadre, ¡yo soy *Parrón*!

Oír esto y caerme de espaldas, todo fue una misma cosa.

El bandido se echó a reír.

Yo me levanté desencajado, me puse de rodillas y exclamé en todos los tonos de voz que pude inventar:

—¡Bendita sea tu alma, rey de los hombres!… ¿Quién no había de conocerte por ese porte de príncipe real que Dios te ha dado? ¡Y que haya madre que para tales hijos! ¡Jesús! ¡Deja que te dé un abrazo, hijo mío! ¡Que

en mal hora muera si no tenía gana de encontrarte el gitanico para decirte la buenaventura y darte un beso en esa mano de emperador! ¡También yo soy de los tuyos! ¿Quieres que te enseñe a cambiar burros muertos por burros vivos? ¿Quieres vender como potros tus caballos viejos? ¿Quieres que le enseñe el francés a una mula?

El conde del Montijo no pudo contener la risa… Luego preguntó:

—Y ¿qué respondió *Parrón* a todo eso? ¿Qué hizo?

—Lo mismo que su merced: reírse a todo trapo.

—¿Y tú?

—Yo, señorico, me reía también; pero me corrían por las patillas lagrimones como naranjas.

—Continúa.

En seguida me alargó la mano y me dijo:

—Compadre, es usted el único hombre de talento que ha caído en mi poder. Todos los demás tienen la maldita costumbre de procurar entristecerme, de llorar, de quejarse y de hacer otras tonterías que me ponen de mal humor. Sólo usted me ha hecho reír; y si no fuera por esas lágrimas…

—¡Qué, señor, si son de alegría!

—Lo creo. ¡Bien sabe el demonio que es la primera vez que me he reído desde hace seis u ocho años! Verdad es que tampoco he llorado… Pero despachemos. ¡Eh, muchachos!

Decir *Parrón* estas palabras y rodearme una nube de trabucos todo fue un abrir y cerrar de ojos.

—¡Jesús me ampare! —empecé a gritar.

—¡Deteneos! —exclamó *Parrón*—. No se trata de eso *todavía*. Os llamo para preguntaros qué le habéis *tomado* a este hombre.

—Un burro en pelo.

—¿Y dinero?

—Tres duros y siete reales.

—Pues dejadnos solos.

Todos se alejaron.

—Ahora dime la buenaventura —exclamó el ladrón, tendiéndome la mano.

Yo se la cogí; medité un momento; conocí que estaba en el caso de hablar formalmente, y le dije con todas las veras de mi alma:

—*Parrón*, tarde que temprano, ya me quites la vida, ya me la dejes…, ¡morirás ahorcado!

—Eso ya lo sabía yo… —respondió el bandido con entera tranquilidad—. Dime *cuándo*.

Me puse a cavilar.

Este hombre, pensé, me va a perdonar la vida; mañana llego a Granada y doy el *cante*; pasado mañana lo cogen… Después, empezará la sumaria…

—¿Dices que *cuándo*? —le respondí en alta voz—. Pues, ¡mira!, va a ser el mes que entra.

Parrón se estremeció; y yo también, conociendo que el amor propio de adivino me podía salir por la tapa de los sesos.

—Pues mira tú, gitano… —contestó *Parrón* muy lentamente—. Vas a quedarte en mi poder… ¡Si en todo el mes que entra no me ahorcan, te ahorco yo a ti tan cierto como ahorcaron a mi padre! Si muero para esa fecha, quedarás libre.

—¡Muchas gracias! —le dije yo en mi interior—. ¡Me perdona… después de muerto!

Y me arrepentí de haber echado tan corto el plazo.

Quedamos en lo dicho: fui conducido a la cueva, donde me encerraron, y Parrón montó en su yegua y tomó el tole[56] por aquellos breñales…

—Vamos, ya comprendo… —exclamó el conde del Montijo—. *Parrón* ha muerto; tú has quedado libre, y por eso sabes sus señas…

—¡Todo lo contrario, mi general! *Parrón* vive, y aquí entra lo más negro de la presente historia.

II

Pasaron ocho días sin que el capitán volviese a verme. Según pude entender, no había aparecido por allí desde la tarde que le hice la buenaventura; cosa que nada tenía de raro, a lo que me contó uno de mis guardianes.

—Sepa usted —me dijo— que el jefe se va al infierno de vez en cuando, y no vuelve hasta que se le antoja. Ello es que nosotros no sabemos nada de lo que hace durante sus largas ausencias.

A todo esto, a fuerza de ruegos, y como pago de haber dicho la buenaventura a todos los ladrones, pronosticándoles que no serían ahorcados y que llevarían una vejez muy tranquila, había yo conseguido que por las tardes me sacasen de la cueva y me atasen a un árbol, pues en mi encierro me ahogaba de calor.

Pero excuso decir que nunca faltaban a mi lado un par de centinelas.

Una tarde, a eso de las seis, los ladrones que habían salido de *servicio* aquel día a las órdenes del *segundo de Parrón* regresaron al campamento llevando consigo, maniatado como pintan a nuestro Padre Jesús Nazareno, a un pobre segador de cuarenta a cincuenta años, cuyas lamentaciones partían el alma.

—¡Dadme mis veinte duros! —decía—. ¡Ah! ¡Si supierais con qué afanes los he ganado! ¡Todo un verano segando bajo el fuego del sol!… ¡Todo un verano lejos de mi pueblo, de mi mujer y de mis hijos! ¡Así he reunido, con mil sudores y privaciones esa suma con que podríamos vivir este invierno!… ¡Y cuando ya voy de vuelta, deseando abrazarlos y pagar las deudas que para comer hayan hecho aquellos infelices!, ¿cómo he de perder ese dinero, que es para mí un tesoro? ¡Piedad señores! ¡Dadme mis veinte duros! ¡Dádmelos, por los dolores de María Santísima!

Una carcajada de burla contestó a las quejas del pobre padre.

Yo temblaba de horror en el árbol a que estaba atado; porque los gitanos también tenemos familia.

—No seas loco… —exclamó al fin un bandido, dirigiéndose al segador—. Haces mal en pensar en tu dinero, cuando tienes cuidados mayores en que ocuparte…

—¡Cómo! —dijo el segador, sin comprender que hubiese desgracia más grande que dejar sin pan a sus hijos.

—¡Estás en poder de *Parrón*!

—*Parrón*… ¡No le conozco!… Nunca lo he oído nombrar… ¡Vengo de muy lejos! Yo soy de Alicante, y he estado segando en Sevilla.

—Pues, amigo mío, *Parrón* quiere decir la *muerte*. Todo el que cae en nuestro poder es preciso que muera. Así pues, haz testamento en dos minutos y encomienda el alma en otros dos. ¡Preparen! ¡Apunten! Tienes cuatro minutos.

—Voy a aprovecharlos… ¡Oídme, por compasión!…

—Habla.

—Tengo seis hijos… y una infeliz…, diré *viuda*…, pues veo que voy a morir… Leo en vuestros ojos que sois peores que fieras… ¡Sí, peores! Porque las fieras de una misma especie no se devoran unas a otras. ¡Ah! ¡Perdón!… No sé lo que me digo. ¡Caballeros, alguno de ustedes será padre!… ¿No hay un padre entre vosotros? ¿Sabéis lo que son seis niños pasando un invierno sin pan? ¿Sabéis lo que es una madre que ve morir a los hijos de sus entrañas diciendo?: «Tengo hambre…, tengo frío». Señores, ¡yo no quiero mi vida

sino por ellos! ¿Qué es para mí la vida? ¡Una cadena de trabajos y privaciones! ¡Pero debo vivir para mis hijos!… ¡Hijos míos! ¡Hijos de mi alma!

Y el padre se arrastraba por el suelo, y levantaba hacia los ladrones una cara… ¡Qué cara!… ¡Se parecía a la de los santos que el rey Nerón echaba a los tigres, según dicen los padres predicadores!

Los bandidos sintieron moverse algo dentro de su pecho, pues se miraron unos a otros…; y viendo que todos estaban pensando la misma cosa, uno de ellos se atrevió a decirla…

—¿Qué dijo? —preguntó el capitán general, profundamente afectado por aquel relato.

—Dijo: «Caballeros, lo que vamos a hacer no lo sabrá nunca *Parrón*…».

—Nunca…, nunca… —tartamudearon los bandidos.

—Márchese usted, buen hombre… —exclamó entonces uno que hasta lloraba.

Yo hice también señas al segador de que se fuese al instante.

El infeliz se levantó lentamente.

—Pronto… ¡Márchese usted! —repitieron todos, volviéndole la espalda.

El segador alargó la mano maquinalmente.

—¿Te parece poco? —gritó uno—. ¡Pues no quiere su dinero! Vaya…, vaya… ¡No nos tiente usted la paciencia!

El pobre padre se alejó llorando, y a poco desapareció.

Media hora había transcurrido, empleada por los ladrones en jurarse unos a otros no decir nunca a su capitán que habían perdonado la vida a un hombre, cuando de pronto apareció *Parrón*, trayendo al segador en la grupa de su yegua.

Los bandidos retrocedieron espantados.

Parrón se apeó muy despacio, descolgó su escopeta de dos cañones, y, apuntando a sus camaradas, dijo:

—¡Imbéciles! ¡Infames! ¡No sé cómo no os mato a todos! ¡Pronto! ¡Entregad a este hombre los duros que le habéis robado!

Los ladrones sacaron los veinte duros y se los dieron al segador, el cual se arrojó a los pies de aquel personaje que dominaba a los bandoleros y que tan buen corazón tenía…

Parrón le dijo:

—¡A la paz de Dios! *Sin las indicaciones de usted nunca hubiera dado con ellos*. ¡Ya ve usted que desconfiaba de mí sin motivo!… He cumplido mi promesa… Ahí tiene usted sus veinte duros… Conque… ¡en marcha!

El segador lo abrazó repetidas veces y se alejó lleno de júbilo.

Pero no habría andado cincuenta pasos, cuando su bienhechor lo llamó de nuevo.

El pobre hombre se apresuró a volver pies atrás.

—¿Qué manda usted? —le preguntó, deseando ser útil al que había devuelto la felicidad a su familia.

—¿Conoce usted a *Parrón*? —le pregunto él mismo.

—No lo conozco.

—¡Te equivocas! —replicó el bandolero—. Yo soy *Parrón*.

El segador se quedó estupefacto.

Parrón se echó la escopeta a la cara y descargó los dos tiros contra el segador, que cayó redondo al suelo.

—¡Maldito seas! —fue lo único que pronunció.

En medio del terror que me quitó la vista, observé que el árbol en que yo estaba atado se estremecía ligeramente y que mis ligaduras se aflojaban.

Una de las balas, después de herir al segador, había dado en la cuerda que me ligaba al tronco y la había roto.

Yo disimulé que estaba libre, y esperé una ocasión para escaparme.

Entretanto, decía *Parrón* a los suyos, señalando al segador:

—Ahora podéis robarlo. Sois unos imbéciles…, ¡unos canallas! ¡Dejar a ese hombre, para que se fuera, como se fue, dando gritos por los caminos reales!… Si conforme soy yo quien se lo encuentra y se entera de lo que pasaba, hubieran sido los *migueletes*[57], habría dado vuestras señas y las de nuestra guarida, como me las ha dado a mí, y estaríamos ya todos en la cárcel. ¡Ved las consecuencias de robar sin matar! Conque basta ya de sermón y enterrad ese cadáver para que no apeste.

Mientras los ladrones hacían el hoyo y *Parrón* se *sentaba* a merendar dándome la espalda, me alejé poco a poco del árbol y me descolgué al barranco próximo…

Ya era de noche. Protegido por sus sombras salí a todo escape y, a la luz de las estrellas, divisé mi borrico, que comía allí tranquilamente, atado a una encina. Montóme en él, y no he parado hasta llegar aquí…

Por consiguiente, señor, deme usted los mil reales, y yo daré las señas de *Parrón*, el cual se ha quedado con mis tres duros y medio…

Dictó el gitano la filiación del bandido; cobró desde luego la suma ofrecida y salió de la Capitanía General, dejando asombrados al conde del Montijo y al sujeto, allí presente, que nos ha contado todos estos pormenores.

Réstanos ahora saber si acertó o no acertó Heredia al decir la buenaventura a *Parrón*.

III

Quince días después de la escena que acabamos de referir, y a eso de las nueve de la mañana, muchísima gente ociosa presenciaba, en la calle de San Juan de Dios y parte de la de San Felipe, de aquella misma capital, la reunión de dos compañías de migueletes que debían salir a las nueve y media en busca de *Parrón*, cuyo paradero, así como sus señas personales y las de todos sus compañeros de fechorías, había al fin averiguado el conde del Montijo.

El interés y emoción del público eran extraordinarios, y no menos la solemnidad con que los migueletes se despedían de sus familias y amigos para marchar a tan importante empresa. ¡Tal espanto había llegado a infundir *Parrón* a todo el antiguo reino granadino!

—Parece que ya vamos a formar… —dijo un miguelete a otro—, y no veo al cabo López.

—¡Extraño es, a fe mía, pues él llega siempre antes que nadie cuando se trata de salir en busca de *Parrón*, a quien odia con sus cinco sentidos!

—Pues ¿no sabéis lo que pasa? —dijo un tercer miguelete, tomando parte en la conversación.

—¡Hola! Es nuestro nuevo camarada… ¿Cómo te va en nuestro cuerpo?

—¡Perfectamente! —respondió el interrogado.

Era éste sujeto un hombre pálido y de porte distinguido, del cual se despegaba mucho el uniforme de soldado.

—¿Conque decías…? —replicó el primero.

—¡Ah! ¡Sí! Que el cabo López ha fallecido… —respondió el miguelete pálido.

—Manuel…, ¿qué dices? ¡Eso no puede ser!… Yo mismo he visto al cabo López esta mañana, como te veo a ti…

El llamado Manuel contestó fríamente:

—Pues hace media hora que lo ha matado *Parrón*.

—*¿Parrón?* ¿Dónde?

—¡Aquí mismo! ¡En Granada! En la Cuesta del Perro se ha encontrado el cadáver de López.

Todos quedaron silenciosos, y Manuel empezó a silbar una canción patriótica.

—¡Van once migueletes en seis días! —exclamó un sargento—. ¡*Parrón* se ha propuesto exterminarnos! Pero ¿cómo es que está en Granada? ¿No íbamos a buscarlo a la sierra de Loja?

Manuel dejó de silbar y dijo con su acostumbrada indiferencia:

—Una vieja que presenció el delito dice que, luego que mató a López, ofreció que, si íbamos a buscarlo, tendríamos el gusto de verlo…

—¡Caramba! ¡Disfrutas de una calma asombrosa! ¡Hablas de *Parrón* con un desprecio!…

—Pues ¿qué es *Parrón* más que un hombre? —repuso Manuel con altanería.

—¡A la formación! —gritaron en este acto varias voces.

Formaron las dos compañías, y comenzó la lista nominal.

En tal momento acertó a pasar por allí el gitano Heredia, el cual se paró, como todos, a ver aquella lucidísima tropa.

Notóse entonces que *Manuel*, el nuevo miguelete, dio un retemblido y retrocedió un poco, como para ocultarse detrás de sus compañeros…

Al propio tiempo Heredia fijó en él sus ojos; y dando un grito y un salto como si le hubiese picado una víbora, arrancó a correr hacia la calle de San Jerónimo.

Manuel se echó la carabina a la cara y apuntó al gitano…

Pero otro miguelete tuvo tiempo de mudar la dirección del arma, y el tiro se perdió en el aire.

—¡Está loco! ¡Manuel se ha vuelto loco! ¡Un miguelete ha perdido el juicio! —exclamaron sucesivamente los mil espectadores de aquella escena.

Y oficiales, y sargentos, y paisanos rodeaban a aquel hombre, que pugnaba por escapar, y al que por lo mismo sujetaban con mayor fuerza, abrumándolo a preguntas, reconvenciones y dicterios que no le arrancaron contestación alguna.

Entretanto Heredia había sido preso en la plaza de la Universidad por algunos transeúntes, que, viéndole correr después de haber sonado aquel tiro, lo tomaron por un malhechor.

—¡Llevadme a la Capitanía General! —decía el gitano—. ¡Tengo que hablar con el conde del Montijo!

—¡Qué conde del Montijo ni qué niño muerto! —le respondieron sus aprehensores—. ¡Ahí están los migueletes y ellos verán lo que hay que hacer con tu persona!

—Pues lo mismo me da —respondió Heredia—. Pero tengan ustedes cuidado de que no me mate *Parrón*…

—¿Cómo *Parrón*?… ¿Qué dice este hombre?

—Venid y veréis.

Así diciendo, el gitano se hizo conducir delante del jefe de los migueletes, y señalando a *Manuel*, dijo:

—Mi comandante, ¡ése es *Parrón*, y yo soy el gitano que dio hace quince días sus señas al conde del Montijo!

—*¡Parrón! ¡Parrón* está preso! ¡Un miguelete era *Parrón*!… —gritaron muchas voces.

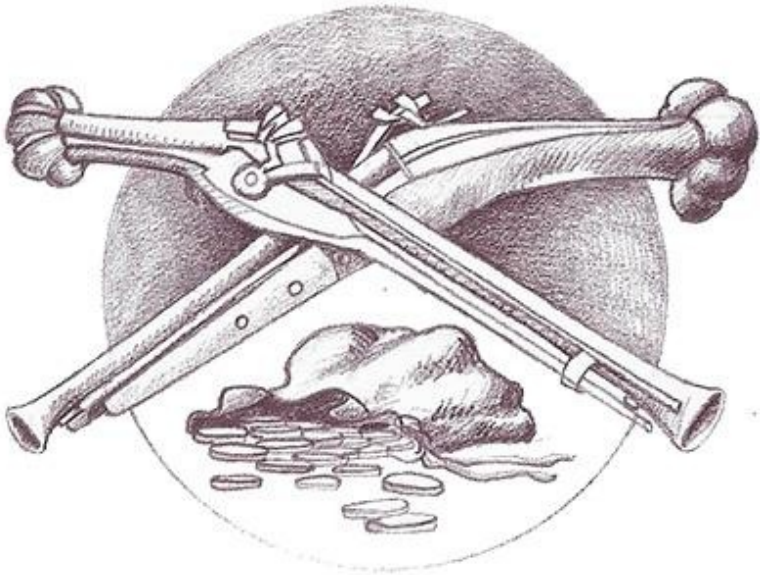
—No me cabe duda —decía entretanto el comandante, leyendo las señas que le había dado el capitán general—. ¡A fe que hemos estado torpes! Pero ¿a quién se le hubiera ocurrido buscar al capitán de los ladrones entre los migueletes que iban a prenderlo?

—¡Necio de mí! —exclamaba al mismo tiempo *Parrón*, mirando al gitano con ojos de león herido—. ¡Es el único hombre a quien he perdonado la vida! ¡Merezco lo que me pasa!

A la semana siguiente ahorcaron a *Parrón*.

Cumplióse, pues, literalmente la buenaventura del gitano…

Lo cual (dicho sea para concluir dignamente) no significa que debáis creer en la infalibilidad de tales vaticinios, ni menos que fuera acertada regla de conducta la de *Parrón*, de matar a todos los que llegaban a conocerle… Significa tan sólo que los caminos de la Providencia son inescrutables para la razón humana; doctrina que, a mi juicio, no puede ser más ortodoxa.



¡Buena pesca!

I

CUBIERTO de gloria y de heridas en la guerra de Sucesión, y sin blanca en la faltriquera, como entonces acontecía a casi todos los héroes, tornó un día a su desmantelado castillo el noble barón de Mequinenza, a descansar de las duras fatigas de los campamentos y comerse en paz los pobres garbanzos vinculados a su título. Dos palabras sobre el batallador y otras dos sobre su guarida.

Don Jaime de Mequinenza, barón de lo mismo, capitán que había peleado por los intereses de Luis XIV, era a la sazón un hombre de treinta y cinco años, alto, hermoso, rudo, valiente, emprendedor, poco letrado, pero locuaz en extremo y muy aficionado a las aldeanas bonitas. Añadid que era huérfano, unigénito y solterón, y acabaréis de formar idea de nuestro hidalgo aragonés.

En cuanto a su castillo, era su vivo retrato en todo…, menos en lo fuerte; más por lo que toca a soledad y pobreza y altanería, ¡vive Dios que no le iba en zaga! Figuráoslo (y digo *figuráoslo* porque ya se ha hundido) medio edificado y medio tallado en una roca que lamían de una parte las ondas del río Ebro, y que se reclinaba por la otra sobre una montaña…, que allá seguía remontándose a las nubes.

Al pie de este peñasco había una docena de casas y chozas habitadas por los vasallos del barón, o sea, por los labradores de los cuatro majuelos que constituían sus Estados. De la aldea al castillo subíase por quince rampas que terminaban en un foso con puente levadizo. Alimentaba de agua este foso una sangría hecha en el Ebro media legua al norte de la fortaleza; sangría que, convertida en ruidoso torrente, volvía a precipitarse en el opulento río.

Ítem[58]: enclavada en un inaccesible flanco de la montaña, separada del castillo por este salto de agua y, como él, colgada sobre el Ebro, había otra roca más pequeña, que coronaban una cabaña y un huertecillo, fundados allí por la temeraria mano del hombre.

Un ancho tablón de nogal enlazaba por vía de puente el castillo y la cabaña; de modo que, si imposible era llegar al primero una vez alzado el rastrillo, más imposible era llegar a la segunda, suprimido que fuera el tablón.

Ya hemos dicho que en la roca feudal vivía don Jaime de Mequinenza: falta decir que en la roca feudataria habitaba un pescador de anguilas, que se estaba haciendo rico merced al atrevido pensamiento de formar su choza en aquel solitario y amenazado paraje.

Damián, que así se llamaba el pescador, había ideado colgar del puentecillo una vastísima red, al través de cuya dilatada manga saltase la cascada, sirviendo de funda, por decirlo así, las mallas a las aguas. Mediante este artificio, todas las anguilas que, arrastradas por la corriente, se veían obligadas a dar aquel salto para volver al Ebro, que fue su cuna, quedaban presas en las redes de Damián, quien las vendía en los pueblos circunvecinos a precio tan corto, como corto era el trabajo que le costaba pescarlas.

Y pues ya conocemos el teatro de nuestra historia, pasemos a más íntimas investigaciones.

II

Hemos dicho que Damián se estaba haciendo rico en tan pingües copos; pero hemos olvidado decir que Damián, como otros muchos hombres, había cometido la torpeza de casarse con una muchacha muy linda, muy graciosa y muy amiga de componerse; con una coqueta natural, en una palabra; o, si queréis mejor, con una coqueta nativa.

Carmela, variante amoroso de Carmen; *Carmelita* (él la llamaba así) era una rústica hija de aquella aldea, que ni sabía leer ni le hacía falta; pero que hubiera tentado al mismo San Antonio si este anacoreta no estuviese auxiliado de la Gracia de Dios.

Y es que ella tenía toda la gracia del diablo.

Era rubia, como acontece siempre en casos semejantes, pequeñita de cuerpo, apretada de carnes y más esbelta que un junco. De la cintura para arriba parecía una maceta de flores… ¡Qué pechazo!, ¡qué hombros!, ¡qué garganta!, ¡qué cabeza!… Y de la cintura para abajo, ¡que caderas!, ¡qué andar!, ¡qué pisada!, ¡qué meneo! Blanca como la nieve, colorada como las tardes de mayo, sana como el aire de aquellas alturas, amorosa como una codorniz enjaulada, tenía un juego de boca, y una caída de ojos, y unas manos, y una trenza, y unos tobillos que, como dice Salvador, poeta de Granada, hablando de otros pies:

¡Desde allí al Cielo!

¡Ay, Carmen, Carmela, Carmelita! ¿Qué había de hacer el pobre Damián, sino adorarte y esconderte en el pico de una roca, allí donde estabas defendida

del mundo por un castillo feudal, donde nadie podía visitarte de día sin que lo viese todo el pueblo, ni rondar de noche tu cabaña, como no fuese a quinientos pies por debajo de ella?

Pero como las muchachas del mérito de Carmela coquetean consigo mismas cuando no pueden coquetear con el prójimo, sucedía que, a pesar de vivir sola y sin ser vista de nadie más que alguna noche por su marido, gastaba el precio de todas las anguilas del Ebro en delantales, basquiñas, zarcillos[59], tumbagas[60] y otras cosas en que el pobre Damián no se fijaba nunca, dado que la pícara las usase delante de él.

Penetrada quizá de su *alta misión* en el mundo, Carmela se adornaba todos los días como para ir a un baile, y se sentaba a la puerta de su choza. Allí la veían los pájaros, los tomillos y los cielos…, ¡nada más! Pero ella esperaba tranquila la hora de su destino. El castillo, única vecindad de la cabaña, se hallaba completamente deshabitado (nos referimos al estado de las cosas antes de la vuelta de don Jaime de Mequinenza), y desde el valle no se distinguía a la pescadora sino como una gran flor de colores colgada en la ladera del abismo… ¡Por el aire, pues, debía venir el amante que esperaba tan emperejilada Carmelita, suponiendo que Carmelita desease en efecto tener un amante!

—¿Conque Carmela no amaba a su marido? —exclamaréis acaso…

—¡Qué sé yo! Sólo puedo deciros que era muy bonita y vivía muy sola, pues Damián pasaba la mayor parte del tiempo vendiendo anguilas por la comarca…

Además, él le tenía prohibido que bajase a la aldea durante sus ausencias; y ella obedecía ciegamente a su marido…, porque así lo manda Dios… y porque no le agradaban a tan pulida señora los rústicos y zafios aldeanos.

Me diréis que Damián era también un rústico y zafio aldeano, y que, por consiguiente, acabo de decir que no le gustaba a Carmelita…

¡Pues bien! ¡No le gustaba!

Ni ¿cómo había de gustarle un hombre soez y mal vestido, con las manos llenas de callos y espinas, quemado del sol, curtido por la lluvia y oliendo a pescado a una vara de distancia, a ella, tan pulcra, tan elegante, tan presumida como una madrileña?

¡Es verdad que si el pobre pescador estaba poco compuesto, consistía en que la bella señora lo estaba mucho; es verdad que si el marido trabajara menos, a fin de cuidar algo sus manos, la mujer tendría que trabajar más, echando a perder las suyas; es muy verdad que con aquel pescado que olía tan mal se pagaban aquellos jabones que olían tan bien!… Pero ¿quién hace

reflexionar a una mujer, y sobre todo a una mujer de diecinueve años, tan bonita, ligera y graciosa como los siete colores del arco iris?

¡Ah! La gratitud es un sentimiento demasiado incómodo para una persona prendada de sí misma, y la justicia una idea demasiado seria para una muchacha que se ríe sola.

¡Y Carmelita solía reírse a solas, al espejo!

Todo esto significaba o quiere significar, en último resultado, que la bella pescadora se enamoró de don Jaime de Mequinenza desde que en la aldea cundió la voz de que el caballero tornaba victorioso a su castillo…

Volvió don Jaime, en efecto; y como él la amaba ya en especie[61], según diría un escolástico, no necesitó más que verla para adorarla.

Damián, entretanto, pescaba anguilas.

Sin embargo, desde que el barón volvió a su castillo, una vaga inquietud se había despertado en el alma del celoso; y era que, por muy arraigado que estuviese en su corazón y en el de toda su familia el respeto a sus naturales señores, no podía menos de pensar en que don Jaime era muy enamorado y su mujer muy bonita, y en que el castillo y la cabaña no estaban tan distantes como la cabaña y la aldea, sobre todo teniendo en cuenta el puentecillo de nogal…

Así es que Damián, pretextando tener reumatismo en una pierna, había tomado un mozo que vendiese las anguilas y no abandonaba ya la cabaña casi nunca.

Y a fe, a fe, que si hemos de decir la verdad, el pescador no andaba muy descaminado en punto a temores…

Don Jaime y Carmelita estaban ya cansados de *telégrafos*, como se dice hoy, y enamorados perdidamente uno de otra y otra de uno, como ha sucedido siempre entre dos que se miran y no se hablan. El platonismo se les hacía insoportable, la distancia inmensa, el puentecillo transitable…, y esperaban con ansia el primer viaje de Damián para tener una entrevista a solas: en todo lo cual habían convenido por señas, y también por adivinación…

Con que pasemos adelante.

III

Era una hermosísima tarde de mayo.

Los dos esposos tomaban el sol a la puerta de su choza.

Aquel sol que se ponía hace siglo y medio es el mismo que todos conocéis. Diremos, sin embargo, que aquella tarde se ocultaba tras las montañas con tanta lentitud y majestad como si no pensara volver a salir nunca.

Era uno de esos momentos augustos en que parece que el tiempo se ha parado. Era una de tantas fiestas de la Naturaleza como no pasan a la Historia; uno de esos días radiantes y solemnes en que se cree que el mundo ha llegado por primera vez al apogeo de su hermosura, y que todo el tiempo anterior ha sido un período de adolescencia, así como todo el tiempo que ha de venir un descenso, un desmejoramiento, un envejecer penoso que terminará en la nada. Era, en fin, esa hora melancólica en que el ánimo asiste a la tragedia de la muerte del día como a un espectáculo nuevo y que no se ha de repetir; hora en que, si por acaso recordáis a los seres que conocisteis y murieron, sentís vergüenza de vivir una vida que ellos dejaron.

Carmela y Damián miraban estáticos aquel sol, cuyos últimos rayos teñían el horizonte de no sé qué luz profética, que iba a reflejarse allá en su conturbado espíritu. Por inculta y tosca que fuese su naturaleza, ambos sentían en aquel instante, quizá por la excitación a que habían llegado sus almas, que la puesta del sol no debía serles tan indiferente como en los demás días; que era para ellos aquella hora, hora crítica y predestinada, hora de misterio o de fatalidad. Y tal vez por lo mismo que su limitado espíritu no les permitía darse cuenta de lo que experimentaban, ni analizar las informes imágenes de vida y muerte, de pasadas venturas y presentidos dolores que veían amontonarse hacia Oriente a medida que el sol se hundía en el Ocaso, era mayor la turbación y la angustia de los dos criminales, que callaban, temerosos de revelarse sus secretos, y ni se miraban ni extrañaban esta recíproca reserva.

Y es que, en ciertos momentos trágicos, se despierta en nosotros una facultad más lúcida que la inteligencia e independiente del albedrío; y esta facultad, que concibe y ejecuta por sí sola, había establecido ya, entre la esposa que meditaba el adulterio y el celoso que proyectaba el asesinato, una especie de transacción que les servía de tácito convenio, o indeliberada complicidad, para que ni el uno ni el otro extrañase un silencio tan largo y tan injustificado a primera vista.

Cuando ya se puso el sol completamente, ambos respiraron con fuerza, como quien termina una tarea de muchas horas. El pacto estaba firmado. La resolución de los dos era tan irrevocable como la muerte de aquel día…

Entonces se miraron ya sin miedo ni reserva.

Damián hizo más… Alzó los ojos al castillo con gran frescura, y saludó al señor barón, que tenía fija la mirada en Carmelita.

Ésta saludó también al caballero con suma naturalidad.

Damián, que lo viera, estiró la pierna del reumatismo y exclamó, sonriéndose:

—¡Pues señor! Estoy completamente bueno. Me voy a dar una vuelta por la aldea. Pasaré allí la noche, viendo si cobro unos maravedises, y volveré mañana por la mañana temprano a recoger la pesca que caiga esta noche. ¡Ea Carmelita! ¡Quédate con Dios!

—Adiós, Damián… —dijo Carmelita maquinalmente.

Nunca se habían despedido los dos esposos de esta manera… Pero no repararon en ello.

Damián cogió el sombrero y un palo; atravesó el puente de nogal y penetró en los fosos del castillo… en busca del sendero que bajaba a la aldea.

Todavía doraba el sol el pico de una montaña muy distante.

IV

Ocho horas después, estaba el sol de vuelta en la puerta de la cabaña.

Toda la tristeza y seriedad con que se puso el día anterior habían sido pura farsa.

Allí se hallaba otra vez, más alegre que nunca, rubio como unas candelas, trepando por el cielo con la misma indecisión que si fuera la vez primera que hacía el viaje, y esparciendo vida y alborozo dondequiera que penetraban sus rayos. Brillaba el agua, cacareaban las gallinas, rasgábanse las brumas del Ebro como velos de gasa, volaban los pájaros más perezosos, y bullían los ganados y los pastores en el fondo de los valles.

Era, en efecto, el mismo sol; el cual, durante aquellas ocho horas de ausencia, había atravesado el océano, dado las doce en América, servido de dios a los idólatras del mar Pacífico, alumbrado algunos matrimonios en la China, tostado las especias del Indostán, besado las piedras del Santo Sepulcro, y marcado la hora de la muerte a algunos griegos modernos, viniendo ahora, lleno de curiosidad, a saber qué había sido de aquellos dos pescadores del Alto Aragón que dejó sentados la tarde antes a la puerta de su cabaña.

En cuanto a Damián, podemos decir que también se hallaba aquella mañana más contento que la tarde anterior, si hemos de juzgar por lo juguetón

y alegre que subía las rampas del castillo, seguido de otros pescadores, cantando la jota más villana de aquel país.

Llegaron al puente levadizo, que estaba ya levantado; atravesaron la fortaleza, que aún yacía en silencio, y llegaron a la explanada fronteriza a la cabaña de Damián.

—¡Bien ruge la cascada! —dijo un pescador.

—¿Y el puentecillo? —preguntó Damián.

—¡Es verdad! ¡Mira!…, ¡mira!; ¡se ha desmoronado por las dos cabezas!… Es que se ha hundido.

—¿Cómo ha podido ser? ¡Un tablón de nogal tan largo y tan pesado!

—Tendré que comprar hoy otro… —repuso Damián indiferentemente—. ¡Conque, chicos, ayudadme a sacar este par de copos antes que sea más tarde!

Y reanudando su interrumpida canción, empezó a tirar de las redes de un copo.

—¡Diablo! ¡Cómo pesa!… —exclamó un pescador—. ¡Oh!, ¡has hecho gran cogida!

—¡Lo menos diez arrobas! —dijo un segundo—. ¡Buena pesca!

—¡Ya lo creo! —añadió otro—. ¡Habrá pescado el puente de nogal!

Damián se sonrió.

—¿Decís que ese copo pesa? —gritó entonces a un pescador, que tiraba de la segunda red—. ¡Pues éste no se queda atrás! ¡Lo menos tiene doce arrobas!…

—¡Buen par de peñones habrán entrado en las mangas! —dijo un envidioso.

Damián estaba sombrío, trémulo, espantoso.

—¡Conque los dos copos pesan lo mismo!… —murmuró—. ¡No puede ser!…

Y con lentos pasos se dirigió a la cabaña…

En esto empezó a aparecer el primer copo.

Dentro de él se hallaba, en efecto, el tablón de nogal; pero no entero, sino la mitad exacta.

¡Era indudable que el puentecillo había sido aserrado aquella noche!

Todavía no se habían repuesto los pescadores de su asombro, cuando retrocedieron espantados y dando gritos.

A estos gritos respondió en la cabaña, como un eco, un alarido terrible, pavoroso…

Y Damián apareció en la puerta, con los cabellos erizados y la mirada estúpida, riendo como una furia escapada del infierno. Los pescadores habían

visto en el fondo de la primera red el cadáver de don Jaime…

Damián había encontrado desierta su choza e intacto el lecho de Carmelita…

¡Y era que Carmelita estaba en la segunda red, con la otra mitad del puente de nogal!

—¡Ella también! ¡No contaba yo con tanto! ¡No quería yo eso! ¡Quería guardarla para mí, aunque fuera mala! ¡Ella también! ¡También mi Carmen! *¡Buena pesca!* —gritó Damián entre salvajes risotadas y con toda la fuerza de sus pulmones.

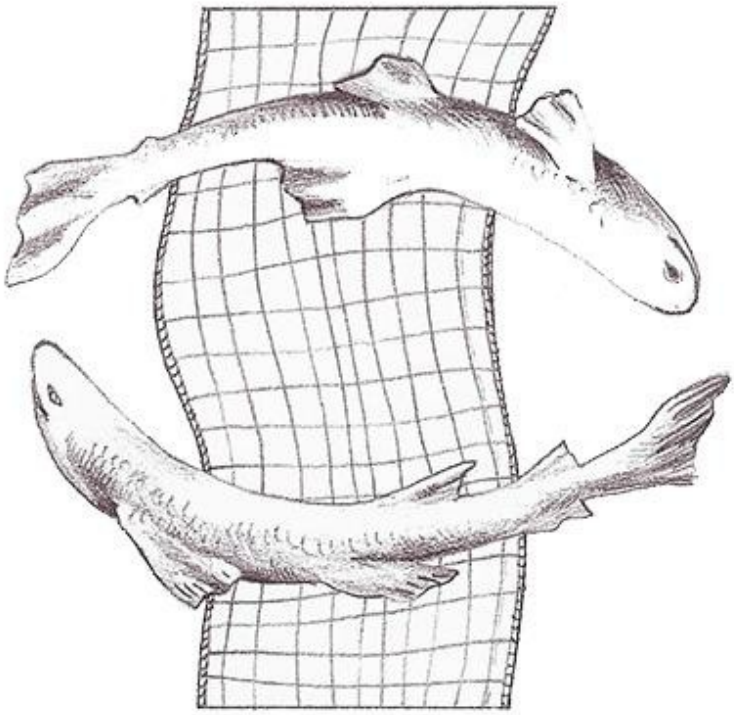
Y corrió a encerrarse en la cabaña.

Cuando la justicia entró a prenderlo, halló que estaba armado de un serrucho, cortándose la mano derecha y gritando con infernal alegría:

—*¡Buena pesca! ¡Buena pesca!*

Estaba loco.

Guadix, 1854



El libro talonario

I

LA acción comienza en Rota. Rota es la menor de aquellas encantadoras poblaciones hermanas que forman el amplio semicírculo de la bahía de Cádiz; pero con ser la menor no ha faltado quien ponga los ojos en ella. El duque de Osuna, a título de duque de Arcos, la ostenta entre las perlas de su corona hace muchísimo tiempo, y tiene allí su correspondiente castillo señorial, que yo pudiera describir piedra por piedra…

Mas no se trata aquí de castillos, ni de duques, sino de los célebres campos que rodean a Rota y de un humildísimo hortelano, a quien llamaremos el *tío Buscabeatas*, aunque no era éste su verdadero nombre, según parece.

Los campos de Rota —particularmente las huertas— son tan productivos que, además de tributarle al duque de Osuna muchos miles de fanegas de grano y de abastecer de vino a toda la población —poco amante del agua potable y malísimamente dotada de ella—, surten de frutas y legumbres a Cádiz, y muchas veces a Huelva, y en ocasiones a la misma Sevilla, sobre todo en los ramos de tomates y calabazas, cuya excelente calidad, suma abundancia y consiguiente baratura exceden a toda ponderación, por lo que en *Andalucía la Baja* se da a los roteños el dictado de *calabaceros* y de *tomateros*, que ellos aceptan con noble orgullo.

Y, a la verdad, motivo tienen para enorgullecerse de semejantes motes; pues es el caso que aquella tierra de Rota que tanto produce —me refiero a la de las huertas—; aquella tierra que da para el consumo y para la exportación; aquella tierra que rinde tres o cuatro cosechas al año, ni es tal tierra, ni Cristo que lo fundó, sino arena pura y limpia, expelida sin cesar por el turbulento océano, arrebatada por los furiosos vientos del Oeste y esparcida sobre toda la comarca roteña, como las lluvias de ceniza que caen en las inmediaciones del Vesubio.

Pero la ingratitud de la Naturaleza está allí más que compensada por la constante laboriosidad del hombre. Yo no conozco, ni creo que haya en el mundo, labrador que trabaje tanto como el roteño. Ni un leve hilo de agua dulce fluye por aquellos melancólicos campos… ¿Qué importa? ¡El *calabacero* los ha acribillado materialmente de pozos, de donde saca, ora a pulso, ora por medio de norias, el precioso humor que sirve de sangre a los vegetales! ¡La arena carece de fecundos principios, del asimilable *humus*!…

¿Qué importa? ¡El *tomatero* pasa la mitad de su vida buscando y allegando sustancias que puedan servir de abono, y convirtiendo en estiércol hasta las algas del mar! Ya poseedor de ambos preciosos elementos, el hijo de Rota va estercolando pacientemente, no su heredad entera (pues le faltaría abono para tanto), sino redondeles de terreno del vuelo de un plato chico, y en cada uno de estos redondeles estercolados siembra un grano de simiente de tomate o una pepita de calabaza, que riega luego a mano con un jarro muy diminuto, como quien da de beber a un niño.

Desde entonces hasta la recolección, cuida diariamente una por una las plantas que nacen en aquellos redondeles, tratándolas con un mimo y un esmero sólo comparables a la solicitud con que las solteronas cuidan sus macetas. Un día le añade a tal mata un puñadillo de estiércol; otro le echa una chorreadita de agua; ora las limpia a todas de orugas y demás insectos dañinos; ora cura a las enfermas, entablilla a las fracturadas, y pone parapetos de caña y hojas secas a las que no pueden resistir los rayos del sol o están demasiado expuestas a los vientos del mar; ora, en fin, cuenta los tallos, las hojas, las flores o los frutos de las más adelantadas y precoces, y les habla, las acaricia, las besa, las bendice y hasta les pone expresivos nombres para distinguirlas e individualizarlas en su imaginación. Sin exagerar: es ya un proverbio (y yo lo he oído repetir muchas veces en Rota) que el hortelano de aquel país *toca por lo menos cuarenta veces con su propia mano a cada mata de tomates que nace en su huerta*. Y así se explica que los hortelanos viejos de aquella localidad lleguen a quedarse encorvados, hasta tal punto, que casi se dan con las rodillas en la barba…

¡Es la postura en que han pasado toda su noble y meritoria vida!

II

Pues bien: el *tío Buscabeatas* pertenecía al gremio de estos hortelanos.

Ya principiaba a encorvarse en la época del suceso que voy a referir; y era que ya tenía sesenta años… y llevaba cuarenta de labrar una huerta lindante con la playa de la *Costilla*.

Aquel año había criado allí unas estupendas calabazas, tamañas como bolas decorativas de pretil de puente monumental, y que ya principiaban a ponerse por dentro y por fuera de color de naranja, lo cual quería decir que había mediado el mes de junio. Conocíalas perfectamente el *tío Buscabeatas* por la forma, por su grado de madurez y hasta de nombre, sobre todo a los

cuarenta ejemplares más gordos y lucidos, que ya estaban diciendo *guisadme*, y pasábase los días mirándolos con ternura y exclamando melancólicamente:

—*¡Pronto tendremos que separarnos!*

Al fin, una tarde se resolvió al sacrificio; y señalando a los mejores frutos de aquellas amadísimas cucurbitáceas que tantos afanes le habían costado, pronunció la terrible sentencia:

—Mañana —dijo— cortaré estas cuarenta, y las llevaré al mercado de Cádiz. ¡Feliz quien se las coma!

Y se marchó a su casa con paso lento, y pasó la noche con las angustias del padre que va a casar una hija al día siguiente.

—¡Lástima de mis calabazas! —suspiraba a veces sin poder conciliar el sueño; pero luego reflexionaba, y concluía por decir—: ¿Y qué he de hacer sino salir de ellas? ¡Para eso las he criado! Lo menos van a valerme quince duros…

Gradúese, pues, cuánto sería su asombro, cuánta su furia y cuál su desesperación, cuando al ir a la mañana siguiente a la huerta, halló que, durante la noche, le habían robado las cuarenta calabazas… Para ahorrarme de razones, diré que, como el judío de Shakespeare[62], llegó al más sublime paroxismo trágico, repitiendo frenéticamente aquellas terribles palabras de Shyllock, en que tan admirable dicen que estaba el actor Kemble:

—*¡Oh! ¡Si te encuentro! ¡Si te encuentro!*

Púsose luego el *tío Buscabeatas* a recapacitar fríamente, y comprendió que sus amadas prendas no podían estar en Rota, donde sería imposible ponerlas a la venta sin riesgo de que él las reconociese, y donde, por otra parte, las calabazas tienen muy bajo precio.

—¡Como si lo viera, están en Cádiz! —dedujo de sus cavilaciones—. El infame, pícaro, ladrón, debió de robármelas anoche a las nueve o las diez y se escaparía con ellas a las doce en el *barco de la carga*… ¡Yo saldré para Cádiz hoy por la mañana en el *barco de la hora*, y maravilla será que no atrape al ratero y recupere a las hijas de mi trabajo!

Así diciendo permaneció todavía cosa de veinte minutos en el lugar de la catástrofe, como acariciando las mutiladas calabaceras, o contando las calabazas que faltaban, o extendiendo una especie de *fe de livores*[63], para algún proceso que pensara incoar hasta que, a eso de las ocho, partió con dirección al muelle.

Ya estaba dispuesto para hacerse a la vela el *barco de la hora*, humilde falucho[64] que sale todas las mañanas para Cádiz a las nueve en punto,

conduciendo pasajeros, así como el barco de la carga sale todas las noches a las doce, conduciendo frutas y legumbres…

Llamábase *barco de la hora* el primero, porque en este espacio de tiempo, y hasta en cuarenta minutos algunos días, si el viento es de popa, cruza las tres leguas que median entre la antigua villa del duque de Arcos y la antigua ciudad de Hércules.

III

Eran, pues, las diez y media de la mañana cuando aquel día se paraba el *tío Buscabeatas* delante de un puesto de verduras del mercado de Cádiz, y le decía a un aburrido polizonte que iba con él:

—¡Éstas son mis calabazas! ¡Prenda usted a ese hombre!

Y señalaba al revendedor.

—¡Prenderme a mí! —contestó el revendedor, lleno de sorpresa y de cólera—. Estas calabazas son mías; yo las he comprado…

—Eso podrá usted contárselo al alcalde —repuso el *tío Buscabeatas*.

—¡Que no!

—¡Que sí!

—¡Tío ladrón!

—¡Tío tunante!

—¡Hablen ustedes con más educación, so indecentes! ¡Los hombres no deben faltarse de esa manera! —dijo con mucha calma el polizonte, dando un puñetazo en el pecho a cada interlocutor.

En esto ya había acudido alguna gente, no tardando en presentarse también allí el regidor encargado de la policía de los mercados públicos, o sea, el juez de abastos, que es su verdadero nombre.

Resignó la jurisdicción el polizonte en su señoría, y enterada esta digna autoridad de todo lo que pasaba, preguntó al revendedor con majestuoso acento:

—¿A quién le ha comprado usted esas calabazas?

—Al tío Fulano, vecino de Rota… —respondió el interrogado.

—¡Ése había de ser! —gritó el *tío Buscabeatas*—. ¡Muy abonado es para el caso! ¡Cuando su huerta, que es muy mala, le produce poco, se mete a robar en la del vecino!

—Pero admitida la hipótesis de que a usted le han robado anoche cuarenta calabazas —siguió interrogando el regidor, volviéndose al viejo hortelano—,

¿quién le asegura a usted que éstas y no otras son las suyas?

—¡Toma! —replicó el *tío Buscabeatas*—. ¡Porque las conozco como usted conocerá a sus hijas, si las tiene! ¿No ve usted que las he criado? Mire usted: ésta se llama *Rebolonda*; ésta, *Cachigordeta*; ésta, *Barrigona*; ésta, *Coloradilla*; ésta, *Manuela*…, porque se parecía mucho a mi hija la menor…

Y el pobre viejo se echó a llorar amarguísimamente.

—Todo eso está muy bien… —repuso el juez de abastos—; pero la ley no se contenta con que usted reconozca sus calabazas. Es menester que la autoridad se convenza al mismo tiempo de la preexistencia de la cosa, y que usted la identifique con pruebas fehacientes… Señores, no hay que sonreírse… ¡Yo soy abogado!

—¡Pues verá usted qué pronto le pruebo yo a todo el mundo, sin moverme de aquí, que esas calabazas se han criado en mi huerta! —dijo el *tío Buscabeatas*, no sin grande asombro de los circunstantes.

Y soltando en el suelo un lío que llevaba en la mano, agachóse, arrodillándose hasta sentarse sobre los pies, y se puso a desatar tranquilamente las anudadas puntas del pañuelo que lo envolvía.

La admiración del concejal, del revendedor y del corro subió de punto.

—¿Qué va a sacar de ahí? —se preguntaban todos.

Al mismo tiempo llegó un nuevo curioso a ver qué ocurría en aquel grupo, y habiéndole divisado el revendedor, exclamó:

—¡Me alegro de que llegue usted, tío Fulano! Este hombre dice que las calabazas que me vendió usted anoche, y que están aquí oyendo la conversación, son robadas… Conteste usted…

El recién llegado se puso más amarillo que la cera, y trató de irse; pero los circunstantes se lo impidieron materialmente, y el mismo regidor le mandó quedarse.

En cuanto al *tío Buscabeatas*, ya se había encarado con el presunto ladrón, diciéndole:

—¡Ahora verá usted lo que es bueno!

El tío Fulano recobró su sangre fría, y expuso:

—Usted es quien ha de ver lo que habla; porque si no prueba, y no podrá probar, su denuncia, lo llevaré a la cárcel por calumniador. Estas calabazas eran mías; yo las he criado como todas las que he traído este año a Cádiz, en mi huerta del *Egido*, y nadie podrá probarme lo contrario.

—¡Ahora verá usted! —repitió el *tío Buscabeatas* acabando de desatar el pañuelo y tirando de él.

Y entonces se desparramaron por el suelo una multitud de trozos de tallo de calabacera, todavía verdes y chorreando jugo, mientras que el viejo hortelano, sentado sobre sus piernas y muerto de risa, dirigía el siguiente discurso al concejal y a los curiosos:

—Caballeros: ¿no han pagado ustedes nunca contribución? ¿Y no han visto aquel libraco verde que tiene el recaudador, de donde va cortando recibos, dejando allí pegado un tocón o pezuelo, para que luego pueda comprobarse si tal o cual recibo es falso o no lo es?

—Lo que usted dice se llama el *libro talonario* —observó gravemente el regidor.

—Pues eso es lo que yo traigo aquí: el *libro talonario* de mi huerta, o sea, los cabos a que estaban unidas estas calabazas antes de que me las robasen. Y, si no, miren ustedes. Este cabo era de esta calabaza… Nadie puede dudarlo… Este otro… ya lo están ustedes viendo…, era de esta otra. Éste más ancho…, debe de ser de aquélla… ¡Justamente! Y éste es de ésta… Ése es de ésa… Ésta es de aquél…

Y en tanto que así decía, iba adaptando un cabo o pedúnculo a la excavación que había quedado en cada calabaza al ser arrancada, y los espectadores veían con asombro que, efectivamente, la base irregular y caprichosa de los pedúnculos convenía del modo más exacto con la figura blanquecina y leve concavidad que presentaban las que pudiéramos llamar cicatrices de las calabazas.

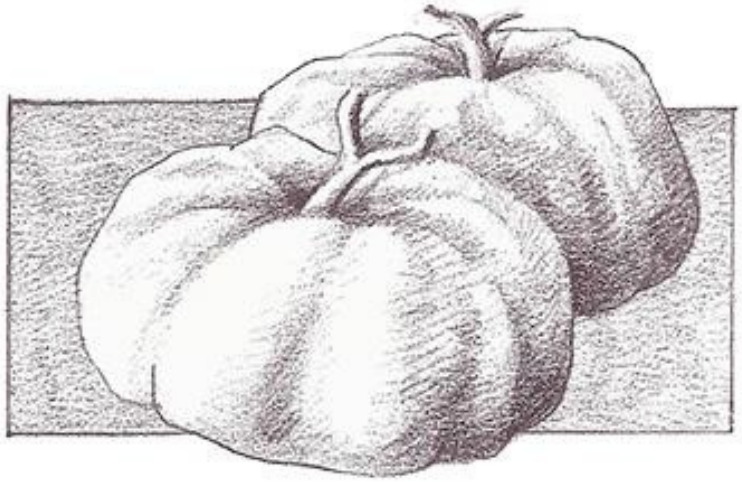
Pusiéronse, pues, en cuclillas los circunstantes, incluso los polizontes y el mismo concejal, y comenzaron a ayudarle al *tío Buscabeatas* en aquella singular comprobación, diciendo todos a un mismo tiempo con pueril regocijo:

—¡Nada!, ¡nada!, ¡es indudable!, ¡miren ustedes! Éste es de aquí… Ése es de ahí… Aquélla es de éste… Ésta es de aquél…

Y las carcajadas de los grandes se unían a los silbidos de los chicos, a las imprecaciones de las mujeres, a las lágrimas de triunfo y alegría del viejo hortelano y a los empellones que los guindillas[65] daban ya al convicto ladrón, como impacientes por llevárselo a la cárcel. Excusado es decir que los guindillas tuvieron este gusto; que el tío Fulano vióse obligado, desde luego, a devolver al revendedor los quince duros que de él había percibido; que el revendedor se los entregó en el acto al *tío Buscabeatas*, y que éste se marchó a Rota sumamente contento, bien que fuese diciendo por el camino:

—¡Qué hermosas estaban en el mercado! ¡He debido traerme a *Manuela*, para comérmela esta noche y guardar las pepitas!

Noviembre de 1877



NARRACIONES INVEROSÍMILES

Alarcón dio a su tercera serie de cuentos el nombre de Narraciones inverosímiles, *epígrafe claramente justificado en los dos primeros títulos,* El amigo de la muerte *y* La mujer alta, *pero a duras penas relacionable con los otros seis cuentos del grupo. En dos de éstos aparece de nuevo el estilo de Karr, y uno, el denominado* Lo que se oye desde una silla del Prado, *es un cuadro de costumbres, nada logrado, circunscrito estrictamente a lo enunciado en el título. La diferente temática se corresponde con distintas cotas de calidad, pero, en general, se considera a esta serie como inferior a las otras dos. Los tres cuentos seleccionados de este grupo ofrecen el interés de presentar otros tantos ejemplos del variado contenido de este conglomerado: envuelto en misterio el primero de ellos, rebosante del mejor casticismo el segundo, rabiosamente romántico el tercero.*

La mujer alta, *no sin ingenuidad subtitulada «cuento de miedo», es la última narración corta escrita por Alarcón. Si encabeza esta selección, sin embargo, es porque, como hasta ahora, hemos querido respetar el orden marcado por el autor. Éste dejó escrito:*

> *«En* La mujer alta, *desde la primera letra del relato hasta el final del segundo encuentro de Telesforo con la terrible vieja, no se refiere un solo pormenor que no sea la propia realidad. ¡Lo atestiguo con todo el pavor que puede sentir el alma humana!».*

Pero, como en anteriores ocasiones, resulta imposible prestar crédito a esta confesión. El argumento parece más bien basarse en un sueño, aunque el autor supo proporcionarle credibilidad. La afirmación de realidad puede actuar como un recurso, casi un truco, para subrayar lo esotérico de un suceso extraordinario.

Emplea Alarcón en La mujer alta *la técnica, ya utilizada con éxito en otras obras, del cuento dentro de otro cuento. Un grupo de excursionistas, formado en su mayoría por universitarios titulados en carreras técnicas —y, por tanto, con poca predisposición a dejarse impresionar por historias sobrenaturales— descansa en determinado lugar de la sierra del Guadarrama. El marco físico —los rotundos pinos recortándose contra el cielo despejado de verano, una fuente en cuya proximidad han comido espléndidamente, el fino aire de la sierra— dista mucho del brumoso y norteño en que otros autores han situado, buscando una disposición conveniente en los lectores, sus relatos de misterio. Juega Alarcón magníficamente, y de forma casi inapreciable, con este doble contrapunto,*

pues de inmediato el narrador toma la palabra y refiere un caso extraño acaecido a un amigo suyo, y conocido de otros excursionistas. A partir, pues, de la luz, de la claridad del mediodía, del poco propicio cuadro —geográfico y de auditorio—, se nos introduce lenta y progresivamente, pero en pocos párrafos, en una atmósfera inquietante primero, estremecedora después. Y la mínima anécdota se ubica en una topografía de la ciudad de Madrid tan minuciosamente descrita, que parece explicada sobre un plano: un elemento más de distanciamiento, una ventaja ofrecida al lector, pero que éste no aprovechará porque ya está embebido en la acción.

Parece como si Alarcón hubiera querido sumar inconvenientes para luego, en un alarde de habilidad, superarlos todos.

Siguiendo con su juego, el autor hace que en un momento dado suspenda el narrador su relato y aventure una explicación lógica, de inmediato asumida por los demás. Pero en seguida retoma el hilo para contar cómo se ha visto él mismo envuelto en el hecho. Un inevitable halo de misterio queda flotando al finalizar la lectura de esta singular narración.

Edgar A. Poe y E. T. A. Hoffmann, célebres autores de cuentos fantásticos, estaban traducidos al castellano y eran bastante conocidos en España cuando apareció La mujer alta. *La influencia del primero en esta historia parece indudable. Ya en 1858, Alarcón había dedicado un artículo de crítica literaria a Poe, con muy atinadas observaciones sobre la excepcional categoría del americano.*

En cualquier caso, con el diestro manejo de los recursos descritos, Alarcón alcanza el raro logro de proporcionar autenticidad a una ficción sutilmente intranquilizadora.

De muy distinta concepción es Moros y cristianos. *Aquí, la luminosidad mediterránea no se empaña en ningún momento, alumbrando un divertido desfile de pícaros y granujas. No precisa el autor de artificio alguno para dar corporeidad a sus personajes, tan ciertos que parecen salirse de las páginas y materializarse ante nuestros ojos.*

El modo desenfadado y jovial con que el autor nos presenta la pillería de tunantes y personas aparentemente respetables, todos igualados ante el hipotético brillo del oro, y los chispeantes diálogos contribuyen a hacer de este cuento uno de los más simpáticos —y, dicho sea de paso, menos inverosímiles— de Alarcón.

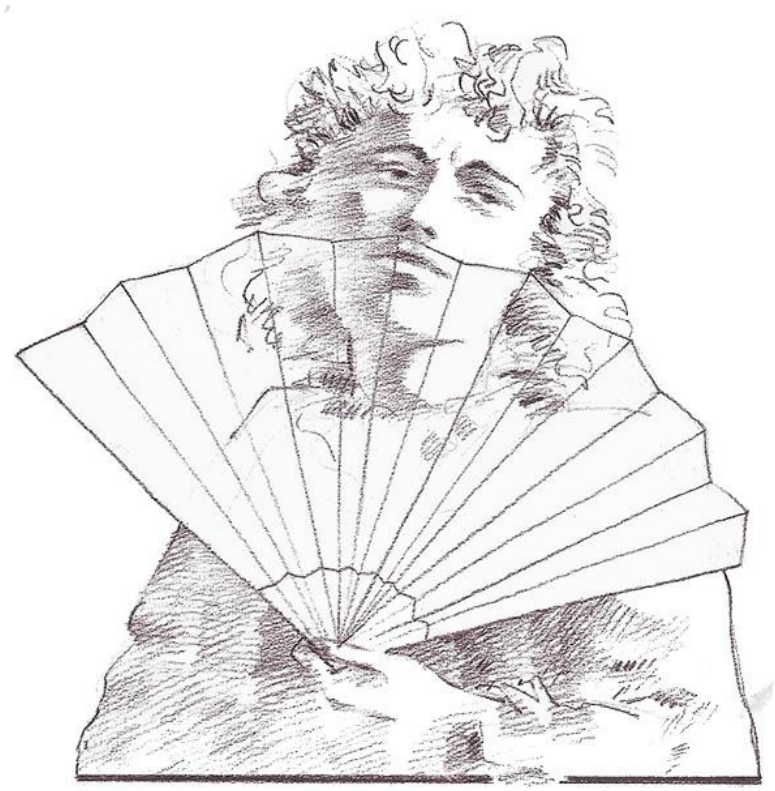
La selección del último cuento, Los ojos negros, pretende ilustrar algunos conceptos repetidamente vertidos en el análisis de la obra alarconiana. Aunque fechada en 1856, parece ser que la narración había sido compuesta

con anterioridad y estaba destinada a ser intercalada en la novela El final de Norma. *La fecha puede corresponder a una corrección posterior.*

Sirvan, pues, Los ojos negros para conocer el estilo del Alarcón más joven. Si en varias ocasiones hemos señalado los elementos románticos que salpican su obra madura, aquí encontramos la esencia de ese movimiento en estado químicamente puro. Un ambiente exótico —el helado extremo septentrional de Europa—, castillos excavados en la roca, grandilocuencia, pasiones desenfrenadas, casualidades, exclamaciones, suspiros, imprecaciones, venganzas, duelos: he aquí los componentes, en el fondo y la forma, del más febril romanticismo. La historia resultante es, pues, literalmente inverosímil; sin embargo, posee más valor que el de un juvenil ejercicio literario: nos permite apreciar la ya seria capacidad narrativa en un Alarcón poco más que adolescente, y, comparado con los otros cuentos seleccionados, la maestría alcanzada en muy poco tiempo por uno de los escritores más interesantes de nuestras letras.

La mujer alta

CUENTO DE MIEDO



I

QUÉ sabemos! Amigos míos…, ¡qué sabemos! —exclamó Gabriel, distinguido ingeniero de Montes, sentándose debajo de un pino y cerca de una fuente, en la cumbre del Guadarrama, a legua y media de El Escorial, en el límite divisorio de las provincias de Madrid y Segovia; sitio y fuente y pino que yo conozco y me parece estar viendo, pero cuyo nombre se me ha olvidado—. Sentémonos, como es de rigor y *está escrito*… en nuestro programa —continuó Gabriel—, a descansar y hacer por la vida en este ameno y clásico paraje, famoso por la virtud digestiva del agua de ese manantial y por los muchos borregos que aquí se han comido nuestros ilustres maestros don Miguel Bosch, don Máximo Laguna, don Agustín Pascual y otros grandes naturalistas; os contaré una rara y peregrina historia en comprobación de mi tesis…, reducida a manifestar, aunque me llaméis oscurantista, que en el globo terráqueo ocurren todavía cosas sobrenaturales: esto es, cosas que no caben en la cuadrícula de la razón, de la ciencia ni de la filosofía, tal y como hoy se entienden (o no se entienden) semejantes *palabras, palabras y palabras*, que diría Hamlet…

Enderezaba Gabriel este pintoresco discurso a cinco sujetos de diferente edad, pero ninguno joven, y sólo uno entrado ya en años; también ingenieros de Montes tres de ellos, pintor el cuarto y un poco literato el quinto; todos los cuales habían subido con el orador, que era el más pollo, en sendas burras de alquiler, desde el Real Sitio de San Lorenzo, a pasar aquel día herborizando en los hermosos pinares de Peguerinos, cazando mariposas por medio de mangas de tul, cogiendo coleópteros raros bajo la corteza de los pinos enfermos y comiéndose una carga de víveres fiambres pagados a escote.

Sucedía esto en 1875, y era en el rigor del estío; no recuerdo si el día de Santiago o el de San Luis… Inclinóme a creer el de San Luis. Como quiera que fuese, gozábase en aquellas alturas de un fresco delicioso, y el corazón, el estómago y la inteligencia funcionaban allí mejor que en el mundo social y la vida ordinaria…

Sentado que se hubieron los seis amigos, Gabriel continuó hablando de esta manera:

—Creo que no me tacharéis de visionario… Por fortuna o desgracia mía, soy, digámoslo así, un hombre a la moderna, nada supersticioso, y tan *positivista* como el que más, bien que incluya entre los datos *positivos* de la

Naturaleza todas las misteriosas facultades y emociones de mi alma en materias de sentimiento… Pues bien: a propósito de fenómenos sobrenaturales o *extranaturales*, oíd lo que yo he oído y ved lo que yo he visto, aun sin ser el verdadero héroe de la singularísima historia que voy a contar; y decidme en seguida qué explicación terrestre, física, natural, o como queramos llamarla, puede darse a tan maravilloso acontecimiento.

—El caso fue como sigue… ¡A ver! ¡Echad una gota, que ya se habrá refrescado el *pellejo* dentro de esa bullidora y cristalina fuente, colocada por Dios en esta pinífera cumbre para enfriar el vino de los botánicos!

II

—Pues, señor, no sé si habréis oído hablar de un ingeniero de Caminos llamado Telesforo X…, que murió en 1860…

—Yo no…

—¡Yo sí!

—Yo también: un muchacho andaluz, con bigote negro, que estuvo para casarse con la hija del marqués de Moreda…, y que murió de ictericia…

—¡Ese mismo! —continuó Gabriel—. Pues bien: mi amigo Telesforo, medio año antes de su muerte, era todavía un joven brillantísimo, como se dice ahora. Guapo, fuerte, animoso, con la aureola de haber sido el primero de su promoción en la Escuela de Caminos, y acreditado ya en la práctica por la ejecución de notables trabajos, disputábanselo varias empresas particulares en aquellos años de oro de las obras públicas, y también se lo disputaban las mujeres por casar o mal casadas, y, por supuesto, las viudas impenitentes, y entre ellas alguna muy buena moza que… Pero la tal viuda no viene ahora a cuento, pues a quien Telesforo quiso con toda formalidad fue a su citada novia, la pobre Joaquinita Moreda, y lo otro no pasó de un amorío puramente *usufructuario*…

—¡Señor don Gabriel, al orden!

—Sí…, sí, voy al orden, pues ni mi historia ni la controversia pendiente se prestan a chanzas ni donaires. Juan, échame otro medio vaso… ¡Bueno está de verdad este vino! Conque atención y poneos serios, que ahora comienza lo luctuoso.

Sucedió, como sabréis los que la conocisteis, que Joaquina murió de repente en los baños de Santa Águeda al fin del verano de 1859… Hallábame yo en Pau cuando me dieron tan triste noticia, que me afectó muy

especialmente por la íntima amistad que me unía a Telesforo… A ella sólo le había hablado una vez, en casa de su tía la generala López, y por cierto que aquella palidez azulada, propia de las personas que tienen una aneurisma[66], me pareció desde luego indicio de mala salud… Pero, en fin, la muchacha valía cualquier cosa por su distinción, hermosura y garbo; y como además era hija única de título, y de título que llevaba anejos algunos millones, conocí que mi buen matemático estaría inconsolable… Por consiguiente, no bien me hallé de regreso en Madrid, a los quince o veinte días de su desgracia, fui a verlo una mañana muy temprano a su elegante habitación de mozo de casa abierta y de jefe de oficina, calle del Lobo… No recuerdo el número, pero sí que era muy cerca de la Carrera de San Jerónimo.

Contristadísimo, bien que grave y en apariencia dueño de su dolor, estaba el joven ingeniero trabajando ya a aquella hora con sus ayudantes en no sé qué proyecto de ferrocarril, y vestido de riguroso luto. Abrazóme estrechísimamente y por largo rato, sin lanzar ni el más leve suspiro; dio en seguida algunas instrucciones sobre el trabajo pendiente a uno de sus ayudantes, y condújome, en fin, a su despacho particular, situado al extremo opuesto de la casa, diciéndome por el camino con acento lúgubre y sin mirarme:

—Mucho me alegro de que hayas venido… Varias veces te he echado de menos en el estado en que me hallo… Ocúrreme una cosa muy particular y extraña, que sólo un amigo como tú podría oír sin considerarme imbécil o loco, y acerca de la cual necesito oír alguna opinión serena y fría como la ciencia… Siéntate —prosiguió diciendo, cuando hubimos llegado a su despacho—, y no temas en manera alguna que vaya a angustiarte describiéndote el dolor que me aflige, y que durará tanto como mi vida… ¿Para qué? ¡Tú te lo figurarás fácilmente a poco que entiendas de cuitas humanas, y yo no quiero ser consolado ni ahora, ni después, ni nunca! De lo que te voy a hablar con la detención que requiere el caso, o sea, tomando el asunto desde su origen, es de una circunstancia horrenda y misteriosa que ha servido como de agüero infernal a esta desventura, y que tiene conturbado mi espíritu hasta un extremo que te dará espanto…

—¡Habla! —respondí yo, comenzando a sentir, en efecto, no sé qué arrepentimiento de haber entrado en aquella casa, al ver la expresión de cobardía que se pintó en el rostro de mi amigo.

—Oye… —repuso él, enjugándose la sudorosa frente.

III

No sé si por fatalidad innata de mi imaginación, o por vicio adquirido al oír alguno de aquellos cuentos de vieja con que tan imprudentemente se asusta a los niños en la cuna, el caso es que desde mis tiernos años no hubo cosa que me causase tanto horror y susto, ya me la figurara mentalmente, ya me la encontrase en realidad, como una mujer sola, en la calle, a las altas horas de la noche.

Te consta que nunca he sido cobarde. Me batí en duelo, como cualquier hombre decente[67], cierta vez que fue necesario, y recién salido de la Escuela de Ingenieros, cerré a palos[68] y a tiros en Despeñaperros con mis sublevados peones, hasta que los reduje a la obediencia. Toda mi vida, en Jaén, en Madrid y en otros varios puntos, he andado a deshora por la calle, solo, sin armas, atento únicamente al cuidado amoroso que me hacía velar, y si por acaso he topado con bultos de mala catadura, fueran ladrones o simples perdonavidas, a ellos les ha tocado huir o echarse a un lado, dejándome libre el mejor camino… Pero si el bulto era una mujer sola, parada o andando, y yo iba también solo, y no se veía más alma viviente por ningún lado…, entonces (ríete si se te antoja, pero créeme) poníaseme carne de gallina; vagos temores asaltaban mi espíritu; pensaba en almas del otro mundo, en seres fantásticos, en todas las invenciones supersticiosas que me hacían reír en cualquier otra circunstancia, y apretaba el paso, o me volvía atrás, sin que ya se me quitara el susto ni pudiera distraerme ni un momento hasta que me veía dentro de mi casa.

Una vez en ella, echábame también a reír y avergonzábame de mi locura, sirviéndome de alivio el pensar que no la conocía nadie. Allí me daba cuenta fríamente de que, pues yo no creía en duendes, ni en brujas, ni en aparecidos, nada había debido temer de aquella flaca hembra, a quien la miseria, el vicio o algún accidente desgraciado tendrían a tal hora fuera de su hogar, y a quien mejor me hubiera estado ofrecer auxilio por si lo necesitaba, o dar limosna si me la pedía… Repetíase, con todo, la deplorable escena cuantas veces se me presentaba otro caso igual, ¡y cuenta que ya tenía yo veinticinco años, muchos de ellos de aventurero nocturno, sin que jamás me hubiese ocurrido lance alguno penoso con las tales mujeres solitarias y trasnochadoras!… Pero, en fin, nada de lo dicho llegó nunca a adquirir verdadera importancia, pues aquel pavor irracional se me disipaba siempre tan luego como llegaba a mi casa o veía otras personas en la calle, y ni tan siquiera lo recordaba a los pocos

minutos, como no se recuerdan las equivocaciones o necedades sin fundamento ni consecuencia.

Así las cosas, hace muy cerca de tres años… (desgraciadamente, tengo varios motivos para poder fijar la fecha: ¡la noche del 15 al 16 de noviembre de 1857!) volvía yo, a las tres de la madrugada, a aquella casita de la calle de Jardines, cerca de la calle de la Montera, en que recordarás viví por entonces… Acababa de salir, a hora tan avanzada, y con un tiempo feroz de viento y frío, no de ningún nido amoroso, sino de… (te lo diré, aunque te sorprenda), de una especie de casa de juego, no conocida bajo este nombre por la policía, pero donde ya se habían arruinado muchas gentes, y a la cual me habían llevado a mí aquella noche por primera… y última vez. Sabes que nunca he sido jugador; entré allí engañado por un mal amigo, en la creencia de que todo iba a reducirse a trabar conocimiento con ciertas damas elegantes, de virtud equívoca (*demi-monde* puro), so pretexto de jugar algunos maravedises al *Enano*[69], en mesa redonda, con faldas de bayeta; y el caso fue que a eso de las doce comenzaron a llegar nuevos tertulios, que iban del teatro Real o de salones verdaderamente aristocráticos, y mudóse de juego, y salieron a relucir monedas de oro, después billetes y luego bonos escritos con lápiz, y yo me enfrasqué poco a poco en la selva oscura del vicio, llena de fiebres y tentaciones, y perdí todo lo que llevaba, y todo lo que poseía, y aun quedé debiendo un dineral… con el *pagaré* correspondiente. Es decir, que me arruiné por completo, y que, sin la herencia y los grandes negocios que tuve en seguida, mi situación hubiera sido muy angustiosa y apurada.

Volvía yo, digo, a mi casa aquella noche, tan a deshora, yerto de frío, hambriento, con la vergüenza, y el disgusto que puedes suponer, pensando, más que en mí mismo, en mi anciano y enfermo padre, a quien tendría que escribir pidiéndole dinero, lo cual no podría menos de causarle tanto dolor como asombro, pues me consideraba en muy buena y desahogada posición…, cuando, a poco de penetrar en mi calle por el extremo que da a la de Peligros, y al pasar por delante de una casa recién construida de la acera que yo llevaba, advertí que en el hueco de su cerrada puerta estaba de pie, inmóvil y rígida, como si fuese de palo, una mujer muy alta y fuerte, como de sesenta años de edad, cuyos malignos y audaces ojos sin pestañas se clavaron en los míos como dos puñales, mientras que su desdentada boca me hizo una mueca horrible por vía de sonrisa…

El propio terror o delirante miedo que se apoderó de mí instantáneamente diome no sé qué percepción maravillosa para distinguir de golpe, o sea, en dos segundos que tardaría en pasar rozando con aquella repugnante visión, los

pormenores más ligeros de su figura y de su traje… Voy a ver si coordino mis impresiones del modo y forma que las recibí, y tal y como se grabaron para siempre en mi cerebro a la mortecina luz del farol que alumbró con infernal relámpago tan fatídica escena…

Pero me excito demasiado, ¡aunque no sin motivo, como verás más adelante! Descuida, sin embargo, por el estado de mi razón… ¡Todavía no estoy loco!

Lo primero que me chocó en aquella que denominaré *mujer* fue su elevadísima talla y la anchura de sus descarnados hombros; luego, la redondez y fijeza de sus marchitos ojos de búho, la enormidad de su saliente nariz y la gran mella central de su dentadura, que convertía su boca en una especie de oscuro agujero, y, por último, su traje de mozuela del Avapiés, el pañolito nuevo de algodón que llevaba a la cabeza, atado debajo de la barba, y un diminuto abanico abierto que tenía en la mano, y con el cual se cubría, afectando pudor, el centro del talle.

¡Nada más ridículo y tremendo, nada más irrisorio y sarcástico que aquel abaniquillo en unas manos tan enormes, sirviendo como de cetro de debilidad a giganta tan fea, vieja y huesuda! Igual efecto producía el pañolejo de vistoso percal que adornaba su cara, comparado con aquella nariz de tajamar[70], aguileña, masculina, que me hizo creer un momento (no sin regocijo) si se trataría de un hombre disfrazado… Pero su cínica mirada y asquerosa sonrisa eran de vieja, de bruja, de hechicera, de Parca…, ¡no sé de qué! ¡De algo que justificaba plenamente la aversión y el susto que me habían causado toda mi vida las mujeres que andaban solas, de noche, por la calle!… ¡Dijérase que, desde la cuna, había presentido yo aquel encuentro! ¡Dijérase que lo temía por instinto, como cada ser animado teme y adivina, y ventea, y reconoce a su antagonista natural antes de haber recibido de él ninguna ofensa, antes de haberlo visto, sólo con sentir sus pisadas!

No eché a correr en cuanto vi a la esfinge de mi vida, menos por vergüenza o varonil decoro, que por temor a que mi propio miedo le revelase quién era yo, o le diese alas para seguirme, para acometerme, para… ¡no sé! ¡Los peligros que sueña el pánico no tienen forma ni nombre traducibles!

Mi casa estaba al extremo opuesto de la prolongada y angosta calle en que me hallaba yo solo, enteramente solo, con aquella misteriosa estantigua[71], a quien creía capaz de aniquilarme con una palabra… ¿Qué hacer para llegar hasta allí? ¡Ah! ¡Con qué ansia veía a lo lejos la anchurosa y muy alumbrada calle de la Montera, donde a todas horas hay agentes de la autoridad!

Decidí, pues, sacar fuerzas de flaqueza; disimular y ocultar aquel pavor miserable; no acelerar el paso, pero ganar siempre terreno, aun a costa de años de vida y de salud, y de esta manera, poco a poco, irme acercando a mi casa, procurando muy especialmente no caerme antes redondo al suelo.

Así caminaba…; así habría andado ya lo menos veinte pasos desde que dejé atrás la puerta en que estaba escondida la mujer del abanico, cuando de pronto se me ocurrió una idea horrible, espantosa, y, sin embargo, muy racional: ¡la idea de volver la cabeza a ver si me seguía mi enemiga!

«Una de dos… —pensé con la rapidez del rayo—: o mi terror tiene fundamento o es una locura; si tiene fundamento, esa mujer habrá echado detrás de mí, estará alcanzándome y no hay salvación para mí en el mundo… Y si es una locura, una aprensión, un pánico como cualquier otro, me convenceré de ello en el presente caso y para todos los que me ocurran, al ver que esa pobre anciana se ha quedado en el hueco de aquella puerta preservándose del frío o esperando a que le abran; con lo cual yo podré seguir marchando hacia mi casa muy tranquilamente y me habré curado de una manía que tanto me abochorna».

Formulado este razonamiento, hice un esfuerzo extraordinario y volví la cabeza.

¡Ah! ¡Gabriel! ¡Gabriel! ¡Qué desventura! ¡La *mujer alta* me había seguido con sordos pasos, estaba encima de mí, casi me tocaba con el abanico, casi asomaba su cabeza sobre mi hombro!

¿Por qué? ¿Para qué, Gabriel mío? ¿Era una ladrona? ¿Era efectivamente un hombre disfrazado? ¿Era una vieja irónica, que había comprendido que le tenía miedo? ¿Era el espectro de mi propia cobardía? ¿Era el fantasma burlón de las decepciones y deficiencias humanas?

¡Interminable sería decirte todas las cosas que pensé en un momento! El caso fue que di un grito y salí corriendo como un niño de cuatro años que juzga ver al coco y que no dejé de correr hasta que desemboqué en la calle de la Montera…

Una vez allí, se me quitó el miedo como por ensalmo. ¡Y eso que la calle de la Montera estaba también sola! Volví, pues, la cabeza hacia la de Jardines, que enfilaba en toda su longitud, y que estaba suficientemente alumbrada por sus tres faroles y por un reverbero de la calle de Peligros, para que no se me pudiese oscurecer la *mujer alta* si por acaso había retrocedido en aquella dirección, y ¡vive el cielo que no la vi parada, ni andando, ni en manera alguna!

Con todo, guardéme muy bien de penetrar de nuevo en mi calle.

«¡Esa bribona —me dije— se habrá metido en el hueco de otra puerta!… Pero mientras sigan alumbrando los faroles no se moverá sin que yo no lo note desde aquí…».

En eso vi aparecer a un sereno por la calle del Caballero de Gracia, y lo llamé sin desviarme de mi sitio: díjele, para justificar la llamada y excitar su celo, que en la calle de Jardines había un hombre vestido de mujer; que entrase en dicha calle por la de Peligros, a la cual debía dirigirse por la de la Aduana; que yo permanecería quieto en aquella otra salida y que con tal medio no podría escapársenos el que a todas luces era un ladrón o un asesino.

Obedeció el sereno; tomó por la calle de la Aduana, y cuando yo vi avanzar su farol por el otro lado de la de Jardines, penetré también en ella resueltamente.

Pronto nos reunimos en su promedio, sin que ni el uno ni el otro hubiésemos encontrado a nadie, a pesar de haber registrado puerta por puerta.

—Se habrá metido en alguna casa —dijo el sereno.

—¡Eso será! —respondí yo, abriendo la puerta de la mía, con firme resolución de mudarme a otra calle al día siguiente.

Pocos momentos después hallábame dentro de mi cuarto tercero, cuyo picaporte[72] llevaba también siempre conmigo, a fin de no molestar a mi buen criado José.

¡Sin embargo, éste me aguardaba aquella noche! ¡Mis desgracias del 15 al 16 de noviembre no habían concluido!

—¿Qué ocurre? —le pregunté con extrañeza.

—Aquí ha estado —me respondió visiblemente conmovido—, esperando a usted desde las once hasta las dos y media, el señor comandante Falcón, y me ha dicho que, si venía usted a dormir a casa, no se desnudase, pues él volvería al amanecer…

Semejantes palabras me dejaron frío de dolor y espanto, cual si me hubieran notificado mi propia muerte… Sabedor yo de que mi amadísimo padre, residente en Jaén, padecía aquel invierno frecuentes y peligrosísimos ataques de su crónica enfermedad, había escrito a mis hermanos que en el caso de un repentino desenlace funesto telegrafiasen al comandante Falcón, el cual me daría la noticia de la manera más conveniente… ¡No me cabía, pues, duda de que mi padre había fallecido!

Sentéme en una butaca a esperar el día y a mi amigo, y con ellos la noticia oficial de tan grande infortunio, ¡y Dios sólo sabe cuánto padecí en aquellas dos horas de cruel expectativa, durante las cuales (y es lo que tiene relación con la presente historia) no podía separar en mi mente tres ideas distintas, y al

parecer heterogéneas, que se empeñaban en formar monstruoso y tremendo grupo: mi pérdida al juego, el encuentro con la *mujer alta* y la muerte de mi honrado padre!

A las seis en punto penetró en mi despacho el comandante Falcón, y me miró en silencio…

Arrojóme en sus brazos llorando desconsoladamente, y él exclamó acariciándome:

—¡Llora, sí, hombre, llora! ¡Y ojalá ese dolor pudiera sentirse muchas veces!

IV

—Mi amigo Telesforo —continuó Gabriel después que hubo apurado otro vaso de vino— descansó también un momento al llegar a este punto, y luego prosiguió en los términos siguientes:

—Si mi historia terminara aquí, acaso no encontrarías nada de extraordinario ni sobrenatural en ella, y podrías decirme lo mismo que por entonces me dijeron dos hombres de mucho juicio a quienes se la conté: que cada persona de viva y ardiente imaginación tiene su terror pánico; que el mío eran las trasnochadoras solitarias, y que la vieja de la calle de Jardines no pasaría de ser una pobre sin casa ni hogar, que iba a pedirme limosna cuando yo lancé el grito y salí corriendo, o bien una repugnante Celestina de aquel barrio, no muy católico en materia de amores…

También quise creerlo yo así; también lo llegué a creer al cabo de algunos meses; no obstante lo cual hubiera dado entonces años de vida por la seguridad de no volver a encontrarme a la *mujer alta*. ¡En cambio, hoy daría toda mi sangre por encontrármela de nuevo!

—¿Para qué?

—¡Para matarla en el acto!

—No te comprendo…

—Me comprenderás si te digo que volví a tropezar con ella hace tres semanas, pocas horas antes de recibir la nueva fatal de la muerte de mi pobre Joaquina…

—Cuéntame…, cuéntame…

—Poco más tengo que decirte. Eran las cinco de la madrugada; volvía yo de pasar la última noche, no diré de amor, sino de amarguísimos lloros y desgarradora contienda, con mi antigua querida la viuda de T…, ¡de quien

érame ya preciso separarme por haberse publicado mi casamiento con la otra infeliz a quien estaban enterrando en Santa Águeda a aquella misma hora!

Todavía no era día completo; pero ya clareaba el alba en las calles enfiladas hacia Oriente. Acababan de apagar los faroles, y habíanse retirado los serenos, cuando, al ir a cortar la calle del Prado, o sea, a pasar de una a otra sección de la calle del Lobo, cruzó por delante de mí, como viniendo de la plaza de las Cortes y dirigiéndose a la de Santa Ana, la espantosa mujer de la calle de Jardines.

No me miró, y creí que no me había visto… Llevaba la misma vestimenta y el mismo abanico que hace tres años… ¡Mi azoramiento y cobardía fueron mayores que nunca! Corté rapidísimamente la calle del Prado, luego que ella pasó, bien que sin quitarle ojo, para asegurarme que no volvía la cabeza, y cuando hube penetrado en la otra sección de la calle del Lobo, respiré como si acabara de pasar a nado una impetuosa corriente, y apresuré de nuevo mi marcha hacia acá con más regocijo que miedo, pues consideraba vencida y anulada a la odiosa bruja, en el mero hecho de haber estado tan próximo de ella sin que me viese…

De pronto, y cerca ya de esta mi casa, acometióme como un vértigo de terror pensando en si la muy taimada vieja me habría visto y conocido; en si se habría hecho la desentendida para dejarme penetrar en la todavía oscura calle del Lobo y asaltarme allí impunemente; en si vendría tras de mí; en si ya la tendría encima…

Vuélvome en esto…, y ¡allí estaba! ¡Allí, a mi espalda, casi tocándome con sus ropas, mirándome con sus viles ojuelos, mostrándome la asquerosa mella de su dentadura, abanicándose irrisoriamente, como si se burlara de mi pueril espanto!…

Pasé del terror a la más insensata ira, a la furia salvaje de la desesperación, y arrojóme sobre el corpulento vejestorio; tirélo contra la pared, echándole una mano a la garganta, y con la otra, ¡qué asco!, púseme a palpar su cara, su seno, el lío ruin de sus cabellos sucios, hasta que me convencí juntamente de que era criatura humana y mujer.

Ella había lanzado entretanto un aullido ronco y agudo al propio tiempo que me pareció falso, o fingido, como expresión hipócrita de un dolor y de un miedo que no sentía, y luego exclamó, haciendo como que lloraba, pero sin llorar, antes bien mirándome con ojos de hiena:

—¿Por qué la ha tomado usted conmigo?

Esta frase aumentó mi pavor y debilitó mi cólera.

—¡Luego usted recuerda —grité— haberme visto en otra parte!

—¡Ya lo creo, alma mía! —respondió sardónicamente—. ¡La noche de San Eugenio, en la calle de Jardines, hace tres años!

Sentí frío dentro de los tuétanos.

—Pero ¿quién es usted? —le dije sin soltarla—. ¿Por qué corre detrás de mí? ¿Qué tiene usted que ver conmigo?

—Yo soy una débil mujer —contestó diabólicamente—. ¡Usted me odia y me teme sin motivo!… Y si no, dígame usted, señor caballero, ¿por qué se asustó de aquel modo la primera vez que me vio?

—¡Porque la aborrezco a usted desde que nací! ¡Porque es usted el demonio de mi vida!

—¿De modo que usted me conocía hace mucho tiempo? ¡Pues mira, hijo, yo también a ti!

—¡Usted me conocía! ¿Desde cuándo?

—¡Desde antes que nacieras! Y cuando te vi pasar junto a mí hace tres años, me dije a mí misma: «*¡Éste es!*».

—Pero ¿quién soy yo para usted? ¿Quién es usted para mí?

—¡El demonio! —respondió la vieja escupiéndome en mitad de la cara, librándose de mis manos y echando a correr velocísimamente con las faldas levantadas hasta más arriba de las rodillas y sin que sus pies moviesen ruido alguno al tocar la tierra…

¡Locura intentar alcanzarla!… Además, por la Carrera de San Jerónimo pasaba ya alguna gente, y por la calle del Prado también. Era completamente de día. La *mujer alta* siguió corriendo, o volando, hasta la calle de las Huertas, alumbrada ya por el sol; paróse allí a mirarme; amenazóme una y otra vez esgrimiendo el abaniquillo cerrado, y desapareció detrás de una esquina…

¡Espera otro poco, Gabriel! ¡No falles todavía este pleito, en que se juegan mi alma y mi vida! ¡Óyeme dos minutos más!

Cuando entré en mi casa me encontré con el coronel Falcón, que acababa de llegar para decirme que mi Joaquina, mi novia, toda mi esperanza de dicha y ventura sobre la tierra, ¡había muerto el día anterior en Santa Águeda! El desgraciado padre se lo había telegrafiado a Falcón para que me lo dijese… ¡a mí, que debí haberlo adivinado una hora antes, al encontrarme al demonio de mi vida! ¿Comprendes ahora que necesito matar a la enemiga innata de mi felicidad, a esa inmunda vieja, que es como el sarcasmo viviente de mi destino?

Pero ¿qué digo matar? ¿Es mujer, es criatura humana? ¿Por qué la he presentido desde que nací? ¿Por que *me reconoció* al verme? ¿Por qué no se

me presenta sino cuando me ha sucedido alguna gran desdicha? ¿Es Satanás? ¿Es la Muerte? ¿Es la Vida? ¿Es el Anticristo? ¿Quién es? ¿Qué es?…

V

—Os hago gracia, mis queridos amigos —continuó Gabriel—, de las reflexiones y argumentos que emplearía yo para ver de tranquilizar a Telesforo; pues son los mismos, mismísimos, que estáis vosotros preparando ahora para demostrarme que en mi historia no pasa nada sobrenatural o sobrehumano… Vosotros diréis más: vosotros diréis que mi amigo estaba medio loco; que lo estuvo siempre; que, cuando menos, padecía la enfermedad moral llamada por unos *terror pánico* y por otros *delirio emotivo*; que, aun siendo verdad todo lo que refería acerca de la *mujer alta*, habría que atribuirlo a *coincidencias* casuales de fechas y accidentes; y, en fin, que aquella pobre vieja podía también estar loca, o ser una ratera o una mendiga, o una zurcidora de voluntades, como se dijo a sí propio el héroe de mi cuento en un intervalo de lucidez y buen sentido…

—¡Admirable suposición! —exclamaron los camaradas de Gabriel en variedad de formas—. ¡Eso mismo íbamos a contestarte nosotros!

—Pues escuchad todavía unos momentos y veréis que yo me equivoqué entonces, como vosotros os equivocáis ahora. ¡El que desgraciadamente no se equivocó nunca fue Telesforo! ¡Ah! ¡Es mucho más fácil pronunciar la palabra *locura* que hallar explicación a ciertas cosas que pasan en la Tierra!

—¡Habla! ¡Habla!

—Voy allá; y esta vez, por ser ya la última, reanudaré el hilo de mi historia sin beberme antes un vaso de vino.

VI

A los pocos días de aquella conversación con Telesforo, fui destinado a la provincia de Albacete en mi calidad de ingeniero de Montes; y no habían transcurrido muchas semanas cuando supe, por un contratista de obras públicas, que mi infeliz amigo había sido atacado de una horrorosa ictericia; que estaba enteramente verde, postrado en un sillón, sin trabajar ni querer ver a nadie, llorando de día y de noche con inconsolable amargura, y que los

médicos no tenían ya esperanza alguna de salvarlo. Comprendí entonces por qué no contestaba a mis cartas, y hube de reducirme a pedir noticias suyas al coronel Falcón, que cada vez me las daba más desfavorables y tristes…

Después de cinco meses de ausencia, regresé a Madrid el mismo día que llegó el parte telegráfico de la batalla de Tetuán… Me acuerdo como de lo que hice ayer. Aquella noche compré la indispensable *Correspondencia de España*, y lo primero que leí en ella fue la noticia de que Telesforo había fallecido y la invitación a su entierro para la mañana siguiente.

Comprenderéis que no falté a la triste ceremonia. Al llegar al cementerio de San Luis, adonde fui en uno de los coches más próximos al carro fúnebre, llamó mi atención una mujer del pueblo, vieja, y muy alta, que se reía impíamente al ver bajar el féretro, y que luego se colocó en ademán de triunfo delante de los enterradores, señalándoles con un abanico muy pequeño la galería que debían seguir para llegar a la abierta y ansiosa tumba…

A la primera ojeada reconocí, con asombro y pavura, que era la implacable enemiga de Telesforo, tal y como él me la había retratado, con su enorme nariz, con sus infernales ojos, con su asquerosa mella, con su pañolejo de percal y con aquel diminuto abanico, que parecía en sus manos el cetro del impudor y de la mofa…

Instantáneamente reparó en que yo la miraba, y fijó en mí la vista de un modo particular como reconociéndome, como dándose cuenta de que yo la reconocía, como enterada de que el difunto me había contado las escenas de la calle de Jardines y de la del Lobo, como desafiándome, como declarándome heredero del odio que había profesado a mi infortunado amigo…

Confieso que entonces mi miedo fue superior a la maravilla que me causaban aquellas nuevas *coincidencias* o *casualidades*. Veía patente que alguna relación sobrenatural anterior a la vida terrena había existido entre la misteriosa vieja y Telesforo; pero en tal momento sólo me preocupaba mi propia vida, mi propia alma, mi propia ventura, que correrían peligro si llegaba a heredar semejante infortunio…

La *mujer alta* se echó a reír, y me señaló ignominiosamente con el abanico, cual si hubiese leído en mi pensamiento y denunciase al público mi cobardía… Yo tuve que apoyarme en el brazo de un amigo para no caer al suelo, y entonces ella hizo un ademán compasivo o desdeñoso, giró sobre los talones y penetró en el campo santo con la cabeza vuelta hacia mí, abanicándose y saludándome a un propio tiempo, y contoneándose entre los

muertos con no sé qué infernal coquetería, hasta que, por último, desapareció para siempre en aquel laberinto de patios y columnatas llenos de tumbas…

Y digo *para siempre*, porque han pasado quince años y no he vuelto a verla… Si era criatura humana, ya debe de haber muerto, y si no lo era, tengo la seguridad de que me ha desdeñado…

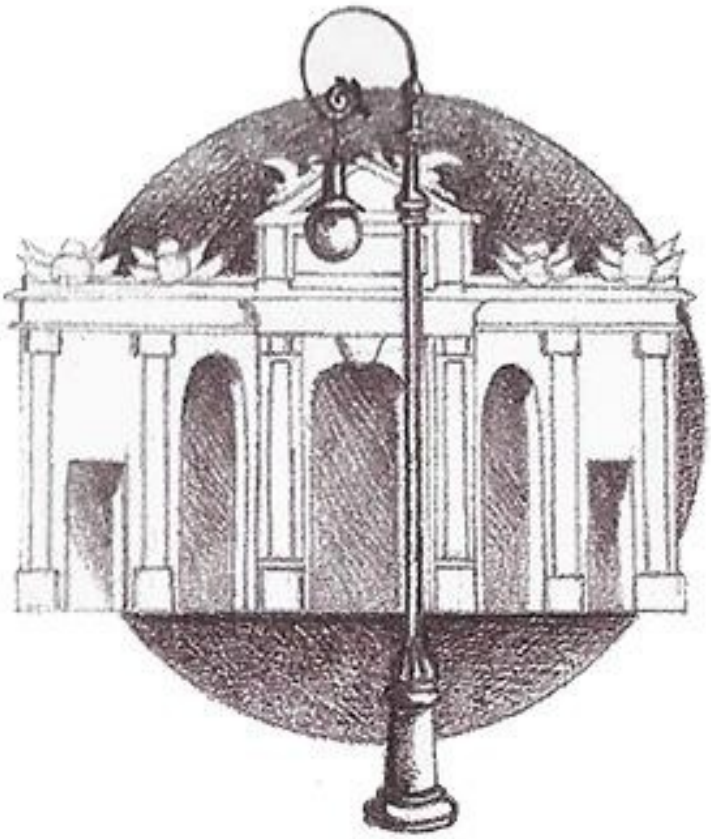
¡Conque vamos a cuentas! ¡Decidme vuestra opinión acerca de tan curiosos hechos! ¿Los consideráis todavía *naturales*?

* * *

Ocioso fuera que yo, el autor del cuento o historia que acabáis de leer, estampase aquí las contestaciones que dieron a Gabriel sus compañeros y amigos, puesto que, al fin y a la postre, cada lector habrá de juzgar el caso según sus propias sensaciones y creencias…

Prefiero, por consiguiente, hacer punto final en este párrafo, no sin dirigir el más cariñoso y expresivo saludo a cinco de los seis expedicionarios que pasaron juntos aquel inolvidable día en las frondosas cumbres del Guadarrama.

Valdemoro, 25 de agosto de 1881.



Moros y cristianos

I

LA antes famosa y ya poco nombrada villa de Aldeire forma parte del marquesado del Cenet, o como si dijéramos, del respaldo de la Aljuparra, hacia Levante, y está medio colgada, medio escondida, en un escalón o barranco de la formidable mole central de Sierra Nevada, a cinco o seis mil pies sobre el nivel del mar y seis o siete mil por debajo de las eternas nieves del Mulhacén.

Aldeire, dicho sea con perdón de su señor cura, es un pueblo morisco. Que fue moro, lo dicen claramente su nombre, su situación y su estructura; y que no ha llegado aún a ser enteramente cristiano, aunque figure en la España reconquistada y tenga su iglesia católica y sus cofradías de la Virgen, de Jesús y de no pocos santos y santas, lo demuestran el carácter y costumbres de sus moradores, las pasiones terribles cuanto quiméricas que los unen o separan en perpetuos bandos y los lúgubres ojos negros, pálida tez y escaso hablar y reír de mujeres, hombres y niños…

Porque bueno será recordar, para que ni dicho señor cura ni nadie ponga en cuarentena la solidez de este razonamiento, que los moriscos del marquesado del Cenet no fueron expulsados en totalidad como los de la Alpujarra, sino que muchos de ellos lograron quedarse allí agazapados y escondidos gracias a la prudencia o cobardía con que desoyeron el temerario y heroico grito de su malhadado príncipe Aben-Humeya; de donde yo deduzco que el tío Juan Gómez (a). *Hormiga*, alcalde constitucional de Aldeire en el año de gracia de 1821, podía muy bien ser nieto de algún Mustafá, Mahommed o cosa por el estilo.

Cuéntase, pues, que el tal Juan Gómez, hombre a la sazón de más de media centuria, rústico muy avisado, aunque no entendía de letra, y codicioso y trabajador con fruto, como lo acreditaba no solamente su apodo, sino también su mucha hacienda, por él adquirida a fuerza de buenas o malas artes, y representada en las mejores suertes de tierra de aquella jurisdicción, tomó a censo enfitéutico del caudal de propios[73], y casi de balde, mediante algunas gallinas no ponedoras que regaló al secretario del Ayuntamiento, unos secanos situados a las inmediaciones de la villa, en medio de los cuales veíanse los restos y escombros de un antiguo castillejo, morabito o atalaya árabe, cuyo nombre era todavía la *Torre del Moro*.

Excusado es decir que el tío Hormiga no se detuvo ni un instante a pensar en qué moro sería aquél, ni en la índole o prístino objeto de la arruinada construcción; lo único que vio desde luego más claro que el agua fue que con tantas desmoronadas piedras, y con las que él desmoronara, podía hacer allí un hermoso y muy seguro corral para sus ganados; por lo que desde el día siguiente, y como recreo muy propio de quien tan económico era, dedicó las tardes a derribar por sí mismo, y a sus solas, lo que en pie quedaba del vetusto edificio arábigo.

—¡Te vas a reventar! —le decía su mujer, al verlo llegar por la noche lleno de polvo y de sudor, y con la barra de hierro oculta bajo la capa…

—¡Al contrario! —respondía él—. Este ejercicio me conviene, para no podrirme como nuestros hijos los estudiantes, que, según me ha dicho el estanquero, estaban la otra noche en el teatro de Granada y tenían un color de manteca que daba asco mirarlos…

—¡Pobres! ¡De tanto estudiar! Pero a ti debía de darte vergüenza de trabajar como un peón siendo el más rico del pueblo, alcalde por añadidura.

—Por eso voy solo… ¡A ver!… Acércame esa ensalada…

—Sin embargo, convendría que te ayudase alguien. ¡Vas a echar un siglo en derribar la Torre, y hasta quizá no sepas componértelas para volcarla toda!

—¡No digas simplezas, Torcuata! Cuando se trate de construir la tapia del corral pagaré jornales, y hasta llevaré un maestro alarife[74]… ¡Pero derribar sabe cualquiera! ¡Y es tan divertido destruir!… ¡Vaya!…, ¡quita la mesa y acostémonos!…

—Eso lo dices porque eres hombre. ¡A mí me da miedo y lástima todo lo que es deshacer!

—¡Debilidades de vieja! ¡Si supieras tú cuántas cosas hay que deshacer en este mundo!

—¡Calla, francmasón! ¡En mal hora te han elegido alcalde! ¡Verás como el día que vuelvan a mandar los realistas, te ahorca el Rey absoluto!

—¡Eso… lo veremos! ¡Santurrona! ¡Beata! ¡Lechuza! ¡Vaya! Apaga esa luz y no te santigües más…, que tengo mucho sueño.

Y así continuaban los diálogos hasta que se dormía uno de los dos consortes.

II

Una tarde regresó de su faena el tío Hormiga muy preocupado y caviloso y más temprano que de costumbre.

Su mujer aguardó a que despachase a los mozos de labor para preguntarle qué tenía, y él respondió enseñándole un tubo de plomo con tapadera, por el estilo del cañuto[75] de un licenciado del ejército; sacó de allí y desarrolló cuidadosamente un amarillento pergamino escrito en caracteres muy enrevesados, y dijo con imponente seriedad:

—Yo no sé leer, ni tan siquiera en castellano, que es la lengua más clara del mundo; pero el diablo me lleve si esta escritura no es de moros.

—¿Es decir, que la has encontrado en la Torre?

—No lo digo sólo por eso, sino porque estos garrapatos no se parecen a ninguno de los que he visto hacer a gente cristiana.

La mujer de Juan Gómez miró y olió el pergamino, y exclamó con una seguridad tan cómica como gratuita:

—¡De moros es!

Pasado un rato, añadió melancólicamente:

—Aunque también me estorba a mí lo negro, juraría que tenemos en las manos la licencia absoluta de algún soldado de Mahoma, que ya estará en los profundos infiernos.

—¿Lo dices por el cañuto de plomo?

—Por el cañuto lo digo.

—Pues te equivocas de medio a medio, amiga Torcuata; porque ni los moros entraban en quintas, según me ha dicho varias veces nuestro hijo Agustín, ni esto es una licencia absoluta. Esto es… un…

El tío Hormiga miró en torno suyo, bajó la voz y dijo con entera fe:

—¡Éstas son las señas de un tesoro!

—¡Tienes razón! —respondió la mujer, súbitamente inflamada por la misma creencia—. ¿Y lo has encontrado ya? ¿Es muy grande? ¿Lo has vuelto a tapar bien? ¿Son monedas de plata o de oro? ¿Crees tú que *pasarán* todavía? ¡Qué felicidad para nuestros hijos! ¡Cómo van a gastar y a triunfar en Granada y en Madrid! ¡Yo quiero ver eso! Vamos allá… Esta noche hace luna.

—¡Mujer de Dios! ¡Sosiégate! ¿Cómo quieres que haya topado ya con el tesoro guiándome por estas señas, si yo no sé leer en moro ni en cristiano?

—¡Es verdad! Pues mira… Haz una cosa: en cuanto Dios eche sus luces, apareja un buen mulo; pasa la sierra por el puerto de la Ragua, que dicen está bueno, y llégate a Ugíjar, a casa de nuestro compadre[76] don Matías Quesada,

el cual sabes entiende de todo… Él te pondrá en claro ese papel y te dará buenos consejos, como siempre.

—¡Mis dineros me cuestan todos sus consejos a pesar de nuestro compadrazgo!… Pero, en fin, lo mismo había pensado yo. Mañana iré a Ugíjar, y a la noche estaré aquí de vuelta; pues todo será apretar un poco a la caballería…

—Pero ¡cuidado que le expliques bien las cosas!

—Poco tengo que explicarle. El cañuto estaba escondido en un hueco o nicho revestido de azulejos como los de Valencia, formado en el espesor de una pared. He derribado todo aquel lienzo, y nada más de particular he hallado. Debajo de lo ya destruido comienza la obra de sillería de los cimientos, cuyas enormes piedras, de más de vara en cuadro[77], no removerá fácilmente dos ni tres personas de puños tan buenos como los míos. Por consiguiente, es necesario saber de una manera fija en qué punto estaba escondido el tesoro, so pena de tener que arrancar con ayuda de vecinos todos los cimientos de la Torre…

—¡Nada! ¡Nada! ¡A Ugíjar en cuanto amanezca! Ofrécele a nuestro compadre una parte…, no muy larga, de lo que hallemos, y, cuando sepamos dónde hay que excavar, yo misma te ayudaré a arrancar piedras de sillería. ¡Hijos de mi alma! ¡Todo para ellos! Por lo que a mí toca, sólo siento sí habrá algo que sea pecado en esto que hablamos en voz baja.

—¿Qué pecado puede haber, grandísima tonta?

—No sé explicarlo… Pero los tesoros me habían parecido siempre cosa del demonio, o de duendes… Además, ¡tomaste a censo aquel terreno por tan poco rédito al año!… ¡Todo el pueblo dice hubo trampa en el tal negocio!

—¡Eso es cuenta del secretario y de los concejales! Ellos me hicieron la escritura.

—Por otro lado, tengo entendido que de los tesoros hay que dar parte al Rey…

—Eso es cuando no se hallan en terreno propio como este mío…

—¡Propio! ¡Propio! ¡A saber de quién sería esa torre que te ha vendido el Ayuntamiento!…

—¡Toma! ¡Del *Moro*!

—¡A saber quién sería ese *Moro*!… Por de pronto, Juan, las monedas que el Moro escondiera en su casa serían suyas o de sus herederos; no tuyas, ni mías…

—¡Estás diciendo disparates! ¡Por esa cuenta no debía yo ser alcalde de Aldeire, sino el que lo era el año pasado cuando se pronunció Riego! ¡Por esa

cuenta habría que mandar todos los años a África a los descendientes de los moros las rentas que produjesen las vegas de Granada, de Guadix y de centenares de pueblos!…

—¡Puede que tengas razón!… En fin, ve a Ugíjar, y el compadre te aconsejará lo mejor en todo.

III

Ugíjar dista de Aldeire cosa de cuatro leguas de muy mal camino. No serían, sin embargo, las nueve de la siguiente mañana, cuando el tío Juan Gómez, vestido con su calzón corto de punto azul y sus bordadas botas blancas de los días de fiesta, hallábase ya en el despacho de don Matías de Quesada, hombre de mucha edad y mucha salud, doctor en ambos Derechos[78] y autor de la mayor parte de los *entuertos* contra la justicia que se hacían por entonces en aquella tierra.

Había sido toda su vida lo que se llama un abogado picapleitos, y estaba riquísimo y muy bien relacionado en Granada y Madrid.

Oído que hubo la historia de su digno compadre, y después de examinar atentamente el pergamino, díjole que, en su opinión, nada de aquello olía a tesoro; que el nicho en que halló el tubo debió de ser un *babuchero*, y que el escrito le parecía una especie de oración que los moros suelen leer todos los viernes por la mañana… Pero que, sin embargo, no siéndole a él completamente conocida la lengua árabe, remitiría el documento a Madrid a un condiscípulo suyo que estaba empleado en la Comisaría de los Santos Lugares, a fin de que lo enviara a Jerusalén, donde lo traducirían al castellano; por todo lo cual sería conveniente mandarle al madrileño un par de onzas de oro en letra, para una jícara de chocolate[79].

Mucho lo pensó el tío Juan Gómez antes de pagar un chocolate tan caro (que resultaba a diez mil doscientos cuarenta reales la libra[80]); pero tenía tal seguridad en lo del tesoro (y a fe que no se equivocaba, según después veremos), que sacó de la faja ocho monedillas de a cuatro duros y se las entregó al abogado, quien las pesó una por una antes de guardárselas en el bolsillo; con lo que el tío Hormiga tomó la vuelta de Aldeire decidido a seguir excavando en la Torre del Moro, mientras tanto que enviaban el pergamino a Tierra Santa y volvía de allá traducido; diligencias en que, según el letrado, se tardaría cosa de año y medio.

IV

No bien había vuelto la espalda el tío Juan, cuando su compadre y asesor cogió la pluma y escribió la siguiente carta, comenzando por el sobre.

> «Sr. D. Bonifacio Tudela y González, Maestro de Capilla de la Santa Iglesia Catedral de Ceuta.
>
> Mi querido sobrino político:
>
> Solamente a un hombre de tu religiosidad confiaría yo el importantísimo secreto contenido en el documento adjunto. Dígolo porque indudablemente están escritas en él las señas de un tesoro, de que te daré alguna parte si llego a descubrirlo con tu ayuda. Para ello es necesario que busques un moro que traduzca ese pergamino, y que me mandes la traducción en carta certificada, sin enterar a nadie del asunto, como no sea a tu mujer, que me consta es persona reservada.
>
> Perdona que no te haya escrito en tantos años; pero bien conoces mis muchos quehaceres. Tu tía sigue rezando por ti todas las noches al tiempo de acostarse. Que estés mejor del dolor del estómago que padecías en 1806, y sabes que te quiere tu tío político,
>
> MATÍAS DE QUESADA
>
> *Ugíjar, 15 de enero de 1821.*
>
> *Posdata*.—Expresiones[81] a Pepa; y dime si habéis tenido hijos».

Escrita la precedente carta, el insigne jurisconsulto pasó a la cocina, donde su mujer estaba haciendo calceta y cuidando el puchero, y díjole las siguientes expresiones en tono muy áspero y desabrido, después de echarle en la falda las ocho monedas de a cuatro duros que ya conocemos.

—Encarnación, ahí tienes: compra más trigo, que va a subir en los meses mayores, y procura que lo midan bien. Hazme de almorzar mientras yo voy a echar al correo esta carta para Sevilla, preguntando los precios de la cebada. ¡Que el huevo esté bien frito y el chocolate claro! ¡No tengamos la de todos los días!

La mujer del abogado no respondió palabra, y siguió haciendo calceta como un autómata.

V

Dos semanas después, un hermosísimo día de enero, como sólo los hay en el Norte de África y en el Sur de Europa, tomaba el sol en la azotea de su casa de dos pisos el maestro de capilla de la Catedral de Ceuta, con la tranquilidad de quien ha tocado el órgano en misa mayor y se ha comido luego una libra de boquerones, otra de carne y otra de pan, con su correspondiente dosis de vino de Tarifa.

El buen músico, gordo como un cebón y colorado como una remolacha, digería penosamente, paseando su turbia mirada de apoplético por el magnífico panorama del Mediterráneo, y del Estrecho de Gibraltar, del maldecido Peñón que le da nombre, de las cercanas cumbres de Anghera y Benzú y de las remotas nieves del Pequeño Atlas, cuando sintió acelerados pasos en la escalera y la argentina voz de su mujer, que gritaba gozosamente:

—¡Bonifacio! ¡Bonifacio! ¡Carta de Ugíjar! ¡Carta de tu tío! ¡Y vaya si es gorda!

—¡Hombre! —respondió el maestro de capilla, girando como una esfera o globo terráqueo sobre el punto de su redonda individualidad, que descansaba en el asiento—. ¿Qué santo se habrá empeñado para que mi tío se acuerde de mí? ¡Quince años hace que resido en esta tierra usurpada a Mahoma, y cata aquí la primera vez que me escribe aquel abencerraje, sin embargo de haberle yo escrito cien veces a él! ¡Sin duda me necesita para algo!

Y, dicho esto, abrió la espístola (procurando que no la leyese la *Pepa* de la posdata), y apareció, crujiente y tratando de arrollarse por sí propio, el amarillento pergamino.

—¿Qué nos envía? —preguntó entonces la mujer, gaditana y rubia por más señas, y muy agraciada y valiente, a pesar de sus cuarenta agostos.

—¡Pepita, no seas tan curiosa!… Yo te lo diré, si debo decírtelo, luego que me entere. ¡Mil veces te he advertido que respetes mis cartas!…

—¡Advertencia propia de un libertino como tú! En fin, ¡despacha!, y veamos si yo puedo saber qué papelote te manda tu tío. ¡Parece un billete de banco del otro mundo!

En tanto que su mujer decía aquellas cosas y otras, el músico leyó la carta, y maravillóse hasta el extremo de ponerse de pie sin esfuerzo alguno.

Tenía, sin embargo, tal hábito de disimular, que acertó a decir muy naturalmente:

—¡Qué tontería! ¡Sin duda está ya chocheando aquel mal hombre! ¿Querrás creer que me remite esta hoja de una *Biblia* en hebreo para que yo busque algún judío que la compre, imaginándose el muy bobo que darán por ella un dineral? Al mismo tiempo… —añadió para cambiar la conversación y guardándose en la faltriquera la carta y el pergamino—, al propio tiempo… me pregunta con mucho interés si tenemos hijos.

—¡Él no los tiene! —observó vivamente Pepita—. ¡Sin duda piensa dejarnos por herederos!

—¡Más fácil es que al muy avaro se le haya ocurrido heredarnos a nosotros!… Pero ¡calla!: están dando las once, y yo tengo que afinar el órgano para las vísperas de esta tarde… Me voy. Oye, prenda: que la comida esté dispuesta a la una, y que no se te olvide echar dos buenas patatas en el puchero. ¡Que si tenemos hijos!… ¡Vergüenza me da de haber de contestarle que no!

—¡Escucha! ¡Espera! ¡Oye! ¡La culpa no es mía! —contestó como un rayo la parte contraria—. ¡Bien sabes que en mis primeras nupcias tuve un niño muerto!

—¡Ya! ¡Ya! ¡En tus primeras nupcias! ¡Como si eso pudiera servirme de satisfacción! ¡Un día vas a dar lugar a que yo te cuente todas mis habilidades de soltero!

—¡Anda, zambombo, tonel, desagradecido! ¿Quién te habrá amado a ti en el mundo como esta necia, que, con ese barrigón y todo, te considera el hombre más hermoso que Dios ha criado?

—¿Sí? ¿Me has dicho *hermoso*? ¡Pues mira, Pepa —respondió el artista, pensando seguramente en el pergamino árabe—; si mi tío llega a dejarme por heredero, o yo me hago rico de cualquier otro modo, te juro llevarte a vivir a la plaza de San Antonio de la ciudad de Cádiz, y comprarte más joyas que tiene la virgen de las Angustias de Granada! Conque hasta luego, pichona.

Y tirando un pellizco en la barba a la que de antemano tenía ya el hoyo en ella, cogió el sombrero y tomó el camino…, no de la catedral, sino de las callejuelas en que suelen vivir las familias moras avecindadas en aquella plaza fuerte.

VI

En la más angosta de dichas callejuelas, y a la puerta de una muy pobre pero muy blanqueada casucha, estaba sentado en el suelo, o más bien sobre

sus talones, fumando en pipa de barro secado al sol, un moro de treinta y cinco a cuarenta años, revendedor de huevos y gallinas, que le traían a las puertas de Ceuta los campesinos independientes de Sierra-Bullones y Sierra-Bermeja, y que él despachaba a domicilio o en el mercado, con una ganancia de ciento por ciento. Vestía chilaba de lana blanca y jaique de lana negra, y llamábase entre los españoles *Manos-gordas*, y entre los marroquíes Admet-ben-Carime-el-Abdoun.

Tan luego como el moro vio al maestro de capilla levantóse y salió a su encuentro, haciéndole grandes zalemas, y cuando estuvieron ya juntos, díjole cautelosamente:

—¿Querer morita? Yo traer mañana cosa maleja; de doce años…

—Mi mujer no quiere más criadas moras —respondió el músico con inusitada dignidad.

Manos-gordas se echó a reír.

—Además… —prosiguió don Bonifacio—, tus endiabladas moritas son muy sucias.

—Lavar… —respondió el moro, poniéndose en cruz y ladeando la cabeza.

—¡Te digo que no quiero moritas! —prosiguió don Bonifacio—. Lo que necesito hoy es que tú, que sabes tanto, y que por tanto saber eres intérprete de la plaza, me traduzcas al español este documento.

Manos-gordas cogió el pergamino, y a la primera *ojeada* murmuró:

—Estar moro…

—¡Ya lo creo que es árabe! Pero quiero saber qué dice, y, si no me engañas, te haré un buen regalo… cuando se realice el negocio que confío a tu lealtad.

A todo esto, Admet-ben-Carime había pasado ya la vista por todo el pergamino y puéstose muy pálido.

—¿Ves que se trata de un gran tesoro? —medio afirmó, medio interrogó el maestro de capilla.

—Creer que sí —tartamudeó el mahometano.

—¿Cómo creer? ¡Tu misma turbación lo dice!

—Perdona —replicó el *Manos-gordas* sudando a mares—. Haber aquí palabras de árabe moderno, y yo entender. Haber otras de árabe antiguo o literario, y yo no entender.

—¿Qué dicen las palabras que entiendes?

—Decir *oro*, decir *perlas*, decir *maldición de Alah*… Pero yo no entender sentido, explicaciones ni señas. Necesitar ver al derwich[82] de Anghera, que

estar sabio, y él traducir todo. Llevarme yo pergamino hoy, y traer pergamino mañana, y no engañar ni robar al señor Tudela. ¡Moro jurar!

Así diciendo, cruzó las manos, se las llevó a la boca y las besó fervorosamente.

Reflexionó don Bonifacio: conoció que para descifrar aquel documento tendría que fiarse de algún moro, y que ninguno le era tan conocido ni tan afecto como *Manos-gordas*, y accedió a dejarle el manuscrito, bien que bajo reiterados juramentos de que al día siguiente estaría de vuelta de Anghera con la traducción, y jurándole él, por su parte, que le entregaría lo menos cien duros cuando fuese descubierto el tesoro.

Despidiéronse el musulmán y el cristiano, y éste se dirigió, no a su casa ni a la Catedral, sino a la oficina de un amigo, donde escribió la siguiente carta:

«Sr. D. Matías de Quesada y Sánchez

Alpujarra, Ugíjar

Mi queridísimo tío:

Gracias a Dios que hemos tenido noticias de usted y de tía Encarnación, y que éstas son tan buenas como Josefa y yo deseábamos. Nosotros, querido tío, aunque más jóvenes que ustedes, estamos muy achacosos y cargados de hijos, que pronto se quedarán huérfanos y pidiendo limosna.

Se burló de usted quien le dijera que el pergamino que me ha enviado contenía las señas de un tesoro. He hecho traducirlo por persona muy competente, y ha resultado ser una sarta de blasfemias contra Nuestro Señor Jesucristo, la Santísima Virgen y los santos de la Corte celestial, escritas en versos árabes por un perro morisco del marquesado del Cenet durante la rebelión de Aben-Humeya. En vista de semejante sacrilegio, y por consejo del señor Penitenciario[83], acabo de quemar tan impío testimonio de la perversidad mahometana.

Memorias a mi tía: recíbanlas ustedes de Josefa, que se halla por décima vez en estado interesante, y mande algún socorro a su sobrino, que está en los huesos por resultas del pícaro dolor de estómago.

BONIFACIO

Ceuta, 29 de enero de 1821».

VII

Al mismo tiempo que el maestro de capilla escribía la precedente carta y la echaba al correo, Admet-ben-Carime-el-Abdoun reunía en un envoltorio no muy grande todo su hato y su ajuar, reducidos a tres jaiques[84] viejos, dos mantas de pelo de cabra, un mortero para hacer alcuzcuz[85], un candil de hierro y una olla de cobre llena de pesetas (que desenterró de un rincón del patinillo de su casa); cargó con todo ello a su única mujer, esclava, odalisca, o lo que fuera, más fea que una mala noticia dicha de pronto y más sucia que la conciencia de su marido, y salióse de Ceuta, diciendo al oficial de guardia de la puerta que da al campo moro que se iban a Fez a mudar de aires por consejo de un veterinario.

Y como quiera que ésta sea la hora, después de sesenta años y algunos meses de ausencia, que no se haya vuelto a saber de *Manos-gordas* ni en Ceuta ni en sus cercanías, dicho se está que don Bonifacio Tudela y González no tuvo el gusto de recibir de sus manos la traducción del pergamino, ni al día siguiente, ni al otro, ni en toda su vida, que por cierto debió de ser muy corta, puesto que de informes dignos de crédito aparece que su adorada Pepita se casó en Marbella en terceras nupcias con un tambor mayor[86] asturiano, a quien hizo padre de cuatro hijos como cuatro soles, y era otra vez viuda a la muerte del Rey absoluto, fecha en que ganó por oposición en Málaga el título de comadre de parir y el destino de matrona aduanera.

Conque busquemos nosotros a *Manos-gordas*, y sepamos qué fue de él y del interesante pergamino.

VIII

Admet-ben-Carime-el-Abdoun respiró alegremente, y aun hizo alguna zapateta, sin que por eso se le cayesen las mal aseguradas zapatillas, tan luego como se vio fuera de los redoblados muros de la plaza española y con toda el África delante de sí…

Porque África, para un verdadero africano como *Manos-gordas*, es la tierra de la libertad absoluta; de una libertad anterior y superior a todas las Constituciones e instituciones humanas; de una libertad parecida a la de los conejos no caseros y demás animales de monte, valle o arenal.

África, quiero decir, es la Jauja de los malhechores, el seguro de la impunidad, el campo neutral de los hombres y de las fieras, protegido por el calor y la extensión de los desiertos. En cuanto a los sultanes, reyes y beyes que presumen imperar en aquella parte del mundo, y a las autoridades y milites[87] que los representan, puede decirse que vienen a ser, para tales vasallos, lo que el cazador para las liebres o para los corzos: un mal encuentro posible, que muy pocos tienen en la vida, y en el cual muere uno o no muere; si muere, tal día hizo un año; y si no muere, con poner mucha tierra por medio no hay que pensar más en el asunto. Sirva esta disgresión de advertencia a quien la necesitare, y prosigamos nosotros nuestra relación.

—¡Toma aquí, Zama! —dijo el moro a su cansada esposa, como si hablase con una acémila.

Y, en lugar de dirigirse al Oeste, o sea, hacia el Boquete de Anghera, en busca del sabio santón, según había dicho a don Bonifacio, tomó hacia el Sur, por un barranquillo tapado de malezas y árboles silvestres, que muy luego le llevó al camino de Tetuán, o bien a la borrosa vereda que, siguiendo las ondulaciones de puntas y playas, conduce a Cabo-Negro por el valle del Tarajar, por el de los Castillejos, por Monte-Negrón y por las lagunas de Río-Azmir, nombres que todo español bien nacido leerá hoy con amor y veneración, y que entonces no se habían oído pronunciar todavía en España ni en el resto del mundo civilizado.

Llegado que hubieron Ben-Carime y Zama al vallecillo de Tarajar, diéronse un punto de descanso a la orilla del arroyuelo de agua potable que lo atraviesa, procedente de las alturas de Sierra-Bullones, y en aquélla tan segura y áspera soledad, que parecía recién salida de manos del Criador y no estrenada todavía por el hombre; a la vista de un mar solitario, únicamente surcado, tal o cual noche de luna, por cárabos[88] de piratas o buques oficiales de Europa encargados de perseguirlos, la mora se puso a lavarse y peinarse, y el moro sacó el manuscrito y volvió a leerlo con tanta emoción como la primera vez.

Decía así el pergamino árabe:

> «La bendición de Alah sea con los hombres buenos que lean estas letras.
>
> No hay más gloria que la de Alah, de quien Mahoma fue y es, en el corazón de los creyentes, profeta y enviado.
>
> Los hombres que roban la casa del que está en la guerra o en el destierro viven bajo la maldición de Alah y de Mahoma, y mueren

roídos de escarabajos y cucarachas.

¡Bendito sea, pues, Alah, que crió estos y otros bichos para que se coman a los hombres malos!

Yo soy el caíd Hassan-ben-Jussef, siervo de Alah, aunque malamente he sido llamado don Rodrigo de Acuña por los sucesores de los perros cristianos que, haciéndoles fuerza y violando solemnes capitulaciones, bautizaron con una escoba, a guisa de hisopo, a mis infortunados ascendientes y a otros muchos islamitas de estos reinos.

Yo soy capitán bajo el estandarte del que, desde la muerte de Aben-Humeya, titúlase legítimamente rey de los andaluces, Muley-Abdalá-Mahamud-aben-Aboó, el cual, si no está ya sentado en el trono de Granada, es por la traición y cobardía con que los moros valencianos han faltado a sus compromisos y juramentos, dejando de alzarse al mismo tiempo que los moros granadinos contra el tirano común; pero de Alah recibirán el pago, y si somos vencidos nosotros, vencidos serán también ellos y expulsados a la postre de España, sin el mérito de haber luchado hasta última hora en el campo del honor y en defensa de la justicia, y si somos vencedores, les cortaremos el pescuezo y echaremos sus cabezas a los marranos.

Yo soy, en fin, el dueño de esta *Torre* y de toda la tierra que hay a su alrededor, hasta llegar por Occidente al barranco del Zorro y por Oriente al de los Espárragos, el cual debe tal nombre a los muchos y muy exquisitos que cultivó allí mi abuelo Sidi-Jussef-ben-Jussuf.

La cosa no anda bien. Desde que el mal nacido don Juan de Austria (confúndalo Alah) vino a combatir contra los creyentes, prevemos que por ahora vamos a ser derrotados, sin perjuicio de que, andando los años o las centurias, otro príncipe de la sangre del Profeta venga a recobrar el trono de Granada, que ha pertenecido setecientos años a los moros, y volverá a pertenecerles cuando Alah quiera, con el mismo título con que lo poseyeron antes vándalos y godos, y antes los romanos, y antes aquellos otros africanos que se llamaban los cartagineses: ¡con el título de la conquista! Pero conozco, vuelvo a decir, que por la presente la cosa anda mal, y que muy pronto tendré que trasladarme a Marruecos con mis cuarenta y tres hijos, suponiendo que los austríacos no me cojan en la primera batalla y me cuelguen de un alcornoque, como yo los colgaría a todos ellos si pudiera.

Pues bien: al salir de esta *Torre* para emprender la última y decisiva campaña dejo escondidos aquí, en sitio a que no podrá llegar

nadie sin topar primero con el presente manuscrito, todo mi oro, toda mi plata, todas mis perlas; el tesoro de mi familia; la hacienda de mis padres, mía y de mis herederos; el caudal de que soy dueño y señor por ley divina y humana, como es del ave la pluma que cría, o como son del niño los dientes que echa con trabajo, o como son de cada mortal los malos humores de cáncer o de lepra que hereda de sus padres.

¡Detente, por tanto, oh, tú, moro, cristiano o judío que, habiéndote puesto a derribar esta mi casa, has llegado a descubrir y leer los renglones que estoy escribiendo! ¡Detente, y respeta el arca de tu prójimo! ¡No pongas la mano en su caudal! ¡No te apoderes de lo ajeno! Aquí no hay nada del fisco, nada de dominio público, nada del Estado. El oro de las minas podrá pertenecer a quien lo descubra, y una parte de él al Rey del territorio. Pero el oro fundido y acuñado, el dinero, la moneda es de su dueño, y nada más que de su dueño. ¡No me robes, pues, mal hombre! ¡No robes a mis descendientes, que ya vendrán, el día que esté escrito, a recoger su herencia! Y si es que buenamente, por casualidad, encuentras mi tesoro, te aconsejo que publiques edictos llamando y notificando el caso a los causahabientes de Hassan-ben-Jussef, que no es de hombres honestos guardarse los hallazgos cuando estos hallazgos tienen propietario conocido.

Si así no lo hicieres, ¡maldito seas, con la maldición de Alah y con la mía! ¡Y pártate un rayo! ¡Y quiera Dios que cada una de mis monedas se vuelva en tus manos un escorpión y cada perla un alacrán! ¡Y que mueran de lepra tus hijos, con los dedos podridos y deshechos, para que no tengan ni tan siquiera el placer de rascarse! ¡Y que todas las mujeres que ames y engordes se diviertan y refocilen con tus esclavos! ¡Y que tu hija la mayor se escape de tu casa con un judío! ¡Y que a ti te metan un palo por mala parte y te saquen así a la vergüenza, teniéndote en alto hasta que, con el peso de tu cuerpo, el palo salga por encima de la coronilla y quedes patiabierto en el suelo, como indecente rana atravesada por un asador!

Ya lo sabes, y sépanlo todos, y bendito sea Alah, que es Alah.

Torre de Zoraya, en Aldeire del Cenet, a 15 días del mes de Saphar del año de la hégira 968.

HASSAN-BEN-JUSSEF».

IX

Manos-gordas quedó profundamente preocupado con la nueva lectura de este documento, no por las máximas morales y por las espantosas maldiciones que contenía, pues el pícaro había perdido la fe en Alah y en Mahoma de resultas de su frecuente trato con los cristianos y judíos de Tetuán y Ceuta, que, naturalmente, se reían del Corán, sino por creer que su cara, su acento y algún otro signo musulmán de su persona le impedían trasladarse a España, donde se vería expuesto a muerte segura tan luego como cualquier cristiano o cristiana descubriese en él a un enemigo de la Virgen María.

Además, ¿qué apoyo (a juicio de *Manos-gordas*) podría hallar en las leyes ni en las autoridades de España un extranjero, un mahometano, un semisalvaje para adquirir la *Torre de Zoraya*, para hacer excavaciones en ella, para entrar en posesión del tesoro o para no perderlo inmediatamente con la vida?

—¡No hay remedio! —díjose por remate de largas reflexiones—. ¡Tengo que confiarme al *renegado*[89] Ben-Munuza! Él es español, y su compaña me librará de todo peligro en aquella tierra. Pero como no existe bajo la capa del cielo un hombre de peor alma que el tal renegado, no me estará de más tomar algunas precauciones.

Y en virtud de esta cavilación sacó del bolsillo avíos de escribir, redactó una carta, púsole el sobre, pególo con un poco de pan mascado, y echóse a reír de una manera diabólica.

En seguida fijó los ojos en su mujer, que continuaba haciendo la policía[90] de todo un año a costa de la limpieza física y… moral del malaventurado arroyuelo, y llamándola por medio de un silbido, dignóse hablarle de este modo:

—Cara de higo chumbo, siéntate a mi lado y óyeme… Luego acabarás de lavarte, que bien lo necesitas, y puede que entonces te juzgue merecedora de algo mejor que la paliza diaria con que te demuestro mi cariño. Por de pronto, sinvergüenzona, déjate de monadas y entérate bien de lo que voy a decirte.

La mora, que, lavada y peinada, resultaba más joven y artística, aunque no menos fea que antes, se relamió como una gata, clavó en *Manos-gordas* los dos carbunclos que le servían de ojos y díjole mostrando sus blanquísimos y anchos dientes, que nada tenían de humanos:

—Habla, mi señor, que tu esclava sólo desea servirte.

Manos-gordas continuó:

—Si desde este momento en adelante llega a ocurrirme alguna desgracia, o desaparezco del mundo sin haberme despedido de ti o, habiéndome despedido, no tienes noticias mías en seis semanas, procura volver a entrar en Ceuta y echa esta carta al correo. ¿Te has enterado bien, cara de mona?

Zama rompió a llorar, y exclamó:

—¡Admet! ¿Piensas dejarme?

—¡No rebuznes, mujer! —contestó el moro—. ¿Quién habla ahora de eso? ¡Demasiado sabes que me gustas y que me sirves! Pero de lo que ahora se trata es de que te hayas enterado bien de mi encargo…

—¡Trae! —dijo la mora, apoderándose de la carta, abriéndose el justillo y colocándola entre él y su gordo y pardo seno, al lado del corazón—. Si algo malo llega a sucederte, esta carta caerá en el correo de Ceuta, aunque después caiga yo en la sepultura.

Ben-Carime sonrió humanamente al oír aquellas palabras y dignóse mirar a su mujer como a una persona.

X

Mucho y muy regaladamente debió de dormir aquella noche el matrimonio agareno entre los matorrales del camino, pues no serían menos de las nueve de la siguiente mañana cuando llegó al pie de Cabo-Negro.

Hay allí un *aduar*[91] de pastores y labriegos árabes, llamado «Medik», compuesto de algunas chozas, de un morabito o ermita mahometana y de un pozo de agua potable, con su brocal de piedra y su acetre[92] de cobre, como los que figuran en algunas escenas bíblicas.

El *aduar* se hallaba completamente solo en aquel momento. Todos sus habitantes habían salido ya con el ganado o con los aperos de labor a los vecinos montes y cañadas.

—Espérame aquí —dijo *Manos-gordas* a su mujer—. Yo voy a buscar a Ben-Munuza, que debe de hallarse al otro lado de aquel cerro arando los pobres secanos que allí posee.

—¡Ben-Munuza! —exclamó Zama, con terror—. ¡El renegado de quien me has dicho!…

—Descuida… —interrumpió *Manos-gordas*—. ¡Hoy puedo yo más que él! Dentro de un par de horas estaré de vuelta, y verás cómo se viene detrás de mí con la humildad de un perro. Ésta es su choza… Aguárdanos en ella, y haznos una buena ración de alcuzcuz con el maíz y la manteca que hallarás a

mano. ¡Ya sabes que me gusta muy recocido! ¡Ah!, se me olvidaba… Si ves que anochece y no he bajado, sube tú; y si no me hallas en la otra ladera del cerro o me hallas cadáver, vuélvete a Ceuta y echa la carta al correo… Otra advertencia: suponiendo que sea mi cadáver lo que encuentres, regístrame, a ver si Ben-Munuza me ha robado o no este pergamino… Si me lo ha robado, vuélvete de Ceuta a Tetuán, y denuncia a las autoridades el asesinato y el robo. ¡No tengo más que decirte! Adiós.

La mora se quedó llorando a lágrima viva, y *Manos-gordas* tomó la senda que llevaba a la cumbre del inmediato cerro.

XI

Pasada la cumbre, no tardó en descubrir en la cañada próxima a un corpulento moro vestido de blanco, el cual araba patriarcalmente la negruzca tierra con auxilio de una hermosa yunta de bueyes. Parecía aquel hombre la estatua de la Paz tallada en mármol. Y, sin embargo, era el triste y temido *renegado* Ben-Munuza, cuya historia os causará espanto cuando la conozcáis.

Contentaos por lo pronto con saber que tendría cuarenta años, y que era rudo, fuerte, ágil y de muy lúgubre fisonomía, bien que sus ojos fuesen azules como el cielo, y rubias sus barbas como aquel sol de África que había dorado a fuego la primitiva blancura europea de su semblante.

—¡Buenos días, *Manos-gordas*! —gritó en castellano el antiguo español, tan luego como divisó al marroquí.

Y su voz expresó la alegría melancólica propia del extranjero que halla ocasión de hablar la lengua patria.

—¡Buenos días, Juan Falgueira! —respondió sarcásticamente Ben-Carime.

El renegado tembló de pies a cabeza al oír semejante saludo, y sacó del arado la reja de hierro como para defender su vida.

—¿Qué nombre acabas de pronunciar? —añadió luego, avanzando hacia *Manos-gordas*.

Éste lo aguardaba riéndose, y le respondió en árabe, con un valor del que nadie le hubiera creído capaz:

—He pronunciado… tu verdadero nombre, el nombre que llevabas en España cuando eras cristiano, y que yo conozco desde que estuve en Orán hace tres años…

—¿En Orán?

—¡En Orán, sí, señor! ¿Qué tiene eso de extraordinario? De allí habías venido tú a Marruecos, y allí fui yo a comprar gallinas. Allí pregunté tu historia, dando tus señas, y allí me la contaron varios españoles. Supe, por tanto, que eras gallego, que te llamabas Juan Falgueira, y que te habías escapado de la Cárcel Alta de Granada, donde estabas ya en capilla para ir a la horca por resultas de haber robado y dado muerte, hace quince años, a unos señores a quienes servías en clase de mulero… ¿Dudarás ahora de que te conozco perfectamente?

—Dime, alma mía —respondió el renegado con voz sorda y mirando a su alrededor—, ¿y has contado eso a algún marroquí? ¿Lo sabe alguien más que tú en esta condenada tierra? Porque es el caso que yo quiero vivir en paz, sin que nadie ni nada me recuerde aquella mala hora, que harto he purgado. Soy pobre; no tengo familia, ni patria, ni lengua, ni el Dios que me crió. Vivo entre enemigos, sin más capital que estos bueyes y que esos secanos, comprados a fuerza de diez años de sudores… Por consiguiente, haces muy mal en venir a decirme…

—¡Espera! —respondióle muy alarmado *Manos-gordas*—. No me eches esas miradas de lobo, que vengo a hacerte un gran favor, y no a ofenderte por mero capricho. ¡A nadie he contado tu desgraciada historia! ¿Para qué? ¡Todo secreto puede ser un tesoro, y quien lo cuenta se queda sin él! Hay, empero, ocasiones en que se hacen *cambios de secretos* sumamente útiles. Por ejemplo: yo te voy a contar un importante secreto mío, que te servirá como de fianza del tuyo, y que nos obligará a ser amigos toda la vida…

—Te oigo. Concluye… —respondió calmosamente el renegado.

Ben-Carime leyóle entonces el pergamino árabe, que Juan Falgueira oyó sin pestañear y como enojado, visto lo cual por el moro, y a fin de acabar de atraerse su confianza, le reveló también que había robado aquel documento a un cristiano de Ceuta…

El español se sonrió ligeramente al pensar en el mucho miedo que debía de tenerle el mercader de huevos y de gallinas cuando le contaba sin necesidad aquel robo, y, animado el pobre *Manos-gordas* con la sonrisa de Ben-Munuza, entró al fin en el fondo del asunto, hablando de la siguiente manera:

—Supongo que te has hecho cargo de la importancia de este documento y de la razón porque te lo he leído. Yo no sé dónde está la *Torre de Zoraya*, ni *Aldeire*, ni el Cenet: yo no sabría ir a España, ni caminar por ella, y, además, allí me matarían por no ser cristiano, o cuando menos me robarían el tesoro antes o después de descubierto. Por todas estas razones necesito que me

acompañe un español fiel y leal, de cuya vida sea yo dueño y a quien pueda hacer ahorcar con media palabra; un español, en fin, como tú, Juan Falgueira, que, después de todo, nada adelantaste con robar ni matar, pues trabajas aquí como un asno, cuando con los millones que voy a proporcionarte podrás irte a América, a Francia, a la India, y gozar, y triunfar, y subir tal vez hasta rey. ¿Qué te parece mi proyecto?

—Que está bien hilado, como obra de un moro… —respondió Ben Munuza, de cuyas recias manos, cruzadas sobre la rabadilla, pendía, balanceándose, la barra de hierro a la manera de la cola de un tigre.

Manos gordas se sonrió ufanamente, creyendo aceptada su proposición.

Sin embargo… —añadió después el sombrío gallego—. Tú no has caído en una cuenta…

—¿En cuál? —preguntó cómicamente Ben-Carime, alzando mucho la cara y no mirando a parte alguna, como quien se dispone a oír sandeces y majaderías.

—¡Tú no has caído en que yo sería tonto de capirote si me marchase contigo a España a ponerte en posesión de medio tesoro, contando con que tú me pondrías a mí en posesión del otro medio! Lo digo porque no tendrías más que pronunciar media palabra el día que llegásemos a Aldeire y te creyeses libre de peligros, para zafarte de mi compañía y de darme la mitad de las halladas riquezas… ¡En verdad que no eres tan listo como te figuras, sino un pobre hombre, digno de lástima, que te has metido en un callejón sin salida al descubrirme las señas de ese gran tesoro y decirme al mismo tiempo que conoces mi historia, y que si yo fuera contigo a España serías dueño absoluto de mi vida!… Pues ¿para qué te necesito yo a ti? ¿Qué falta me hace tu ayuda para ir a apoderarme del tesoro entero? ¿Ni qué falta me haces en el mundo? ¿Quién eres tú desde el momento en que me has leído ese pergamino, desde el momento en que puedo quitártelo?

—¿Qué dices? —gritó *Manos-gordas*, sintiendo de pronto circular por todos sus huesos el frío de la muerte.

—No digo nada… ¡Toma! —respondió Juan Falgueira, asestando un terrible golpe con la barra de hierro sobre la cabeza de Ben-Carime, el cual rodó en tierra echando sangre por ojos, narices y boca, y sin poder articular palabra…

El desgraciado estaba muerto.

XII

Tres o cuatro semanas después de la muerte de *Manos-gordas*, el veintitantos de febrero de 1821, nevaba si había que nevar en la villa de Aldeire y en toda la elegantísima sierra andaluza a que la propia nieve da vida y nombre.

Era domingo de Carnaval, y la campana de la iglesia llamaba por cuarta vez a misa, con su voz delgada y pura como la de un niño, a los ateridos cristianos de aquella feligresía, demasiado próxima al cielo, los cuales no se resignaban fácilmente, en día tan crudo y desapacible, a dejar la cama o a separarse de los tizones, alegando acaso, como pretexto, que «los días de Carnestolendas no se debe rendir culto a Dios, sino al diablo».

Algo semejante decía por lo menos el tío Juan Gómez a su piadosa mujer, la *señá* Torcuata, defendiéndose, en el rincón del fuego, de los argumentos con que nuestra amiga le rogaba que no bebiera más aguardiente ni comiese más roscos, sino que la acompañase a misa, a fuer de buen cristiano, sin miedo alguno a las críticas del maestro de escuela y demás electores liberales; y muy enredada estaba la disputa cuando cata aquí que entró en la cocina el tío Jenaro, mayoral de los pastores de su merced, y dijo quitándose el sombrero y rascándose la cabeza, todo de un solo golpe:

—¡Buenos días nos dé Dios, señor Juan y *señá* Torcuata! Ya se harán ustedes cargo de que algo habrá sucedido por allá arriba para que yo baje por aquí con tan mal tiempo, no tocándome oír misa este domingo. ¿Cómo va de salud?

—¡Vaya! ¡Vaya! ¡No espero más! —exclamó la mujer del alcalde, cruzándose la mantilla con violencia—. ¡Estaría de Dios que hoy echases la misa en el puchero! ¡Ya tienes ahí conversación y copas para todo el día, sobre si las cabras están preñadas o sobre si los borregos han echado cuernos! ¡Te condenarás, Juan; te condenarás si no haces pronto las paces con la Iglesia, dejando la maldita alcaldía!

Marchado que se hubo la *señá* Torcuata, el alcalde alargó un rosco y una copa al mayoral, y le dijo:

—¡Simplezas de mujeres, tío Jenaro! Arrímese usted a la lumbre y hable. ¿Qué ocurre por allá arriba?

—¡Pues nada! Que ayer tarde el cabrero Francisco vio que un hombre, vestido a la malagueña, con pantalón largo y chaquetilla de lienzo, y liado en una manta de muestra, se había metido en el *corral nuevo* por la parte que todavía no tiene tapia, y rondaba la *Torre del Moro*, estudiándola y midiéndola como si fuese un maestro de obras. Preguntóle Francisco qué significaba aquello, y el forastero le interrogó a su vez *quién era el dueño de*

la Torre, y como Francisco le dijese que *nada menos que el alcalde del pueblo*, repuso que él hablaría a la noche con su merced y le explicaría sus planes. Llegó presto la noche, y el hombre hizo como que se marchaba, con lo que el cabrero se encerró en su choza, que, como sabe usted, dista poco de allí. Dos horas después de oscurecer enteramente notó el mismo Francisco que en la *Torre* sonaban ruidos muy raros y se veía luz, lo cual le llenó de tal miedo, que ni tan siquiera se atrevió a ir a mi choza a avisarme, cosa que hizo en cuanto fue de día, refiriéndome el lance de ayer tarde y advirtiéndome que los tales ruidos habían durado toda la noche. Como yo soy viejo, y he servido al Rey, y me asusto de pocas cosas, me plantifiqué en seguida en la *Torre del Moro* acompañado de Francisco, que iba temblando, y encontramos al forastero liado en su manta y durmiendo en un cuartucho del piso bajo, que tiene todavía su bóveda de hormigón. Desperté al sospechoso personaje, y le reconvine por haber pasado la noche en la casa ajena sin la voluntad de su dueño; a lo que me respondió que aquello no era casa, sino un montón de escombros, donde bien podía haberse albergado un pobre caminante en noche de nieves, y que estaba dispuesto a presentarse a usted y a explicarle quién era y todas sus operaciones y pensamientos. Le he hecho, pues, venir conmigo, y en la puerta del corral aguarda, acompañado del cabrero, a que usted le dé licencia para entrar…

—¡Que entre! —respondió el tío Hormiga, levantándose muy alterado por habérsele ocurrido, desde las primeras palabras del mayoral, que todo aquello tenía bastante que ver con el célebre *tesoro*, a cuyo hallazgo por sus solos esfuerzos había renunciado su merced hacía una semana, después de arrancar antes inútilmente muchas y muy pesadas piedras de sillería.

XIII

Tenemos ya cara a cara y solos al tío Juan Gómez y al forastero.

—¿Cómo se llama usted? —interrogó el primero al segundo con todo el imperio de un alcalde de monterilla[93] y sin invitarle a que se sentara.

—Llámome Jaime Olot —respondió el hombre misterioso.

—¡Su habla de usted no me parece de esta tierra!… ¿Es usted inglés?

—Soy catalán.

—¡Hombre! ¡Catalán! Me parece bien. Y… ¿qué le trae a usted por aquí? Sobre todo, ¿qué diablos de medidas tomaba usted ayer en mi *Torre*?

—Le diré a usted. Yo soy minero de oficio y he venido a buscar trabajo a esta tierra, famosa por sus minas de cobre y plata. Ayer tarde, al pasar por la *Torre del Moro*, vi que con las piedras de ella extraídas estaban construyendo una tapia, y que aún sería necesario derribar o arrancar otras muchas para terminar el cercado… Yo me pinto solo en esto de demoler, ya sea dando barrenos, ya por medio de mis propios puños, pues tengo más fuerza que un buey, y ocurrióseme la idea de tomar a mi cargo, por contrata, la total destrucción de la *Torre* y el arranque de sus cimientos, suponiendo que llegase a entenderme con el propietario.

El tío Hormiga guiñó sus ojillos grises y respondió con mucha soma:

—Pues, señor, no me conviene la contrata.

—Es que haré todo ese trabajo por muy poco precio, casi de balde…

—¡Ahora me conviene mucho menos! El llamado Jaime Olot paró mientes en la soflama del tío Juan Gómez, y miróle a *fondo* como para adivinar el sentido de aquella rara contestación; pero, no logrando leer nada en la fisonomía zorruna de su merced, parecióle oportuno añadir con fingida naturalidad:

—Tampoco dejaría de agradarme recomponer parte de aquel antiguo edificio y vivir en él cultivando el terreno que destina usted a corral de ganado. ¡Le compro a usted, pues, la *Torre del Moro* y el secano que la circunda!

—No me conviene vender —respondió el tío Hormiga.

—¡Es que le pagaré a usted el doble de lo que aquello valga! —observó enfáticamente el que se decía catalán.

—¡Por esta razón me conviene menos! —replicó el andaluz con tan insultante socarronería, que su interlocutor dio un paso atrás, como quien conoce que pisa terreno falso.

Reflexionó, pues, un momento, pasado el cual alzó la cabeza con entera resolución, echó los brazos a la espalda y dijo, riéndose cínicamente:

—¡Luego sabe usted que en aquel terreno hay un tesoro!

El tío Juan Gómez se agachó, sentado como estaba; y, mirando al catalán de abajo arriba, exclamó donosísimamente:

—¡Lo que me choca es que lo sepa usted!

—¡Pues mucho más le chocaría si le dijese que soy el único que lo sabe de cierto!

—¿Es decir, que conoce usted el punto fijo en que se halla sepultado el tesoro?

—Conozco el punto fijo, y no tardaría veinticuatro horas en desenterrar tanta riqueza como allí duerme a la sombra…

—Según eso, ¿tiene usted cierto documento?

—Sí, señor; tengo un pergamino del tiempo de los moros, de media vara en cuadro…, en que todo eso se explica…

—Dígame usted, ¿y ese pergamino?…

—No lo llevo sobre mi persona, ni hay para qué, supuesto que me lo sé de memoria al pie de la letra en español y en árabe… ¡Oh! ¡No soy yo tan bobo que me entregue nunca con armas y bagajes! Así es que antes de presentarme en estas tierras escondí el pergamino… donde nadie más que yo podrá dar con él.

—¡Pues entonces no hay más que hablar! Señor Jaime Olot, entendámonos como dos buenos amigos —exclamó el alcalde, echando al forastero una copa de aguardiente.

—¡Entendámonos! —repitió el forastero, sentándose sin más permiso y bebiéndose la copa en toda regla.

—Dígame usted —continuó el tío Hormiga—, y dígamelo sin mentir, para que yo me acostumbre a creer en su formalidad…

—Vaya usted preguntando, que yo me callaré cuando me convenga ocultar alguna cosa.

—¿Viene usted de Madrid?

—No, señor. Hace veinticinco años que estuve en la corte por primera y última vez.

—¿Viene usted de Tierra Santa?

—No, señor. No me da por ahí.

—¿Conoce usted a un abogado de Ugíjar llamado don Matías de Quesada?

—No, señor; yo detesto a los abogados y a toda la gente de pluma.

—Pues entonces, ¿cómo ha llegado a poder de usted ese pergamino? —Jaime Olot guardó silencio.

—¡Eso me gusta! ¡Veo que no quiere usted mentir! —exclamó el alcalde —. Pero también es cierto que don Matías de Quesada me engañó como a un chino, robándome dos onzas de oro, y vendiendo luego aquel documento a alguna persona de Melilla o de Ceuta… ¡Por cierto que, aunque usted no es moro, tiene facha de haber estado por allá!

—¡No se fatigue usted ni pierda el tiempo! Yo le sacaré a usted de dudas. Ese abogado debió de enviar el manuscrito a un español de Ceuta, al cual se lo robó hace tres semanas el moro que me lo ha traspasado a mí…

—¡Toma! ¡Ya caigo! Se lo enviaría a un sobrino que tiene de músico en aquella catedral…, a un tal Bonifacio Tudela…

—Puede ser.

—¡Pícaro don Matías! ¡Estafar de ese modo a su compadre! ¡Pero véase cómo la casualidad ha vuelto a traer el pergamino a mis manos!

—Dirá usted a las mías —observó el forastero.

—¡A las nuestras! —replicó el alcalde, echando más aguardiente—. Pues, señor, ¡somos millonarios! Partiremos el tesoro mitad por mitad, dado que ni usted puede excavar en aquel terreno sin mi licencia, ni yo puedo hallar el tesoro sin auxilio del pergamino que ha llegado a ser de usted; es decir, que la suerte nos ha hecho hermanos. ¡Desde hoy vivirá usted en mi casa! ¡Vaya otra copa! Y en seguidita que almorcemos, daremos principio a las excavaciones…

Por aquí iba la conferencia cuando la *señá* Torcuata volvió de misa. Su marido le refirió todo lo que pasaba y le hizo la presentación del señor Jaime Olot. La buena mujer oyó con tanto miedo como alegría la noticia de que el *tesoro* estaba a punto de aparecer; santiguóse repetidas veces al enterarse de la traición y vileza de su compadre don Matías de Quesada, y miró con susto al forastero, cuya fisonomía le hizo presentir grandes infortunios.

Sabedora, en fin, de que tenía que dar de almorzar a aquel hombre, entró en la despensa a sacar de lo más precioso y reservado que contenía, o sea, lomo en adobo y longaniza de la reciente matanza, no sin decirse mientras destapaba las respectivas orzas:

—¡Tiempo es de que aparezca el tesoro; pues, entre si aparece o no aparece, nos lleva de coste los treinta y dos duros de la famosa jícara de chocolate, la antigua amistad del compadre don Matías, estas hermosas tajadas, que tan ricas habrían estado con pimientos y tomates en el mes de agosto, y el tener de huésped a un forastero de tan mala cara! ¡Malditos sean los tesoros, y las minas, y los diablos, y todo lo que está debajo de tierra, menos el agua y los fieles difuntos!

XIV

Pensando estaba así la *señá* Torcuata, y ya se dirigía a las hornillas con una sartén en cada mano, cuando se oyeron sonar en la calle gritos y silbidos de viejas y chicuelos, y voces de gente más formal, que decía:

—¡Señor alcalde, abra usted la puerta! ¡La Justicia de la ciudad está entrando en el pueblo con mucha tropa!

Jaime Olot se puso más amarillo que la cera al oír aquellas palabras, y dijo, cruzando las manos:

—¡Escóndame usted, señor alcalde! ¡De lo contrario, no tendremos tesoro! ¡La Justicia viene en mi busca!

—¿En busca de usted? ¿Por qué razón? ¿Es usted algún criminal?

—¡Bien lo decía yo! —gritó la tía Torcuata—. ¡De esa cara triste no podía venir nada bueno! ¡Todo esto es cosa de Lucifer!

—¡Pronto! ¡Pronto! —añadió el forastero—. ¡Sáqueme usted por la puerta del corral!

—¡Bien! Pero déme usted antes las señas del tesoro… —expuso el tío Hormiga.

—Señor alcalde… —seguían diciendo los que llamaban a la puerta—, ¡abra usted! ¡El pueblo está cercado! ¡Parece que buscan a ese hombre que habla con usted hace una hora!…

—¡Abrid al Juzgado de primera instancia! —gritó por último una voz imperiosa, acompañada de fuertes golpes dados en la puerta.

—¡No hay remedio! —dijo el alcalde, yendo a abrir, mientras el forastero se encaminaba por la otra puerta en busca del corral.

Pero el mayoral y el cabrero, advertidos de todo, le cerraron el paso, y entre ellos y los soldados, que ya penetraban también por aquella puerta, lo cogieron y ataron sin contratiempo alguno, aunque aquel diablo de hombre desplegó en la lucha las fuerzas y la agilidad de un tigre.

El alguacil del Juzgado, a cuyas órdenes iban un escribano y veinte soldados de infantería, contaba entretanto al despavorido alcalde las causas y fundamentos de aquella prisión tan aparatosa.

—Ese hombre —decía— con quien usted estaba encerrado…, no sé por qué, hablando de… no sé qué asunto, es el célebre gallego Juan Falgueira, que degolló y robó hace quince años a unos señores de quienes era mulero, en cierta casería de la vega de Granada, y que se escapó de la capilla la víspera de la ejecución, vestido con el hábito del fraile que lo auxiliaba, a quien dejó allí medio estrangulado. El mismísimo Rey (q.D.g.) recibió hace quince días una carta de Ceuta, firmada por un moro llamado *Manos-gordas*, en que le decía que Juan Falgueira, después de haber residido largo tiempo en Orán y otros puntos de África, iba a embarcarse para España, y que sería fácil echarle mano en Aldeire del Cenet, donde pensaba comprar una torre de moros y dedicarse a la minería… Al propio tiempo, el Cónsul español en Tetuán

escribía a nuestro Gobierno participándole que una mora llamada Zama se le había presentado quejándose de que el renegado español Ben-Munuza, antes Juan Falgueira, acababa de embarcarse para España después de asesinar al moro *Manos-gordas*, marido de la querellante, y de haberle robado cierto precioso pergamino… Por todo ello y muy principalmente por el atentado contra el fraile en la capilla, S. M. el Rey ha recomendado con particular encarecimiento a la Chancillería de Granada la captura del tal facineroso y su inmediata ejecución en aquella misma capital.

Imagínese el que leyere el espanto y asombro de todos los que oyeron esta relación, así como la angustia del tío Hormiga, a quien no podía caber ya duda de que el pergamino estaba en poder de aquel hombre ¡sentenciado a muerte!

Atrevióse, pues, el codicioso alcalde, aun a riesgo de comprometerse más de lo que ya estaba, a llamar a un lado a Juan Falgueira y a hablarle al oído, bien que, anunciando antes al concurso, que iba a ver si lograba que confesase a Dios y a los hombres sus delitos. Pero lo que hablaron en realidad ambos socios fue lo siguiente:

—¡Compadre! —respondió el gallego—. Con ese pergamino, o sea, con el tesoro que representa, pienso yo negociar mi indulto. Proporcióneme usted la Real gracia y le entregaré el documento; pero, por lo pronto, se lo ofreceré a los jueces para que declaren que mi crimen ha prescrito en estos quince años de expatriación…

—¡Compadre! —replicó el tío Hormiga—, es usted un sabio, y celebraré que le salgan bien todos sus planes. Pero, si fracasan, ¡por Dios le pido que no se lleve a la tumba un secreto que no aprovechará a nadie!

—¡Vaya si me lo llevaré! —contestó Juan Falgueira—. ¡De algún modo me he de vengar del mundo!

—¡Vamos, andando! —gritó en esto el alguacil, poniendo término a aquella curiosa conferencia.

Y, cargado que fue de grillos y esposas el condenado a muerte, salieron con él los curiales y los soldados en dirección a la ciudad de Guadix, de donde habían de conducirlo a la de Granada.

—¡El demonio! ¡El demonio! —seguía diciendo la mujer del tío Juan Gómez una hora después, al colocar de nuevo el lomo y la longaniza en sus respectivas orzas—. ¡Malditos sean todos los tesoros habidos y por haber!

XV

Excusado es decir que ni el tío Hormiga halló medio de negociar el indulto de Juan Falgueira, ni los jueces se rebajaron a oír seriamente los ofrecimientos que éste les hizo de un tesoro porque sobreseyesen su causa, ni el terrible gallego accedió a revelar el paradero del pergamino ni el sitio del tesoro al impertérrito alcalde de Aldeire, quien con tal pretensión, tuvo todavía estómago para ir a visitarlo a la capilla en la Cárcel Alta de Granada.

Ahorcaron, pues, a Juan Falgueira el Viernes de Dolores en el Paseo del Triunfo, y regresado que hubo a Aldeire el tío Hormiga el Domingo de Ramos cayó enfermo con calentura tifoidea, agravándose de tal modo en pocos días, que el Miércoles Santo se confesó e hizo testamento, y expiró el Sábado de Gloria por la mañana.

Pero antes de morir mandó poner una carta a don Matías de Quesada, reconviniéndole por su traición y latrocinio (que habían dado lugar a que tres hombres perdiesen la vida) y perdonándole cristianamente, a condición de que devolviese a la *señá* Torcuata los treinta y dos duros de la jícara de chocolate.

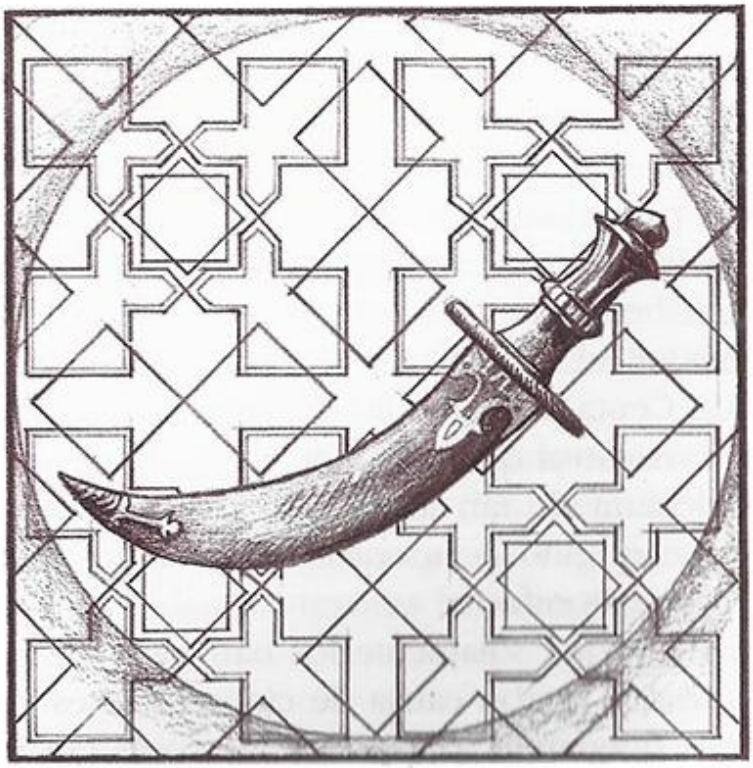
Llegó esta formidable carta a Ugíjar al mismo tiempo que la noticia de la muerte del tío Juan Gómez; todo lo cual afectó por tal extremo al viejo abogado, que no volvió a echar más luz, y murió de allí a poco, no sin escribir a última hora una terrible epístola, llena de insultos y maldiciones, a su sobrino el maestro de la capilla de la Catedral de Ceuta, acusándole de haberle engañado y robado y de ser causa de su muerte.

De la lectura de tan justificada y tremenda acusación dicen que se originó la apoplejía fulminante que llevó al sepulcro a don Bonifacio.

Por manera que solamente los barruntos de la existencia de un tesoro fueron causa de cinco muertes y de otras desventuras, quedando a la postre las cosas tan ignoradas y ocultas como estaban al principio, puesto que la *señá* Torcuata, única persona que ya sabía en el mundo la historia del fatal pergamino, guárdose muy bien de volver a mentarlo en toda su vida, por juzgar que todo aquello había sido obra del diablo y consecuencia necesaria del trato de su marido con enemigos del Altar y del Trono.

Preguntará el lector: ¿cómo es que nosotros, sabedores de que el tesoro está allí escondido, no hemos ido a desenterrarlo y apoderamos de él? Y a esto le responderemos que la curiosísima historia del hallazgo y empleo de aquellas riquezas, con posterioridad a la muerte de la seña Torcuata, nos es también perfectamente conocida, y que tal vez la refiramos, andando el tiempo, si llega a nuestra noticia que el público tiene interés en leerla.

Valdemoro, 6 de julio de 1881.



Los ojos negros

HISTORIA ESCANDINAVA IMAGINADA POR UN ANDALUZ

Tienes los ojos negros, ojos de luto…
Mi corazón lo lleva desde que es tuyo.

MÁS allá del círculo polar ártico, en los confines de la Laponia, cerca de Hammesfert —último punto habitable del continente europeo—, se levanta sobre un mar helado cada año durante seis meses la negra, escarpada y colosal isla de *Loppen*.

Caían las primeras escarchas de 1730: era el 15 de agosto.

Las noches tenían ya cerca de tres horas, y la *aurora boreal* lucía en ellas, cerrando el arco esplendoroso de los crepúsculos simultáneos de la mañana y de la tarde.

Hacía una semana que la luna aparecía en aquel cielo después de mes y medio de absoluta ausencia.

Todo anunciaba la proximidad del invierno, cuyo blanco fantasma, no bien asoma por el Polo, envuelve en su inconmensurable sudario todas aquellas tristes latitudes.

Los nobles se encerraban en sus castillos, los pobres en sus cuevas, los osos blancos entre los témpanos de hielo secular.

Algunas aves hacían su nido en las grietas de los desgajados abetos, en tanto que otras levantaban el vuelo hacia el Mediodía buscando nuevas primaveras.

Los *balleneros* y los *groenlanderos* dábanse a la vela con dirección a Europa, temerosos de quedar clavados en una mar helada…

Los campos, los puertos, los pueblos mismos veíanse desiertos y abandonados. No parecía sino que una horrible epidemia había pasado por ellos, o que se aproximaba, amenazándoles, un desastroso conquistador.

Y así habían de permanecer aquellas regiones durante ocho meses, o sea, hasta el 15 de abril que comienza el derretimiento de los hielos.

II

Sobre las áridas peñas de la isla de Loppen asiéntase un castillo que parece riscosa excrecencia de la montaña; tan musgosos y viejos son sus muros, tallados casi todos en la roca viva.

Aquella guarida de buitres no ha sido obra de *edificación*, sino de *excavación* y *desbaste*. Es un monolito ahuecado coronado de almenas.

Algunos óvalos abiertos en la peña para llevar aire al interior, indican vagamente el *descenso* a los siete pisos del castillo, en el último de los cuales, inaccesible completamente a los rigores del invierno, habitan los señores de aquel alcázar subterráneo.

No tenemos para qué decir qué hora era… Allí es siempre de noche.

Es un salón triangular, tapizado y alfombrado de ricas pieles de marta y de rengífero[94], y alumbrado por tres grandes lámparas, ardía un enorme tronco de teoso pino. Huía el humo arremolinado, semejando movible columna salomónica, por el techo horadado de aquella aristocrática gruta, excavada a cien pies de profundidad, en tanto que una inmensa galería, abierta enfrente de la chimenea, traía ráfagas de aire tibio y perfumado.

Dos personajes había en este aposento.

Dormía el uno, sentado en disforme sillón de encina, y era Magno de Kimi, el *Jarl* o Conde reinante de la isla Loppen.

Tendría veinticinco años: vestía larga túnica de pieles negras, por debajo de la cual asomaba un traje medio guerrero, medio cortesano, sumamente lujoso. Este joven, que en el Mediodía hubiera pasado por feo, o cuando menos por raro, no carecía de cierta belleza *local*. Era pequeño de talla, un poco grueso, o, por mejor decir, muy recio y fornido; moreno de cara, o más bien pardo, tirando a rojo, pero con cabellos rubios como el oro, sumamente largos y espesos, y ojos de un azul tan claro como el cielo de España en despejado día de enero. Su rostro, en fin, imberbe como el de una mujer, tenía, sin embargo, tal aire de fuerza y de entereza varonil, que nadie hubiera puesto en duda el salvaje valor del noble escandinavo.

Enfrente de él, e iluminada dulcemente por los resplandores del hogar, rezaba en silencio una mujer, que más parecía una niña; blanca como el alabastro; rubia también, con ojos celestes, semejantes a dos turquesas, y hermosa y triste como las siempre moribundas flores de aquellas fugaces primaveras. Envolvía todo su cuerpo anchísima bata de dobles pieles de armiño, cuya blancura deslumbraba, y cubría su cabeza gracioso capuchón de blondas… Con aquel traje parecía la joven una rosa flotando en golfos de nacarada espuma, un elegante cisne de albo plumaje, la luz matutina reflejada en intacta nieve.

Era la jarlesa Foedora, la esposa del joven Magno.

Mucho tiempo hacía que los cónyuges estaban en aquella actitud… Él haciendo como que dormía, y ella haciendo como que rezaba…

Foedora, en cuyo rostro se veían las huellas de un dolor sin consuelo, clavaba los ojos en las juguetonas llamas del hogar… Mas si por acaso los

tornaba un momento hacia la sombría figura de Magno, no era sin que leve temblor la agitase, ni sin que al punto volviera a fijar la vista en la lumbre prosiguiendo con más fervor sus oraciones.

Una vez abrió Magno los ojos repentinamente, y sorprendió la tímida mirada que le dirigía su esposa.

—¿Dormíais? —murmuró ésta, con voz dulce y apagada.

—Yo no duermo nunca —respondió Magno—. ¿Por qué me mirabais de aquella manera?

Foedora tembló de nuevo y cruzó las manos.

—¡Porque os amo mucho! —respondió al cabo de un momento.

Y se enjugó las lágrimas y tornó a sus oraciones.

Pero sus dedos no atinaban a pasar las cuentas de ámbar del rosario.

Y ya no hablaron más, y habían hablado más que de costumbre.

III

Tres años contaban de matrimonio Foedora y el jarl de Kimi, y era aquél el primer invierno que pasaban en el castillo de Loppen.

Íbanse antes a Cristianía[95], donde la vida de los nobles era una fiesta continua durante los grandes fríos; pero el año en que acontece esta historia, y después de haber viajado por toda la costa de Noruega en los hermosos días de junio y julio, Magno decidió sepultarse con su esposa en el alcázar de piedra y hielo que hemos descrito, en donde, solos, taciturnos, sentados el uno enfrente del otro, llevaban quince días de reclusión, y de donde no podrían salir ya en ocho meses a causa de haberse helado las primeras nieves sobre las puertas del castillo.

IV

Habían pasado otras quince noches.

Magno de Kimi pidió su arpa escandinava y cantó el siguiente romance a su aterrada esposa:

De rodillas en la tumba,

en la tumba de mi padre,
amor eterno tú me juraste…
Si al juramento un día
faltas, cobarde…
te lo ruego, amor mío,
¡no pases por la tumba de mi padre!

La voz de Magno retumbó como un trueno en las concavidades del castillo al repetir el último verso de su canción.

Volvióse luego el Conde a la angustiada jarlesa y le preguntó sonriendo amargamente:

—¿Qué hacéis, Foedora?

—¡Rezo por el alma de vuestro padre! —contestó ella, cerrando los ojos para no ver la sonrisa de su marido.

Magno pulsó de nuevo el arpa y prosiguió su romance:

Luz de los cielos,
flor de los valles,
aquí nacerán mis hijos,
aquí murieron mis padres.
Si por tu desdicha,
mis hijos no nacen;
si es tu seno la tumba de mis hijos,
¡no pases por la tumba de mi padre!

El rosario de ámbar se desprendió de las manos de Foedora y fue a caer sobre las brasas del hogar.

Allí se desgranaron sus cuentas, que al poco rato eran otras tantas ascuas.

Un delicioso aroma inundó la habitación.

—¿Cómo os sentís, señora? —pregunto el jarl, como si no hubiera visto nada.

—¡Bien, Magno! —respondió ella, que tampoco parecía haber reparado en aquel accidente de tan mal agüero.

—¿Tenéis todavía *duda* acerca de vuestro estado?

—No, señor…

—¡Vais a ser madre!… ¡Oh, ventura! ¡Ved cumplidos mis votos de tres años!

—¡Sí! —murmuró mansamente la joven.

—¡Sí! —repitió el esposo con voz terrible—. Pero no olvidéis el otro cantar escandinavo…

Y, riéndose con satánica furia, cantó de este modo:

Cruza los montes
un extranjero,
negros los ojos,
negro el cabello…
¡Todos sus hijos
tendrán de cierto
negros los bucles,
los ojos negros!

—¡Ah! ¡Callad!… —murmuró Foedora, arrodillándose.

—¿Conocisteis a vuestros abuelos? —exclamó Magno, levantando a su esposa con un rugido de fiera.

—¡Ah! Señor… —respondió la pobre mujer, estrechando sus manos—. ¡Matadme de un solo golpe! ¡No prolonguéis mi agonía!

—¿De qué color tenían los ojos? ¡Responded!

—Ya lo sabéis… Los tenían azules…

—Y a mis abuelos, ¿los conocisteis?

—No, señor…

—¡Vais a conocerlos! —replicó el joven, cogiendo a su esposa de un brazo y arrastrándola hacia la galería próxima.

Había en ella una larga hilera de retratos alumbrados por lámparas colocadas de trecho en trecho. Los señores de Kimi parecían vivos dentro de los marcos que los encerraban…

—¡Éstos son mis antepasados! —exclamó el jarl—. ¡Vedlos, señora! ¡Todos tienen los ojos azules, como vos y como yo, como nuestros padres y abuelos, como todos los escandinavos! ¡Comprenderéis, en consecuencia, que nuestro hijo ha de tener también los ojos azules! ¡Ay de vos si los tiene negros como el español don Alfonso de Haro!

Dijo, y se alejó riendo convulsivamente, mientras que la joven caía de rodillas sin voz ni aliento.

Así permaneció largas horas; y cuando ya todo era silencio en el castillo y las lámparas consumidas y la hoguera del próximo salón se apagaba también,

levantóse quebrantada y moribunda, y tomó el camino de su aposento.

—Hijo mío… —murmuró allí con voz honda y supulcral, apoyando ambas manos sobre su corazón, como si las pusiese sobre el del hijo que llevaba en su seno—: hijo mío, ¿por qué quieres ser el verdugo de tu madre?

Y echó una mirada sobre sí, y huyó con horror hacia otro lado de la estancia, tapándose el rostro con las manos.

Era la estatua del remordimiento maldiciéndose a sí misma.

V

Han transcurrido cuatro meses.

Magno de Kimi está en su cámara.

Vedlo sentado, con los codos apoyados en una mesa, con la frente caída sobre las calenturientas manos, y fijos los ojos en objetos que parece querer grabar en lo más recóndito de su alma, según la fuerza de atención con que los mira.

Aquellos objetos son una carta y un retrato.

Representa el retrato a un hermosísimo joven vestido con el lujoso traje español del reinado de Felipe V. Sus cabellos, negros como el ébano, sombrean un bello rostro moreno y descolorido; sus ojos, más negros aún, brillan como azabache entre las oscuras y largas pestañas. Una sedosa línea de bozo cubre su labio superior, graciosamente dibujado bajo clásica nariz caucasiana.

En cuanto a la carta, decía así:

> «Al jarl Magno de Kimi, su siervo Estanislao.
>
> Señor: ¡Venid! ¡Venid a Cristianía! ¡Habéis perdido su amor!… ¡Salvad la honra! La jarlesa Foedora os es infiel. Hay en esta corte, desde pocos días después de vuestra marcha, un joven extranjero, embajador y marino, bello como el Ángel de las tinieblas, el cual os ha robado el corazón de vuestra esposa. Miradas y suspiros, palabras y sonrisas, todo revela la criminal pasión de los dos traidores. Yo he sido arrojado de la casa como un perro, pero como un perro fiel a su señor. ¡Venid os digo!
>
> El asesino de vuestra dicha es español. Tiene los ojos negros como la noche, y negra la cabellera como las alas del cuervo que cae sobre

los cadáveres. Es noble y poderoso, y se llama don Alfonso de Haro. Venid y contad con el brazo de vuestro siervo.

ESTANISLAO».

Mucho tiempo permaneció Magno de Kimi contemplando aquel retrato y aquella carta.

Levantóse al fin, miró un reloj que señalaba las doce, y dijo:

—Han pasado *veinticuatro horas de noche*, y empieza otro día de tinieblas… Estamos a veintidós de diciembre. Dentro de sesenta días nacerá el acusador de Foedora… Su mirada de luto, su primera mirada, dará la señal de la muerte de la esposa infiel, que ya no podrá negarme la consumación de mi deshonra. ¡No dirá entonces, como cuando hallé aquí, entre sus alhajas, el retrato del infame español: «que don Alfonso de Haro *sólo había sido su amigo*»! Llegará luego el veinte de abril; se deshelará el Océano; me daré a la vela en el *Thor*; buscaré a través de todos los mares del Universo al asesino de mi ventura… y morirá. ¡Morirá, aunque sea Lucifer en persona!

VI

Dos meses después, el 22 de febrero, la jarlesa Foedora de Kimi dio a luz un niño.

El niño tenía los ojos negros.

Magno, con ser tan feroz, no se atrevió a matar a una mujer moribunda, ni a arrebatarle el hijo que estrechaba convulsivamente entre sus brazos:

—Os mataré después —dijo a la madre—. Os mataré a los dos cuando estés buena. ¡Es la última prueba de amor que puedo darte!

VII

Comenzó la primavera en la isla de Loppen. Rompiéronse las cadenas de hielo que tenían amarrado el mar al pie del castillo. Tornaron las aves a aquel cielo. Fluyeron los arroyos. Crecieron fresales en la ablandada nieve.

Magno de Kimi se presentó a su esposa, a quien no había vuelto a ver, y le habló en estos términos:

—No me he atrevido a matarte hasta hoy porque estás criando a tu hijo. Y no he matado a tu hijo porque debo esperar para ello a que sea hombre y pueda defenderse. ¡No en vano soy noble! ¡En algo se han de diferenciar mis acciones de las tuyas! ¡Tú has manchado el nombre que heredaste y el que yo te di!… ¡Yo no debo manchar el mío! Me dispongo a partir en busca de tu cómplice, a quien mataré si Dios no me niega ayuda. Ni uno solo de nuestros servidores quedará en esta morada…

A todos me los llevo en mi bergantín. Te dejo, pues, aquí sola con tu hijo. Clavaré las puertas de hierro que comunican con el exterior y cortaré el puente que une este escollo con la isla de Loppen, de modo y forma que nadie podrá entrar en tu auxilio, ni tú podrás salir a demandarlo. Tienes a tu disposición víveres para seis meses. Si al cabo de ellos no he venido, será señal de que he muerto, y entonces tú y tu hijo moriréis de hambre… Mas si logro volver, te daré a elegir muerte.

Foedora estrechó al corazón a su hijo y no respondió ni una palabra.

VIII

Era la brevísima noche del 25 de abril.

La aurora boreal abrasaba con su misterioso incendio la lontananza del horizonte.

Hacía un frío espantoso.

En la isla de Langoe reinaba el silencio de las tumbas.

En una ensenada de su costa meridional estaban anclados el *Thor*, el bergantín de Magno de Kimi, y el *Finisterre*, la goleta de don Alfonso de Haro.

* * *

En lo más bravo y erizado de aquella costa levántase un dolmen colosal, resto de los altares malditos en que los escandinavos daban a Odín sangriento culto.

La luna, magnífica y resplandeciente en las regiones polares, donde el sol es tan pálido y melancólico, asomó por el Sudeste su blanca faz, iluminando el ara abandonada.

A su fulgor vióse a dos hombres, sentado el uno sobre el tronco de un pino roto por los hielos, y apoyado el otro en el antiguo dolmen.

Parecían dos blancos fantasmas, dos sombras de las víctimas inmoladas antiguamente sobre aquella peña.

El hombre sentado era el jarl Magno de Kimi.

El que permanecía de pie era don Alfonso de Haro.

Los dos empuñaban corvo sable marino.

Su anhelosa respiración demostraba la violencia con que habían luchado…

Pero ambos estaban ilesos… No porque sus fuerzas o su habilidad hubieran resultado iguales, sino porque don Alfonso, más diestro y ágil que el Conde, lo había desarmado ya tres veces, renunciando las tres a su derecho de matarlo.

El combate había sido furioso, tenaz, violentísimo.

—¡Mátame! —gritó Magno la segunda vez que el español hizo saltar de sus manos el sable.

—Yo no quiero que mueras —respondió don Alfonso—, sino regalarte cien veces la vida; para que me respondas en cambio de la de Foedora, puesto que me has dicho que morirá si tú mueres…

—¡Luchemos otra vez! —replicó Magno.

Y el tercer combate había sido más terrible que los dos anteriores…

¡Pero también inútil! El ímpetu del noruego siguió estrellándose en la serenidad y en la pericia del español; y cuando volvió a ser desarmado por éste era tal su fatiga, que se tambaleó como un abeto que se derrumba, y exclamó dolorosamente:

—¡Yo me mataré!… ¡Yo me mataré!… ¡Me sería insoportable una vida regalada por ti!

Y fue a reclinarse en el tronco del pino caído tal como lo hemos visto al salir la luna.

—Me dejaré matar por tu flaca mano, o me mataré yo ahora mismo —díjole a su vez don Alfonso—, si me juras no matar a Foedora.

—Te juro lo contrario —respondió el noruego—. ¡Te juro que Foedora sucumbirá de todos modos! Si yo muero, nadie podrá socorrerla donde la he dejado, y perecerá de hambre. Si tú mueres, iré a matarla, como ya he dicho… Mátame, pues… ¡Quítame la vida como me has quitado la honra y la ventura!

—Yo no puedo matarte —repuso el español—. ¡Pero ni tú matarás a Foedora ni Foedora morirá donde la tienes encarcelada! Corro a mi barco, y con él apresaré el tuyo. Tus marineros me conducirán a precio de oro, o por

no morir a manos de los míos, a la prisión de Foedora, y la libertaré, y será mía para siempre.

—¡Acepto el duelo de tus españoles contra mis escandinavos, de mi raza contra la tuya, de mi bergantín contra tu goleta! —exclamó el jarl de Kimi, levantándose y cogiendo su sable—. Si el infierno te dio una destreza diabólica en el manejo de las armas; si mi corazón y mi brazo han sido impotentes contra tu satánica astucia, ¡no ocurrirá lo mismo en el nuevo combate a que me provocas!… ¡Al mar, Alfonso de Haro! ¡Al mar!

IX

Era el oscurecer del día siguiente. Reinaba en el mar la más formidable tormenta.

El *Thor*, mandado por Magno de Kimi, y el *Finisterre*, mandado por don Alfonso de Haro, estaban acribillados de balas de cañón y de fusil, y tan cerca el uno del otro que sus bandas se tocaban a veces a impulsos del huracanado viento.

—*¡Al abordaje! ¡Al abordaje!* —rugían ambas tripulaciones con espantosa furia.

—*¡Al abordaje!* —gritaron al fin los dos jefes.

Pero la tempestad, que por momentos iba siendo más terrible, impedía el transbordo de los combatientes, hasta que, por último, la propia fuerza del vendaval unió a las dos embarcaciones, se echaron las armas y comenzó la lucha cuerpo a cuerpo.

Magno y Alfonso se encontraron sobre la cubierta del *Finisterre* cada cual con un hacha en la mano y ambos heridos.

Iban a acometerse de nuevo en aquel otro género de lid, cuyo éxito podía ser favorable a Magno de Kimi, cuando se oyó un grito horrible, pavoroso, fúnebre, que salía de cien bocas heladas de espanto, y que llegó a estremecer hasta a los dos héroes:

—¡El MAELSTRÖM[96]! ¡El MAELSTRÖM!

Todos repitieron este siniestro nombre, y todos arrojaron las armas. Ya no había rivales ni enemigos… ¡Ya no había más que sentenciados a una misma muerte, segura, infalible, próxima, que los heriría a todos de un solo golpe, que no dejaría rastro de ellos ni de sus naves, y de que únicamente los bardos tendrían noticia en el mundo!

X

—¿Qué es el MAELSTRÖM? —preguntó un grumete muy joven al más viejo marino del buque de Magno de Kimi.

—El MAELSTRÖM… —respondió tristemente el anciano— es un remolino de mar, un sumidero de la tierra, un abismo sin fondo, una sepultura abierta por Dios a todos los navegantes en esta parte del Océano. El MAELSTRÖM es para un buque lo que la culebra boa para el pájaro: ¡lo mira, lo atrae, lo devora! ¡Es un monstruo que nos enseña ya los dientes, que nos habré ya sus fauces, y que dentro de pocos minutos nos habrá tragado! ¿No lo oyes rugir? Inútiles son las velas, inútil el timón, inútil el remo… ¡Todo es inútil! Ponte de rodillas como yo y reza…, ¡porque el MAELSTRÖM es la muerte!

El grumete se precipitó al mar.

Muchos marineros de ambas embarcaciones habían hecho ya lo mismo. Otros se mataban con sus armas. Los menos animosos pedían a sus amigos que les quitasen la vida. De todas las muertes, ninguna horrorizaba tanto como la de ser tragado vivo por el MAELSTRÖM.

Magno y Alfonso se miraban en silencio.

Pensaban en Foedora.

El remolino mugía cada vez con más fuerza… La tempestad había callado… La atracción del sumidero se sobreponía al ímpetu del huracán… El viento parecía allí esclavo del agua.

La mar, negra, tersa, muda, semejante a dura lámina de plomo, formaba una especie de plano inclinado, sobre el cual se deslizaban los dos buques con espantosa velocidad, pegados el uno al otro por la propia fuerza de la corriente.

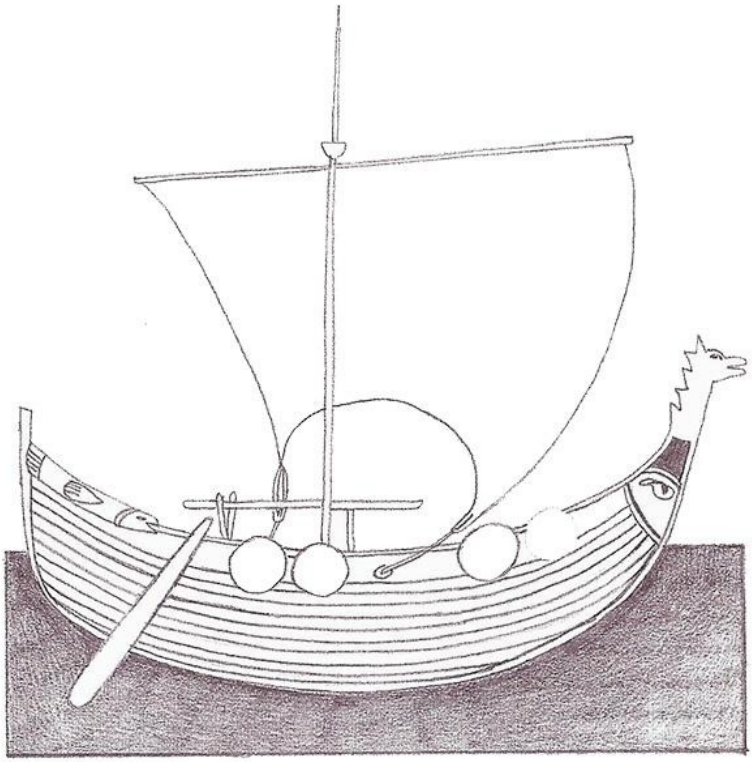
Aún distaban una legua del oculto abismo; pero no podían tardar ni cuatro minutos en llegar a él.

Los dos nobles, animados de súbito de idéntico pensamiento, arrojaron las hachas lejos de sí, se dieron la mano con solemne religiosidad, y, avanzando unidos a la proa del *Finisterre*, aguardaron allí la tremenda catástrofe.

Pronto crujieron ambos buques, deshaciéndose el uno contra el otro, comprimidos por la atracción… Abrazáronse entonces ferozmente Alfonso y Magno, como para asegurarse cada uno de que su rival no podría sobrevivirle ni volver a ver a Foedora…, y un minuto después, los dos enemigos, sesenta hombres más y los destrozados restos del *Thor* y del *Finisterre*, una suprema explosión de oraciones, gemidos y blasfemias; todo… todo se hundió para

siempre en aquella espantable sima, apenas señalada los días serenos por una movible corona de leve espuma.

Guadix, 1856



BIBLIOGRAFÍA

Obras completas: Con prólogo de Luis Martínez Kleiser y una biografía del autor escrita por Mariano Catalina. Madrid, 1943. 3ª edición 1968.

ASHCOM, B. B.: «Verbal and Conceptual Parallels in the Plays of Alarcón», en *Hispanic Review*, XXV, 1957.

BAQUERO Goyanes, M.: *El cuento español en el siglo XIX*. Madrid, 1949.

BAQUERO Goyanes, M.: «Introducción» a *El escándalo*. Madrid, 1973.

BARJA, C.: *Libros y autores modernos*. Nueva York, 1924.

CATALINA, M.: *Biografía de don Pedro Antonio de Alarcón* (incluida en *Obras completas*, Madrid, 1943).

DENDLE, B. J.: *The Spanish Novel of Religions Thesis*. Madrid, 1968.

FERNÁNDEZ Montesinos, J.: *Introducción a una historia de la novela en España en el siglo XIX*. Valencia, 1955.

FERNÁNDEZ Montesinos, J.: *Pedro Antonio de Alarcón*. Madrid, 1977.

GONZÁLEZ Blanco, A.: *Historia de la novela en España desde el Romanticismo hasta nuestros días*. Madrid, 1909.

GONZÁLEZ Blanco, A.: *Pedro Antonio de Alarcón. Antología crítica de sus obras*. Madrid, 1920.

MARTINEZ Kleiser, L.: *Don Pedro Antonio de Alarcón. Un viaje por el interior de su alma y a lo largo de su vida* (incluido como prólogo en *Obras completas*, Madrid, 1943).

OGILVIE, G.: «Estudio preliminar» a *El capitán veneno*. Buenos Aires, 1969

PARDO Bazán, E.: *Pedro Antonio de Alarcón*, en *Obras completas*, III, Madrid, 1973.

RÍO, L. del: «Introducción» a *La Comendadora, El clavo y otros cuentos*. Madrid, 1986.

ROMANO, J.: *Pedro Antonio de Alarcón: el novelista novelable*. Madrid, 1933.

SORIA Ortega, A.: «Ensayo sobre Pedro Antonio de Alarcón y su estilo», en *Boletín de la Real Academia Española*, 1951, XXI, 45, 461, y 1952, XXXII, 119.

Notas

[1] Antigua prenda de vestir ajustada al cuerpo, con mangas o sin ellas, que cubría hasta la cintura. <<

[2] Tejido fino con urdimbre de seda y trama de lana. <<

[3] Rectángulos. <<

[4] Parte del vestido que cubría el tronco del cuerpo, con cuatro faldillas de la cintura para abajo y mangas ajustadas; se ponía debajo de la casaca, aunque a veces se utilizaba sin esta última prenda, y así acabó por generalizarse su uso como traje más sencillo o más modesto. <<

[5] Vestidura de origen francés, muy utilizada en el siglo XVIII, ceñida al cuerpo, con faldones y manga larga. <<

[6] Religiosa de una orden fundada en el siglo XII. En ella solían profesar doncellas pertenecientes a familias nobles. <<

[7] Saya, generalmente negra, que usaban las mujeres sobre la ropa interior. <<

[8] Tela delgada de lana, usada por varias órdenes religiosas para confeccionar sus hábitos. <<

[9] Siglo significa aquí la vida civil, en oposición a la vida religiosa. <<

[10] Engreimiento, arrogancia. <<

[11] La mahonesa, o alhelí de Mahón (Malcomía marítima) es una planta ornamental de la familia de las crucíferas. <<

[12] Reloj de péndulo. <<

[13] Orla o franja de adorno que que terminaba la falda. <<

[14] Conocida en español como *Los novios*, del novelista italiano Alessandro Manzoni (1785-1873). <<

[15] Novela del escritor francés Henri Bernardin de Saint-Pierre (1737-1814). <<

[16] Documento acreditativo de que una persona era vecina de un lugar o villa.
<<

[17] *In anima vili* es una locución latina usada en medicina para recalcar que los experimentos deben hacerse en animales irracionales, y no en seres humanos. <<

[18] Ópera de Giuseppe Verdi, estrenada en 1844. <<

[19] Charles Paul de Kock (1793-1871) y Frédéric Soulié (1800-1847), escritores franceses autores de novelas sentimentales más que de costumbres, fueron muy populares en España a mediados del siglo pasado. <<

[20] Departamento cerrado de la diligencia; estaba delante y sólo tenía una fila de asientos. <<

[21] Se trata de una metáfora humorística. Epiceno se aplica al nombre común que con un solo género gramatical puede designar indistintamente a ambos sexos. El narrador, en la oscuridad, ignora aún el de su posible compañero de viaje. <<

[22] Alusión al drama *Alfonso Munio*, estrenado en 1844, de la escritora cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda (1816-1873). <<

[23] El paseo del Prado de Madrid era lugar frecuentado por elegantes ocupando coches de caballos. <<

[24] La rotonda era el último departamento de las diligencias; el interior era el departamento central, entre la rotonda y la berlina. <<

[25] Alusión al novelista francés Honoré de Balzac (1799-1850). <<

[26] Funcionario que en los juzgados se encargaba de defender la observancia de las leyes, de acusar a los responsables de delitos públicos y de velar por los derechos e intereses generales. <<

[27] Honoré Gabriel Riqueti, conde Mirabeau (1749-1791), escritor francés que tuvo un importante protagonismo en la Revolución de su país. <<

[28] Peineta para colocar en el cabello que, por su forma, recuerda a la teja árabe utilizada en las techumbres. <<

[29] Traje de moda en la época de la invasión francesa. <<

[30] Empleados subalternos de los tribunales de justicia. <<

[31] Dícese de la paz establecida y mantenida por la fuerza de las armas. <<

[32] Agramar es machacar el cáñamo para separar la fibra. <<

[33] El cuello. <<

[34] Calzado tosco de cuero crudo que cubre sólo la planta de los pies, con reborde, y que se ata al tobillo y empeine con correas o cuerdas. <<

[35] Cuerda de esparto. <<

[36] Un tipo de paño. <<

[37] Guardamano de forma semiesférica; solían llevarlo las espadas de los siglos XVII y XVIII. <<

[38] Hierros situados debajo de la empuñadura de la espada y que forman la cruz. <<

[39] Se llamaba fiel de fechos al habilitado para ejercer funciones de escribano en los pueblos en los que no había. <<

[40] Se refiere al alcalde, que en ese momento ejercía funciones de una tropa. Síndico es la persona elegida por una comunidad para cuidar de sus intereses. <<

[41] Veterinario. <<

[42] Llámase bridón, sobre todo en poesía, al caballero brioso y arrogante. <<

[43] Toque para que las fuerzas de una guarnición o campo se pongan sobre las armas. <<

[44] Trabuco de boca acampanada y gran calibre. <<

[45] Instrumento musical de viento. <<

[46] Se refiere al extremeño Diego García de Paredes (1466-1530), famoso por su fuerza legendaria. <<

[47] El papa Alejandro VI. <<

[48] Francisco I. <<

[49] Carro grande, de cuatro ruedas, para el transporte de personas, cubierto por lo general con un toldo de lona. <<

[50] La barrilla es una planta de la familia de las quenopodiáceas y del género *Salsola*, de cuyas cenizas se obtenía antiguamente la sosa. También se llamaba barrilla a estas cenizas. Durante el siglo XVIII hubo una gran producción de sosa a partir de la planta citada en el sudeste de la península Ibérica. <<

[51] Tres duros y medio equivalen a setenta reales: el anciano cumpliría en junio setenta años. <<

[52] Se refiere al sobrino de Napoleón Bonaparte, el emperador Napoleón III. <<

[53] Soldados egipcios. Napoleón trajo a España varios escuadrones de estas tropas. <<

[54] Fiebres intermitentes, cuyos accesos se repiten cada tres días. <<

[55] Habitante del barrio de la Macarena (Sevilla). Su vestido era parecido al de los majos madrileños. <<

[56] Tomar el tole: escapar a toda prisa. <<

[57] Antigua guardia rural, a la que sustituyó en 1844 la Guardia Civil. <<

[58] Adverbio latino; su significado aquí equivale a más aún. <<

[59] Pendientes en forma de aro. <<

[60] Sortijas hechas con una liga compuesta de oro y cobre. <<

[61] La teoría de la especie es introducida, en efecto, por la Escolástica, retomando la doctrina de Aristóteles sobre el conocimiento. Sin duda resulta demasiado compleja para explicarla aquí, pero cabe suponer que Alarcón —seminarista en su juventud— hace esta alusión, un tanto irónica y a desmano en el contexto de esta narración, recordando antiguos estudios y queriendo significar que el barón había tenido noticias de la joven esposa del pescador, y de su belleza, y que esto había impresionado su entendimiento; posteriormente, su espíritu, a partir de ahí, había alcanzado ya algún conocimiento de la mujer, aun sin haberla visto, y —en una pirueta romántica— había llegado hasta amarla. <<

[62] El judío Shyllock, de la comedia *El mercader de Venecia*. <<

[63] Diligencia judicial en la que el escribano especifica por escrito el número y características de lesiones y heridas. <<

[64] Embarcación con vela latina usada para navegación costera. <<

[65] Apelativo despectivo que se aplicaba a los guardias municipales. <<

[66] Con el nombre de aneurisma se conocen dos fenómenos patológicos: el tumor formado por resquebrajamiento de las paredes de una arteria y la dilatación anormal del corazón. <<

[67] El duelo fue una verdadera, y funesta, moda durante el periodo romántico en toda Europa. Ello explica la expresión —asombrosa para una persona moderna— que Alarcón pone en boca del protagonista del cuento. <<

[68] Cerré a palos: acometí a palos. La acepción número treinta que la Academia de la Lengua da en su diccionario a cerrar dice así: trabar batalla, embestir, acometer. Recuérdese el antiguo grito de guerra ¡Santiago y cierra España! <<

[69] Juego de naipes. <<

[70] El tajamar es un tablón curvo que, en la proa del buque, sirve para hender el agua. En el contexto es más una exageración que una metáfora. <<

[71] Persona alta, enjuta y mal vestida. <<

[72] Por picaporte no debe entenderse aquí el instrumento para abrir y cerrar las puertas, sin utilizar la llave, sino precisamente la llave. <<

[73] El censo enfitéutico consiste en la cesión perpetua del dominio útil de un inmueble mediante el pago de un canon anual y otros derechos. El caudal de propios —hoy día se dice bienes propias— es la tierra comunal de un pueblo, de cuyos productos o arrendamientos para pastos, etc., se benefician todos sus habitantes. <<

[74] Albañil. <<

[75] El cañuto, o canuto, era un tubo cerrado por un extremo y con una tapadera en el otro que contenía un documento o diploma. La licencia de los soldados se entregaba en un cañuto. <<

[76] Don Matías de Quesada debió de haber sido padrino en el bautizo de algún hijo del tío Hormiga. <<

[77] La vara tenia una longitud aproximada de 836 milímetros. Las piedras de que aquí se habla tenían una vara cuadrada de base. <<

[78] La expresión parece aludir a que el abogado era tan conocedor de las leyes como experto en eludirlas. <<

[79] El abogado pedía 160 pesetas —de las de entonces: algo exorbitante— para una taza de chocolate. La onza de oro, en efecto, equivalía a 320 reales. <<

[80] La libra era una medida de peso que estuvo en uso en España antes de la introducción del sistema métrico decimal, pero variaba según las regiones. La de Castilla equivalía a 460 gramos. <<

[81] Recuerdos. <<

[82] Derviche, santón musulmán. <<

[83] Penitenciario es el sacerdote católico que tiene la obligación de confesar en una iglesia determinada. <<

[84] El jaique es una capa grande de tela ligera y sin costuras que usan las mujeres árabes. <<

[85] Guiso típico marroquí. Su base es la sémola cocida al vapor, a la que se añaden cordero o pollo y a veces verduras. <<

[86] Maestro y jefe de una banda militar de tambores. <<

[87] Soldados, militares. <<

[88] El cárabo era una pequeña embarcación de vela y remos usada por los moros. <<

[89] Renegado es la persona que ha abandonado su fe o sus creencias. <<

[90] Aquí equivale a limpieza, aseo. <<

[91] Pequeña población de beduinos o moros compuesta de tiendas o chozas. <<

[92] Caldero pequeño para sacar agua de los pozos. <<

[93] Se llama de monterilla al alcalde de alguna aldea pequeña o lugar, sobre todo si es hombre rústico e ignorante. <<

[94] Reno. <<

[95] Se llamó así a Oslo, capital de Noruega, entre 1624 y 1924. <<

[96] El Maelström es un torbellino que las corrientes de la marea producen en un canal de las islas Lofoten, frente a Noruega. Es peligroso, aunque la imaginación de los navegantes lo convirtió en uno de los mayores horrores legendarios de los océano. <<